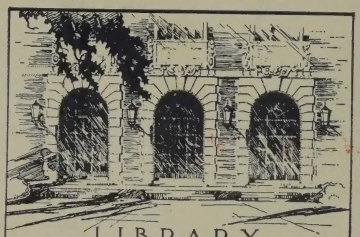


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

056
REVO
v.2

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

MAY 12 1958

DEC 24 1959

MAY 6 1961

MAY -8 1965

MAY -6 1965

MAY 6 1966

JUL 30 1966

L161—H41

Revista de Occidente

—

Tomo II

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset

Tomo II

Octubre Noviembre Diciembre

1 9 2 3

Avenida de Pi y Margall, 7

Madrid

056
REVO
v. 2

Indice del tomo II

	Núm.	Pág.
Bacarisse, Mauricio		
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	249
Baeza, Ricardo		
El caballero Casanova.	VI	364
Barga, Corpus		
Dostoïevsky, dictador	IV	132
Un gran hombre.—*El hombre de la Pampa.*	V	262
Bergamín, José		
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	254
Chacón, José M.ª		
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	254
Dantín Cereceda, J.		
La génesis de los continentes y de los mares, según la teoría de Wegener.	IV	71
Diego, Gerardo		
Poetas del Norte: Miguel de Unamuno, José del Río Sáinz, Ramón de Basterra.	IV	12

1117829

	Núm.	Pág.
Díez-Canedo, Enrique		
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	247
Azorín y la política. *El chirrión de los políticos*	V	257
Dunsany, lord		
Poltarnees, la que mira al Mar.	VI	273
Espina, Antonio		
Larra. Edición de «La Lectura».	VI	403
Gauguin		
Mallarmé. (Aguafuerte.)	V	237
Guillén, Jorge		
Aire—Aura	IV	1
Haldane, J. B. S.		
Si viviera usted en el año 2123.	IV	9
Jiménez, Juan Ramón		
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	243
Kuprin, Alejandro		
Alma eslava.	IV	86
Del primero que encuentre.	IV	100
Marichalar, Antonio		
Eugenio d'Ors, *El nuevo glosario: Diálogos de la pasión meditabunda*.	IV	123
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . .	V	255
René Lalou, *Le chef*.	V	266

Núm. Pág.

Menéndez Pidal, Ramón

Caracteres de la poesía juglaresca . . . . . V 171

Morente, Manuel G.

El tema de nuestro tiempo. (Filosofía de la perspectiva.) . . . . . V 201
La periodicidad en el curso de la vida. . . . VI 317

Moreno Villa, José

El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . . V 246

Ors, Eugenio d'

Bodegones asépticos. . . . . V 145
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . . V 244

Ortega y Gasset, José

¿Qué son los valores?—Iniciación en la Estimativa . . . . . IV 39
El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . . V 250
Mauricio Barrés. . . . . VI 391

Palencia, Benjamín

En la Filarmónica. (Dibujos.) . . . . . V 163

Redacción

Asteriscos. . . . . IV 136
— . . . . . V 268
La flecha en el blanco. . . . . V 272
El silencio por Mallarmé. Encuesta sin trascendencia . . . . . V 238

Reyes, Alfonso

El silencio por Mallarmé. (Respuesta.) . . . V 239

	Núm.	Pág.
Sacristán, José M.ª		
Freud, S., *Das Ich und das Es.*	V	263
Sánchez-Albornoz, Claudio		
España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política.	VI	294
Sánchez Rivero, Angel		
Merimée en España. 1830	IV	115
Simmel, Jorge		
Lo masculino y lo femenino. Para una psicología de los sexos.	V	218
Lo masculino y lo femenino. Para una psicología de los sexos. (Conclusión.)	VI	336
Vela, Fernando		
Pío Baroja, *El laberinto de las sirenas.* . . .	VI	412
Zulueta, Luis de		
Juan Amós Comenio, *Didáctica Magna.* . .	IV	120
La cultura desinteresada. — Dos opuestos caminos. — Léon Bérard, *Pour la réforme classique.* — Albert Thierry, *Réflexions sur l'education.*	VI	397

Ornamentación de Rafael Barradas

Aire — Aura

Para volar es menester acomodarse en el avión y humildemente dejar al avión que aletee él. No se vuela con máquina como se nada con calabazas. ¿Cómo encajar en los hombros alas manufacturadas? De todas suertes, las alas manufacturadas — de santo, de vate, de héroe, según fórmulas de tratados ascéticos, de artes poéticas, de oraciones patrióticas — jamás han sido eficientes. Nadie enseña a volar. De ahí la doncellez inmarcesible de las auras. Los mortales, violadores de corrientes fluviales y marinas, no logran hender las corrientes aéreas.

Su único nadador lo fué El. ¿Por qué se figura inerte a Jesús en la Ascensión, como si ascendiera cayendo en virtud de una gravita-

ción celestial? Imaginad el trance visto por los Apóstoles, por aquellos que habían acompañado a Cristo en su padecer y su flaquear de hombre. Arriba está el Imán. El Imantado, ¿no se esfuerza, empero, por avanzar, con ansia de anchura gozosa? No, no admiraron los Apóstoles un sujeto sin iniciativa en la magnificencia de la hazaña. Admiraron el propio impulso de Jesús: un batir de alas en derechura hacia su cenit, águila que vuela, hombre que nada.

Imposible no soñar el vuelo humano como una aérea natación. Los brazos y las piernas sesgarían las ondas; los labios las esquivarían para no tragar demasiado aire. Ninguna embriaguez de distancia, de celeridad absorbente de distancia, igualaría a la de quien, como Nijins-ki en la apertura del Espectro de la Rosa, arrojándose al espacio con ímpetu de flor volátil, de flecha disparada por sí misma, convirtiese ese ímpetu en vuelo natatorio, muy superior por su brevedad, por su holgura en la fácil generación de su línea, a la natación en las aguas. Trasladaría la atmósfera al filo que así

rajase sus capas la sutileza de las capas mismas. Entonces sería completo el dominio del Globo.

Sería... ¡Ah, la atmósfera no es nuestra! El mar sí es de todos. De todos — y de nadie. Tal vez meditando en la indomabilidad de la ola, incoercible dentro de todo coto, aprenderá el entendimiento — tan sojuzgado por influjos terrestres, tan imbuído de parcelación individual — a concebir un orden en el que «esto» y «aquello», aquel jardín, aquellas hazas, no izen un cartel con nombre propio: como esa ola, y aquella otra, y aquellas otras. El mar, en pugna con todo poseedor económico, no se opone, en cambio, a cierta posesión sensible. Goza del mar el cuerpo del bañista como de otro cuerpo generosamente desnudo.

Por eso quizá se muestra tan versátil, tan pronto ayuntado al artículo masculino como al femenino: «el mar», para las mujeres que a él se

confían; «la mar», para los caballeros que la avasallan. ¿Obedecerá más bien a un principio geográfico esta alternativa sexual? Las poblaciones del interior son leítas. Las poblaciones de las costas son laístas. Las del interior, refiriéndose al mar desde sus lejanías resecas, menos familiarizadas con él, guárdanle más respetos, como a varón muy varonil. ¡Oh, señor mar! El mar, el señor mar. No así los que de él se enseñorean con sus embarcaciones, y sobre todo con sus miradas.

El poder esencial lo ejerce la mirada. No hay dictador, no hay Don Juan de pupilas mortecinas. Algunos miopes saben mandar porque abalanzan hacia los quevedos unos ojos saltones de rana; a saltitos bruscos conducen su visual.—Bastaría ver saltar a las ranas tan desacompasadamente para adivinar sus ojos saltones.—Esa insolente visual que va lanzando el miope a cada objeto no le recorre con suficiente palpación. Pero le zahonda con ahinco. Fuerza central, monárquica, la de los ojos, más decisiva que la de las manos.

Con miradas de continuo fustigamiento, de despaciosa domesticación, apodéranse del mar los que viven con él, y más que en él, frente a él para divisarle mejor. Y opreso y amansado, le aman como a fémina rendida. ¡Ah, mi señora mar! La mar, en los litorales, es la amiga de todos, que a todos se somete: múltiple e intermitente sumisión que pone de manifiesto su feminidad delicadamente arisca. ¡Venerandos lugares comunes! La ola, la niña, la dama. Venus de espumas. Venus infinita. Infinita para nuestro anhelo. Finita para nuestro goce.

Por este aprovechamiento sensual, el mar, la mar, es nuestro, nuestra. «Mare nostrum.» Mar Mediterráneo. Mar Caspio. Pertenece el mar al geógrafo, que le acota en sus mapas. Observad los mapas: demarcados y apellidados están todos los términos del planeta; no hay rincón de excelsitud o de sima que no señalen y aherrojen. Decidme: ¿dónde está señalada y aherrojada la atmósfera? Sobre

cada denominación—de cordillera, de manantial, de bosque, de cantil, de arrecife—se alzan, anónimos y libérrimos, unos alegres penachos de aire. Aire heroico: ¿qué capitán ha salido a invadirte? ¿Qué metrópoli ha intentado colonizarte? Tuyos son tus castillos.

Castillos en el aire, ejemplares castillos sin eficacia bélica. Pero castillos de esperanza. ¿No es hacia el aire adonde se otea en los momentos esperanzados? Bogan traslúcidas las nubes. Y las pupilas, ciegas para la luz de Hoy, no las ven, tentadas por el espacio, tan acogedor, tan muelle, tan hueco: en esta oquedad van a colgar sus nidos los àzores de la espera. ¡Trémulos azores! Si acaso deslumbra la reverberación del futuro en la estrechez de un aposento, ese caliente «nihil» abrasará los muros, y cobrará el aposento amplitud de panorama. Es el milagro de la esperanza, domiciliada en el palacio del aire.

A fuerza de futuro logra, pues, el aire mantenerse virgen. En vano surca el avión su piélago; no habrá estelas. Y sin séquito de estelas blancas, de estelas rojas, no desfila Apolo enamorado ni Marte iracundo. ¿Cómo acariciar o maltratar al Inaprehensible? De palmaria absurdidad adolece una imagen muy tópica de hoy: la golondrina rayaba como un diamante el azul. (Tal vez atenúe el desatino ese subterfugio del color azul presentado como un óleo; el óleo se compadece con la operación de rayarle.) ¿Qué rozará la golondrina? ¡Oh fundamental calumnia del aire intangible!

Primorosamente resalta el velamen sobre el redondel ecuóreo. Hasta el humo de las chimeneas de los buques casa bien con el celaje, con la neblina. Al oír un estrépito de máquina que de repente golpea la tarde como granizo devastador de la cosecha espiritual en que fructifica su hermosura, son irresistibles las ganas de gritar al avión: ¡afuera,

afuera! El avión es un intruso; tanto, que ni trasponer las fronteras consigue, aunque navegue al parecer por el interior; no fluctúa con donaire en los aires como con donaire cabecea el bajel; el más delicado se cierne sin perder la pesadumbre de lo que está adscrito a la tierra; no puede volar; se arrastra por un suelo invisible que él va extendiéndose.

Oh celeste pájaro que se remonta deleitándose, regodeándose, en apego inmediato a las auras! Dijérase que las pulsa por ministerio amoroso. El aviador cumple con su deber profesional; marra la meta trascendente. ¿Por qué? Porque el aire no es humano. El aire es el Cielo.

JORGE GUILLÉN

Si viviera usted en el año 2123...

El autor de este artículo, J. B. S. Haldane, es profesor de Química biológica en la Universidad de Cambridge. Aparte de sus funciones universitarias, es uno de los primeros investigadores de biología en Inglaterra.

El trabajo que publicamos a continuación produjo gran impresión cuando fué leído en la mencionada Universidad. Posteriormente ha sido objeto de viva discusión.

1

¿ES el hombre, según la visión de Samuel Butler, un parásito de la maquinaria, un apéndice del complicado artificio que irá sucesivamente usurpando sus actividades y acabe por suplantarle en el reino del planeta? Una ojeada sobre el curso actual de la ciencia arrojará alguna luz sobre la cuestión.

Veamos ante todo si existe alguna esperanza de que se detenga el progreso de la investigación científica. En la Edad Media, esa investigación era virtualmente imposible y peligrosa, y creo que Chesterton y Reinach abogarían porque siguiera siéndolo, con ser pensadores bastante liberales.

Opino que en nuestro actual sistema económico el progreso científico nada tiene que temer. El capitalista no siempre dará al trabajador científico el salario condigno, pero siempre le protegerá como a uno de los gansos que producen huevos de oro para su mesa. Y la competencia internacional, por mucho que la guerra se cohiba, difícilmente renunciará a las ventajas nacionales que dimanan de la investigación.

Los partidos laboristas incluyen en sus programas el fomento de la investigación, y por lo que hace a la biológica, el trabajo es mucho mejor amo que el capital.

Podrá ocurrir que la civilización caiga en colapso y con ella la ciencia, cual ocurre en parte de Rusia; mas no se olvide que aun allí prosigue la alta investigación.

Se ha insinuado, no sé si seriamente, que el avance de la ciencia puede cesar por falta de nuevos problemas. Chesterton profetizó hace quince años que el *hansom* duraría aún cien años por desfallecimiento de la invención. Hace seis años que el *hansom* reposa en el museo como episodio romántico de la historia del vehículo; así la trirreme, y el velocípedo, y el biplano de Voisin. Ya vemos la fe que deben merecernos las profecías de Chesterton. Vamos a demostrar cuán incompletas se hallan las diversas ramas de la ciencia.

Procede citar a Wells, que como profeta es bien modesto. En 1902, en «Anticipations», predijo que habría en 1950 máquinas voladoras más pesadas que el aire. Y temió que su vaticinio cayera en el ridículo. Procuraremos no hacer profecías más arriesgadas que las de Wells.

La física está en suspenso debido, entre otras causas, a Einstein.

Desde Berkeley defendieron los filósofos que el tiempo y el espacio sólo tienen existencia mental. Mas vieron pronto, a pesar de esto, que el tiempo seguirá esperando después del último hombre y el espacio continuará separando a los enamorados. La única consecuencia práctica que dedujeron fué la de que sus ideas éticas y políticas eran en cierto modo inherentes a la estructura del universo.

Einstein, sin embargo, lejos de producir un nuevo decálogo moral y político, se ha contentado con deducir las consecuencias para el espacio y el tiempo de su misma idealidad. Es interesante especular sobre las consecuencias prácticas de la teoría de Einstein. No dudo que será creído. Un profeta que puede ofrecer signos en los cielos siempre es creído. A nadie se le ocurrió objetar contra la teoría de Newton de que la tirantez de la gravitación sujetaba a planetas y cometas en su viaje a lo largo de órbitas prefijadas, después del retorno del cometa de Halley. Einstein ha dicho que el espacio, la materia y el tiempo son sombras de la quinta dimensión, y los cielos han declarado su gloria. Por consecuencia, el idealismo de Kant llegará a ser la hipótesis básica del físico, como lo fué el materialismo después de Newton. No nos llamamos nosotros materialistas, pero interpretamos las actividades de la Luna, el Támesis, la *influenza* y los aeroplanos en términos de materia. El materialismo consciente o subconsciente de las últimas generaciones ha producido resultados importantes, tales como la higiene,

el socialismo de Marx y el derecho del acusado a justificarse. El reino del idealismo de Kant, como hipótesis básica, primero de los físicos y después vulgar, durará varias centurias. Al cabo de este tiempo se dará un paso de avance similar. Einstein demostró que la experiencia no puede interpretarse en términos de espacio y tiempo. Esto era ya sabido; pero en tanto que el espacio y el tiempo no se conmovieron en su esfera propia, la de explicar los fenómenos de movimiento, los físicos continuaron creyendo en ellos, o, por lo menos, refiriéndose a ellos para los fines de la práctica.

Vendrán unos pocos siglos en que las actividades prácticas se regirán por el idealismo kantiano. ¿Cómo afectará esto a nuestras maneras, moral y política? Francamente, no lo sé, aunque presumo que el efecto ha de ser tan grande como el de la obra de Newton, que ha creado la mayoría de las fuerzas intelectuales del siglo XVIII. Los Condorcet, Bentham y Marx del futuro serán tan despiadados críticos de los metafísicos y moralistas de su tiempo como fueron sus predecesores; pero no estarán tan seguros de sí mismos. Les faltará esa firmeza de tacto que podemos notar en el utilitarismo y el socialismo. Reconocerán que tal vez en la ética como en la física hay, por decirlo así, cuatro y cinco dimensiones que se manifiestan por efectos que, como las perturbaciones de Mercurio, son difíciles de percibir en toda una generación, pero que en el curso de las edades son tan importantes como los fenómenos de tres dimensiones.

Si la hipótesis de los *quanta* llega a adoptarse, aún

serán necesarias más radicales alteraciones en nuestro pensamiento. Pero estimo prematuro insinuar su dirección, dada la actual deficiencia de los *quanta* mecánicos. Y aunque así sea, puede afirmarse, por ejemplo, que un conocimiento más acabado de las propiedades de la radiación habrá de permitir producirla de una manera más satisfactoria que al presente. Casi todos nuestros manantiales de luz son ahora cuerpos calientes, el noventa y cinco por ciento de cuya radiación es invisible. Encender una lámpara como manantial de luz representa un despilfarro de energía comparable al de echar abajo nuestra casa para asar un cerdo. Es bien prudente la profecía de que dentro de cincuenta años el precio de la luz será la quinta parte del actual y no habrá más noche en las ciudades. La alternancia de día y noche es una limitación de la actividad humana que ha de seguir la suerte de las demás ordenaciones temporal y espacial. Pensando largo, creo que todo lo que puede procurarnos la física aplicada es abolir estas limitaciones. Nos hace poseer más, viajar más, comunicar más. No intento predecir en detalle los futuros desarrollos del transporte y la comunicación. Sólo están limitados por la velocidad de la luz. Caminamos hacia un estado en que dos personas podrán hallarse completamente presentes en menos de una quincemilava parte de segundo. No alcanzaremos jamás esta extraordinaria condición, pero es el límite al que nos acercaremos definitivamente.

2

Mas un progreso de esta clase requiere continua provisión de potencia humana y mecánica. Como las industrias están cada vez más solidarizadas y la parada de una implica la de otras muchas, el ideal de los capitanes de la industria ha de dirigirse cada vez menos al aumento indefinido de la producción entre dos huelgas, y cada vez más a su regularización, sacrificando el beneficio y el costo a la normalidad. Es posible que el propio capitalismo entregue completamente al obrero ciertas industrias claves a fin de reducir el número de huelgas esporádicas. Y a medida que el progreso continúe, tal vez sean claves la mayoría de las industrias. La solución puede ser enteramente distinta; bien podríamos ver un retroceso al feudalismo. Mas lo probable es que el problema se resuelva. Será optimista esta visión, pero es más presumible que la otra tesis.

Ninguna sociedad humana logrará producir una organización estable si la mayoría de la población se ocupa en otra cosa que en agricultura, trajinería, caza o pesca. Miles de años costó producir la sociedad agrícola estable, que forma la base de la vida europea y cuya moral estamos demasiado propensos a mirar como verdad eterna. Menos tiempo requiriría desarrollar una sociedad industrial estable. El pueblo que tal haga, heredará la tierra. (En suma, creo que el progreso de la ciencia hará la injusticia industrial tan

destructora de sí misma, como está haciendo ahora la injusticia internacional.)

En cuanto a la provisión de fuerza mecánica, es obvio que el agotamiento de nuestro carbón y nuestro petróleo sólo es cuestión de siglos. Y como se ha dicho que este agotamiento habrá de aniquilar la civilización industrial, voy a permitirme dar algunas razones en contra.

La fuerza hidráulica no es un probable sucedáneo, por su pequeña cantidad, sus fluctuaciones y su irregular distribución. Podrá desplazarse el centro de gravedad industrial a distritos montañosos bien regados, como las faldas del Himalaya, la Colombia inglesa y Armenia; pero al cabo tendremos que recurrir a los manantiales inextinguibles de energía: el viento y la luz solar. El problema se reduce a almacenar la energía en forma conveniente, como el carbón y el petróleo. Si un molino situado en un jardín pudiera producir diariamente 50,8 kilogramos de carbón (produce de hecho su equivalente mecánico), nuestras minas de carbón se cerrarían mañana. Tal vez mañana se invente una barata, reducida y durable batería de almacenaje que transforme la energía intermitente del viento en fuerza eléctrica continua.

Pienso que a la vuelta de cuatrocientos años la cuestión de la energía se resolverá así en Inglaterra: el país estará cubierto por series de molinos metálicos, que accionarán motores eléctricos, los cuales, a su vez, enviarán su corriente de elevado voltaje a grandes centrales eléctricas. A distancias convenientes habrá grandes estaciones de fuerza, donde, en las épocas de

viento, el exceso de energía se empleará en descomponer el agua en oxígeno e hidrógeno. Estos gases serán liquidados y almacenados en vastos reservorios con camisas de vacío, probablemente enterrados. En tiempo de calma, los gases se recomponen en motores de explosión, que accionan dínamos, o, más probablemente, en celdas de oxidación. El hidrógeno líquido es, a pesos iguales, el más eficaz medio de almacenar energía, pues rinde por libra tres veces más calor que el petróleo. Es, por otra parte, muy ligero, y en volúmenes iguales sólo tiene la tercera parte de energía que el petróleo; mas esta última circunstancia no le excluye de la aviación, en la que importa el peso más que el volumen. Sería grande el costo inicial del sistema, pero los gastos en marcha muy inferiores a los actuales. Entre las muchas ventajas de este recurso debe contarse la de que la energía sería igualmente barata en todos los puntos, con lo cual se descentralizaría la industria; y, por último, que no se producirían humo ni cenizas.

El agotamiento de nuestras minas de carbón sería el estímulo para dar solución a este problema exclusivamente práctico. Italia tal vez pudiera ahora mismo consolidar su independencia gastando unos cuantos millones sobre esta dirección.

Por lo que hace a la termodinámica, diré, entre paréntesis, que no creo posible la radioactividad inducida.

3

He de decir algo sobre el arte y la literatura de nuestra gradual conquista del espacio y el tiempo. La culpa de la decadencia de ciertas artes radica primordialmente en la deficiente educación de los artistas. El artista ha de entender su materia. Al presente no hay un solo poeta competente; pocos son los pintores y grabadores que salen de la escuela de Glasgow que conozcan la vida industrial, y creo que sólo exista un solo arquitecto de positiva originalidad que conozca a fondo las posibilidades del cemento armado. Desconozco su nombre; es el que construyó en Soissons, antes de la guerra, un mercado público que tenía la dignidad y el vigor de línea de un templo egipcio antiguo. Si supiera que estaba encargado de la reconstrucción de Soissons, no lamentara ya su destrucción.

Si queremos poetas que interpreten la ciencia física como Metin y Shelley (Shelley y Keats fueron los últimos poetas ingleses que estuvieron al tanto de la química), hemos de procurar que se instruyan en ciencia y economía. Estoy convencido de que la ciencia es mucho mas enérgico estimulante de la imaginación que los clásicos; pero los productos de tal estimulación no ven la luz, por lo general, porque los hombres de ciencia están privados de toda percepción de la forma literaria. Cuando pueden expresarse, logramos un Butler, un Wells o un Norman Douglas.

Hasta que los poetas vuelvan a reclutarse entre las clases educadas (educadas científicamente, digo), no podrán atraer al hombre medio mostrándole la belleza de su propia vida, como Homero y Virgilio supieron atraerse a los rapaces callejeros que escribían sus versos sobre los muros de Pompeya.

También hemos de educar en el arte al trabajo y al capital. Y creo que podemos esperarlo. La idea sobre el arte que tiene para la industria el capitalista actual limítase a pintar franjas verdes y blancas en las fachadas de sus factorías. Es ésta una decoración primitiva, pero en ella está la raíz de la cuestión. Antes de poco descubrirá alguno que los frescos en una factoría aumentan en 1,03 por 100 el rendimiento medio del obrero, y el arte será un coeficiente comercial. Ahora mismo se está descubriendo que el anuncio artístico paga con frecuencia. De un modo semejante, no dudo que el trabajo llegará a comprobar que no puede vivir sólo de pan (¿diremos de pan y cerveza?); mas no podrá hacer este descubrimiento hasta tener asegurada su provisión de pan y de cerveza.

La química aplicada no ha introducido en la vida humana novedad tan importante como la máquina de vapor o el telégrafo. Ha aumentado la producción de algunas sustancias, como los metales; pero antes de de que fuera ciencia la química había explosivos, tintes y drogas, y su progreso, según las líneas actuales, alterará la vida, principalmente de una manera cuantitativa.

Tal vez hoy los problemas fundamentales de la química sean los metalúrgicos de aprovechar los minerales bajos de hierro y la extracción del aluminio de

la arcilla. Aunque esto se logre, difícilmente desalojará el aluminio al hierro y al acero, como éstos desterraron al bronce y al pedernal; pero las aleaciones del aluminio obtendrán el segundo y quizá el primer lugar como metales industriales. Hay esperanza, aunque pequeña, de que una producción del perfume en gran escala constituya la base de una reeducación de nuestro olfato rudimentario; pero las posibilidades más interesantes de la invención química corresponden a la biología por las razones siguientes:

Las sustancias que se desean son de dos clases: las que se buscan por sus propiedades físicas o químicas (el hierro, la madera, el vidrio), y aquellas que se emplean por sus propiedades fisiológicas, como los alimentos, el tabaco y las medicinas. Los colores y perfumes ocupan un lugar intermedio. El valor de las segundas se debe a la relación que guardan con el organismo humano, que depende de la constitución de éste, y que no se ha podido analizar física o químicamente.

Sólo dos sustancias de la segunda clase se han usado universalmente en Europa: la cafeína y la nicotina. Otras muy importantes, como el cloroformo y la quinina, no se han universalizado tanto. Pero el café, el tabaco y el alcohol significan en nuestra vida normal lo mismo que el agua y el alimento. No hay razón para suponer que se agote la última. Durante la guerra, el profesor alemán Embden descubrió que una dosis de siete gramos de fosfato ácido de sodio aumenta la capacidad del hombre para un prolongado trabajo muscular en un 20 por 100, y probablemen-

te ayuda en el trabajo mental prolongado. Puede ser tomado durante largos períodos. No ocasiona trastornos ulteriores como el alcohol, ni puede llegarse en él al exceso, porque actúa como purgante cuando la dosis se exagera. Es posible que se generalice tanto como el café o la cerveza.

Las sustancias susceptibles de consumo diario tienen la mayor importancia social. El tabaco produce ligeros pero definidos efectos sobre el carácter. Los cafés, durante los siglos XVII y XVIII, constituyeron influencias civilizadoras de incalculable valor. Pero ambas sustancias son nocivas para cierto tipo mental. Si se generalizase la convicción de que la templanza es un término prudente, la humanidad tendría una provisión de sustancias como el vino, el café y el tabaco que, usadas de modo inteligente, podrían contribuir a la amenidad de la vida y promover la manifestación de las más altas facultades del hombre. Pero antes de todo esto ha de aplicarse la química a la producción de un grupo más importante de sustancias activas fisiológicas: los alimentos. Con los alimentos ocurren fenómenos curiosos. Directa o indirectamente, nos alimentamos de vegetales. Pero la planta transforma casi todo su azúcar, no en almidón, que es digestible, sino en celulosa, que no lo es, pero que forma su esqueleto leñoso. Los rumiantes han resuelto este problema convirtiendo sus panzas en vastas colmenas de bacterias que atacan a la celulosa, de cuyos productos secundarios se nutren. Nosotros hemos llegado a lo mismo, pero fuera de nuestros cuerpos. Puede hacerse por medios químicos o podemos usar

microorganismos. Irvine ha obtenido de la celulosa un 95 por 100 de azúcar, pero a un precio prohibitivo. De todos modos, dentro de un siglo el azúcar y el almidón estarán tan baratos como el serrín. Muchas de nuestras sustancias alimenticias, incluso las proteínas, se obtendrán de orígenes más simples, tales como el carbón y el nitrógeno atmosférico. Por este camino me parece que antes de ciento veinte años se habrá obtenido una dieta satisfactoria a precio comercial. Esto significa que la agricultura se convertirá en un lujo y que la humanidad llegará a urbanizarse por completo. Por lo que a mí se refiere, no lamento la probable desaparición del trabajador agrícola, cediendo el puesto al industrial, que me parece un tipo de persona más elevado. La historia del progreso humano ha sido el progreso de las ciudades arrastrando una campiña contumaz en su atraso.

«¡Oh, muchos buenos labradores llorarían de amargura si vieran la ciudad-campo hacia la cual caminamos!

Las ramas tienen frutos y yemas; en todas las épocas del año corren los ríos de cerveza negra y dorada; un viejo tañe la flauta en un bosque de oro y plata; las reinas de ojos azules como el hielo danzan en la multitud.»

4

Respecto a la aplicación de la biología a la vida humana, el profeta mediocre parece contentarse con un progreso considerable en medicina y cirugía, algunas

mejoras en cuestión de plantas y animales domésticos, y posiblemente la introducción de unos pequeños eugenínicos. El eugénico oficial, un compuesto, según parece, de policía, sacerdote y procurador, nos regenerará conduciéndonos a intervalos convenientes al templo local de *Venus Genitrix* con una compañía escogida por algo así como un sublime protomedicato. A esto arguyo que quienes lo profetizan tienen poca imaginación y escaso conocimiento de la naturaleza humana. El matrimonio «por números», por decirlo así, fué una novedad cuando Platón lo propuso, pero ya se ha practicado en varios lugares, especialmente entre los súbditos de los Jesuítas del Paraguay. Es, por otra parte, muy probable que se alcancen de otra manera los fines del eugenista.

Dos puntos deben notarse a propósito de las invenciones biológicas. Es el primero que todas han tenido profundos efectos éticos y emocionales, constituyendo algunos hasta la base de una religión.

El segundo punto es más difícil de expresar. Del juego al vuelo no hubo invención que no fuese recibida como un insulto a algún dios. Pues si toda invención física y química fué una blasfemia, toda invención biológica es una perversión.

Consideremos el sencillo y venerable proceso de ordeñar una vaca. La leche, que era un lazo íntimo y casi sacramental entre la madre y el hijo, es extraída por los diestros y lascivos dedos de una moza y bebida, cocida y hasta podrida para transformarse en queso. No tenemos más que imaginar que bebemos cualquiera otra secreción de la vaca, para palpar la

indecencia de nuestra relación con ella. No menos repulsivo, *a priori,* es el proceso de corrupción que produce el vino y la cerveza. Pero ahora, el proceso de ordeñar y de hacer y beber cerveza nos parece naturalísimo; ha llegado hasta crearse un rito propio, cuya infracción tiene un aire de suciedad. Hay algo repulsivo en la idea de ordeñar por electricidad o de beber la cerveza en tazas de te.

La invención biológica tiende, pues, a comenzar por una perversión y acabar en un rito, sustentado por creencias y prejuicios cerrados. Hoy la limpieza quirúrgica está desarrollando sus ritos y dogmas, que, debe notarse, van siendo aceptados religiosamente por las mujeres. Con los hechos mencionados en la mente os pido me excuséis lo que a primera vista parezca improbable o indecente en cualquier especulación que haya de seguir, y que abandonéis la creencia de que la biología consistirá meramente en descubrimientos físicos y químicos aplicados a hombres, animales y plantas. Digo «consistirá» porque de biología no sabemos nada, hecho que no perciben los biólogos y que les hace tan presuntuosos de su posición actual como modestos en sus esperanzas para lo futuro. Si nos fijamos, por ejemplo, en un caso típico de la biología aplicada, como la separación y destrucción del bacilo del cólera, encontramos en ello una gran suma de ciencia, pero el único principio biológico puro que entraña es el muy importante, aunque poco profundo, de que ciertas bacterias matan al hombre. Las partes realmente científicas del proceso están en los métodos ópticos y químicos de aumentar, teñir y matar el bacilo. Cuando,

por otra parte, llegamos a la inmunización contra el tifus, hallamos en ella ciertos principios biológicos puros, pero ni sencillos ni completamente entendidos.

Actualmente, la teoría biológica consiste en algunas antiguas y no bien establecidas verdades relativas al organismo en general, debidas en gran parte a Aristóteles, Hipócrates y Harvey; unos grandes principios, como los formulados por Darwin, Mayer, Claudio Bernard y Mendel, y una gran masa de hechos acerca de los organismos y sus partes que aún esperan adecuada generalización.

Los resultados de Darwin empiezan a ser apreciados con efectos alarmantes sobre ciertos tipos de religión; los de Weismann y Mendel se digerirán en el curso del presente siglo y afectarán también profundamente a las teorías políticas y filosóficas. Casi no necesito decir que aquellos últimos resultados se refieren a la reproducción y a la herencia. Debemos esperar además que en el curso del tiempo se produzcan choques semejantes a los del darwinismo contra las opiniones establecidas sobre toda suerte de cuestiones. No podemos precisar qué choques habrán de ser; pero las opiniones que han de ser contrariadas están arraigadas y son irracionales; serán acogidas por nosotros y nuestros descendientes con el mismo aire de presunción y escándalo con que recibieron nuestros abuelos la hipótesis de que descendemos del mono. Mas debido a la dichosa capacidad que tiene el hombre para pensar encerrándose en compartimientos impenetrables, no ocasionarán inmediatos efectos disruptivos, como no los produjo tampoco el darwinismo.

5

Mucho más profundo será el efecto de las aplicaciones prácticas de la biología. Creo que el progreso en la medicina ha tenido casi el mismo efecto en la Europa occidental que la revolución industrial. Aparte de las importantes consecuencias sociales que han dimanado de la sustitución parcial del sacerdote por el médico, su resultado más claro ha sido que, si hace cuatrocientos años la mayoría de los seres morían en la niñez, viven ahora, por término medio, cuarenta años, prescindiendo de la última guerra. Por muy malas que sean las condiciones de nuestras ciudades, no hay un lugar en el país en que la mortalidad infantil alcance a una tercera parte de la de una familia real de la Edad Media. Y en gran parte, a consecuencia de esto, la religión ha venido a interesarse cada vez menos en una buena muerte y cada vez más en una buena vida, cambiando, por tanto, gradualmente sus miras. La muerte ha pasado tan a segundo término en el panorama de nuestros pensamientos normales, que cuando llegamos a cierto contacto con ella durante la guerra, apenas si la tomamos en serio.

De un modo semejante, las instituciones basadas en las vidas cortas decayeron completamente. Por ejemplo, el régimen inglés de la tierra requería que el terrateniente muriese hacia los cuarenta y fuese reemplazado por su hijo mayor a eso de los veinte años. El hijo había consumido en la heredad la mayor parte de su vida y tenía fuera de ella pocos intereses.

La manejaba tan bien como cualquiera otro pudiera hacerlo. Ahora, el padre renquea hasta los ochenta años y es, por lo general, inútil desde diez años antes de su muerte. Le sucede su hijo a los cincuenta, es decir, a una edad en la que podría ser un buen coronel o comerciante, pero no puede esperar aprender el arte de llevar una tierra. La encomienda, pues, a un agente, que está desprovisto de toda iniciativa y es con frecuencia inmoral o la gobierna por rutina; obtiene bajo provecho y adscribe al bolchevismo lo que realmente debiera poner a la puerta de la vacuna.

Mas, para volver al futuro, si puedo usar la expresión, voy a sugerir unos cuantos desarrollos que parecen obvios en el presente estado de la ciencia biológica, sin comprometerme en nuevas generalidades de tipo darwinista. Tengo los mejores precedentes para presentar un mito acerca de este punto, y así tal vez pueda excusarme si reproduzco algunos extractos de un ensayo sobre la influencia de la biología en la historia del siglo XX, que será leído, probablemente, por tal o cual obtuso alumno de esta Universidad (Cambridge) a su profesor en su primer curso dentro de doscientos años.

«Ya en la primera década del siglo XX hallamos una tentativa consciente de aplicación de la biología a la política en el llamado movimiento *eugenista*. Buen número de personas serias y afanosas, habiendo descubierto la existencia de la biología, trataron de aplicarla en su entonces primitiva condición a la producción de una raza suprahumana, y en ciertos países lograron

fomentar copiosa legislación. Procuraron, según parece, prevenir la transmisión de la sífilis, la locura y otras dolencias análogas, y consiguieron ciertamente despertar el odio y la oposición más violenta de las clases en las cuales estaban aquellos a quienes miraban, con alguna ligereza, como padres recusables. (Hubo hasta una rebelión en Nebrasca.) Sin embargo, prepararon éstos indudablemente a la opinión para lo que había de venir y rindieron efecto útil. Mucho más importante fué el progreso en medicina, que desterró las enfermedades en aquellos países que estaban preparados a tolerar la intromisión del Estado en la vida privada, y, por último, después de la Liga de 1958, en todo el mundo, aunque debido a la contumacia de la India, en varias zonas de esta tierra persistió la morbilidad hasta 1980.

Pero desde un punto de vista más amplio, la obra biológica más importante del primer tercio del siglo correspondió a la zoología y a la botánica experimentales. Cuando consideramos que en 1912 Morgan había localizado varios factores mendelianos en el núcleo de *Drosophila* y modificado su *sex-ratio,* mientras que Marmorek había enseñado a un bacilo inofensivo a matar cerdos de Guinea, y finalmente, en 1913, había desarrollado embriones de conejo en sueros durante algunos días, es notable cuán poco los trabajadores científicos de aquellos días—y *a fortiori* el público en general—parecen haber previsto el alcance práctico de tales resultados.

El hecho es que hasta 1940 no descubrió Selkovski el alga púrpura, *porphyrococus fixator,* que había

de influir tan considerablemente en la historia del mundo. Desde cincuenta años antes, el rendimiento medio del trigo por hectárea habíase duplicado, en parte por el empleo de varios abonos químicos, pero sobre todo como resultado del trabajo sistemático del cruzamiento de razas; sin embargo, quedaban pocas esperanzas de adelantar en tales cuestiones. El *porphyrococus* es un fijador del nitrógeno de enorme eficacia y se desarrolla en casi todos los climas con tal de que haya agua e indicios de potasa y fosfatos en el terreno. Produce en cuatro días el mismo efecto que una cosecha de algarrobas en un año. No podría haberse producido naturalmente porque sus inmediatos predecesores crecen sólo en ambientes artificiales y no podían vivir fuera del laboratorio. Dondequiera que el nitrógeno era el principal limitador del desarrollo de la planta, dobló el rendimiento del trigo y cuadruplicó el valor de los prados. El enorme descenso de los precios de los alimentos y la ruina de los estados puramente agrícolas fueron, sin duda, las causas principales de los desastres en 1943 y 1944. La plétora de alimentos se acentuó grandemente cuando la especie «Q» del *porphyrococus* escapó al mar y se multiplicó con rapidez sorprendente. En efecto; durante dos meses la superficie del Atlántico tropical se convirtió en una masa gelatinosa, con terribles consecuencias para el clima de Europa. Cuando ciertos organismos desarrollaron fermentos capaces de digerirlo, fué tan grande el incremento de las especies marinas, que el pescado llegó a ser alimento universal, como sigue siéndolo, e Inglaterra se bastó a sí misma con respecto

al alimento. Y fué tal la prosperidad de Inglaterra, que en aquel año la Unión de mineros de carbón presentó su primer caballo en el Derby (una carrera que aún se celebraba anualmente).

Como resultado de esta invasión del *porphyrococus,* adquirió el mar ese matiz púrpura intenso que nos parece tan natural, pero que tanto entristeció a los más finos estéticos de la generación que hubo de presenciar la metamorfosis. Es verdaderamente curioso para nosotros saber que el mar fué un tiempo azul y verde. No voy a detallar los trabajos de Fergusson y Rahmatullah, que en 1957 obtuvieron el liquen que ha contenido la arena movediza de los desiertos (pues son continuación del de Selkovski); ni he de entrar tampoco a contar cómo los países agrícolas afrontaron la inocupación con grandes proyectos de energía aérea.

En 1951, Dupont y Schwarz obtuvieron el primer ectogénico niño. Ya en 1902 Heape había transferido embriones de una coneja a otra, y Haldane, en 1925, habíalos desarrollado y conservado durante diez días, pero no logró terminar el proceso; y hasta 1940 no se consiguió por Clark llevarlo a cabo con el cerdo, empleando como medio la solución de Kehelmann. Dupont y Schwarz obtuvieron un ovario fresco de una mujer que fué víctima de un accidente de aviación y lo conservaron vivo por espacio de cinco años. Obtuvieron de él varios huevos y los fertilizaron con éxito, mas el problema de la nutrición y conservación del embrión fué más difícil y no lo resolvieron hasta el cuarto año. Ahora que conocemos ya

la técnica podemos tomar el ovario de una mujer y conservarlo en un líquido conveniente durante veinte años produciendo un huevo cada mes, de los cuales puede fertilizarse el 90 por 100, y luego desarrollarse los embriones por espacio de nueve meses y sacarlos entonces al aire. Nunca alcanzó Schwarz tan brillante resultado, pero la noticia de su primer descubrimiento causó enorme sensación en todo el mundo, porque ya la natalidad era inferior a la mortalidad en todos los países civilizados. Fué Francia la primera nación que adoptó la ectogénesis oficial, y hacia 1978 producía ya setenta mil niños por este sistema. En casi todos los demás pueblos fué más tenaz la oposición, que hubo de intensificarse por varios edictos eclesiásticos que aparecieron en 1960.

Como ya sabemos, se ha universalizado la ectogénesis, y en este país nacen de mujer menos del treinta por ciento de los niños. El efecto de la separación entre el amor sexual y la reproducción, que empezó en el siglo XIX y llegó a completarse en el XX, no ha sido satisfactorio para la psicología humana ni para la vida social. La vida de la antigua familia ha perdido mucho con ello, y aunque ya hoy se produce habitualmente la lactancia en las mujeres por inyección de placentina, tenemos que confesar que en ciertos respectos nos aventajaban nuestros abuelos. Admítese, por otra parte, que la selección ha remediado con exceso estos males. Aun en pequeña proporción, los hombres y mujeres seleccionados como procreadores para cada generación sucesiva son indudablemente tan superiores al tipo medio, que es sor-

prendente el adelanto que se obtiene en todos los respectos, desde la producción musical hasta el descenso de la propensión al robo. De no haber sido por la ectogénesis, hubiera fenecido fatalmente la civilización debido a la mayor fecundidad en los seres menos deseables en todos los países.

Tal vez sea una suerte que el proceso por el cual se obtiene una madre ectogénica para cada generación sucesiva implique una operación que es un tanto desagradable, aunque ya no suponga la mutilación, peligro de la vida ni ocasione daño psicológico, y constituya un honor, aunque en modo alguno un placer. En este caso es muy posible que la oposición popular hubiera sido demasiado fuerte para el movimiento seleccionista. De todos modos, la oposición fué muy dura, y propiamente esta nación no adoptó su presente modelo de selección, muy restringido, hasta una generación después que Alemania, a pesar de lo cual se halla ahora en este punto más adelantada que ninguna otra. Las ventajas de la generalización del método seleccionista han sido enormes. La cuestión ideal de la relación sexual es todavía materia de discusión violenta, pero la moderna reacción hacia la igualdad es muy fuerte.»

Nuestro ensayista seguiría tal vez discutiendo otros adelantos mucho más radicales logrados hacia 1990, pero yo he reseñado sólo su exposición de las más tempranas aplicaciones de la biología. El segundo no me parece imposible ni improbable, pero tiene aquellos rasgos que hemos visto caracterizar a las invenciones biológicas. Si la reproducción llega a sepa-

rarse por completo del amor sexual, la humanidad se libertará en un sentido completamente nuevo. Actualmente el carácter nacional se modifica paulatinamente obedeciendo a leyes completamente desconocidas. El problema de los políticos consiste en hallar instituciones adecuadas a él (al carácter). En lo futuro tal vez sea posible modificar por medio de una educación selectiva el carácter tan rápidamente como las instituciones. Podría prever los carteles electorales que habrá de aquí a trescientos años si sobreviven tan refinados métodos políticos, lo que es tal vez improbable. «Voto por Smith y otros músicos»; «Voto por O'Leary y otras muchachas»; o quizá, finalmente, «Voto por Macpherson y un rabo prensil para sus bisnietos.» Nosotros podemos ya alterar las especies animales en una gran escala, y parece sólo cuestión de tiempo que podamos aplicar a nosotros mismos tales principios.

6

Creo, pues, que la biología se aplicará probablemente según líneas semejantes a las que acabo de marcar. Es posible que haya igualmente grandes probabilidades en el camino del perfeccionamiento directo del individuo humano cuando lleguemos a conocer algo más de los obstáculos psicológicos que se oponen al desarrollo de diversas facultades. Mas por ahora sólo podemos adivinar la naturaleza de esos obstáculos, y la línea de ataque sugerida en el mito es la que parece

más sencilla a un darwiniano. Sabemos ya, sin embargo, que muchas de nuestras facultades espirituales sólo pueden manifestarse si ciertas glándulas, como la tiroides y las sexuales, funcionan debidamente, y que cambios insignificantes en tales glándulas afectan considerablemente al carácter. A medida que avanza nuestro conocimiento en esta materia podemos, por ejemplo, aspirar a gobernar nuestras pasiones por algún método más directo que la sujeción y la flagelación; a estimular nuestra fantasía por algún reactivo de menos efectos perjudiciales que el alcohol; a actuar sobre los instintos perversos por la psicología más que por la cárcel. Inversamente, surgirán por fuerza posibilidades de nuevos vicios similares (bien que más profundos aún) a los despertados por los descubrimientos farmacológicos del siglo XIX.

La historia reciente de la medicina es la siguiente: Hasta 1870 la medicina se fundó principalmente en la fisiología. La enfermedad se miraba desde el punto de vista del paciente. El descubrimiento de Pasteur de la naturaleza de las enfermedades infecciosas transformó el criterio e hizo posible desterrar todo un grupo de enfermedades. Pero desvió también a la medicina científica de su senda primitiva, y es probable que si se desconocieran las bacterias, aunque muchos individuos murieran de infección séptica y tifoidea, estuviéramos más capacitados para combatir las dolencias renales y el cáncer. Ciertas afecciones, como el cáncer, no son probablemente ocasionadas por organismos específicos, en tanto que otras, como la tuberculosis, son producidas por formas que, siendo inofensivas para el indivi-

duo medio, atacan a otros por razones desconocidas. No es probable que las tratemos eficazmente empleando las normas de Pasteur; tenemos que desviar nuestra mirada del microorganismo para fijarla sobre el paciente. Allí donde el médico no puede combatir al primero, es frecuente que pueda conservar vivo al paciente el tiempo necesario para que lo combata por sí mismo. Y para esto tiene que apoyarse en el conocimiento fisiológico. No digo que un fisiólogo haya de descubrir el medio para prevenir el cáncer—Pasteur inició su vida como cristalógrafo—, pero el que lo consiga es probable; al menos, que utilice para ello en una gran escala los datos fisiológicos.

La abolición de la enfermedad hará de la muerte un accidente fisiológico como el sueño. Una generación que ha nacido junta, morirá a la vez. Sospecho que el anhelo humano de una vida futura se cifra, principalmente, en dos causas: la sensación de que la mayor parte de las vidas son incompletas, y el deseo de encontrar a los amigos de quienes nos hemos separado prematuramente. Un suave descender a la tumba al cabo de una vida completa de trabajo desvanecerá considerablemente la primera, y nuestros contemporáneos rara vez nos dejarán llorando.

La vejez es tal vez más dura para la mujer que para el hombre. Viven más las mujeres, pero su vida se frustra, por lo general, en el cambio repentino que les sobreviene entre los cuarenta y los cincuenta años, y el cual las hace a veces fácil presa de la enfermedad, aunque en ciertos casos puedan mejorar de salud. El cambio parece ser debido a una disminución brusca

de una sustancia química definida que produce el ovario. Cuando podamos aislar y sintetizar este cuerpo será posible prolongar la juventud de una mujer y que llegue a la vejez por la misma gradación que sigue el hombre.

La psicología apenas si es una ciencia aún. Como la biología, ha llegado a ciertas generalizaciones más bien abstractas y de carácter filosófico, pero todavía son aquéllas en cierto modo materia de controversia. Y aunque la mayoría de los hechos empíricos importantes son conocidos, sólo se han hecho hasta ahora unas cuantas grandes generalizaciones derivadas de ellos: tal ocurre con la existencia de la mente subconsciente. Pero cualquiera que haya visto un solo ejemplo del poder del hipnotismo y la sugestión habrá de comprender que la faz del mundo y las posibilidades de la existencia se alteren totalmente cuando podamos manejar sus efectos y modelar sus aplicaciones, según ha ocurrido con las drogas, que se consideraron en un tiempo igualmente mágicas. Mucho más importantes, por supuesto, serían los resultados de establecer una comunicación sistemática con los seres espirituales del otro mundo, cosa que se trata de hacer entrar en las posibilidades de la ciencia. El espiritismo es ya el más formidable enemigo de la cristiandad, y no tenemos datos que nos permitan estimar el efecto probable sobre el hombre de una religión cuyos dogmas se apoyen en experimentos, cuyos misterios sean tan prosaicos como el alumbrado eléctrico, cuya ética se cifre en los resultados obtenidos en el otro mundo por una buena o mala vida en ésta. Sin

embargo, he aquí la perspectiva que se nos ofrece si el espiritismo obtiene la comprobación científica que demanda en la actualidad, tal vez con poco éxito.

Sólo he podido en el tiempo de que dispongo atravesar unos pocos de los muchos campos que se abren al adelanto científico. Si he convencido a alguno de que la ciencia tiene aún muchas cosas dentro de la manga y que estas cosas son de un carácter sorprendente, me reconoceré ampliamente recompensado. Si algo de lo que he dicho parece repulsivo o gratuito, he de replicar que ciertos fenómenos de la vida normal lo parecen también a muchos, y que esos fenómenos son, sin embargo, de la mayor importancia práctica.

He tratado de demostrar que el biólogo es la figura más romántica del presente. A primera vista parece ser un pobrecillo y despreciable ser que anda a tientas por entre las nieblas del mundo ultramicroscópico, que se empeña en amargas e interminables escaramuzas sobre el *nephridia* de gusanos planos, y que se despierta una mañana para enterarse de que alguno, cuyo nombre no ha oído jamás, ha demolido con unos cuantos experimentos la obra en que pusiera su esperanza de hacerse inmortal. Hay una verdadera tragedia en su vida, pero sabe que tiene una responsabilidad de la cual no osa evadirse; se siente apremiado, aparte de otras consideraciones utilitarias, por algo o por alguien que presiente más elevado que él.

El conservador tiene poco que temer del hombre cuya razón es esclava de sus pasiones, pero cuídese mucho de aquel cuya razón ha llegado a ser la más terrible de las pasiones. Aquellos son los destructores

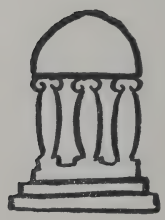
de los imperios y de las civilizaciones desgastadas, escépticos, demoledores, deicidas. En el pasado fueron, en general, hombres como Voltaire, Bentham, Thales, Marx y, muy posiblemente, el divino Julio; pero pienso que Darwin ofrece un ejemplo de la misma inexorabilidad de la razón en el terreno de la ciencia. Sospecho que como la razón tiene actualmente, no sólo más libre ejercicio en la ciencia que en cualquier otra parte, sino que puede producir efectos tan grandes en el mundo por medio de la ciencia como a través de la política, de la filosofía o de la literatura, habrá otros muchos Darwin. Tales hombres se interesan primordialmente en la verdad como tal, pero apenas si pueden interesarse en lo que habrá de ocurrir cuando claven en el mundo sus dientes de dragón.

No quiero decir que los biólogos se propongan de un modo general imaginar en todos sus detalles las futuras aplicaciones de su ciencia. Los problemas centrales de la vida para ellos pueden ser la relación entre los equinodermos y los braquiópodos, y el intento de vivir de sus salarios. No se ven a sí mismos como figuras siniestras y revolucionarias. No tienen tiempo para soñar. Pero presumo que muchos de ellos sueñan más de lo que quisieran confesar.

He dado una pequeñísima selección de mi sueño. Tal vez sean malos sueños. Es, por supuesto, casi ilusorio el intento de hacer profecías exactas acerca de cómo ha de revolucionar la vida humana el conocimiento científico, pero creo que continuará haciéndolo, y aun más profundamente de lo que yo he sugerido.

Aunque personalmente opino que, sea como sea, la vida familiar debe respetarse, sólo puedo reiterar que ni uno de los adelantos prácticos que he predicho deja de estar ya simbolizado por el reciente trabajo científico. Si a un químico o un físico de fines del siglo XVII se le hubiera hecho predecir las futuras aplicaciones de su ciencia, sin duda que hubiera caído en muchos risibles errores del más genuino estilo Lapután, aunque hubiera estado cierto de que sería aplicado en alguna manera, y su fe hubiérase visto justificada.

J. B. S. HALDANE



Nuevos hechos, nuevas ideas

¿Qué son los valores?

Iniciación en la Estimativa

Desde hace algún tiempo, en los estudios filosóficos, en las obras literarias y aun en la conversación de las gentes pulidas aparecen con mucha insistencia los vocablos «valores», «valoración», «valorar». Las gentes de espíritu agrio que no saben otorgarse a sí mismas el lujo de comprender las cosas dirán que se trata de una moda. Sin embargo, la preocupación teórica y práctica en torno a los valores es uno de los hechos más hondamente reales del tiempo nuevo. Quien ignore el sentido e importancia de esa preocupación se halla a cien leguas de sospechar lo que hoy está aconteciendo en los profundos senos de la realidad contemporánea, y más lejos aún de entrever el mañana que hacia nosotros rápido avanza.

Se trata de una de las más fértiles conquistas que

el siglo XX ha hecho, y, a la par, de uno de los rasgos fisiognómicos que mejor definen el perfil de la época actual.

Hasta fines del último siglo no existían más estudios sobre el valor que los referentes al valor económico *.

En Etica y en Estética, en Sociología y en Psicología se empleaba a menudo el término «valor», sin que intentase nadie someter su sentido a especial indagación. En los libros éticos de Kant, sobre todo en sus *Fundamentos para una metafísica de las costumbres*, se habla varias veces en cada página de «valor», y no extrínseca o fortuitamente, sino del modo más formal. Los temas decisivos dentro del sistema moral kantiano son planteados o son resueltos en fórmulas donde la palabra «valor» interviene. Una vez y otra leemos expresiones como «valor absoluto», «valor relativo», «valor propio o íntimo de la persona», «valor moral», etcétera, sin que para fijar las graves alusiones de esos vocablos nos ofrezca Kant ni por casualidad una definición, nominal al menos, del valor, no hablemos de una investigación premeditada del problema objetivo que el término encierra.

No menos usual es la conversación de «valores esté-

---

* Una vislumbre, bien que vaga, de los temas que hoy tanto nos interesan la tuvieron antes que nadie los ingleses. En las obras de Hutcheson, Saftesbury y aun de Adam Smith se respira el ambiente que, más clarificado, constituye hoy la teoría de los valores. No obstante, los primeros pensadores que descubrieron en el Valor un problema científico aparte han sido Herbart (1776-1841), Beneke (1798-1854) y Lotze (1817-1881). Conviene desde luego advertir que la llamada «filosofía de los valores» (Windelband, Rickert, Münsterberg) tiene escasamente que ver con la «teoría de los valores» que ahora nos ocupa.

ticos», «valores vitales», «valores políticos», «valores culturales». Toda una generación se ha encendido al calor que irradiaba el lema de Nietzsche: *Transmutación de los valores*. Puede advertirse, desde luego, que se recurre al vocablo «valor» precisamente cuando parecen inservibles todos los demás conceptos para entender ciertos fenómenos. Lo cual equivale a reconocer que allí donde se habla de «valor» existe algo irreductible a todas las demás categorías, algo nuevo y distinto de los restantes ámbitos del ser. ¿No fuera, por lo mismo, tanto más obligado precisar un poco en qué consiste eso que llamamos «valor»?

Tal es el propósito de las páginas subsiguientes: quisiera por el camino más corto conducir al lector hasta una noción clara y rigorosa de lo que son los valores. No es, pues, nuestro asunto una clase particular de valores; no qué sea el valor moral, o el valor económico, o el estético, sino qué sea el valor en general va a servir de meta a nuestra pesquisa.

Es sobremanera extraño que problema tan esencial y tan amplio aparezca ante nosotros como una *terra incognita*. Nos encontramos, en efecto, con la paradójica circunstancia de que mientras la filosofía, desde su iniciación, cavila sobre el problema del ser, su equivalente en extensión y dignidad, el problema del valor, parece, no ya escasamente atendido, sino ignorado por los filósofos.

Claro es que no ha acontecido rigorosamente así. Un tema tan radical no tolera que se le pase por alto. Podrá el pensador individual desapercibirlo, podrán correr ante él las épocas sin destacar formalmente su

fisonomía; no obstante, el tema se hará presente de algún modo en el cuerpo de la ciencia. Unas veces estará fundido e indiferenciado con otros problemas; otras, por el contrario, se deslizará disfrazado bajo alguna de sus formas particulares; otras, en fin, su presencia consistirá precisamente en una agresiva ausencia, como en un mosaico la pieza perdida hace constar su alejamiento dejando el perfil de su hueco.

Así, la versión en que más reiteradamente ha preferido ocultarse el Valor es la idea de Bien. Durante siglos, la idea de lo bueno ha sido la que aproximó más el pensamiento a la idea de lo valioso. Pero, como pronto veremos, el Bien no es sino, o el substrato del valor, o una clase de valores, una especie del género valor. Y acaece que cuando no se posee la verdadera idea genérica la especie se convierte en un falso género, del cual conocemos sólo la nota específica. Un ejemplo aclarará esto que digo: para los primitivos pensadores de Jonia no existían más objetos que los corporales o físicos. Ninguna otra clase de objetos había entrado aún en el campo de su intelección. Consecuentemente, para ellos no existía la distinción, tan obvia para nosotros, entre el ser y el ser físico o corporal. Sólo este último conocían, y, por tanto, en su ideario cuerpo y ser valen como sinónimos. El ser se define por la corporeidad, y su filosofía es *fisiología*. Mas he aquí que Pitágoras, errabundo en Italia, hace el dramático descubrimiento de unos objetos que son incorpóreos y, sin embargo, oponen la misma resistencia a nuestro intelecto que los corporales a nuestras manos: son los números y las relaciones geométricas. En

vista de esto, no podremos, cuando hablemos del ser, entender la corporeidad. Junto a ésta, como otra especie del ser, está la idealidad de los objetos matemáticos. Tal duplicación de los seres nos hace caer en la cuenta de nuestra ignorancia sobre qué era el ser. Conocíamos lo específico de la corporeidad, pero no lo que de ser en general hay en ésta.

Pues análogamente, al hablar del Bien, llegaremos tan sólo a conocer una forma específica del valor, sin que sospechemos tras ella el género valor. Y prueba inmediata de que es algo muy distinto tenemos en la sencilla consideración de que el Bien y el Mal se excluyen, son el uno lo contrario del otro, y, sin embargo, uno y otro son valor: el Bien, un valor positivo; el Mal, un valor negativo. ¿Qué es, pues, ese substantivo «valor» común a ambos y que se especifica de tal modo en caracteres contrarios?

La conciencia del valor es tan general y primitiva como la conciencia de objetos. Difícil es que ante cosa alguna nos limitemos a aprehender su constitución real, sus cualidades entitativas, sus causas, sus efectos. Junto a todo esto, junto a lo que una cosa es o no es, fué o puede ser, hallamos en ella un raro, sutil carácter en vista del cual nos parece valiosa o despreciable. El círculo de cosas que nos son indiferentes es mucho más reducido y anómalo de lo que a primera vista parece. Y lo que llamamos indiferencia apreciativa suele ser una menor intensidad de nuestro interés positivo o negativo que, en comparación con más vivos intereses, consideramos prácticamente como nula.

Percibimos los objetos, los comparamos y analiza-

mos, los sumamos, ordenamos y clasificamos. Indagando su mutuo condicionamiento, los encadenamos en series de causas y efectos, series que a su vez se articulan recíprocamente formando la estructura del universo ilimitado en el espacio y en perpetua fluencia dentro del cauce del tiempo. Pero he aquí que esos mismos objetos organizados en un mundo según lo que son o no son, sin abandonar su puesto y condición en él, los hallamos organizados en una estructura universal distinta, para la cual no es lo decisivo que sea o no sea cada cosa, sino que valga o no valga, que valga más o que valga menos. No nos contentamos, pues, con percibir, analizar, ordenar y explicar las cosas según su ser, sino que las estimamos o desestimamos, las preferimos o posponemos; en suma, las valoramos. Y si en cuanto objetos nos aparecen ordenadas en series tempoespaciales de causas y efectos, en cuanto valoradas aparecen acomodadas en una amplísima jerarquía constituída por una perspectiva de rangos valorativos.

Si por mundo entendemos la ordenación unitaria de los objetos, tenemos dos mundos, dos ordenaciones distintas pero compenetradas: el mundo del ser y el mundo del valer. La constitución del uno carece de vigencia en la del otro; por ventura, lo que *es* nos parece *no valer* nada, y, en cambio, lo que *no es* se nos impone como un valor máximo. Ejemplo: la perfecta justicia nunca lograda y siempre ambicionada.

Hay en el vocabulario vulgar palabras cuyo significado alude especial y exclusivamente al mundo de los valores: bueno y malo, mejor y peor, valioso e inválido, precioso y baladí, estimable, preferible, etc. Con

ser bastante rica esta lengua valorativa, apenas si forma un rincón imperceptible de las significaciones estimativas. Por causas hondas, de las cuales no es posible discurrir en erte ensayo, existe en el lenguaje la tendencia económica a expresar fenómenos de valor por medio de un halo de significación complementaria que rodea a la significación primaria, realista, de la palabra. Así, la voz «noble», en complexiones como «acción noble», «carácter noble», significa primariamente una cierta constitución real de unos movimientos externos o internos de una persona, o bien una cierta predisposición constante que posee realmente el alma de un individuo. Esta significación primaria se refiere, pues, a cosas o cualidades reales, como la palabra «rojo» se refiere a esta cualidad cromática que ahora estoy viendo. Pero sería falso afirmar que con esto hemos satisfecho plenamente la significación de «noble». Cuando digo rojo me refiero exclusivamente al color de este nombre; pero cuando digo «acción noble» no me limito a nombrar una cierta clase de actos reales, sino que doy a entender de paso o complementariamente que esa clase de actos reales tiene un valor positivo frente al valor negativo que tiene otra clase de actos reales, a los que llamo «abyectos». Y si insistiéramos en nuestro análisis de lo que significamos con el vocablo «noble» dentro ya de lo estimativo, notaríamos que no declaramos sólo adherir a tales actos un valor positivo en general. Pues al calificar una acción de «útil» también le atribuímos un valor positivo, pero muy distinto del valor «nobleza». Por «noble» entendemos, pues, un determinado valor positivo.

Del propio modo, los vocablos «generoso», «elegante», «diestro», «fuerte», «selecto»—o bien «sórdido», «inelegante», «torpe», «débil», «vulgar», significan a la vez realidades y valores. Es más; si se hiciera una exploración del diccionario con el ánimo de reunir todas las palabras de sentido completamente estimativo, pasmaría la fabulosa decantación de caracteres y matices valorales que hay en el idioma usadero.

Preguntémonos, pues, con algún rigor y urgencia: ¿qué son esos valores? Es seguro que a la mente del lector acuden ciertas respuestas a tal pregunta, y es probable que el orden en que aparezcan sea el mismo en que esas respuestas han surgido en el proceso científico. Dos de ellas resumen todas las demás y son como estaciones del camino dialéctico que todo espíritu sigue para llegar a una noción más pura, más exacta y más clara del Valor.

I. LOS VALORES NO SON LAS COSAS AGRADABLES

Antes que nada nos ocurre pensar esto: una cosa es valiosa, tiene valor, cuando nos agrada y en la medida en que nos agrada. Tiene valor negativo cuando nos desagrada y en la medida en que nos desagrada.

Fué Meinong el primero que de una manera formal y taxativa planteó el problema general del valor e intentó su teoría en *Investigaciones psicológico-éticas para una teoría del valor*, publicadas en 1894 *.

* Alois Meinong, profesor de filosofía en Praga: *Psychologisch-Ethische Untersuchungen zur Werttheorie*, 1894. Véase su polémica con Ehrenfels, a que luego

¿Quién no hallará plausible la idea de Meinong? Yo doy valor a una cosa, aquél a otra; yo prefiero lo que éste pospone, y viceversa. Lo que me agrada es valorado positivamente; lo que me enoja, negativamente.

He aquí renovarse, con motivo del valor, exactamente el mismo razonamiento que, allá en Grecia, sirvió de fundamento al escepticismo. Cada cual tiene su opinión y juzga que es ella la verdad; estas opiniones, presuntamente verdaderas, producen la más atroz disonancia. Tal es el venerable «tropo» o argumento de Agripa el académico, el «tropo» fundado en la diversidad inarmónica de las opiniones—τὸν απὸ τῆς διαφονίας τῶν δοξῶν.

Pero lo mismo que en el caso de la verdad, en el del valor, el «tropo» de Agripa, de gran efecto emocio-

---

hago referencia: *Uber Werthaltung und Wert* (Sobre valoración y valor), en el *Archiv für systematische Philosophie*, 1895, tomo I, y su artículo *Ueber Urteilsgefühle; was sie sind und was sie nicht sind* (Sobre sentimientos de juicio: qué son y qué no son) en el *Archiv für die gesammte Psychologie*, tomo VI, 1905. En su libro *Ueber Annahmen.* (Sobre las asumpciones), 2.ª ed., 1910, dedica al asunto el capítulo IX. El punto de vista de Meinong en esta época es ampliamente desarrollado por Urban en el libro *Valuation, its nature and laws*, 1909, que pueden consultar los que no lean alemán. Sin embargo, todos aquel los trabajos de Meinong que han ocupado y preocupado durante años a los axiólogos o *valoristas* carecen hoy de verdadero interés. El autor ha tenido que retirar todo lo esencial de sus ideas y aceptar la sencilla verdad que su maestro Franz Brentano había ya descubierto en 1889, bien que referida al problema del Bien, sin destacar suficientemente la idea de valor. El folleto genial de Brentano, donde se formula por vez primera frente a Kant lo que yo juzgo principio esencial de la nueva Etica, se titula *Vom Ursprung silicher Erkenntnis.* (Existe traducción inglesa.) Las ideas de Brentano sobre psicología y ética no consiguieron prender en el siglo XIX, y, en cambio, en la forma que las han dado sus discípulos—Husserl, Meinong, Marty, etc.—han triunfado rápidamente en los pocos años de siglo XX que van corridos. ¡De tal modo son los siglos como climas favorables o adversos a determinadas simientes ideológicas!

nal, pasa a la vera del problema sin herirlo, como una flecha desviada. A la esencia de la verdad son indiferentes las vicisitudes del sufragio universal. La coincidencia de todos los hombres en una misma opinión no daría a ésta un quilate más de verdad; sólo nos proporcionaría una mayor tranquilidad y confianza subjetivas, porque, en el fondo, somos los hombres humildes y débiles y nos aterra quedarnos con nuestro criterio.

Sin embargo, la idea de Meinong nos parece obvia: es la primera que se nos ocurre. Todos, al preguntarnos «¿qué es el valor?», nos hemos primeramente respondido: valor es el cariz que sobre el objeto proyectan los sentimientos de agrado y desagrado del sujeto. Las cosas no son por sí valiosas. Todo valor se origina en una valoración previa, y ésta consiste en una concesión de dignidad y rango que hace el sujeto a las cosas según el placer o enojo que le causan.

No es un azar que esta idea en que se comienza por negar el carácter objetivo del valor y se le hace emanar del sujeto sea la primera que nos ocurre. Se trata de una predisposición nativa que en todos los órdenes caracteriza al hombre moderno, sobre todo al contemporáneo, y le diferencia radicalmente del hombre antiguo. Para éste, lo espontáneo y primero es pensar que los objetos—cosas, verdades o normas—son independientes del sujeto, son transubjetivos. Sólo en virtud de un gran esfuerzo mental, de que sólo algunos individuos geniales fueron capaces, llega la humanidad antigua a sospechar que tal vez todo ese mundo de objetos y relaciones objetivas es mera ilusión y se

educe a una emanación del sujeto. En el hombre moerno, que se inicia en el Renacimiento y llega en el silo XIX a sus últimas consecuencias, esta suspicacia es ormal y espontánea; no necesita de razones especiales ara llegar a ella: la encuentra originariamente formano el estrato más hondo de su espíritu. Somos, en efecto, ubjetivistas natos *. Es curioso advertir la facilidad on que el hombre medio de nuestra época acepta toda esis en la cual lo que parece ser algo objetivo es explido como mera proyección subjetiva. A nadie se le ntoja paradógica, por ejemplo, la idea de Stuart Mill, de todo el positivismo, que hace de las cosas circunlantes—este tintero, esta mesa—un conglomerado de ensaciones y nada más. Como a pesar de estas teoías el tintero y la mesa nos seguirán inevitablemente areciendo entidades distintas de nosotros, independientes de nuestros estados subjetivos, quiere decirse que esta manera de pensar implica el reconocimiento de que estamos condenados a un inexorable espejismo y a un perpetuo *quid pro quo*.

En el caso de los valores, la situación es pareja. Tal vez presenta con mayor claridad el error del positivismo, que, a pesar de su título y aspiración—ser una filosofía de los puros hechos, de los fenómenos—, comienza siempre por desconocer el fenómeno mismo que quisiera explicar. Porque es el hecho, lo positivo, que en el momento de valorar algo como bueno no vemos la bondad proyectada sobre el objeto por nuestro sentimiento de agrado, sino, al revés, como viniendo, como

* Subjetivismo es la torpe realidad que se oculta bajo el lindo nombre de «idealismo filosófico».

imponiéndose a nosotros desde el objeto. Ante un acto justo es él quien nos parece y a quien diputamos por bueno, como el verde de la hoja nos aparece en la hoja y es propiedad de ella. De modo que lejos de parecernos bueno un hombre porque nos agrada, lo que positivamente acaece en nuestra conciencia es que nos agrada *porque* nos parece bueno, porque hallamos en él ese carácter valioso de la bondad. Este *porque* no es una palabra al aire. Nuestro agrado no se produce simplemente después de haber advertido la bondad del hombre; no se trata de una mera sucesión, sino que se presenta el agrado unido por un nexo consciente a esa bondad, del mismo modo que la conclusión no sólo sigue a las premisas, sino que se funda en ellas o de ellas emerge.

La complacencia es ciertamente un estado subjetivo, pero no nace del sujeto, sino que es suscitada y nutrida por algún objeto. Toda complacencia es complacerse en algo. El origen de ella no puede ser ella misma, o, dicho en forma grotesca, lo agradable no lo es porque agrada, sino, al contrario, agrada por su gracia o virtud objetiva *.

Por lo tanto, el valor del objeto tiene que hallarse ante nuestra conciencia previamente al orto de nuestro agrado. Luego no es nuestro sentimiento de compla-

---

* No hay más que una clase particular de valores donde el fundamento del agrado sea, en efecto, el placer: las delicias físicas. El placer físico agrada, esto es, complace. Pero aquí el vocablo «placer» se emplea en dos sentidos distintos. El placer físico—como nadie ignora—es, no un sentimiento de complacencia, sino una sensación como la de color o sonido. Como el acto justo lleva anejo un valor, así todo placer físico es por sí mismo, aparte de nuestra complacencia en él, una realidad valiosa.

cencia quien da u otorga el valor a la cosa; antes bien, es, por decirlo así, quien lo recibe y con él o en él se regala.

2. LOS VALORES NO SON LAS COSAS DESEADAS O DESEABLES

Si, como Meinong en su teoría inicial pretende, el valor de una cosa no fuese más que el resultado del agrado que nos produce, sólo serían valiosos los objetos existentes. Ahora bien, valoramos sobre todo lo inexistente, la riqueza que no poseemos, la salud que nos falta. Los grandes valores son los ideales, esto es, lo que aún no se ha realizado.

Esta advertencia condujo a Ehrenfels, compañero de escuela filosófica de Meinong, a ensayar una nueva respuesta a nuestra pregunta sobre qué es el valor *. También es ella una idea obvia que a todos nos ha ocurrido alguna vez. Por lo mismo, es no menos subjetivista que la anterior, y va inducida por análogo afán de atender a la disconformidad de las valoraciones humanas. Según Ehrenfels, son valiosas las cosas que deseamos. *Nuestro* desearlas es lo único real que hay en *su* valor. Del sentimiento como creador de los valores pasamos al apetito, a la inclinación, al interés, a lo que vulgarmente llamamos deseo. Siempre, no obstante, seguimos buscando el valor de los objetos en la intimidad de los sujetos.

La tesis de Ehrenfels dió lugar a una famosa polé-

* Chr. von Ehrenfels: *System der Werttheorie*, 1898.

mica con réplicas y contrarréplicas entre él y Meinong. Esta polémica, desnuda de todo lo accidental, puede resumirse en un diálogo imaginario donde cada posición y rectificación representa un avance en el progreso dialéctico que eleva y perfecciona progresivamente nuestra idea del valor.

Meinong: El valor de una cosa puede identificarse con el ser deseada o apetecida. Desear no es valorar. Porque se desea sólo lo que no se posee; por tanto, lo inexistente (o situaciones objetivas inexistentes). Ahora bien, es innegable que reconocemos valor a no pocas cosas existentes que poseemos y gozamos. Comienza propiamente la valoración con la existencia del objeto, y el apetito cesa con ella.

Ehrenfels: Es un error afirmar que no reconocemos valor a lo inexistente; la riqueza de que carecemos, el talento que no tenemos tienen valor, y lo tienen porque apetecemos tales cosas. Como Meinong busca el origen del valor en la complacencia que la actualidad presente del objeto provoca en el sujeto, se ciega para el hecho primario de que valoramos lo inexistente, término de nuestro apetito.

Meinong: Reconozco mi error en un punto: lo lejano, ausente o inexistente también tiene valor para el sujeto. Pero el sentido de esa valoración es la conciencia de que si el objeto llegase a existir y serme presente me produciría agrado. Distinguiré, pues, un «valor de actualidad», el tenido por el objeto presente que me complace, y un «valor de potencialidad», el que, por ejemplo, ese mismo objeto tiene cuando está ausente. La teoría de la valoración como un fenómeno senti-

mental, empleada así se robustece. En cambio, Ehrenfels, partiendo del apetito que va a lo inexistente, deja fuera los valores de lo actual.

Ehrenfels: También cabe ampliar mi concepto. Lo existente no excita nuestro apetito, pero en todo instante nos formanos la idea de que ciertas cosas que poseemos, si no las poseyésemos, si fueran inexistentes, las desearíamos. Diremos, pues: valor es el ser deseado o deseable.

Con esto da fin la dialéctica contienda entre los dos pensadores austriacos. No es dudoso que siguiéndola hemos afinado nuestra puntería y hemos desechado posiciones insuficientes.

Subrayemos una nota común a ambas teorías litigantes. Para una y otra, el valor no es nada positivo en el objeto, sino emanación del sentimiento o del apetito subjetivos. Estos son estados psíquicos que poseen mayor o menor intensidad. Los valores tendrán que ser función de ellos, y consecuentemente aumentar o disminuir con aquella intensidad. A mayor apetito o a mayor agrado, mayor valor.

Bastaría esto para sugerir el radical error que padecen ambas teorías psicologistas, subjetivistas.

Al sentimiento de desagrado no corresponde un valor negativo proporcionado, porque quien sufre una herida por salvar a un prójimo sufre un enojo y, sin embargo, valora positivamente el hecho que la produjo, la salvación del otro. Es falso superlativamente que las rangos de los valores y aun su carácter positivo o negativo sean función del agrado y del enojo, del deseo o la repulsión. El apetito que un hombre siente

cuando lleva dos días sin comer es indudablemente más intenso que el que ése o cualquier otro hombre siente hacia la Iliada y la Justicia; tienen o pueden tener mucho más valor que cierto alimento y aun que todo alimento. Venderá la Iliada para comer y aun, por ventura, la Justicia; pero en tanto que toma los treinta dineros forzado por la violencia mecánica de su apetito, seguirá valorando en más aquellos sublimes objetos. El hambre y sed de justicia, la conciencia de este valor—como de todos los demás—no comporta un más o un menos de intensidad y pertenece a aquella clase de fenómenos psíquicos que carecen de esa varialidad dinámica. Así, no cabe pensar con mayor o menor fuerza que dos y dos son cuatro. O se piensa o no se piensa, es decir, o se «ve» con genuina evidencia la verdad de esa proposición, o no se «ve». En este ver cabe un más o un menos de claridad en lo visto, pero no una mayor o menor intensidad en el «ver».

Todas estas advertencias nos mueven a ir desligando el valor de los actos sentimentales y apetitivos, que, en efecto, andan siempre por nuestras almas cerca de la valoración, motivados o despertados, azuzados o reprimidos por ésta, pero que no son ella misma.

Mas si el valor de una cosa no consiste en que la cosa complazca o enoje, ni en que sea deseada o por lo menos deseable, ¿en qué puede consistir?

Casi siempre que en la ciencia se llega a un punto donde nos parece haber agotado vanamente todos los conceptos en una serie de ensayos estériles, es que nos hallamos próximos a la solución satisfactoria. Esos ensayos aparentemente inútiles han sido los esfuerzos

exigidos para una más perfecta *mise au point* de la inteligencia.

3. LOS VALORES SON ALGO OBJETIVO Y NO SUBJETIVO

«Deseable» es un término equívoco. Cuando menos tiene dos sentidos diferentes que se refieren a dos fenómenos completamente distintos.

En primer lugar, «deseable» significa lo que Ehrenfels dice: la posibilidad de ser deseado. Ser deseado equivale a que algo tolere, permita, ofrezca el pretexto o la ocasión para que lo deseemos, para que ejecutemos hacia ello un acto de inclinación, de interés o apetito. En tal sentido, la cualidad «ser deseable» que a un objeto atribuyamos no nos dice nada peculiar sobre el valor, es una cualidad vacía, negativa. Porque nada hay que posiblemente no excite nuestro deseo. Todo lo que es y lo que no es *puede* ser deseado. Con la definición de Ehrenfels, pues—aparte los demás errores de su teoría—, no obtenemos diferenciación alguna entre el ser y el valor, entre un objeto cualquiera y ese mismo objeto cuando además de sus propiedades reales resulta tener esta otra que llamamos Valor.

Pero en segundo lugar, «deseable» significa, no el ser deseado ni el poder serlo mañana o en algún instante por alguien, sino el *merecer* ser deseado, el *ser digno* de ello aun cuando de hecho nadie jamás lo desee ni aun, en cierto modo, pueda desearlo. El «merecer», el «ser digno de algo» es en tal sentido una cualidad de las cosas indiferente a los actos reales de agrado o de-

seo que el sujeto ejercite ante ellas o con motivo de ellas. Se trata, por el contrario, de una exigencia que el objeto nos plantea. Como la amarillez del limón nos exige juzgar de él «que es amarillo y no azul», así la bondad de una acción, la belleza de un cuadro nos aparecen como imperativos que de esos objetos descienden sobre nosotros, en virtud de los cuales nuestros deseos y sentimientos adquieren cierto carácter virtual de adecuados o inadecuados, de rectos y erróneos. Exactamente por las mismas razones que consideramos una falsedad atribuir a un objeto blanco la cualidad de negro, cuando algo nos parece bueno consideramos un error que alguien o nosotros mismos reaccione ante ello con un sentimiento de antipatía o una repulsión.

En esta significación de lo «deseable» como lo que merece ser deseado entrevemos, al modo que por un resquicio, toda una nueva fisonomía del problema de los valores en que éstos presentan un carácter objetivo. Ahora podemos advertir que también lo «agradable» contiene esa significación trascendente según la cual es agradable no lo que de hecho agrada o puede agradar, sino lo que merece y exige nuestro agrado. Y lo mismo podemos decir de lo amable, de lo que es digno de ser amado aun cuando tal vez no lo amamos efectivamente *. No es, pues, nuestro deseo ni nuestro agrado

* En este sentido usa, por ejemplo, Melebranche el término amable: «Dieu *ne pouvant pas* vouloir que les volontés qu'il a creé aiment davantage un moindre bien qu'un plus grand bien, c'est à dire, qu'elles aiment davantage ce qui est moins aimable que ce qui est plus aimable.» *(Recherche de la verité*, libro IV, capítulo 7.*)* Como se ve, para Malebranche son los valores («bien», «mal») de tal suerte objetivos, que excluye en el mismo Dios la posibilidad de modificar la ley o norma de nuestras estimaciones.

ni nuestro amor; no es acto alguno del sujeto quien *da* el valor a la cosa. Es imposible llegar a una suficiente noción del Valor mientras se le busque suponiendo que es esencial a los valores constituir las metas de nuestros intereses o apetitos. La estrategia de Napoleón tiene para mí un gran valor sin que yo me sorprenda jamás en flagrante apetito de ella, siendo como soy hombre de toga y no de espada. Claro es que todas las complacencias y enojos, todos los deseos y repulsiones están motivados por valores, pero éstos no valen porque nos agraden o los deseemos, sino al revés, nos agradan y los deseamos porque nos parece que valen. Por lo tanto, tienen los valores su validez antes e independientemente de que funcionen como metas de nuestro interés y nuestro sentimiento. Muchos de ellos son reconocidos por nosotros sin que nos ocurra desearlos o gozarlos *.

Shakespeare sabía ya todo esto. Discutiendo Héctor y Troilo sobre el caso Helena, reparte el poeta entre

---

* Consecuentemente, es un error todavía más denso definir los valores como hace Schwarz en su *Psicología de la voluntad* (1901, pág. 34), diciendo: «Llamamos valor a todos los términos mediatos o inmediatos de la voluntad.» Suelen incidir en esta equivocación todos los que se plantean el problema del valor exclusivamente dentro de la Etica. Trata la Etica de hallar los principios y normas de la acción voluntaria. La acción voluntaria consiste en proponerse fines. Estos fines son buenos o malos, es decir, son valores positivos o negativos (por sí mismos, como piensa Santo Tomás; por la intención, o sea previsión de sus consecuencias, como sostienen los utilitarios; por el carácter de la conciencia en que se deciden, como pretende Kant). De esto, que es cierto, no hay sino un paso a convertir la preposición: nuestros fines son valores, por consiguiente, los valores son nuestros fines. ¡Siempre la especie tratando de absorber al género!

Resumiendo: es extrínseco al valor suscitar en nosotros sentimientos, servir de meta a nuestro deseo y ser fin de la voluntad. Sobre todo ello muy bien Scheler en *Der Formalismus in der Ethik*, 1913.

ellos las dos teorías de valor: la subjetivista y la objetivista.

—Hermano—dice Héctor—, ella no vale lo que nos cuesta conservarla.

Y Troilo: —¿Qué valor puede tener una cosa sino el que nosotros le demos?

A lo que Héctor replica con estas aladas, esenciales palabras:

—No, el valor no depende de la querencia individual; tiene su propia estimación y dignidad, que le compete no menos en sí mismo que en la apreciación del hombre.

Se nos presenta, pues, el valor como un carácter objetivo consistente en una dignidad positiva o negativa que en el acto de valoración reconocemos. Valorar no es *dar* valor a quien por sí no lo tenía; es reconocer un valor residente en el objeto. No es una *questio facti*, sino una *questio juris*. No es la percatación de un hecho, sino de un derecho. La cuestión del valor es la cuestión de derecho por excelencia. Y nuestro *derecho* en sentido estricto representa sólo una clase específica de valor: el valor de justicia.

4. LOS VALORES SON CUALIDADES IRREALES RESIDENTES EN LAS COSAS

No son, pues, los valores un don que nuestra subjetividad hace a las cosas, sino una extraña, sutil casta de objetividades que nuestra conciencia encuentra fuera de sí, como encuentra los árboles y los hombres.

Hay, sin embargo, una radical diferencia entre la manera como vemos las cosas y la manera como percibimos los valores. Ante todo es menester distinguir los valores de las cosas que valen. Las cosas tienen o no tienen valor, tienen valores positivos o negativos, superiores o inferiores, de esta clase o de la otra. El valor no es, pues, nunca una cosa, sino que es «tenido» por ella. La belleza no es el cuadro, sino que el cuadro es bello, contiene o posee el valor belleza. Del mismo modo, el traje elegante es una cosa valiosa, es decir, una realidad en que reside un valor determinado: la elegancia *. Los valores se presentan como cualidades de las cosas.

Busquemos en el traje elegante con los ojos de la cara esta su elegancia. Vana pesquisa. Veremos su color y su forma, que son ingredientes reales del traje. Su elegancia es invisible—es una cualidad irreal que no forma parte de los componentes físicos del objeto. Se dirá que un traje invisible, como el del rey del cuento, no puede ser elegante, que la elegancia es un atributo adscrito a cierta forma y color que un traje tiene. Es verdad, la elegancia es el valor invisible que reside en las líneas y colorido visibles del traje, es la peculiarísima dignidad que a estas formas reales pertenece. Pero la «dignidad» en sí misma se esquiva a toda visión física.

¿No serán entonces los valores unas naturalezas místicas y misteriosas que, como las ideas platónicas,

* Esta distinción decisiva para la teoría del Valor se debe principalmente a Husserl, seguido luego por Max Scheler en su obra *Der Formalismus in der Ethik*, 1913, uno de los libros formidables que ha engendrado ya el siglo XX.

escapan a nuestra visión sublunar y habitan en un lugar sobreceleste? Nada de eso. Los valores no son cosas, no son realidades, pero el mundo de los objetos—aun excluyendo toda mística pseudo-realidad—no se compone sólo de cosas. Un número no es una cosa, pero es un objeto indubitable, tan claro, más claro que cosa alguna.

Una sencilla clasificación de las cualidades que las cosas tienen nos pone en ruta segura para comprender qué linaje de objetos son los valores. Las cosas tienen ciertas *cualidades propias*, esto es, cualidades que poseen por sí mismas, independientemente de su relación con otras cosas. Así, el color y forma de la naranja son cualidades que ésta tiene, aunque estuviese sola en el mundo *. Pero si esa naranja es igual a otra, esta igualdad es una nueva cualidad tan suya como el color o la forma. Sólo que la igualdad no la tiene la naranja cuando está sola, sino cuando es comparada con otra, puesta en relación con otra. Es, pues, no una *cualidad propia*, sino una *cualidad relativa*. De este tipo son la identidad, la semejanza, el ser mayor o menor, etc., etc. Ahora bien, es característico de estas cualidades relativas no ser visibles a los ojos de la cara. Cuando vemos dos naranjas iguales, vemos dos naranjas, pero no su igualdad. La igualdad supone una comparación, y la comparación no es faena de los ojos, sino del intelecto. No obstante, después de la comparación la igualdad se nos hace patente con una evidencia pareja a la visual. Podemos decir que «vemos» la igualdad con un

* Aparte, se entiende, de un sujeto consciente que la percibe. No es ahora ocasión de discutir en qué sentido los colores son o no independientes de la subjetividad.

ver no ocular, sino intelectual. Esta intelección, este entender es una percepción del mismo género que la visual, pero de otra especie. Sin ella no podríamos decir que 2 + 2 son igual a 4.

El positivismo fué impulsado por la sana tendencia de no admitir como verdadero otro conocimiento que el fundado últimamente en la percepción inmediata de los objetos. En efecto, todo lo que sea hablar de algo sin verlo, todo lo que sea atribuir a algo lo que no se ha visto de él, es cuando menos problemático, y es siempre más o menos caprichoso. El error del positivismo fué comenzar por ser infiel a su inspiración originaria y suponer dogmáticamente que no hay más fenómenos que los sensibles, ni por tanto más percepción inmediata que la de tipo sensorial. Por esta razón no ha podido nunca el positivismo constituirse en un sistema suficiente del universo. El hecho simplicísimo de la existencia de los números es ya ocasión ineluctable de naufragio para el positivista. Porque el número no se ve, se entiende, y este entender no es percepción menos inmediata que la visual.

Por consiguiente, es preciso integrar el positivismo en una actitud menos dogmática y prejuiciosa. De todo lo que hablamos con sentido es porque tenemos algún contacto con ello; de otro modo no lo distinguiríamos. Este contacto o percepción inmediata será de distinta índole, según sea la contextura del objeto. El color lo ve el ojo, pero no lo oye el oído. El número no se ve ni se oye, pero se entiende, como la igualdad, la semejanza, etc. Hay una percepción de lo irreal que no es más ni menos mística que la sensual.

Los valores son un linaje peculiar de objetos irreales que residen en los objetos reales o cosas, como cualidades *sui generis*. No se ven con los ojos, como los colores, ni siquiera se entienden, como los números y los conceptos. La belleza de una estatua, la justicia de un acto, la gracia de un perfil femenino no son cosas que quepa entender o no entender. Sólo cabe «sentirlas», y mejor, estimarlas o desestimarlas.

El estimar es una función psíquica real—como el ver, como el entender—en que los valores se nos hacen patentes. Y viceversa, los valores no existen sino para sujetos dotados de la facultad estimativa, del mismo modo que la igualdad y la diferencia sólo existen para seres capaces de comparar. En este sentido, y sólo en este sentido, puede hablarse de cierta subjetividad en el valor.

5. EL CONOCIMIENTO DE LOS VALORES ES ABSOLUTO Y CUASI MATEMÁTICO

Alguna pulcritud de lenguaje contribuirá a esclarecer la cuestión. He dicho que es forzoso distinguir entre las cosas—que son realidades—y los valores—que son virtualidades. Pues bien, una cosa que tomamos con sus propiedades materiales y además con sus valores es lo que debe llamarse un «bien» si los valores son positivos, un «mal» si son negativos. El lienzo de Velázquez, con sus líneas y colores, es sólo una cosa; si además percibimos en él la gracia sobria de su cromatismo, el noble asiento de las figuras, la conmovedora palpitación de su ambiente—es un «bien». Diríase, pues,

que cada cosa, sobre el repertorio de cualidades que hacen de ella tal ser, tiene como un halo de cualidades de valor que definen su perfil estimativo.

Y aquí sobreviene un advertimiento de la mayor importancia. La percepción de la cosa como tal y la percepción de sus valores se producen con gran independencia una de otra. Quiero decir que a veces vemos muy bien una cosa y, sin embargo, no «vemos» sus valores. Ejemplo: durante trescientos años se han mirado los cuadros del Greco sin descubrir sus peculiares calidades estéticas. Otras veces, inversamente, tenemos clara conciencia de ciertos valores sin necesidad de «verlos» realizados en cosa alguna. En la creación artística esta prelación del valor es el caso normal. Suele el artista partir de la intuición de ciertos valores que un cuadro o poesía deben tener, y sólo después encuentra los caracteres reales—formas, imágenes, ritmos—en que aquéllos se incorporan. Cuando se preguntaba a Rafael qué era lo que copiaba en sus cuadros, respondía: «*Una certa idea que mi vien in mente.*» Esta idea previa era primeramente un puro organismo de valores: *grazzia* de líneas, equilibrada arquitectura, dulce pulimento de formas, etc.

Conviene fijar bien los términos a que esta averiguación conduce. Todo valor, por tener un carácter de cualidad, postula el ser referido a alguna cosa concreta. La blancura será siempre blancura de algo. La bondad, bondad de alguien. Pero, en ocasiones, vemos la cualidad sin conocer bien su substrato, la cosa que la posee y de quien es. En la inquieta llanura marina divisamos a lo mejor una blancura que no sabemos si per-

tenece a un velamen, a una roca o a la espuma lejana. En el caso de los valores, la independencia es mayor. «Sentimos» con perfecta claridad la justicia perfecta, sin que hasta ahora sepamos qué situación real podría realizarla sin resto.

Por tanto, la experiencia de valores es independiente de la experiencia de cosas. Pero, además, es de índole muy distinta. Las cosas, las realidades son por naturaleza *opacas* a nuestra percepción. No hay manera de que veamos nunca del todo una manzana: tenemos que darle vueltas, abrirla, dividirla, y nunca llegaremos a percibirla íntegramente. Nuestra experiencia de ella será cada vez más aproximada, pero nunca será perfecta. En cambio, lo irreal—un número, un triángulo, un concepto, un valor—son naturalezas *transparentes*. Las vemos de una vez en su integridad. Meditaciones sucesivas nos proporcionarán nociones más minuciosas de ellas, pero desde la primera visión nos entregaron entera su estructura. Toda nuestra labor mental posterior se hace sobre esa primera visión u otra que no hace sino reiterar aquélla. Nuestra experiencia del número, del cuerpo geométrico, del valor, es, pues, absoluta. De aquí que la matemática sea una ciencia *a priori* de verdades absolutas. Pues bien, la Estimativa o ciencia de los valores será asimismo un sistema de verdades evidentes e invariables, de tipo parejo a la matemática *.

* Nótese que hablo estrictamente del conocimiento de valores. La cuestión de si una cosa real posee o no el valor que le atribuímos y en ella suponemos sólo permite soluciones empíricas y aproximadas. Parejamente, es absoluto nuestro conocimiento del triángulo, pero no el que un cuerpo real sea o no rigorosamente triangular.

Esto sonará extrañamente en muchos oídos, pero es de esperar que mayor reflexión los habitúe a reconocer tan ineludible pensamiento. La sentencia *de gustibus non disputandum* es un craso error. Supone que en el orbe de los «gustos», es decir, de las valoraciones, no existen objetividades evidentes a las cuales poder referir en última substancia nuestras disputas. La verdad es lo contrario: todo «gusto» nuestro gusta un valor (las puras cosas no ofrecen posibilidad al gustar y disgustar), y todo valor es un objeto independiente de nuestros caprichos.

6. DIMENSIONES DEL VALOR

La naturaleza genuina de los valores aparece con mayor claridad cuando se advierten sus propiedades. En efecto, un valor es siempre o positivo o negativo. Por el contrario, las realidades no son nunca *sensu stricto* negativas. No hay nada en el mundo del ser que sea negativo en el plenario sentido en que lo es la fealdad, la injusticia o la torpeza.

Además de esta su cualidad—positiva o negativa—es esencial a todo valor ser superior, inferior o equivalente a otro. Es decir, que todo valor posee un rango y se presenta en una perspectiva de dignidades, en una jerarquía. La elegancia es un valor positivo—frente al negativo inelegancia—, pero, a la vez, es inferior a la bondad moral y a la belleza. La certidumbre de esta subordinación no goza de menor firmeza que pueda tener la que sentimos cuando afirmamos que cuatro es

menos que cinco, y es, a la postre, del mismo tipo. En última instancia, la verdad matemática nos transfiere a la intuición o intelección de los números. Basta entender bien lo que es cinco y lo que es cuatro para que nos sea evidente la minoría de cuatro con respecto a cinco. Basta asimismo con «ver» bien lo que es «elegancia» y lo que es «bondad moral» para que aquélla aparezca como objetivamente inferior a ésta.

Cualidad y rango son propiedades de cada valor que éste posee merced a su materia, última contextura estimativa, irreductible a toda otra determinación. Eso que la elegancia es en sí misma, a diferencia de la justicia, de la belleza, de la utilidad, de la destreza, etcétera, no puede ser definido, como no puede ser definido el color rojo ni tal sonido. Nuestra noticia de ello sólo puede consistir en una directa, inmediata percepción *.

Resumiendo: el valor tiene tres dimensiones: su cualidad, su rango y su materia.

La definición de los valores sólo puede hacerse —como la de los colores—por medios indirectos. El anaranjado puede ser definido indirectamente diciendo que es el color situado en el espectro entre el rojo y el amarillo. Parejamente cabe reducir a concepto los valores determinando el repertorio de objetos en que residen y el tipo de reacciones subjetivas que les son adecuadas.

---

* Que los valores tienen su «materia» diferencial y no son sólo formales ha sido el gran descubrimiento de Scheler en su *Formalismus der Ethik*. No es ahora interesante ni urgente poner ciertos reparos a las ideas de Scheler sobre este punto.

¿Qué clase de objetos pueden servir de substrato o soporte al valor «bondad moral»? Evidentemente no podemos decir con formal sentido que es buena una piedra ni una planta. Sólo puede ser moralmente bueno un ser capaz de acciones, es decir, que sea sujeto causante de sus actos. Esto es lo que llamamos «persona». Quedan, pues, excluídos como substratos de este valor todos los objetos físicos y todos los animados exentos de voluntad. Pero tampoco una persona imaginaria—el personaje de una novela—es propiamente bueno, sino sólo ficticiamente.

En cambio, «bellos» pueden ser los paisajes, las rocas, las plantas, los animales. Y pueden serlo con plenitud de sentido aunque sean fantásticos. El paisaje pintado puede ser bello no sólo como pintura real, sino como tal paisaje imaginario. No está, pues, el valor «belleza»—que en rigor es el nombre genérico de innumerables valores—condicionado por la existencia de su objeto, como acontece con los valores morales o los de utilidad.

Si ahora consideramos qué reacciones sentimentales a estos valores son adecuadas y cuáles no, hallaremos lo siguiente: a la belleza corresponde agrado y entusiasmo, pero no respeto. El cuadro de las «Meninas» no es respetable ni, rigorosamente hablando, admirable. La admiración es un sentimiento que corresponde más que a la obra a su creación. Velázquez es el admirable autor de la obra deliciosa. En cambio, la acción buena no puede ser directamente objeto de complacencia, sino de respeto. Es el respeto la emoción congrua a la virtud. La utilidad, por su parte, es un gé-

nero de valores ante el cual no es conveniente un sentimiento de respeto ni de complacencia. Complace tal vez el fin que el útil logra, pero el útil como tal sólo provoca una peculiar emoción de satisfacción, sentimiento sin temperatura muy proporcionado al carácter racional, frígido, del valor mismo utilidad. De aquí que las épocas de utilitarismo predominante se caractericen por una gran tibieza psíquica.

7. CLASES DE VALORES

El propósito de estas páginas se reducía a obtener una noción clara de lo que es el valor. El problema de la clasificación de los valores requeriría muy complejas observaciones. Quede, pues, intacto para mejor coyuntura. Solamente con el fin de facilitar al lector la meditación propia sobre tan sutil materia indicaré las grandes clases que, atendiendo a su materia, forman los valores:

Valores positivos y negativos

Utiles	Capaz — Incapaz. Caro — Barato. Abundante — Escaso, etc.
Vitales	Sano — Enfermo. Selecto — Vulgar. Enérgico — Inerte. Fuerte — Débil, etc.

Espirituales	Intelectuales	Conocimiento — Error. Exacto — Aproximado. Evidente — Probable, etc.
	Morales	Bueno — Malo. Bondadoso — Malvado. Justo — Injusto. Escrupuloso — Relajado. Leal — Desleal, etc.
	Estéticos	Bello — Feo. Gracioso — Tosco. Elegante — Inelegante. Armonioso — Inarmónico...
Religiosos		Santo o sagrado — Profano. Divino — Demoníaco. Supremo — Derivado. Milagroso — Mecánico, etc. *

Hemos de acostumbrarnos a reconocer que la fauna y la flora de la estimación no son menos ricas que las naturales. Las cualidades de valor son innumerables como las físicas, y el hombre va teniendo de ellas, lo mismo que de éstas, una creciente experiencia a lo largo de la historia. Una de las más sugestivas investigaciones que la nueva teoría inspira es la reconstrucción de la historia como proceso de descubrimiento de los valores. Cada raza, cada época parecen haber tenido una peculiar sensibilidad para determinados valores, y han padecido, en cambio, extraña ceguera para otros. Esto invita a fijar el perfil estimativo de los pueblos y de los grandes períodos históricos. Cada uno se distinguiría por un sistema típico de valoraciones, último secreto de su carácter, de que los acontecimientos serían mera emanación y consecuencia.

---

* Nótese que es indiferente para la existencia del valor que existan de hecho cosas en que se incorporen. Para el ateo no existe Dios, pero sí el valor «santidad» o «divinidad».

Asimismo, fuera en extremo interesante estudiar desde este punto de vista las grandes figuras cuya obra ha sido principalmente la invención genial de nuevos valores—así Budha, Cristo, San Francisco de Asís, Maquiavelo, Napoleón. En fin, aquellos otros espíritus soberanos que no han tenido un carácter específico de hombres «prácticos», esto es, de religiosos, moralistas, políticos, pero han descubierto en el universo valores antes latentes: Miguel Angel, Cervantes, Goya, Dostoyevski, Stendhal...

Todo esto y mil atractivas cuestiones más que sugiere la increíble fertilidad del gran tema «Valor» vendría a componer el *pendant* histórico a la Estimativa o ciencia *a priori* del valor, cuyas leyes son de evidencia perfecta, al modo de las geométricas. El hombre se apresta a sujetar bajo un régimen rigoroso la región de los gustos y de los sentimientos, que durante los últimos siglos se hallaba abandonada al capricho. La Etica, la Estética, las normas jurídicas entran en una nueva fase de su historia. Cuando parecía el europeo consumirse en la última extremidad del subjetivismo y el relativismo, surge de pronto la posibilidad de restaurar las normas transcendentes de lo emocional y se acerca el momento de cumplir el postulado que Comte exigía para hacer entrar de nuevo en caja la vida de los hombres: una sistematización de los sentimientos.

JOSE ORTEGA Y GASSET

La génesis de los continentes y de los mares, según la teoría de Wegener

Escasas han sido la duración y la fortuna de la síntesis de Eduardo Suess y de las teorías acerca de los geosinclinales de Haug, en cuanto toca a las causas que se han invocado como explicación de los movimientos orogénicos. Debemos a Wegener haber planteado la cuestión en términos enteramente nuevos, al punto de que, de confirmarse sus teorías—y todo contribuye a corroborarlas—, la Geología estaría hoy en uno de sus más interesantes momentos históricos.

Alfredo Wegener, de Marburg, en Hesse, procede del campo de la Geofísica y no del de la Geología. Expuso sus teorías por primera vez en 1912, ante una asamblea de geólogos reunidos en Francfort, y a poco publicó sus primeros trabajos * sobre la cuestión que va a ocuparnos.

---

* A. Wegener: *Die Entstehung der Kontinente. Peterm. Mitt.*, 1912; páginas 185-195, 253-256 y 305-309.

A. Wegener: *Die Entstehung der Kontinente. Geol. Rundschau*, vol. III, cuad. 4; págs. 272-292, con 3 figuras, 1912.

Dos años después publicaba la totalidad de su doctrina en un trabajo independiente y de mayor extensión *, cuya última edición, aparecida en 1922 **, va a servirnos de referencia en la redacción de este artículo.

Tres son las grandes partes en que Wegener divide su obra:

I. Fundamentos esenciales de la teoría del desplazamiento, en la que no sólo se ocupa de la teoría del desplazamiento horizontal, sino también de la hipótesis de la contracción.

II. Pruebas y argumentos *(Beweisführung)* de orden geofísico—campo propio del autor—, geológico, paleontológico, biológico, paleoclimático y geodésico.

III. Aclaraciones y conclusiones.

En el recinto de los estrechos límites que de antemano nos hemos impuesto trataremos de reproducir la teoría en sus líneas más generales, pero con precisa arquitectura.

---

* A. Wegener: *Die Entstehung der Kontinente und Ozeane.* Samml. Vieweg. Nr. 23, 94 páginas. Braunschweig, 1915.

Segunda edición. Un volumen en 8.º, de VIII + 135 páginas y 33 figuras· Die Wissenschaft Nr. 66. Braunschweig, 1920.

** Tercera edición. Un volumen en 8.º de VIII + 144 páginas y 44 figuras. Die Wissenschaft Bd. 66. Braunschweig, 1922.

Walther Penck: *Zur Hypothese der Kontinentalverschiebung.* págs. 130-143.

En lengua francesa pueden verse dos interesantes noticias acerca de la teoría de Wegener, aparecida la una en la página 424 del tomo del año de 1915 de la *Revue générale des Sciences*, y el artículo de Gabnebin (E.) *La dérive des continents selon la théorie de Alfred Wegener*, publicado en la misma revista en la página 293 del año de 1922.

En este último año el geólogo español Fernández Navarro ha tratado de la teoría de Wegener en *Ibérica.*

I. *Desplazamiento horizontal de las masas continentales.*

El principio fundamental de la teoría de Wegener reside en admitir que las masas continentales son movibles y capaces de desplazarse horizontalmente.

Los continentes actuales en remotos tiempos comenzaron por estar soldados en un bloque único. Más tarde, fracturas enormes fragmentaron el primitivo bloque único y las diferentes masas continentales resultantes, separadas y apartadas unas de otras se han ido alejando e individualizando poco a poco.

Allá en sus principios en el conjunto del Globo

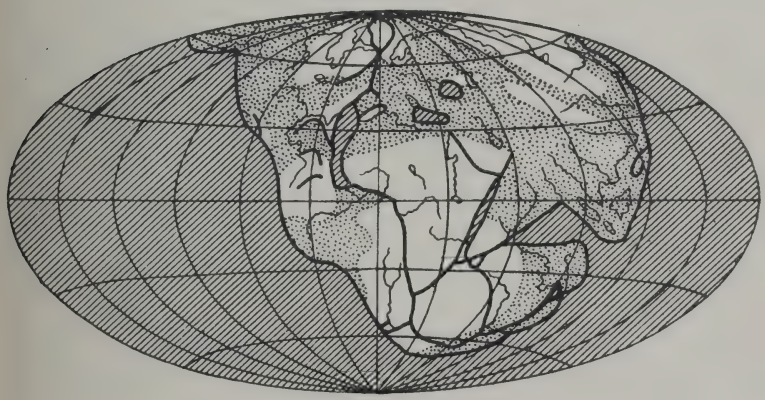


FIGURA 1.ª

Reconstrucción de la carta terrestre según la teoría del desplazamiento de Wegener. Los continentes soldados en una sola masa, en los comienzos del carbonífero. Se inicia la fractura atlántica. En todas las figuras (1.ª, 2.ª y 3.ª) la superficie rayada representa los mares profundos; la punteada representa los mares someros. Proyección equivalente de Mollweide.

cubierto totalmente de agua (la *Panthalassa*, de Suess), fué primitiva y lentamente emergiendo la primigenia y más superficial formación de la corteza terrestre.

Por efecto de una fuerza incógnita—cuyo conocimiento no nos interesa por el momento—el primitivo bloque continental quedó desgarrado, y en tanto la hendedura se iba ensanchando, sus bordes se arrugaban y plegaban. Así quedaron originadas en las márgenes de los trozos continentales que se separaban las primeras cordilleras montañosas y en el abismo de la honda grieta el primer fondo oceánico.

A partir de la rotura de la vasta y única masa continental los diferentes fragmentos caminan a la deriva—semejantes a inmensas bancas errantes, según términos del propio Wegener—, flotantes sobre el magma profundo en que están sumersos en parte. Las cuencas

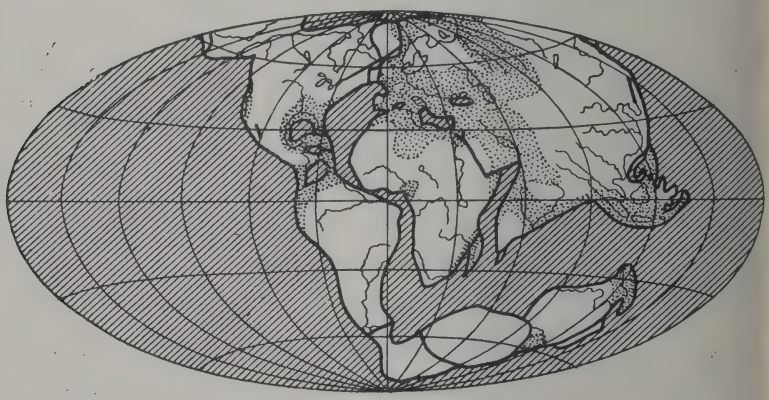


FIGURA 2.ª

Reconstrucción de la carta terrestre en el coceno, según Wegener. El Atlántico está ya ampliamente dibujado. América del Sur está unida todavía con Antártica y lo que más tarde será Australia, lo que explica la comunidad de sus faunas.

oceánicas del presente ocupan, pues, las extensiones abandonadas por los fragmentos de la costra superficial al alejarse unos de otros, y, por tanto, los fondos submarinos no están constituídos por la costra terres-

tre o envoltura rocosa periférica del Globo, sino por la capa inmediatamente más interna.

En esta hipótesis el Atlántico no sería sino una larga fractura meridiana gradualmente ensanchada a medida que los continentes limitantes se han ido separando. Australia y Nueva Guinea, soldadas en otro tiempo con Antártica, habrían bogado hacia el NE. empujando ante sí la guirnalda del extenso archipiélago de la Sonda (fig. 3.ª).

El fenómeno capital, punto de partida en la teoría

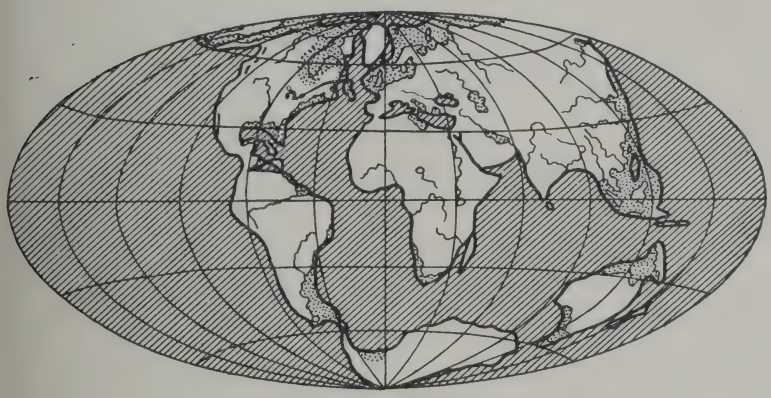


FIGURA 3.ª

Reconstrucción de la carta terrestre en el cuaternario antiguo, según Wegener. Está ya formado el Atlántico como al presente. América del Sur se ha separado ya de Antártica y ésta de Australia, que empuja ante sí a Nueva Guinea. Está por abrir el Estrecho de Gibraltar.

del desplazamiento horizontal o deriva de los continentes, es lo que el propio Wegener llama «congruencia de las costas del Atlántico meridional». Si en una carta terrestre se recorta América del Sur y se intenta casarla con Africa, la sorpresa es grande al advertir que hay una perfecta concordancia entre las formas litorales y otros fenómenos de ambos continentes.

«Quien considere atentamente—dice el propio Wegener al comienzo de la exposición de su teoría del desplazamiento—las costas del Atlántico meridional quedará necesariamente sorprendido del idéntico desarrollo litoral del Brasil y de Africa.» «No solamente el gran codo en ángulo recto que la costa brasileña muestra en el Cabo de San Roque halla su fiel negativo en el seno litoral africano del Kamerun (o Golfo de Guinea), sino que del mismo modo, al Sur de ambos, cada saliente del lado brasileño engrana con un seno análogo del africano y a la inversa cada seno de la costa brasileña con un saliente de la africana.»

Este sorprendente fenómeno es el punto de partida de una nueva concepción acerca de la naturaleza y de la génesis de nuestra corteza terrestre, la cual ha sido designada por Wegener con el nombre de «teoría de los desplazamientos continentales», o más brevemente, «teoría del desplazamiento», a causa de que, según ella, se imagina que los continentes caminan a longo de extensiones horizontales, a modo de témpanos flotantes. No sólo se han desplazado en el decurso de los tiempos geológicos, sino que todavía hoy siguen derivando.

II. *Hechos y argumentos que prueban la teoría.*

Los argumentos, apoyados siempre en hechos o teorías admitidas, de que Wegener se vale para demostrar la intervención capital que en la formación de los océanos y de los continentes ha tenido el desplazamiento horizontal de estos últimos, son de órdenes muy

diversos. Sírvese de argumentos geólogicos, paleontológicos, biológicos, paleoclimáticos, y singularmente —atendida la formación científica del autor de la genial teoría—de los geodésicos y geofísicos.

Gran parte de su obra está ocupada por su exposición y discusión, de interés extraordinario. Intentaremos hacer un resumen de sus partes más sobresalientes.

Se ha reparado antes en el perfecto ajuste existente entre el perfil litoral de la América del Sur y de Africa. Mas no sólo el perfil de la costa de América del Sur engrana en las sinuosidades del litoral africano, sino que todavía uno y otro continente ofrecen analogías de otros órdenes. Al estudiar la estructura geológica de ambos continentes, la concordancia y congruencia se torna de grado más íntimo en las honduras remotas de su génesis.

Los plegamientos del viejo macizo gneíssico brasileño se corresponden exactamente con los del viejo macizo gneíssico de Guinea. Y más al Sur la virgación herciniana de los Andes, estudio interesante de Keidel *, guarda estrechas concordancias con la cadena pérmica del Cabo.

Por el contrario, y por lo que se refiere a América central y a América del Norte, parece imposible, en presencia de su actual morfología, su ajuste con

* H. Keidel: *Über das Alter, die Verbreitung und die gegenseitigen Beziehungen der verschiedenen tektonischen Strukturen in den argentinischen Gebirgen.* Véase también: Keidel: «La Geología de las Sierras de la Provincia de Buenos Aires y sus relaciones con las Montañas de Sud-Africa y los Andes.» («Anales del Minist. de Agric. de la Nación, Secc. Geol., Mineral y Minería.» Tomo XI, núm. 3. Buenos Aires, 1916.)

Africa y Europa. Mas cuando se trata de unir en un bloque único al extenso escudo canadiense con Groenlandia y el escudo escandinavo aparece, a título de fenómeno corroborante, su fiel correspondencia geológica.

De otra parte, se sabía ya que los plegamientos de fecha herciniana de los Appalaches son prolongación de los armoricanos, como las cuencas hulleras de Norteamérica lo son de la anglo-franco-belga en Europa. Y se recurría a la hipótesis—que ahora aparece como pueril—de que se había necesariamente hundido un vasto continente extendido entre el Nuevo y el Antiguo Mundo en toda la anchura del Atlántico.

Al Norte del plegamiento herciniano se extiende en Europa otro de fines del silúrico: el caledoniano. En América se encuentra exactamente en la misma posición, como que es, al cabo, continuación real del de Europa. Y aun todavía la concordancia es igualmente estricta entre los remotísimos plegamientos huronianos de las Hébridas de Escocia septentrional y los del gneiss del Labrador.

Otro fenómeno de índole diferente ha servido de elegante demostración de la deriva o desplazamiento horizontal de los continentes. Al presente y con no poca confusión de los geólogos, se había reparado en que las morenas frontales de la gran glaciación cuaternaria descendían mucho más al Sur en América que en Europa. Mas si se recortan América y Europa para amoldarlas de modo que se correspondan y coincidan las viejas cadenas de los remotos plegamientos huroniano, caledoniano y herciniano, se advierte que las

morenas frontales de una y de otra parte del Océano Atlántico coinciden entonces igualmente.

No hay, pues, azar alguno. Y al observar y poner en resalto la perfecta concordancia entre la cordillera del Cabo y las Sierras de Buenos Aires, los pliegues brasileños y guineenses, las morenas frontales, las cadenas hercinianas, caledonianas, huronianas, etc., la teoría de los desplazamientos horizontales de los continentes nos aparece de absoluta evidencia. «El viejo y el Nuevo Mundo son como los dos fragmentos de un periódico desgarrado, que encajan y se corresponden línea a línea.»

Con la teoría de los desplazamientos horizontales de los continentes ha sufrido un golpe definitivo la pueril y ya vieja hipótesis de hundimientos de pretendidos continentes. El continente nordatlántico, el de Gondwana, la Falklandia, etc., creados como puentes necesarios entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, no nos son ya máquinas precisas. Hoy ya no tenemos necesidad de imaginar pretendidos hundimientos allí en donde el mar se ha limitado a ocupar las extensas áreas resultantes al separarse y apartarse simplemente América de un lado y Africa y Eurasia de otro.

El caso de Australia es, sin duda, más demostrativo y ofrece argumentos de índole biológica. Su fauna actual está formada por tres distintos elementos faunísticos: *a)* Una muy antigua fauna, de afinidades africanas; *b)* Una fauna, la más característica y endémica, formada por monotremas y marsupiales, cuyos parientes más inmediatos se hallan—fósiles o vivientes—en América del Sur, y *c)* Una fauna papúa, reciente y de no

extensa área, procedente de la Sonda, que hoy no ocupa sino Nueva Guinea y la costa NE. de Queensland *.

En este orden de su argumentación Wegener, siempre elegante de ademán, estudia en detalle varios casos y la aplicación de su teoría simplifica y aclara problemas complejos y obscuros de la paleogeografía.

III. *La flotación y deriva de los continentes.*

Desde Suess se admite que de fuera a dentro las capas de que el Globo se compone, son:

El *sal*—o *sial*, de Wegener—, compuesta esencialmente de silicatos de aluminio (Si, Al).

El *sima*, compuesta de Si, Mg, o silicio y magnesio.

La barisfera, o *nife*, compuesta de Ni, Fe, o de níquel y hierro.

El *sal* o *sial*—capa más exterior y menos densa de las tres—está constituída, según Suess, por gneiss, granitos y terrenos sedimentarios; el sima queda formado por rocas básicas, como el basalto.

Wegener no admite el supuesto de que bajo los Océanos sea más delgada la costra del sial, sino que niega su existencia en los fondos submarinos. Las masas continentales, o litosfera, constituídas por el sial, flotarían libres y aisladas sobre el magma flúido y la zona—más superficial y distinta—del sima afloraría ya en los fondos océanicos.

---

* Wegener: *Die Entstehung*, etc. 3.ª edic.; págs. 60-62.

Sirviéndose de los estudios hipsométricos de Krümmel y de otros autores, erige Wegener la estadística de las superficies de la misma altitud sobre y bajo el nivel del mar, para concluir que en la Tierra las regiones a + 100 m. de altitud y las profundidades a — 4700 m., próximamente, son de mucha mayor extensión que las demás. Semejante rasgo peculiar no es un azar sin trascendencia, y no tiene explicación posible de no admitir que la faz de la Tierra está constituída por dos capas distintas y de naturaleza diversa. Una viene representada por los continentes que se sabe están bordeados por un talud en rápida pendiente, y otra forma las dilatadas extensiones submarinas de escasos y reducidos accidentes y relieves.

Los continentes son, pues, masas sálicas de densidad media de 2,8, flotantes en el sima—cuya densidad media en su capa más externa o superior sería de 2,9—como témpanos sobre el agua, o mejor, como masas de escoria que flotan, sumersas, en parte, sobre la fundición. El espesor medio de los continentes sería de 100 kilómetros, y en la base del zócalo sálico, sumersa en el sima, se iniciaría ya la fusión parcial de los gneiss.

En semejante situación de equilibrio los continentes se trasladan horizontalmente, y, como asegura el propio autor de la teoría, «el sima cede, hundiéndose, bajo el peso de los témpanos continentales a la deriva y aun se alza en pos de ellos». El banco de las islas Seychelles sería manifestación de este alzamiento posterior.

No de otro modo se explica la separación entre las masas continentales del Antiguo y del Nuevo Mundo, que Wegener estima, mediante la aplicación de métodos

geodésicos, en dos o tres metros por año. Y aun aparece todavía más patente y acentuado el apartamiento de Groenlandia que, con rumbo occidental, se aleja de Europa, y en el período de 1823 a 1870 se ha separado 400 metros. Africa sería, de todas, la masa continental menos viajera. Wegener admite dos rumbos dominantes en la deriva de los continentes: de S. a N. y de E. a W. El sentido de la rotación de la Tierra determina y favorece grandemente el rumbo de los continentes hacia el W.

IV. *Otros puntos esenciales de la teoría de Wegener.*

La teoría del autor alemán que nos ocupa ofrece un gran número de aspectos interesantes. Destacan, entre ellos, la cuestión de la orogénesis y la del desplazamiento de los polos terrestres.

Según Wegener afirma, su hipótesis orogénica tiene, entre otras, la ventaja de aliviarnos de las actuales corrientes orogénicas, hijas, decimos nosotros, de aquel primitivismo ingenuo, según el cual por enfriarse la Tierra se arruga su superficie.

Ya a Dutton, geólogo del último tercio del siglo XIX, parecíale la infantil teoría de la contracción cualitativamente inaplicable y cuantitativamente insuficiente para explicar la formación de las montañas. Y Dutton mismo se preguntó si, aparte de toda hipótesis acerca del enfriamiento del planeta y constitución probable de su núcleo central, los movimientos que tienden a dar a la Tierra su figura de equilibrio no serían sufi-

cientes a explicar la génesis y erección de las montañas.

Si la Tierra fuese homogénea sería el elipsoide de revolución su figura geométrica; mas como es heterogénea y determinadas partes de su superficie son más densas que otras, forzosamente habrá de producirse un hinchamiento en los lugares de materia menos densa y una depresión en donde se agolpa la materia más densa. Desde los tiempos de Dutton se conoce con el nombre de *isostasia*, por él mismo propuesto, la condición de equilibrio de la figura hacia la que la gravitación tiende a reducir un cuerpo planetario. A tener la Tierra la suficiente plasticidad tendería hacia una figura isostática.

Ahora bien: las condiciones de equilibrio de la superficie terrestre se hallan en perpetuo quebranto por la labor erosiva de los ríos, que arranca materiales a las masas continentales para conducirlos a los Océanos, en los que se acumulan a longo del litoral. Los continentes se van, pues, descargando en la misma medida que el litoral se recarga. Para que de nuevo se restablezca el equilibrio isostático, perturbado sin tregua, la materia en exceso sobre el litoral deberá desplazarse hacia los continentes. Empujes tangenciales dirigidos de alta mar hacia la marina provocarán, precisamente en la región litoral, la formación de pliegues paralelos—de dirección perpendicular al sentido del empuje—, cuyo conjunto constituirá la cordillera enhiesta en el borde del continente.

Aun cuando Wegener no desdeña la teoría isostásica, la formación de las cordilleras de montañas se

debe en la teoría wegeneriana a la resistencia que el sima opone a la marcha de los continentes a la deriva. Esta resistencia se traduce en una compresión que, al ejercerse sobre el frente del bloque continental en marcha, provoca su plegamiento. El empuje orogénico no tendría lugar sino al nivel del sima. La altura del zócalo continental por encima de los fondos oceánicos no representa sino el 5 por 100 de su espesor total y el 95 por 100 restante se hunde y baña en el magma. Verificada la fractura inicial del proceso, separadas las masas continentales y en marcha, éstas experimentan en su extenso frente de avance, por parte del sima, una resistencia suficiente para plegar a longo de su frente su dilatada plataforma marginal. Las Montañas Rocosas y los Andes no serían entonces sino el borde plegado del frente de avance del continente americano al bogar con rumbo occidental y dejar tras sí el fondo oceánico del Atlántico.

Por cuanto se refiere a si los polos se han desplazado o no a lo largo de los tiempos, Wegener se decide por la afirmativa.

Las floras y las faunas fósiles nos permiten reconstituir los climas terrestres extintos. Según ellas, parece que la atmósfera no se ha ido enfriando, sino que más bien las zonas tórridas que en el albor de los tiempos geológicos—en el cámbrico, por ejemplo—abrazaban todo el Globo, se han ido reduciendo lentamente hasta localizarse en torno del Ecuador.

Se imaginaba, por el hallazgo de floras y faunas fósiles tropicales en lugares muy distantes de donde hoy se sitúan los trópicos, que los polos ocupaban en-

tonces puntos muy diferentes de los actuales. Pero todo ensayo en este orden de ideas se malograba, porque de conseguirse localizar una zona polar, no se hallaban en los antípodas otras formaciones correspondientes.

La teoría de los desplazamientos continentales desvanece toda dificultad. Porque si al fin de la era primaria, y tal como Wegener supone, los continentes estaban soldados y no ocupaban sino uno de los hemisferios (fig. 1.ª), los antípodas no estaban en donde hoy, y el principal argumento geológico que se oponía a la hipótesis de las emigraciones de los polos desaparece.

Los desplazamientos del eje terrestre serían precisamente provocados por los cambios de equilibrio debidos a la deriva de los continentes. Wegener se ocupa en determinar la posición probable de los polos en los diferentes períodos geológicos de la Tierra. En el carbonífero, por ejemplo, el Ecuador habría cortado el Norte de España y Méjico, y el polo Sur quedaría situado en el Cabo.

J. DANTIN CERECEDA

Dos narraciones de Kuprin

Alma eslava

Cuanto más desciendo en mi memoria a las profundidades del pasado, al llegar a las impresiones recibidas en la infancia mis recuerdos se hacen más confusos y menos reales.

Sin duda que muchas de estas impresiones subsisten en mi memoria, porque ya más tarde, en un período más consciente de mi vida, me han sido referidas por los que con atención y amor guiaron mis primeros pasos.

Muchas de las cosas que recuerdo seguramente no me han ocurrido nunca, sino que algo parecido que leí u oí más tarde habrá arraigado y crecido sólidamente abrazado a mi alma.

¿Quién puede señalar en estos recuerdos el límite donde acaba la realidad y donde empieza el cuento

leído hace muchos años y transformado después en una verdad por la costumbre? ¿Quién puede separar lo que se mezcla tan caprichosamente?

Entre lo que con más clara lucidez renace en mi memoria sobresalen las raras figuras de Yas y de sus dos compañeros, o mejor dicho verdaderos amigos en el camino de la vida: «Matzko», un viejo caballo del desecho del ejército, y «Butón», un perro de guarda.

Yas se distinguía por una seria lentitud en sus palabras y acciones; parecía estar siempre reconcentrado en sí mismo. Hablaba muy poco y confundiéndose; se esforzaba en hablar en ruso y sólo en momentos de fuertes emociones de su alma se le escapaban exclamaciones y hasta frases enteras en ukranio.

Por sus vestidos de corte severo y de colores obscuros, y por la solemne y algo abatida expresión de su rostro, de finos y recogidos labios, daba la impresión de un buen servidor de los tiempos pasados.

Parecía que de todo el género humano, además de a sí mismo, sólo a mi padre consideraba digno de cierto respeto. En cuanto a mi madre, a nosotros los chicos y a todas las demás personas, tanto de casa como amigos, nos trataba, aunque respetuosamente, con cierta condescendencia compasiva y desdeñosa.

La razón de este desmesurado orgullo fué siempre para mí un enigma. Sucede algunas veces que los criados reflejan la manera de ser de los señores; pero mi padre era un modesto médico de un pueblecito lleno de judíos y vivía con tal sencillez, que no podía dar pretexto a Yas para que mirase a la gente desde lo alto de su grandeza.

Tampoco poseía la desenvoltura propia de los criados. No tenía ese barniz de los lacayos de la capital que se traduce en el empleo de palabras extranjeras; ni aplomo para conquistar a las doncellas de la vecindad; ni el arte de tocar la guitarra, cantando romanzas sentimentales, ese arte que ha rendido a tantos y tantos corazones inexpertos.

Las horas libres de ocupación las pasaba tumbado sobre un cofre en completa ociosidad.

En cuanto a los libros, no sólo no los leía, sino que los despreciaba. Todo lo publicado, salvo la Biblia, estaba, según él, escrito contra la verdad para engañar a la gente y *sacarle* el dinero, y por eso prefería a los libros sus largas y profundas meditaciones, revolviendo pensamientos en su cabeza mientras permanecía acostado sobre su cofre.

«Matzko» había sido desechado del ejército por los muchos defectos que tenía, entre los cuales el más importante era la vejez; su edad llegaba a un indecoroso número de años; las patas delanteras, adornadas con esparavanes, le temblaban, las mantenía siempre en flexión, como pronto a arrodillarse, y las posteriores, rígidas y torpes, se movían ordinariamente, y levantaba su cabeza, de perfil de camello, avanzando su aguda quijada. Todo esto, unido a su enorme alzada, extremada flaqueza y falta de un ojo, le daba un aire mísero-guerrero y cómico-serio. A estos caballos que tienen costumbre de levantar la cabeza suelen llamarlos «astrólogos» en los regimientos.

«Matzko» gozaba por parte de Yas de más simpatías que «Butón», el cual daba muestras de una des-

afección impropia de su edad. «Butón» era uno de esos perros grandes, lanudos, que por una parte parecen perros ratoneros agrandados diez veces, y por otra perros de aguas, pero que, sin embargo, son verdaderos perros de guarda. «Butón», en casa, se distinguía por su gran seriedad y buen juicio, pero en la calle su conducta era reprobable. Si acompañaba a mi padre, no corría tras el coche como hacen en semejantes casos los perros modestos y bien educados, sino que ladraba a todos los caballos que encontraba, les saltaba a los hocicos y huía asustado cuando alguno de ellos bajaba la cabeza con un ronquido alarmante para coger con los dientes al importuno. Penetraba en los patios ajenos, y a los pocos segundos salía huyendo a todo correr perseguido por docenas de perros enfurecidos. Trababa conocimiento con los perros más sospechosos y que desde hacía tiempo gozaban de mala fama.

Aquí en Podolia, como en Valin, nada da tanto aire de elegancia como un buen tiro de caballos bien atalajado. Hay propietarios que hace mucho tiempo que tienen hipotecadas y archihipotecadas sus tierras y de un día a otro esperan la visita del alguacil del juzgado; pero, sin embargo, cuando van el domingo a la iglesia se hacen conducir en una elegante victoria tirada por cuatro y hasta por seis bravos caballos polacos, y al salir a la plaza Mayor del pueblecito ordenan al cochero:

—Haz restallar el látigo, Yuseft.

Pero estoy seguro que a ninguno de los señores polacos vecinos nuestros les presentaba su cochero el coche con la pompa y majestad que lo hacía Yas cuando mi padre se disponía a visitar a alguien.

Ante todo, Yas se ponía un alto casquete con una visera cuadrada y una larga faja amarilla. Luego enganchaba a «Matzko» a un antiquísimo coche que por lo visto pertenecía a los remotos tiempos de la independencia de Polonia y conducía el coche a unos cien pasos de la casa. Apenas mi padre aparecía en la puerta de casa, Yas hacía restallar solemnemente el látigo; «Matzko», durante algunos segundos, se quedaba pensativo meneando la cola, y por fin arrancaba a un trote sostenido, echando a lo alto las patas de atrás, semejante a un gallo que corriese. Llegado a la puerta, Yas tendía las manos hacia adelante fingiendo que necesitaba todas sus fuerzas para contener con dificultad al caballo. Sin duda para sostener el honor de nuestro nombre fijaba toda su atención en el animal y nada de lo que sucediese a su alrededor le hacía volver la cabeza.

Yas tenía de mi padre un concepto desmesuradamente elevado. Ocurría a veces que algún pobre judío o campesino tenía que esperar su turno en la antesala mientras mi padre estaba ocupado con otros enfermos. Yas entablaba conversación con él para aumentar el prestigio médico de mi padre.

—¿Qué te has creído tú?—preguntaba sentado en una banqueta, con aire indiferente y mirando de arriba abajo al enfermo, que respetuosamente permanecía en pie delante de él—. ¿Acaso te figuras que estás en casa del escribano del distrito o de algún alguacil?

—A mí me duele algo aquí dentro y me quema en el pecho...—tartamudeaba el enfermo aturdido.

—¡Ya ves! ¿Y por qué te duele? ¿Con qué curarlo?

Tú no lo sabes y yo tampoco, pero el señor, apenas te vea, te dirá en seguida si vivirás o si te morirás.

Yas era muy económico en sus gastos y todo su dinero lo empleaba en comprar cosas y utensilios que cuidadosamente guardaba en su gran cofre guarnecido de hoja de lata.

Nada nos daba a los niños tanta alegría como el permiso de Yas para presenciar una revista de sus tesoros. La tapa del cofre estaba forrada por dentro con unas ilustraciones que representaban asuntos muy diversos; al lado de unos amenazadores generales nacionales con bigote verde, se veían el vagar del alma en pena, una estampa de «Miva», consistente en un estudio de una cabeza de mujer y un grabado en el que el bandido *Ruiseñor*, sentado en un roble y con el ojo derecho muy abierto, espera la flecha que le dispara su enemigo Ilia-Musometz.

Luego empezaban a salir sucesivamente del cofre chaquetones, chalecos, sayos, gorras de piel de cordero, tazas y platitos, cajitas de alambre adornadas con abalorios y florecitas de tafetán y espejos redondos de bolsillo. Algunas veces, de la bolsa lateral del cofre salía una manzana o un pan de adormideras y miel que nos parecía más sabroso que ningún otro.

Yas, en general, era muy trabajador y cuidadoso. Una vez rompió una gran jarra de agua, y mi padre le reprendió; al día siguiente trajo dos jarras nuevas.

—Lo mismo da—nos explicó—; no tendría nada de particular que rompiese otra, y, de todos modos, no estorba el tener dos jarras en casa.

El mismo había iniciado una gran limpieza, que

sostenía en todas las habitaciones. Defendía celosamente sus derechos y sus obligaciones y estaba sinceramente convencido de que nadie fregaba los suelos mejor que él.

Un día, entre Yas y Eva, la nueva doncella, se promovió una gran discusión que concluyó por un concurso entre ambos para ver quien limpiaba mejor una habitación. Fuimos designados como jueces, y con objeto de enfadar a Yas, dimos el premio a la doncella. Eramos niños, no conocíamos el alma humana y no pudimos sospechar la dolorosa ofensa que causábamos a Yas con nuestro fallo injusto. Se fué sin decir palabra, y al día siguiente toda la población se enteró de que Yas estaba borracho.

Esto le sucedía aproximadamente una vez cada dos o tres años y era una gran desgracia para él y para toda nuestra familia. No había quien cortase la leña, ni quien diese de beber al caballo, ni quien trajese agua.

Durante cinco o seis días no veíamos a Yas ni oíamos hablar de él; al séptimo día se presentaba sin gorro ni chaquetón, sucio y despeinado. A unos treinta pasos le seguía una multitud de judíos, y los chicos gritaban y le hacían muecas. Todos sabían que Yas iba a hacer almoneda de sus cosas.

Efectivamente, al cabo de unos minutos salía corriendo de casa, llevando entre sus brazos casi todo el contenido de su sagrado cofre. La muchedumbre le rodeaba en seguida.

—¿Cómo? ¿Que no me dais aguardiente?—gritaba Yas sacudiendo en el aire pantalones y chalecos col-

gados de sus dedos—. ¿Que no tengo dinero? Y esto, ¿qué es?... ¿Y eso?... ¿Y eso?...

Sobre la muchedumbre volaban las prendas, que eran cogidas por docenas de manos rapaces.

—¿Cuánto me das?—gritaba Yas a algún viejo judío que se había apoderado de un chaquetón—. ¿Cuánto me das tú, cabeza de yegua!

—Te puedo dar cincuenta copeks—le decía el judío guiñando los ojos.

—¿Cincuenta? ¿Cincuenta?—la desesperación de Yas llegaba al colmo—. ¡Dame veinte copeks! ¡Dame quince! ¿Qué es esto? ¿Toallas? ¡Dame por todas diez copeks! ¡Que os saquen los ojos! ¡Que os ahogue el tétanos! ¡Que perezcan vuestros hijos!

En nuestro pueblecito había policía, pero todas sus obligaciones se limitaban a registrar los bautizos de los hijos de los vecinos; en casos como el de Yas, sin intervenir para nada en el escándalo, desempeñaba el modesto papel de observador taciturno.

Mi padre, al ver el robo de la propiedad de Yas, no podía contener su desdeñosa cólera.

—Se ha emborrachado. ¡Idiota! ¡Que se las arregle como pueda!

Mas a pesar de su enfado se lanzaba en medio de la muchedumbre. Un momento después sólo quedaban en escena mi padre y Yas, quien sólo conservaba entre sus manos alguna vieja navaja de afeitar. Durante unos minutos, se quedaba tambaleándose, asombrado, alzando las cejas con aire de bobo, y de repente caía de rodillas.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Mi querido señor! ¡Qué han hecho conmigo, mi querido señor!

—¡Vete al cobertizo!—ordenaba mi padre empujando a Yas, que le besaba los faldones de la levita—. ¡Vete al cobertizo y duerme! ¡Desde mañana, que no te vea yo más por aquí!

Yas se dirigía dócilmente al cobertizo y empezaban para él las torturantes horas de su vuelta a la razón, llenas de sufrimientos y de arrepentimiento doloroso y sincero. Permanecía acostado boca abajo, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos y los ojos fijos en un punto situado ante sí. Se daba cuenta de lo que en aquel momento estaba sucediendo en casa; con toda lucidez se representaba en su imaginación la escena en que todos nosotros pedíamos su perdón a nuestro padre, y cómo éste nos rechazaba con gesto impaciente. Temía que esta vez mi padre no se dejara convencer.

De vez en cuando íbamos, llenos de curiosidad, a escuchar a la puerta del cobertizo los ruidos que allí se oían, parecidos a rugidos y sollozos.

En estos momentos de desgracia y tristeza, «Butón» se creía en el deber de imitar al doliente Yas. El inteligente animal, en los días normales, no se permitía la menor familiaridad; comprendía que Yas no se la toleraba. Por eso, cuando se encontraba en el patio con el severo sirviente, «Butón» tomaba la actitud de estar contemplando con atención algo muy lejano o de estar preocupadísimo en cazar con su boca alguna mosca que volaba cerca de él.

Yo notaba en «Butón» una cosa que me extrañaba; los chicos le acariciábamos con prevención, algunas veces le dábamos de comer, le arrancábamos de entre el

pelo las garrapatas, que él soportaba silencioso y valerosamente, a pesar de sus evidentes sufrimientos, y hasta besábamos su hocico húmedo y frío. Sin embargo, su cariño y simpatías pertenecían por completo a Yas, del cual en vez de caricias recibía patadas. ¡Ay! Cuando la cruel experiencia de la vida me ha enseñado a mirar el revés de todas las cosas, empiezo a sospechar que el origen del afecto de «Butón» no era tan misterioso; no éramos nosotros sino Yas el que todos los días le llevaba una cazuela con las sobras de la comida.

Repito que «Butón», en tiempos normales, por nada del mundo se hubiera atrevido a tratar con tanta libertad a Yas; pero en los días de arrepentimiento entraba audazmente en el cobertizo, se sentaba al lado del acostado Yas y fijando su mirada en un rincón suspiraba profundamente. Si esto no bastaba, «Butón» empezaba, al principio con timidez y luego con más y más audacia, a lamer las manos y la cara de su protector, y siempre, al final, Yas abrazaba el cuello de «Butón», que se ponía a aullar muy bajito hasta que ambos unían sus voces en un extraño dúo sentimental.

Al día siguiente, Yas se presentaba en casa con aspecto fúnebre y sin atreverse a levantar los ojos. Fregaba los suelos y limpiaba los muebles hasta sacarles brillo, procurando terminar todo antes de la llegada de mi padre, al pensar en el cual se ponía a temblar. Pero mi padre permanecía inexorable. Entregaba a Yas el pasaporte y el dinero y le ordenaba que se marchase inmediatamente de casa. Todas las súplicas y todos los juramentos eran inútiles; entonces Yas se decidía a probar su último recurso.

—¿De modo, señor, que usted me ordena que me vaya?

—Sí, y al instante.

—Pues no me iré. Usted me echa, pero si yo me fuera todos ustedes perecerían como cucarachas. No me voy, y basta.

—Te echará la policía.

—¿La policía?—decía Yas indignado—. Pues que me eche; que toda la población se entere de que a Yas, que durante veinte años le ha servido a usted honrada y lealmente, le envía usted a la cárcel conducido por la policía. Que me lleven. ¡No es a mí a quien le dará vergüenza, sino a usted, señor!

Y, efectivamente, Yas se quedaba en casa. Las amenazas no le producían ningún efecto, y sin hacerles caso se ponía a trabajar como un negro; trabajaba enormemente, procurando recobrar el tiempo perdido. Al llegar la noche, no dormía en la cocina, sino que se iba a dormir a la cuadra al lado de «Matzko»; y el caballo permanecía con las patas abiertas, durante toda la noche, para no pisar a Yas. Mi padre, hombre bondadoso y apático, esclavo de la costumbre, rehuía los cambios de personas y cosas, y por la noche le perdonaba.

Yas era muy guapo, moreno, del melancólico tipo ukraniano. Las muchachas y hasta las jóvenes casadas le admiraban; pero ninguna se hubiera atrevido, al atravesar el patio, a darle un empujón con el codo o sonreírle con una mirada provocativa; conocían el desprecio helado y demasiado altivo que tenía para el sexo femenino y que los placeres de un hogar le seducían muy poco.

—Cuando una mujer se instala en casa—solía decir Yas—, en seguida se vicia el aire.

Pero, a pesar de todo, una vez hizo una tentativa para casarse, con la que nos produjo más asombro que nunca.

Un día, cuando estábamos sentados a la mesa para tomar el te de la noche, Yas entró en el comedor, completamente sereno aunque emocionado, y señalando misteriosamente la puerta por encima del hombro con el dedo pulgar de su mano derecha, preguntó en voz baja:

—¿Puedo entrar?

—¿Quién es?—preguntó mi padre—. Que entre.

Con gran curiosidad fijamos los ojos en la puerta por la que entró lentamente, casi arrastrándose, un ser extraño: era una mujer que pasaba de los cincuenta años, andrajosa, sucia, borracha, estúpida y cubierta de cardenales y golpes.

—Dénos su bendición, señor, para contraer matrimonio—dijo Yas poniéndose de rodillas—. ¡Ponte tú también de rodillas, tonta!—le gritó a la mujer tirándole fuertemente de una manga.

A mi padre le costó gran trabajo volver de su asombro. Durante un buen rato habló calurosamente a Yas para convencerle de que hacía falta estar loco para casarse con aquella criatura. Yas le escuchaba en silencio, sin levantarse del suelo, y la estúpida mujer también permanecía de rodillas.

—¿Así es que no me manda usted que me case con ella?—preguntó al fin Yas.

—No sólo no te lo mando, sino que estoy seguro de que no harás tal tontería.

—Pues así será, señor—dijo resueltamente Yas—. Levántate, tonta—dirigiéndose a la mujer—. ¿Has oído lo que ha dicho el señor? ¡Pues largo de aquí!

Y al decir estas palabras, cogió a la mujer por el cuello y ambos salieron rápidamente del comedor.

Esta fué la única tentativa de Yas para seguir el camino del matrimonio. Cada uno se la explicaba de un modo diferente, pero nadie pudo pasar de las suposiciones, porque, cuando se le preguntaba sobre este asunto, Yas sólo contestaba agitando las manos en señal de disgusto.

Pero aún más misteriosa e inesperada fué su muerte. Tenía tan poca relación con todos los precedentes de su vida, y fué tan repentina y enigmática, que aún hoy siento pena al contarla.

Aseguro que todo lo que he contado no sólo ha sucedido en la realidad, sino que ni siquiera está adornado por mi fantasía para dar más interés y relieve a la narración.

Un día, en la estación del ferrocarril, que se hallaba a unos tres kilómetros de nuestro pueblo, se ahorcó en el tocador un viajero aún joven y bien vestido. Aquel mismo día, Yas pidió permiso a mi padre para ir a ver al ahorcado.

Al cabo de cuatro horas volvió a casa, entró directamente a la sala, en donde en aquel momento había visitas, y se paró junto a la puerta. Hacía tan sólo dos días que había cumplido su penitencia en el cobertizo y estaba completamente sereno.

—¿Qué quieres?—le preguntó mi madre.

—¡Ji, ji, ji! Al señor de la estación le ha salido la lengua fuera...

Mi padre lo envió en seguida a la cocina. Las visitas hablaron durante un rato de las extravagancias de Yas y olvidaron este pequeño incidente.

Al día siguiente, al pasar a las ocho de la noche por delante de nuestra alcoba, se acercó a mi hermanita y la abrazó.

—Adiós, hijita—le dijo acariciándole la cabeza.

—Adiós, Yas—respondió mi hermanita sin separar los ojos de su muñeca.

Media hora más tarde, Eva, pálida y temblorosa, entró corriendo en el despacho de mi padre:

—¡Señor! ¡Allá en la bohardilla se ha ahorcado Yas! —Y cayó al suelo desvanecida.

En la bohardilla, Yas pendía sin vida de una cuerda fina y resistente.

Cuando el juez interrogó a la cocinera, ésta dijo que el día de su muerte Yas hacía cosas muy raras.

—Se ponía delante del espejo—decía la cocinera—, se apretaba el cuello con las manos hasta ponerse colorado, sacaba la lengua, guiñaba los ojos... Sin duda que en su imaginación se representaba su propia muerte.

El juez de instrucción atribuyó el suicidio de Yas a un ataque de locura.

Al día siguiente del entierro de Yas, que fué sepultado en un barranco detrás de un pequeño bosque, sitio donde se enterraba a los suicidas, no se pudo encontrar a «Butón». El fiel perro se había escapado y permanecía tendido sobre la tumba de Yas llorando con aullidos la muerte de su severo amigo; luego desapareció para siempre.

Ahora que ya soy casi viejo, cuando remuevo mis recuerdos y me detengo ante la imagen de Yas, pienso:

¡Qué alma tan rara, fiel, pura, contradictoria, absurda y grande, la verdadera alma eslava, vivía en el cuerpo de Yas!

Del primero que encuentre

Yalta, 22 de agosto de 19...

MUY señora mía: No cabe duda que esta carta le causará una sorpresa y quizás hasta le enoje. Sin embargo, nada le impide tirarla a la chimenea sin leerla; pero antes de esto, le ruego que mire en el sobre —en la estampilla de la oficina de Correos—el sitio de la expedición. Verá que esta carta está escrita a más de dos mil kilómetros de usted. Esta circunstancia y el que yo firme con mi nombre y apellidos, evitarán el que se crea usted objeto de un engaño, de una intriga o, sobre todo, de insensatas esperanzas por mi parte.

Lo que voy a relatar tuvo lugar en San Petersburgo, hace justo cuatro años: el 22 de agosto de 18...

¡Oh, hasta moribundo me acordaré de esta fecha y de aquella tarde lluviosa, húmeda y fría!

En el aire estaba, como suspendida, una espesa niebla que a veinte pasos no dejaba distinguir nada. Las luces de los faroles eléctricos parecían grandes manchas irisadas; por todas partes se oía el ruido de coches invisibles y de vez en cuando la niebla gris parecía agujerearse por dos manchas amarillas de fuego; era un coche que pasaba. Invisibles los tranvías se arrastraban con incesante retintín.

Yo erraba por las calles, parándome a veces delante de las ventanas iluminadas. Ante algunas me detenía largo rato atraído por una curiosidad extraña; sobre todo, me llamaban la atención las habitaciones lujosamente amuebladas, con arañas, alfombras, espejos, flores y muebles tapizados de seda.

Yo era entonces pobre y solo, lo mismo que ahora. El correr de casa en casa para dar lecciones, la vida en cuartos míseros y las comidas baratas minaron mi salud. La eterna soledad hizo de mí un salvaje misántropo y visionario.

Precisamente a esta última cualidad, en mí exagerada hasta el colmo, debía los placeres que experimentaba ante las ventanas de casas desconocidas, perdido en la noche y en la niebla y sintiendo la indiferencia hacia mí de toda la capital.

Vivía dos vidas a la vez. Durante el día era tímido, torpe, con una cara odiada por mí mismo, una pechera y unos pantalones con flecos como las lanas de un perro de aguas descuidado. Buscaba el favor de los porteros, escondía cuidadosamente mis zapatos rotos

debajo de la silla en que estaba sentado, sufría cuando desdeñosamente alguien dejaba de darme la mano y, avergonzado, huía de las calles frecuentadas.

Por la noche, al contrario. ¡Oh, por la noche! Bajo mis ventanas predilectas yo era guapo, ágil e inteligente. Conquistaba mujeres e influía en el alza y baja de la Bolsa. ¡Qué caballos tenía! ¡Qué manjares más suculentos!

Entraba en aquellas salas iluminadas por candelabros e impregnadas del suave aroma de plantas y perfumes. Todo aquello me pertenecía. Yo jugaba a los naipes con aquellos tres ancianos de tipo aristocrático y hablábamos sin apresuramientos, en términos graves y rebuscados. Erguido al lado del piano abierto, encantaba a toda aquella gente con mi canto. Era marido, novio o amante de todas aquellas mujeres hermosas, de movimientos suaves, inundadas de encajes y medio tendidas en muebles de curvas caprichosas.

Durante las noches, la idea de la mujer, sobre todo, se apoderaba de mi imaginación; pero durante el día por nada del mundo me hubiera atrevido a decir la menor galantería a una humilde fregona.

Pero me he apartado del asunto de esta carta; le ruego que me perdone por esta falta involuntaria. Sigo.

Aquella noche, en la esquina de Litieinaia y Nevsky, estaba inmóvil al lado de un farol una figura, vaga a causa de la niebla.

Me acerqué a ella y me paré asombrado.

Mi asombro no fué por ver a una mujer. ¡Tantas salen a esas horas a las calles de San Petersburgo, empujadas por el hambre y la miseria! Pero ¿cómo po-

día encontrarse una mujer como aquélla, en una tarde lluviosa de otoño y en el cruce de dos calles tan importantes, completamente sola, sin la compañía de un amigo o de una criada?

Mientras yo la observaba pasaron unos cuantos desocupados con los pantalones remangados y el cigarrillo entre los dientes. Ninguno se atrevió a acercarse ni a entablar conversación con ella.

Parecía presa de gran agitación. Volvía muchas veces la cabeza de un lado a otro con muestras de impaciencia y de cuando en cuando golpeaba nerviosamente con el paraguas las sucias losas de la acera.

Al principio supuse que estaría esperando a alguien, desde luego su amante; pero en seguida rechacé esta idea acordándome de los casos de adulterio que se describían en un sin fin de novelas francesas devoradas por mí. En ellas, la *petite baronne de Coussy* se dirige a la cita de un Raymond, primero en su propio coche, luego se apea de él en un sitio apartado, lo despide y toma un *fiacre*, en el que llega a *notre petit nid*, amueblado con mucho gusto por el encantador Raymond Sobre todo, si estuviese esperando a alguien hubiera mirado muy a menudo su reloj.

¿Acaso le ocurriría alguna desgracia? ¿Se encontraría en algún apuro?

De pronto, como empujado por un resorte, me acerqué a la desconocida y me quité el sombrero. Del susto que me produjo mi propia audacia, se me secó la lengua y sentí como me latía el corazón. A pesar de todo, tuve fuerza para balbucear:

—Perdone, señora, mi atrevimiento; pero veo que

está usted algo nerviosa. ¿Es que se ha extraviado? ¿Podría yo servirle en algo?

Ella me miró. Mejor dicho, no me miró, sino que, como se dice en las novelas, «me midió con la mirada» de arriba a abajo, me midió con una mirada larga y silenciosa y, de repente, dijo con una resolución imposible de describir:

—¡Con usted o con otro..., lo mismo me da!...

Y cogiéndose de mi brazo añadió:

—¡Vamos!

En la esquina, junto al sitio donde estábamos hablando, había un coche de punto. Me acordé de que tenía en el bolsillo dos rublos y pico, que estaban destinados a pagar una parte del alquiler de mi cuarto.

—¿No le sería más cómodo tomar un coche?—le pregunté.

La desconocida, sin contestar una palabra, saltó rápidamente al coche. Yo me quedé un poco turbado, ella recogió con la mano izquierda su traje y exclamó con impaciencia:

—Pero ¿sube usted o no?

Obedecí apresuradamente.

—¿Adónde quiere que les lleve?—me preguntó el cochero desde el pescante inclinándose hacia mí.

—¿Adónde quiere que la lleve?—repetí yo como un eco.

¡Dios mío! ¡Qué cara tan divina y tan encolerizada se volvió de repente hacia mí!

—¿No ve usted que me es indiferente? ¡Adonde lleva usted a esas...—titubeó, y luego pronunció como con repugnancia y subrayando las palabras—*...a esas mujeres.*

Dí al cochero una dirección. Pasamos luego Litieinaia, luego otra calle. Ella iba callada; yo, temiendo entablar conversación, pensaba en quién podría ser mi enigmática compañera: ¿Una morfinómana? ¿Una loca? ¿Una recién llegada que no conocía la ciudad y que, víctima de algún robo, se había quedado sin recursos? ¿Sería una mujer perturbada por alguna gran desgracia? ¿Me exigiría ayuda en algún asunto? Pero juro por el nombre de Dios que ni por un instante se manchó mi alma con ningún mal pensamiento.

De vez en cuando la desconocida gesticulaba, por lo cual pude juzgar de su impaciencia.

De pronto me preguntó bruscamente:

—¿Llegaremos pronto?

Yo balbuceé sofocado:

—Perdóneme...; yo..., realmente..., no he comprendido bien...: no sé dónde quiere usted ir.

Ella, con gesto de enfado, dió con la mano un golpe sobre el paraguas.

—¡Oh, creí que ya le había dicho que no conozco sus asquerosas madrigueras!

En aquel momento el coche pasó por delante de un letrero. Un farol colocado encima permitía leer: «Hotel Zanzíbar. Por meses y por días.»

—Aquí hay un hotel—le dije con timidez.

Ella, en silencio, inclinó la cabeza eludiendo mi mirada. Hice parar el coche. La puerta del hotel, con un ladrillo colgado de una cuerda a modo de muelle, chirrió agudamente al abrirse; ante nosotros apareció una escalera de madera, sucia y empinada, cubier-

ta con una estera, y a lo largo de la cual, en las paredes, estaban pintados unos árboles con unos corderos al pie.

Olía a sopa de repollo y a petróleo. Yo grité con todas mis fuerzas: ¡Mozo! Me contestó un eco resonante, pero nadie acudió a mi llamada. Miré a mi compañera; ella no me miraba, pero me pareció que estaba temblando. Entonces grité aún más fuerte: ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Portero!

Esta vez apareció en lo alto de la escalera un mozo descalzo, con la cara hinchada por el sueño, y con camisa encarnada que asomaba por debajo del chaleco. Bajó de mala gana hasta la mitad de la escalera, se paró, se rascó un pie con el otro, luego se rascó su enmarañada cabeza y, por fin, sin casi abrir los ojos, preguntó con voz ronca:

—¿Qué quieren?

—¿Hay cuartos desalquilados?

—Sí. ¿Necesita usted un buen cuarto?

—Lo mismo da; ¡pero anda más de prisa!

Se volvió y dijo indolentemente:

—Hagan el favor de pasar—y empezó a subir la escalera.

Por última vez miré a mi desconocida; ella, entonces, como en respuesta, con un provocante atrevimiento, subió apresurada los escalones. La seguí. No llevaba chanclos y el barro había salpicado sus pequeños zapatitos de charol, el borde de su falda negra y las medias transparentes. Parecerá extraño, pero esta última observación me llenó de una indecible piedad.

El mozo descalzo nos esperaba a la puerta de la habitación con una luz en la mano. Entramos.

Cuando escribo estas líneas, aparece ante mis ojos el mobiliario de la habitación con una dura y fría claridad. Como si fuese ahora, me acuerdo que era el cuarto número 10; frente a la puerta, colgado de la pared, había un espejo oval con un marco dorado lleno de desconchones; debajo de éste, un sofá y dos butacas tapizadas de cretona obscura con grandes flores rojas y ante ellos una mesa redonda y negra; a la derecha, una cómoda, y encima una jarra de agua cubierta por un raso, todo ello empolvado; a la izquierda, una cama de hierro con un colchón delgado y desnudo; ante las ventanas pendían unas cortinas de indiana. Me acuerdo hasta del papel de la pared; en él se repetía el mismo dibujo: un torreón, agua y un puente levadizo sobre el que un caballero y una dama de la época de Luis XIV se daban la mano.

El mozo entró en el cuarto trayendo una almohada y dobladas sobre ella, dos sábanas y una manta de bayeta gris con rayas encarnadas.

Tiró todo descuidadamente sobre la cama, se limpió la nariz con el dorso de la mano y groseramente preguntó:

—¿Toma usted la habitación por algún tiempo o sólo para la noche?

Le hice señas con la mano para que se callase, pero él continuó:

—Lo decía, porque si es para la noche, la policía exige que se presente el pasaporte, porque se persigue al que...

—Salga de aquí—pronunció la desconocida.

Estas palabras fueron dichas con gran calma, sin

irritación, sin desdén, sin imperiosidad, con el tono sencillo de quien no ha tenido nunca el temor de que una orden suya pueda quedar desobedecida. Fué tal la fuerza de este tono de confianza en sí misma que el descarado mozo, en el acto, desconcertado, se apresuró a salir de la habitación.

Quedamos solos. Mi desconocida, hasta entonces, había sostenido la misma postura, de pie delante de la cómoda y con la espalda vuelta a la puerta. No podía disimular el asco que le daba aquella abominable habitación, con la que no podía familiarizarse.

Durante dos o tres minutos reinó un silencio forzado. De repente, ella, volviendo un poco hacia mí su orgullosa cabeza, me preguntó con severidad:

—¿Sabe para qué he venido aquí con usted?

—Dispénseme, por favor—balbuceé tartamudeando—, pero yo... yo... le aseguro que no puedo adivinarlo...

Con paso apresurado se arrimó a mí. Sus ardientes ojos negros y sus finas cejas que se fruncieron hasta formar una arruga de cólera en medio de la frente, me hicieron retroceder.

—¿No lo sabe usted? ¿No lo sabe? ¿Usted? ¿Usted? ¿Un hombre?... ¡Mentira!

Yo, no encontrando respuesta a estas preguntas punzantes y apasionadas, me callé. La desconocida, con gesto enérgico, tiró su paraguas sobre el sofá, se quitó el sombrero y empezó a desabrochar los grandes botones de nácar de su vestido.

—¿No lo sabe usted?... ¡Mejor!—dijo bruscamente y como irritada—. ¡Mejor! ¡Pues sépalo! Yo necesitaba

del primer hombre que encontrase... ¿Comprende usted?... Del primero, es decir, de usted..., ¡precisamente de usted!—siguió gritando y con un ligero temblor en los labios—. Lo necesito... para... para... ¡ja, ja!... ¡ja, ja!

Empezó a reír con una risa extraña: aguda, cerrada, muy baja al principio, pero que poco a poco fué haciéndose más fuerte hasta resonar espantosamente en mi alma.

A la risa se mezclaban gemidos, suspiros entrecortados y sollozos que hacían estremecer su esbelto cuerpo. Yo, perdiendo la cabeza, asustado, no menos alterado que ella, la cogí por la cintura y la hice sentar en una butaca; se dejó caer echando atrás la cabeza y cubriéndose la cara con las manos.

Abrí la ventana. Entró un aire húmedo y frío que la tranquilizó un poco; eché agua en el vaso y se la ofrecí diciéndole algunas palabras incoherentes para calmarla. Movió la cabeza denegando, y su diminuta mano, cubierta por un guante amarillo, rechazó la mía.

Poco a poco el ataque fué calmándose, los sollozos terminaron y sólo se oían unos supiros convulsivos que se escapaban por debajo de sus manos, con las que continuaba cubriéndose el rostro. Luego, se calló completamente como si estuviese recogiendo sus fuerzas y de pronto, con un brusco movimiento, se levantó de la butaca.

—¡Vámonos!—dijo secamente y su rostro tomó la misma expresión orgullosa de antes.

Cuando nos hubimos alejado unos diez pasos de la entrada del hotel, se paró de pronto, y mirando a

algo invisible situado por encima de mi cabeza, dijo fríamente:

—No me importa lo que pueda usted pensar de todo esto... Tampoco tengo intención de pedirle su palabra de honor de que no lo contará a nadie; pero exijo de usted que no me acompañe y que nunca haga nada para tratar de conocer mi nombre, ¿me comprende usted?

Y después, sin añadir una palabra de despedida, sin mirarme, ni aun siquiera indiferentemente, se fué muy de prisa. Durante un minuto, vi aún por la acera su alta figura; luego, nada; la niebla la escondió.

Es posible que para los demás este incidente tuviera la importancia de una aventura interesante, de un encuentro misterioso y enigmático, y nada más. Pero para mí éste fué el suceso más importante y trascendental de toda mi vida.

Soy un ser miserable y olvidado por todos, un gusano, un mendigo; pero poseo una enorme fuerza de imaginación y una fantasía enfermiza. Aquella hermosa y misteriosa mujer se apoderó de mí por completo y para siempre.

El primer día lo pasé como en delirio. No podía analizar lo sucedido y algunas veces hasta dudaba: ¿No habría tomado por realidad lo que sólo era uno de mis sueños absurdos? Y fuí a aquella calle para convencerme de la existencia del hasta entonces para mí desconocido «Hotel Zanzíbar».

Cada día se apoderaban de mí con más fuerza los recuerdos. Se hizó para mí un placer y una necesidad el recordar los detalles más mínimos de aquella tarde lluviosa; pensaba en ellos día y noche; por la mañana

y por la tarde, andando, en las horas de la comida y durante mis ocupaciones. Por la noche se me aparecían más fuertes y vivos.

Nunca he conocido las alegrías de un amor real, pero he oído y leído con qué impaciencia aguardan los enamorados el momento de la cita. Le aseguro que con la misma impaciencia esperaba yo el momento de acostarme para poder entregarme a mis sueños y recuerdos en la obscuridad y el silencio, interrumpido sólo por el tictac del reloj colgado al otro lado de la pared de mi cuarto.

¡Oh! ¡No crea usted, en aquellas noches tenía mucho que hacer!

Al principio, de ningún modo lograba acordarme del rostro de mi desconocida. Millares de caras aparecían y pasaban en torbellino ante mis ojos ocultando aquel rostro tan hermoso; yo ordenaba intensamente a mi imaginación que hiciese aparecer aquella cara, y de tal modo martirizaba a mi pobre cabeza que ésta no me respondía.

Pero al fin triunfé. Ahora conozco toda la figura línea a línea, hasta la más leve curva; ningún retrato podría reemplazar a la imagen que guardo en mi memoria. A veces, casi la toco y hasta me parece notar en mis manos el fino y suave perfume que dejó en ellas la cintura de aquella mujer.

Luego empezaba a recordar la sucesión de los hechos. Minuciosamente, paso a paso, siempre volviendo atrás, sacándolos de mi memoria, reproducía cada uno de los gestos, de las miradas, de los movimientos de su cabeza. Esto es difícil, pero no imposible.

Quizás usted se acuerde de cómo en la novela de Maupassant *Une vie* la protagonista raya un papel en cuadraditos, cada uno de los cuales corresponde a un día. De este modo recuerda toda su vida día por día. Con el mismo cuidado yo hacía resucitar en mi mente la tarde del 22 de agosto de 18... y todo lo que escribo aquí es tan cierto como la misma verdad.

Intentaba penetrar en la esencia de los hechos, miraba dentro del alma de mi desconocida e iluminaba aquel fondo tenebroso. Pero la labor no era fácil porque tenía que seguir el camino del análisis.

Si me preguntasen: ¿Cómo procederá en tales circunstancias una persona de tal edad, educada de tal modo y en tal ambiente? Contestaría con más o menos seguridad. Pero aquí había que seguir el camino contrario. Los datos que poseía de esa persona eran sólo sus actos y de ellos quería, con un deseo irresistible, conocer la tormenta interior que la empujaba a realizarlos.

Por milésima vez analizaba el pasado. Ya sé que mi desconocida es orgullosa, apasionada, impetuosa y atrevida.

¿Cuál fué la conmoción interna que echó a la calle en aquella lluviosa tarde otoñal a esta mujer de rostro aristocrático y voz imperiosa? No cabe duda que la causa era más fuerte que la misma muerte, porque personas tan orgullosas como ella antes mueren que soportar su deshonor. Se comprende que el deshonor era precisamente lo que necesitaba.

¡Oh! Al llegar aquí veía claramente la significación cruel y amarga de aquella frase que me echó en cara:

«Del primero que encuentre.» ¡Buscaba el deshonor de ella misma para el deshonor de otro!

De aquí a la conclusión, sólo falta un paso. Lo que impulsaba a mi desconocida eran unos celos irresistibles y un deseo de venganza por fortuna no alcanzada. «Ojo por ojo, diente por diente»; quiso pagar el ultraje recibido con la misma moneda, pero de un modo más refinado y más terrible.

Luego, yo soñaba. Mi fantasía creaba espléndidos jardines con fuentes murmuradoras...; bandidos que intentaban raptar a mi desconocida...; yo era un inesperado salvador y el amor y la riqueza caían del cielo sobre mí...; pero más vale no hablar de esto.

Durante dos años cumplí religiosamente las órdenes de mi desconocida; no traté de averiguar su nombre ni su dirección. Pero cuando menos lo esperaba, la casualidad vino en mi ayuda. Un día, durante el invierno, paseaba por el malecón inglés; un coche, tirado por un soberbio tronco de caballos negros, se paró ante la entrada de una magnífica casa, y del portal de ésta salió una señora, a la vista de la cual latieron mis sienes y tuve que apoyarme en la pared para no caer.

Ella seguramente no hizo caso de mi mísera figura, envuelta en un abrigo viejo y con un sombrero arrugado, pero yo la reconocí sólo por la emoción que, como una corriente eléctrica, sacudió mi alma con violencia.

El blasón de la portezuela de su coche me hizo conocer su nombre y la elevada posición que ocupaba su marido. Me enteré de todo de un modo absolutamente involuntario, sin tener ningún deseo de penetrar en misterios ni secretos ajenos.

Poco después me trajeron, desde San Petersburgo, a este lugar desde donde le escribo.

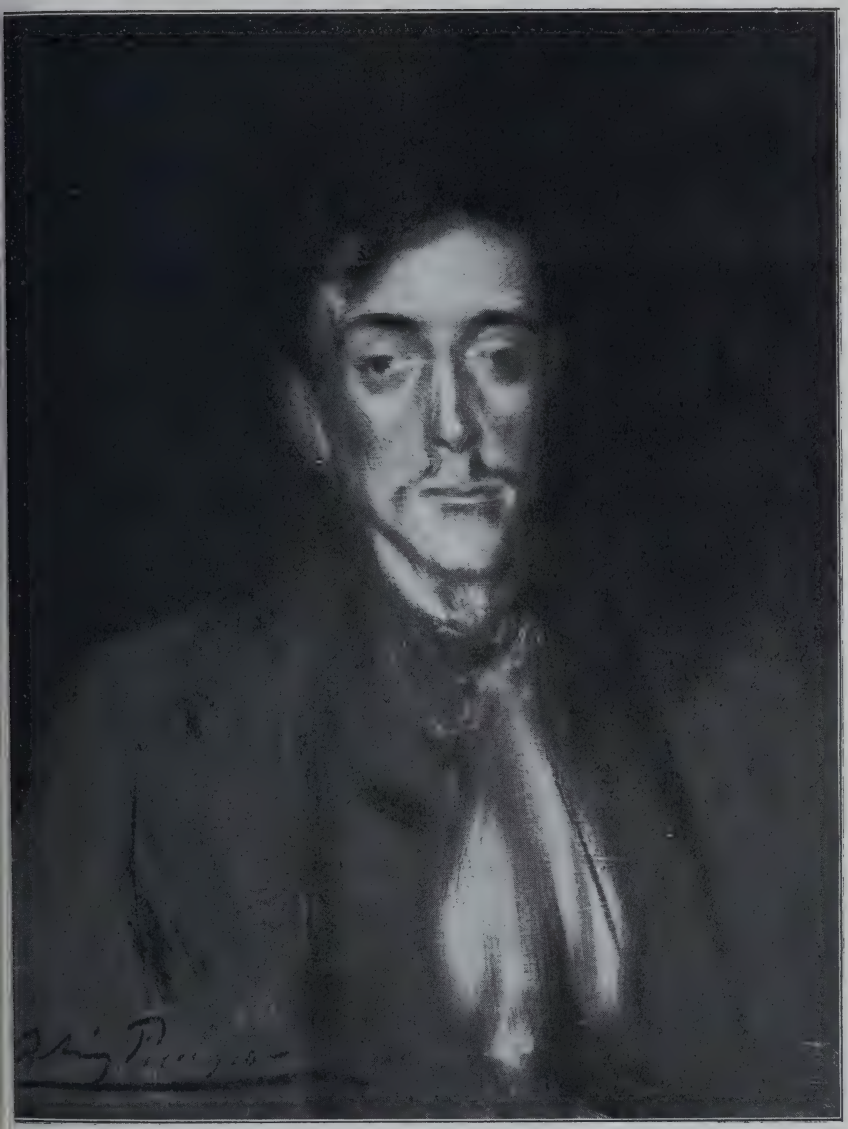
Son ya cuatro años los que me separan de aquella nebulosa tarde de agosto y, sin embargo, cada minuto de aquel día venturoso vive en mi alma con la misma claridad y lucidez.

No se ría, no se enoje, si al fin me decido a decirle que la amo. Podría usted llamar locura a mi amor; a mi modo, soy feliz. Me ha dado usted cuatro años de vida, cuatro años de dulces sufrimientos. En el amor, sólo las esperanzas y los deseos constituyen la verdadera felicidad; un amor satisfecho se consume y una vez apagado sólo deja en el alma el desencanto y un sedimento de amargura. Pero yo amo sin esperanza, siempre con el mismo ardor inextinguible, con la misma locura. Soy un mísero paria que ama a una reina. ¿Sería posible que una reina se ofendiese por un tal amor?

Además, hay otra razón por la cual puede usted perdonar esta carta insensata. La escribo en el hospital y hoy, el médico, un antiguo amigo de mi difunto padre, me ha dicho que sólo me queda un mes de vida.

Es difícil no perdonar a un moribundo, sobre todo si él, desde el borde del abismo negro y frío, le envía su bendición y su eterno agradecimiento. ¿No es verdad?

ALEJANDRO KUPRIN



Picasso *Salón de Otoño, 1923* *Madrid*

Retrato de un anarquista barcelonés

Uno de los lienzos más antiguos del pintor (hacia 1898)

Notas

Merimée en España

1830

EN 1830 emprendía Próspero Merimée su viaje a España. Era el primero de los viajes románticos a España, y desde entonces todo viaje a España viene a tener un sentido romántico.

El anhelo del Sur, que siempre torturó al europeo del Norte, tuvo hasta el siglo XIX una sola meta: Italia. Se iba a Italia para recibir en el seno de la luz mediterránea la iniciación en los misterios de Apolo. Sacudida por el espectáculo de una naturaleza más generosa, la sensibilidad hiperbórea se exaltaba a los secretos de la Belleza. En el viaje de Goethe ha encontrado su expresión definitiva este carácter depurador del Sur italiano.

Pero desde comienzos del siglo XIX el ansia del Sur encuentra otro camino: el camino de España. No de la misma importancia que el italiano, sin duda. Italia sigue dando su lección de belleza, pero en muchos casos esta lección es casi un tema arqueológico. Más que por la belleza, el nuevo siglo se apasiona por el carácter, por la expresión acentuada y violenta. Y en España descubre mina inagotable de caracterización, violencia y acento. Podríamos decir que el Sur español es dionisiaco, así como el italiano es apolíneo.

Fué Merimée uno de los primeros en hacer este viaje a España en busca de lo característico, que tantas veces se ha repetido después. Fué el primero que supo verlo en toda su significación. La guerra de la Independencia, coincidiendo con la nueva sensibilidad, había ya aventado el secreto de España. Multitud de obras de arte españolas se vieron desperdigadas por Francia e Inglaterra. Millares de franceses e ingleses habían visto de cerca nuestras costumbres. Y una fuerte realidad histórica ponía de manifiesto los resortes íntimos de nuestro carácter.

La energía espontánea que España opuso a la invasión nos procuró un respeto que desde los días de nuestra grandeza jamás Europa nos había rendido. Respeto que no se dirigía ciertamente a nuestra eficiencia como nación organizada; España como nación salió disminuída de la guerra de Independencia, y en el Congreso de Viena fué tratada desdeñosamente. Pero la viveza del instinto popular, oculto bajo la capa de cultura adventicia, fué una revelación impresionante para las nuevas generaciones.

No sería difícil mostrar que la guerra de la Independencia ha sido origen del concepto que durante el siglo XIX han tenido los españoles de sí mismos y del que han inspirado a los extraños. Para los españoles, como fe en recursos inesperados que podrían sacarlos siempre de apuro. Para los extranjeros, como fondo que daba consistencia a lo meramente pintoresco.

Del viaje de Merimée en 1830 nos quedan tres cartas publicadas en la *Revue de Paris*. Estas cartas forman una especie de tríptico, cuyas hojas podrían titularse: *La corrida de toros*, *El ajusticiado* y *Los bandoleros*. Son los capítulos fundamentales de todo viaje romántico por España. Merimée, con su talento para la novela corta, ha reducido el suyo a las tres aguasfuertes. Y a pesar de contar apenas con cincuenta páginas, estas cartas son de los mejores apuntes españoles. La ironía le salva además de caer en la españolada romántica.

Poco después de las cartas publicóse en uno de los primeros números de la revista *L'Artiste* un curioso artículo de Merimée sobre el Museo del Prado. *L'Artiste* es el índice más interesante

para seguir el desarrollo del movimiento romántico. Al lado de un cuento de Balzac (firmado *De Balzac*) se nos ofrece la reseña de un drama de Víctor Hugo o la nota sobre la novela recién salida de Stendhal. *C'est un livre qui fera peut-être fortune un jour et qui est au monde depuis trois grands mois*, dice, hablando de *Le Rouge et le Noir.)* Y como ilustraciones, esas litografías vaporosas inse-

Viñeta de *L'Artiste,* revista francesa de la época

parables de los recuerdos románticos: Deveria, Johannot, Gavarni sobre todo, León Noél. Dos años más tarde aparecía en Madrid *El Artista* español, según la pauta del parisiense y como él centro del romanticismo naciente.

La visita de Merimée al Museo, aparte de ser una de las primeras que han dejado testimonio literario, coincide con la constitución del Museo en las proporciones que lo destacaron como el más selecto de Europa. Dos años antes se había publicado el primer catálogo con sus pintorescos comentarios.

Merimée reconoce que en calidad supera al Louvre mismo. Y hasta parece sentir que sus compatriotas no se hubiesen llevado consigo tesoros que a menudo no saben apreciar sus legítimos propietarios, según dice. Encuentra el edificio sin carácter, pero de un efecto no desagradable. Le encantan los hermosos árboles que le rodean y el sitio en que se alza. Según pasan los años, este encanto exterior del Museo parece acrecentarse. Por la época de Merimée los viajeros suelen darle poca importancia. Acaso porque pertenecía a ese inmediato pasado que es el único odioso. Nuestros arquitectos, por su parte, hacen todo lo posible para que cualquier cosa pasada nos parezca mejor.

Las salas estaban cubiertas con esteras en otoño e invierno. Merimée se siente conmovido por tal atención al público. Anchos y mullidos canapés ofrecían descanso al visitante. Eran los escaños de las Cortes que disolvieron los Cien mil hijos de San Luis. «Hay pocas probabilidades de que sean devueltos a su primer destino», añade en 1831. Dos veces a la semana se permitía la entrada a todo el mundo. Pero el resto de la semana podían entrar los extranjeros mostrando el pasaporte. Merimée se felicita de que el domingo no sea día público como en el Louvre. La multitud dominguera y sus comentarios le producían horror. Conformes. En cambio, le parece bien que no se reparase en la indumentaria humilde de los visitantes, como según dice ocurría en Inglaterra.

La galería central estaba entonces ocupada principalmente por la escuela italiana. La rica colección de Tiziano sorprende al viajero, y la *Bacanal* le arranca un comentario vehemente: «Nunca he visto nada más voluptuoso que la figura de mujer desnuda a la izquierda del cuadro.» Como obra maestra de expresión recomienda la cabeza de la Virgen en el cuadro de Daniel Crespi.

Entre el «número prodigioso» de Rubens, le impresionan *La serpiente de metal* («nunca los maestros italianos han tenido más gracia y expresión») y el episodio de Rodulfo II.

El conjunto de las obras de Velázquez le reveló una personalidad que no sospechaba. Reprocha a los retratos su aspecto

uniforme; todos los personajes están rígidos y serios. La composición de los cuadros de historia no le satisface. *Las Lanzas* le parece mal porque los personajes están más preocupados del espectador que de la acción en que figuran. Pero «los paisajes de Velázquez son admirables bocetos de un colorido y de un efecto prodigioso». Este comentario es el más fino del artículo.

A Murillo le consagra más espacio que a ninguno. Y entre los Murillos elige ese cuadro que todos los aficionados quisieran llevarse de la colección que visitan. Este cuadro es la *Visión de San Bernardo.* Pero la emoción que le produce parece ser bastante análoga a la de la *Bacanal* de Tiziano. En aquella época no estaban aún en el Museo los más importantes cuadros de Murillo de la actual colección: la *Santa Isabel* y los medios puntos.

De *L'Artiste*

Termina el artículo con una rápida revista de la parte reservada en que colgaban los desnudos. «Cuando se visita esta sala particular se extraña uno de que no sea más indecente.»

Algo se echa de menos en estas impresiones: Goya. Un solo cuadro suyo guardaba entonces el Museo: el retrato ecuestre de María Luisa. Pero ya su personalidad era conocida por las aguasfuertes. En 1826 le dedica el barón Taylor unas líneas penetrantes en su *Viaje pintoresco de España.* De 1819 es la copia de uno de los *Caprichos* que atestigua la devoción temprana de Delacroix.

—

De este primer viaje romántico a España llevóse Merimée el más rico botín que ha conquistado viajero alguno: la silueta bravía de Carmen y el afecto inquebrantable a la futura

Emperatriz Eugenia. Carmen ha repiqueteado sus castañuelas españolas por los escenarios de todo el mundo. La Emperatriz ejerció durante veinte años desde París el imperio femenino sobre Europa. Son las dos más importantes influencias españolas de los últimos tiempos.—ANGEL SÁNCHEZ RIVERO.

JUAN AMÓS COMENIO: *Didáctica Magna*. Versión directa del latín por S. López Peces. (Madrid, Editorial Reus.)

Por primera vez, que sepamos, se publica ahora en lengua castellana la *Didáctica* de Comenio. Ello contribuirá, sin duda, a que el público de habla española propicio a los estudios de filosofía y educación se familiarice con una de esas obras maestras de la Humanidad que todos conocen y casi nadie lee, cumbres ingentes que es más fácil admirar que escalar, y que los más contemplan desde lejos, como una remota silueta que sirve de noble fondo al horizonte de su cultura.

Y, sin embargo, ¡cuán sugestiva es para nosotros, vista de más cerca, la singular figura de Jan Amós Komensky! Por de pronto, preocupa, sorprende, desorienta. Un estudiante de Pedagogía nos dirá en seguida que Comenio es el padre de la intuición, el precursor de la moderna didáctica que antepone las cosas reales a las vanas palabras y quiere que la enseñanza siga, paso a paso, la marcha de la naturaleza. Todo eso, efectivamente, es Comenio. Pero Comenio es al mismo tiempo el santo obispo eslavo, consagrado según el rito de Oriente, místico pastor de las fraternidades moravas en el destierro; visionario, iluminado, fantástico, laberíntico; candoroso promotor de las reformas universales; creyente ingenuo en las profecías de Kotter y en los éxtasis de Cristina Poniatovska.

Es un soñador, se dirá. Sin duda; mas ahí están, a la vez, sus felices ensayos prácticos de educación, sus fundaciones, su fama de hombre de consejo, solicitado por los varones más eminentes de la época. ¿Fué, entonces, un espíritu inquieto, versátil? Seguramente; recomenzó varias veces su vida; el nacio-

nalista de Moravia encontró nuevas patrias por toda Europa, desde Polonia a Inglaterra y desde Suecia a Transilvania; pasó por varias crisis religiosas; escribió en diferentes lenguas; consagróse a muy distintos estudios; se casó tres o cuatro veces... Pero su vida tiene, no obstante, una profunda unidad interior, y el mismo problema que entrevió de niño, al observar en su humilde jardín el diverso color de las flores, es el que le inspira las páginas que sobre *Lo único necesario* publica, según reza el título, «el anciano J. A. Comenio, fatigado del mundo, a los setenta y siete años de su edad».

Alrededor de este problema gira también su obra fundamental: la *Didáctica Magna*. Es uno de esos amplios sistemas completos, grandes arquitecturas intelectuales, que caracterizaron al siglo XVII. Todo lo contrario del nuestro, época de los Ensayos, las Notas y los Diarios íntimos. Traza Comenio un plan acabado de regeneración de toda la Humanidad, propuesto «a los Directores de los asuntos humanos, Regentes políticos, Pastores de las Iglesias, Rectores de las escuelas, Padres y Tutores de los discípulos...» El medio universal consiste en una nueva educación. La educación es omnipotente. Con un recto cultivo dará todos los frutos el espíritu humano, que es el paraíso del Señor. La educación, empero, debe inspirarse en el orden de la naturaleza. Con la observación y el ejemplo de lo que en la naturaleza acontece, va el autor bosquejando los verdaderos métodos para la fácil y sólida enseñanza de las ciencias, las artes, las lenguas, la religión y las buenas costumbres. Así podrá enseñarse todo a todos. Cualesquiera que sean la clase social, la fortuna, la capacidad o el sexo, toda la generación venidera recorrerá alegremente la serie de cursos y de escuelas, desde la Escuela materna a la Academia; la gradación de enseñanzas que Comenio designa con bellos nombres y floridos títulos. Sólo entonces se alcanzará la libertad del individuo y la unidad del género humano, y, cumpliéndose el vaticinio de Malaquías, se abrirán las cataratas del cielo y entre nosotros se derramarán hasta la saciedad las bendiciones de Dios.

El anhelo insaciable de Comenio, a lo largo de una vida octogenaria, es la universal unidad. Escuelas universales, libros universales, idioma universal, universal comunidad de los sabios... Pansofía, Panharmonía... Unidad entre Dios y el orbe, entre el mundo interior y el mundo visible, entre la naturaleza y el arte, entre lo ideal y lo real, entre la espontaneidad y la cultura, entre la libertad y la disciplina, entre la vida y la educación...

Pero no afirma Comenio esta unidad en vacíos esquemas dialécticos. El antiguo aprendiz de taller, hijo de un campesino, llena su obra de observaciones exactas y delicadas sobre los hechos naturales con deliciosos pormenores acerca del desarrollo de las plantas o las costumbres de los pájaros, y curiosos ejemplos tomados del reloj, el carro o la nave, el arte tipográfico o las bombardas ígneas. El viejo maestro de la escuela de Saros Patak desciende a minuciosas indicacioness psicológicas o metodológicas que utilizarán con fruto los educadores prácticos.

¿Deberemos quizá tomar de la *Didáctica Magna* la parte realista, el procedimiento intuitivo, la pedagogía democrática, el régimen escolar o la enseñanza de los idiomas..., dejando un poco de lado sus exuberantes ideologías? Ese sería el peor de los errores. Convertiríamos en un Manual mediocre la creación del genio. Rebajaríamos, por ejemplo, el principio fecundo de la intuición a la ramploma inutilidad de las llamadas «lecciones de cosas». No es un azar, ni mucho menos una paradoja de la Historia, el hecho de que el método intuitivo, el partir de la realidad concreta, haya venido a la Pedagogía por la obra de tres idealistas exaltados, casi delirantes: Comenio, Rousseau, Pestalozzi.

No. Las cosas nada enseñan sin las ideas, y las ideas nada engendran sin las cosas. Intuir lleva a pensar, y, a la vez, según la nueva Psicología ha mostrado, sin un pensamiento activo no podría darse la más elemental intuición sensible... Ya decía Comenio que su doctrina debía tomarse o rechazarse por entero. O todo o nada. Lo mejor acaso sería tomar a la

vez todo y nada: el fondo íntegro de su *Didáctica,* su idealismo realista, pero con una interpretación moderna. Todo Comenio, todo el espíritu de Comenio, y ninguna de las formas infantiles en que su espíritu se concretaba.

La versión castellana de la *Didáctica Magna* vuelve ahora a nuestro país, al cabo de los siglos, algo que de nuestro país recibió una cierta inspiración. Quizá por la extraña semejanza que más de una vez se ha observado entre eslavos e iberos, extremos de Europa, Komensky se deja influir muy particularmente por autores españoles, sobre todo por Séneca, Lulio, Sabunde y Vives. Celebremos, por tanto, doblemente que se difunda ahora en nuestra patria el pensamiento pedagógico de ese autor extraordinario, la mayor figura histórica de la nueva nación checoeslovaca; hombre singular en todo, que a veces se nos presenta como un genial precursor del moderno espíritu científico, y otras aparece con la aureola de un santo obispo en los mosaicos de una iglesia bizantina.—LUIS DE ZULUETA.

EUGENIO D'ORS: *El nuevo glosario: Los diálogos de la pasión meditabunda.* (Caro Raggio.)

Cambia la faz de las cosas. El templo, en Grecia, ofrece su frontón ancho, terso y sereno como línea de mar, como horizonte sin nube. Aparece el Misterio, y el frontón se agudiza, se contrae, se dovela, y la expresión se le encrespa ante un imperioso torcedor, hondo y tenaz. El templo ha llegado a ser gótico, y lo que ha perdido en calma lo ha ganado en altura y en profundidad.

Así la faz de los hombres. La «frente devastada» del pensador que se enfronta con los problemas esenciales se enarca en forma de ojiva; se frunce, toda ella surcada, y entolda cuidadosamente el mirar para que alcance más.—En el pórtico, entonces, se muestra la pasión.

He aquí los diálogos de la pasión ensimismada y reflexiva,

de la pasión más alta: la que se ostenta en la clave de la portada.

Sea bienvenida esta obra, que se inicia con una meditación del amor y se cierra con la muerte, si ha de traernos, en efecto, el ansia turbadora de semejantes presencias: el verdadero amor, la verdadera muerte.

«Un joven discípulo y amigo—cuenta d'Ors, en estas *Glosas*—ha escrito su tesis de filosofía. Me la entrega para una lectura, y veo que ha puesto como título, a su frente: *Los grandes problemas.*» «Me parece muy natural—añade—que este amigo, después de unos años de *altos estudios,* escriba sobre *grandes problemas.*» Y termina: «En rigor, todo problema puede ser *grande* o convertirse en *grande,* pues—según técnico decir de la Doctrina de la Inteligencia—, cualquier fenómeno es un epifenómeno.»

Ciertamente. Mas nuestra simpatía, con todo, tiende hacia la devoción de ese desconocido compañero que no ha logrado todavía *perder los respetos,* ni convencerse quizá de que es idéntica la aptitud que tiene cualquier anécdota para ser convertida, por la interpretación, en pura categoría. Es natural que un «joven discípulo» fervoroso aspire a realizar la más difícil prueba, y guste, a su vez, de ver al maestro marchando sobre el rescoldo de la propia categoría.

Qué distinto, en cambio, «el anónimo lector». Niega capacidad filosófica a nuestros pensadores y no advierte que él mismo vacila en acompañarles cuando, por acaso, han de arriesgarse en zonas peligrosas. Claro que porque es más fácil seguir el complicado comentario de un hecho baladí que el desarrollo escueto de algún problema intrincado. Simplificar es siempre lo difícil.

Acaso nuestra objeción peque de ingenua, pero conviene prevenirse contra las seducciones del opuesto lado.

(Un poeta monta su blanco pegaso. Lo lleva refrenado, ceremonioso, con el andar igual, y el cuello tenso y combado como arco de ballesta que la cuerda rige. La actitud del jinete es impasible; en la mano, únicamente, un ligero temblor. Aplaudido, prolonga el ejercicio. Si no supiera detenerse a

tiempo, el tirante mismo acabaría por resabiar a la poderosa cabalgadura; la bien ponderada marcha se trocaría en caracoleo excesivo; en barroco, lo clásico...—lo que más se parece a los corceles de las Panateneas es el caballo de circo—; y el aplauso de ese público acaba por exigir que se rice el rizo.)

Por otra parte, d'Ors, en este libro, aporta, no sólo grandes problemas, sino también grandes actitudes.

El fué quien nos trajo «la filosofía del hombre que trabaja y juega»—mitad y mitad—. Por eso es grato ver cómo hoy hace que el equilibrio se pierda—se gane—a favor de la primera parte. Es hora de trabajar la nuestra.

En Francia, por ejemplo, trabajo y juego se enlazan, y aun se confunden, con un eclecticismo de estadio céntrico: arte y deporte van en creciente maridaje, físico y literario. En Alemania el mal es más grave: la dolorida nostalgia de una parte del pensamiento debilitado se inclina al juego—y al peor juego, al más turbador: al del peón o dervichismo oriental. Espíritus representativos, Keiserling, Bonsels, Hermann Hesse—y aun otros que son extranjeros, pero, en cierto modo, afines a ellos, como Romain Rolland, Bertrand Russell, Mæterlinck—hallan en un diletantismo orientalista el sedante que apetecen para descansar, para dormir algún tiempo. (¿Habría que decir «orientalización» donde se dice «decadencia» de Occidente?—Hay algo en Dinamarca que huele a podrido.)

Por eso corresponde a nuestros pensadores extremo-occidentales extremar el anhelo de vigilia, el gusto hacia el esfuerzo de la más inteligente y plena afirmación vital. Aun estimando que la vida es un medio, precisa, para mediatizarla, que se pueda disponer de ella apta y bien definida. Hay que vigorizar al convaleciente para mostrarle luego sus deberes—y en ellos discrepar, quizá—. El glosador adopta, en este volumen, una actitud decidida a favor del impulso. Ved su réplica a Keiserling, a Dewrey, a Russell; su nota a Spengler (en la que junto al hombre del *Sino* pasa, irritado, el hombre del *Seny*). Y ved cómo con ello mantiene—y agrava, si al momento conviene—su posición de siempre.

D'Ors se quiere griego y envuelve, en el húmedo manto clásico, la fiebre de su mediterrismo: «La patria está en el mar.» Pero es, de hecho, un occidental. Nos han contado que Bergson le decía en París: «Los pueblos de Oriente que han tenido una concepción del mundo más próxima a la mía se han visto vencidos en su competencia con los pueblos de Occidente, cuya concepción del mundo continúa usted.» Y sabido es que, para el glosador, todo lo que no es tradición es plagio.

El título de esta Revista dice bastante para que no tengamos que insistir, desde sus páginas, en esa «competencia» a que aludía Bergson. Recogeremos no más algo de lo que palpita en torno a *El tema de nuestro tiempo* — y de nuestra orientación *(passez le mot)*. No la muerte en el baño, sino en la posición más alta. Vivir lo más despierto posible — dormir despierto diríamos, para hacer referencia a la avidez con que en España se *devora* a Freud — . «El sueño es vida», ha proclamado d'Ors. «El sueño... y lo demás», habría que decir. Pero vida en potencia, que no vida vivida. «Sólo se escribe bien lo que no se ha vivido», decía R. de Gourmont, y Benavente equiparaba, en un aforismo, «obra vivida» a «obra muerta.» La vida, como la fuente de *El valle de Josafat,* transcurre y, a la vez, permanece. Cuando se lleva al arte ese transcurso, «esta autenticidad constituye — dice d'Ors — cierto indicio de caducidad». Por tanto, quiere decirse «obra viva» cuando se dice «obra bien hecha» en este glosario estimulante — «hormona» — , en el que reconocemos siempre al monitor de los heroicos aprendizajes. Al cerrar ahora estas sugerencias acerca del tema vitalismo nos hallamos, conducidos por ellas, en el correspondiente al clasicismo de d'Ors.

Hay que llamar clásico — como lo hacía Goethe — a lo que es sano. «Clásico es, únicamente, vivo», dice Juan Ramón Jiménez, y el propio *Xenius* ha dicho: «Filósofo llamo a Publio porque *vive* en conciencia con la eternidad del momento» — y ya queda apuntada la necesidad de que no haya transcurso sin permanencia.

La norma — también clásica — ha de ser la del impulso

contenido. No la ausencia del ímpetu, que es ausencia del temperamento. Las razones del corazón y «los sentires de la razón», gratos al glosador, hallan su natural disciplina en el momento de su eclosión. (Unamuno ha explicado que *frenos* significa pecho y no cabeza. Las «musas moderatrices» obran, por consiguiente, en el propio volcán del sentimiento, donde se encierra ese «incendio de pasión» que basta a consumir la anécdota.)

En el libro que venimos comentando se dice: «Florecer en latín no quita intensidad al ardor—como aclara la vegetación, sin destruir su pompa, el afeite regular entre el arabesco de los arrayanes.» Y esto nos trae el recuerdo del clásico Le Nostre, jardinero de solemnidad, que dejó una obra ponderada y bien hecha, teniendo él un carácter tan impulsivo y vehemente, que en cierta ocasión llegó a abrazar al Papa. Pero cuentan sus contemporáneos que, en su arrebato, se veía angustiado por la falta de horizontes y «no podía soportar las perspectivas limitadas».

Hay que desear, con pasión, la precisa y cabal inteligencia. Es de temperamentos débiles anhelar los excesos, y de fuertes reprimirlos, no sólo por funestos, sino por excesos: «La afición—dice Santa Teresa—, aunque no sea mala, si es demasiada, viene a no ser buena.»

En la obra de d'Ors hay que buscar lección de orden y de mesura, pero también esa inquietud airada que estimula al fervor. Veamos en ella latir el patetismo en dura trepidación—*et le cerveau bondir sous un front impassible,* que decía Cocteau en 1908, cuando su prístina manera clasicista.

Pero ya es preciso concretar y decir qué pasión es esta a que venimos aludiendo desde el principio.

En las páginas iniciales de estos *Diálogos,* una mujer y un hombre declinan un amor que no declina. El es «el hombre de la frente devastada». Ella, *Teresa,* ¿verdad?—Acordar la pasión, recordarla... «Lealtad es manera de armonía».

El amor hacia *La Bien Plantada* no necesitó purificarse en la Prueba; había nacido ya con «vocación de categoría». Hoy lo consideramos vivo y «bajo especie de eternidad».

Pero, sin darnos cuenta, hemos empezado a leer entre líneas. Detengamos nuestra indiscreción. Culpa fué del autor que nos enseñó a pensar «según la armonía» y a examinar las cosas a la mayor luz. En ella hemos puesto las páginas del *Glosario*, y un Diario íntimo se ha transparentado en su interior. Ello fué por causa de las luces—«la causa» que obsede al glosador.

Por eso le obsede asimismo el *coco* del oscurantismo, y contra él nos «llama al orden» con su «lúcida dignidad». Acaso no es tenebroso todo lo que no reluce, pero las tinieblas turban—y deslumbran también—, y para distinguir en ellas precisa llevar algún tiempo en su seno y haber abandonado todo temor.

D'Ors—que quiere «ser Goethe»—pide también «luz, más luz» en los momentos esenciales, para percibir la evidencia: en la Muerte, en el Nacimiento...

Como el viejo pastor de su vieja glosa, al conocer la proximidad del Misterio desea vivamente acudir; pero refrenado al punto por su propia sed de inteligencia, aguarda sobrecogido y trémulo la presencia de la aurora, y a los apresurados que le alcanzan, dice: «Iré, pero de día.»—ANTONIO MARICHALAR.

POETAS DEL NORTE: *Miguel de Unamuno, José del Río Sáinz, Ramón de Basterra.*

El último libro de Unamuno, editado privadamente por la biblioteca «Libros para amigos» de José M.ª de Cossío, es un íntimo breviario poético y se titula *Rimas de dentro*. En la primera de estas rimas reitera una vez más el autor su conocida posición estética, o, más exactamente, antiestética. Su lira es una «caña salvaje», juguete al soplo del Señor, al Espíritu, que no canta, sino más bien «zumba o susurra sin plan ni arte». Es decir, que hay un propósito de poesía antiestética y atécnica. Afortunadamente, el libro no cumple tan alarmante programa,

y en las poesías hay plan, hay arte y hasta filigranas de rima interna y ensayos de música rítmica, si no siempre conseguida, patentemente buscada. La dureza de verso característica en Unamuno—*Rosario de sonetos, El Cristo de Velázquez*—aparece aquí atenuada y suavizada, acaso influída por la ternura de los motivos.

Admitamos que la poesía sea una revelación cordial y que el verso—según pretende Unamuno—sea simplemente un conductor neutral de emociones vitales y humanas. Pero nótese que esta hipótesis envuelve una antinomia insoluble. Porque para que el verso traduzca impasible esas emociones, es necesario que sea limpio y ágil; sólo un instrumento perfecto da libre paso a esas corrientes cordiales, que de otro modo se enredan en los nudos del camino, perdiendo con el roce su virginal eficacia.

No es, pues, el verso en sí, sino lo que en él se nos dice, lo que vamos a buscar en los de Unamuno. Apasionados soliloquios, ardientes meditaciones, desdeñosas ironías, efusiones paternales. El pudor que supone siempre una edición reducida y privada nos impide glosar ciertos aspectos de este libro que tan entrañablemente nos transparenta un alma justa y buena. «Hay que ser justo y bueno, D. Miguel», le decía Rubén Darío. Las opiniones del pastor de almas errantes y del «melancólico capitán de la gloria» no podían llegar a un acuerdo; pero los corazones sí.

Según parece deducirse de la poesía final, Unamuno prefiere sus confesiones líricas a sus artículos políticos, quizá también a sus ensayos críticos. Está en su derecho. Otro Miguel, ilustre en las letras españolas, nos habla con singular pasión de sus versos y de sus comedias. Sin embargo, su editor no opinaba lo mismo; y terminó aquél por convencerse de que para poeta le faltaba «la gracia que no quiso darme el cielo». No diremos ahora otro tanto; y aunque de la prosa de Unamuno esperemos más, prestaremos siempre atención a su verso. Nos interesa más la «honrada poesía vascongada»—muy honrada y muy vascongada en Unamuno—de estas *Rimas de dentro*, que la

de sus inofensivos paisanos Antonio de Trueba y Juan Arzadún.

—

También en edición particular y numerada José del Río Sáinz, el poeta cántabro del mar y de los viajes, publica un nuevo libro: *Hampa* (Santander, 1923), ilustrado con vigorosas maderas por el pintor Francisco G. Cossío. No es un libro sensual ni pornográfico, como pudiera deducirse de su título y subtítulos: «Estampas de la mala vida», «Mancebías de España». Es un libro objetivo y naturalista, de un triste y anacrónico naturalismo romántico. En la poesía de José del Río hay algo que nos desconcierta. Contradice con pertinaz consecuencia nuestras más íntimas convicciones estéticas y poéticas. Y, sin embargo, se nos impone a fuerza de plasticidad, de energía verbal, de cálido acento personal. No obstante, examinada despacio esta poesía, hay algo en ella que la redime de su orientación y de sus desigualdades. El poeta posee un instinto maravilloso para el empleo del prosaísmo. Paradójicamente, son estos instantes, en los que desciende a la palabra torpe o a la frase trivial y gastada, los que precisamente levantan el verso, salvándole del nihilismo romántico en el que amenazaba naufragar. Cuando se piensa en el precario efecto del humorismo exabrupto de Espronceda o Miguel de los Santos Alvarez, o del prosaísmo chabacano y ramplón de Campoamor, y aun de espíritus más finos, como Bartrina o J. Asunción Silva, se comprende cuánta escondida ciencia poética o — es lo mismo — cuánta inspiración supone esta poesía que tan atinadamente acierta a equilibrar los valores más distantes.

Por esto y por la insistencia en el motivo del mar, que aun en este libro proporciona las mejores inspiraciones, nos recuerda más bien nuestro poeta cántabro al bretón Tristán Corbière, que al canario Tomás Morales, cuyos versos marinos saben demasiado a mitología y a civilización. Véanse ahora

las cualidades apuntadas, el sentido de lo pintoresco y la gracia poética de la rima en algunas estrofas de *Ferrol (Mancebía)*:

> [...] *Calle de San Pedro, con tus casas bajas*
> *como las humildes casas campesinas,*
> *donde las rameras, junto a las tinajas*
> *de vino gallego, con sucias barajas*
> *juegan con un grupo de guardias marinas.*
>
> [...] *El rural ambiente tiene el vaho romántico*
> *de los uniformes de la azul milicia,*
> *y sopla el magnífico viento trasatlántico*
> *sobre este bucólico burgo de Galicia.*
> *La Piñona es como la madre abadesa*
> *de la cofradía; es vieja y obesa,*
> *se emborracha de agrio vino del Riveiro*
> *y con un amante parte lecho y plato,*
> *un pobre y grotesco marino mulato*
> *que llegó en un barco de Río Janeiro.*
> *El mulato sufre la continua chanza,*
> *que le sigue en medio de la francachela,*
> *de los operarios de la Maestranza*
> *y los aprendices del navío escuela.*
> *La calle es el marco gracioso que encuadra*
> *a toda la gente del rancho de proa.*
> *¡Hay que ver la calle cuando entra la escuadra*
> *o cuando hay vapores de Oporto o Lisboa!...* [...]

—

Si José del Río es un neorromántico, Ramón de Basterra es, en el mejor sentido de la palabra, un neoclásico. Apenas aparecidas las poesías romanas de *Las ubres luminosas*, publica (Renacimiento, Madrid) *La sencillez de los seres*. En aquel libro se destacaba una preocupación etnológica y una aristocracia retórica que culminaba en impecables sonetos salomónicos. Aquí, a pesar de la humildad del tema—aldeanos, marineros, «la hierba y los oficios» en el idílico país vasco—, se vislumbra, más que la sencillez de los modelos, la delicada complicación de Ramón de Basterra. Carece el libro de aquella cálida efusión social de Guerra Junqueiro en *Os simples*. Hay, en cambio, en cada verso una fruición sensual de exquisito

catador de naturalezas muertas y vivas. El espejo de Ramón de Basterra está traspasado de lontananza, y su azogue refleja las más viciosas podredumbres de color. ¿Recordáis los cuadros de Azteta, de Maeztu, de Echevarría? En ocasiones, la poesía de Basterra es un cuadro más. Zumos de frutas comprimidas, lagares pisoteados, parecen prestar sus jugos de licor—áurea sidra, irisado chacolí—, sus violetas y carmines, sus añiles y gualdos, para colorar estas escenas tan ingenuas y tan sabias. Y es aquí, a la inversa que en José del Río, la palabra ardua y esquiva, el hallazgo retórico, la distinción verbal lo que realza la modestia del tema y desvía el verso hacia una avaricia egoísta de gozarse en sí por la virtud de su propia materia realizada.

Como se ve, nos hallamos más cerca del siglo XVIII, del que nos distancia tal vez el sentido moderno del color. Pero el nuevo clasicismo tiene sus quiebras. A veces, con el recato retórico se cuela—todavía—el contrabando de una bien fenecida licencia poética—letra siempre muerta, enroñecido trampolín—o de un giro sintáctico postizo e inexpresivo. No es esto tan frecuente en Basterra como en otros jóvenes poetas de hoy, que no parecen haber advertido estos escollos. Para reanudar la tradición no es necesario el salto atrás. No podemos renunciar a una sola de las conquistas de expresión que lograron sucesivamente románticos, simbolistas y los diversos futurismos del ayer inmediato. Pero éste es un tema demasiado complejo y delicado para dilucidarlo en un colofón.—GERARDO DIEGO.

Dostoïevski, dictador

Entre otros secretos menos míticos, como, por ejemplo, los diplomáticos (véase el famoso «Libro negro»), la revolución rusa ha empezado a descubir el secreto del «alma rusa». Con el mismo encarnizamiento que en los archivos de Estado, esos terribles bolcheviques hanse metido en los archivos de los grandes

escritores, en las colecciones artísticas, en todos los tesoros espirituales de Rusia, si no del mundo.

La figura tan compleja del gran Dostoïevsky parece que se nos ha acercado. Se estudia más que nunca a la obra y al hombre. La «cuestión Dostoïevsky» es ya como una cuestión previa de Europa. Observemos de paso que para leer bien a este genio ruso hay que saber, por lo menos, alemán o inglés. Algún editor español podía haber aprovechado la inmigración rusa durante la guerra para emprender la obra de gran alcance, de éxito a la larga, pero seguro: la traducción fiel de las obras completas de Dostoïevsky al castellano. Al francés están traducidas fielmente—y varias agotadas—las obras completas de Tolstoï. La anunciada traducción de las obras completas de Dostoïevsky no se lleva a cabo. Desde la revolución se ha traducido con fidelidad, como de otros escritores rusos, alguna que otra obra suya suelta; pero hay que desconfiar de las traducciones antiguas, sobre todo de aquellas en que ha intervenido el Sr. Halperine-Kaminski, el cual, cierto día, se vanagloriaba de haber puesto Dostoïevsky al alcance del lector francés gracias a los cortes, supresiones, añadidos y toda clase de cirugías literarias que ha cometido con sus obras. En Francia, sobre Dostoïevsky, además de las primicias del vizconde de Vogüe, rusófilo de antaño, hay un estudio malo, el de Andrés Suárez, y otro bueno, el de Andrés Gide, publicado en volumen hace poco.

En diferentes revistas francesas, como en otras europeas, se vienen publicando cartas inéditas de Dostoïevsky y se ha dado a conocer el capítulo de la confesión de Stavroguin no publicado en la novela «Los Poseídos» porque el director de la revista donde la novela aparecía lo encontró demasiado violento. Estos inéditos provienen de las publicaciones hechas en Rusia a consecuencia de las rebuscas en los archivos de Dostoïevsky, que, como se ve, no han dado hasta ahora todo lo que se esperaba de ellos. La última revelación de que tenemos noticia la hemos encontrado en «La Revue Hebdomadaire» de París, que, en el número 15 de septiembre último,

publica trozos del diario íntimo de Ana Grigorievna, la segunda mujer de Dostoïevsky.

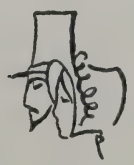
Ana entró en casa de Dostoïevsky como taquígrafa. Feodor Mijaïlovitch estaba en uno de sus mayores momentos de angustia y miseria. Dos años antes había perdido, casi al mismo tiempo, a su primera mujer y a su hermano, que le dejó una numerosa familia y una revista literaria en quiebra. Después de dos años de trabajos ímprobos, Dostoïevsky había tenido que vender, por tres mil rublos de deudas, el derecho a una edición de sus novelas hasta entonces publicadas y de una novela nueva que debía entregar antes del 1.° de noviembre de 1866. El contrato lo firmó en abril del mismo año. El editor Stiellovsky, que le dió los tres mil rublos, hizo un negocio seguro, no sólo porque Dostoïevsky estaba publicando «Crimen y Castigo» y en pleno éxito, sino porque Stiellovsky tuvo buen cuidado, antes de dar los tres mil rublos, de comprar por mucho menos las deudas de los acreedores de Dostoïevsky. De modo que con una mano le dió los rublos y con la otra mano, la misma que había pagado por las deudas mucho menos, se los quitó. El tal Stiellovsky era un tipo a lo Shylock. Había, además, estipulado en el contrato que si antes del 1.° de noviembre Dotoïevsky no le entregaba la novela nueva, tenía que indemnizarle, y si no se la entregaba antes del 1.° de diciembre, perdía los derechos de autor. El 4 de octubre, Dostoïevsky aún no había empezado la novela, y para que pudiera escribirla rápidamente al dictado un amigo suyo le enviaba una muchacha recién salida de la Escuela de taquigrafía.

Ana Grigorievna cuenta en su diario íntimo la primera impresión penosa que le hizo el autor, por ella tan admirado, de «Crimen y castigo». La casa mirerable en que él vivía le hizo recordar la de Raskolnikov en la famosa novela. «Era una casa inmensa — escribe Ana —, con numerosos cuartos en donde se alojaban mercaderes y obreros.» El cuarto de Dostoïevsky tenía el número 13. «A decir verdad — confiesa Ana después de hacer el retrato, parecido a todos los retratos que conocemos

del escritor—, Dostoïevsky me desagradó mucho en el primer momento.» El primer día se lo pasaron charlando y tomando te. Dostoïevsky estaba nervioso, fumaba mucho, le preguntaba a Ana su nombre, que olvidaba al punto, y se mostró muy exigente en la prueba de escribir al dictado que hizo sufrir a la joven taquígrafa. El segundo día la trató con tal franqueza y confianza, que encantó a la muchacha. Sin embargo, se quedó asombrada cuando Dostoïevsky sacó dos peras de un saco y le ofreció una. Se contaron mutuamente detalles de sus vidas y familias, y empezaron a trabajar. Dostoïevsky, acostumbrado a escribir, dictaba trabajosamente. Un día le dijo a la muchacha: «Todas las Anas son reservadas y secas.» Pero poco después la llamaba ya con el tierno vocablo ruso «golubtchik».

El 29 de octubre dictó Dostoïevsky las últimas páginas de su novela: «Ruletanburgo». Fué el editor Stiellovsky quien cambió este título por el de «El jugador». Por cierto que Stiellovsky se había ausentado para que pasara el plazo, y la novela concluída tuvo que ser entregada en depósito a la policía. Era el día del cumpleaños de Dostoïevsky, y Ana Gregorievna se había puesto un traje nuevo.

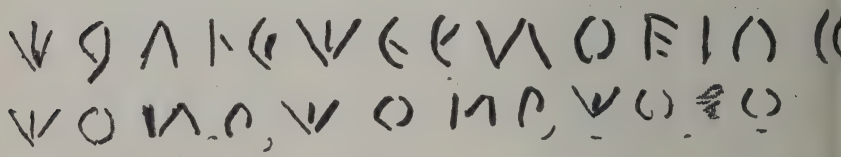
Tres meses después se celebró la boda. Y Dostoïevsky ha «dictado», y no «escrito», el final de «Crimen y castigo» y sus obras más esenciales: «El idiota», «El eterno marido», «Los poseídos», «El adolescente», «Los hermanos Karamazov».—CORPUS BARGA.



Asteriscos

El saludo de Tartessos. El famoso arqueólogo Schulten, descubridor de la virtual Tartessos (véase «Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente» en el primer número de esta revista) y director de las excavaciones en el coto de Doñana (Sanlúcar de Barrameda) en busca de «la ciudad de plata», nos comunica algunos datos de sus primeros hallazgos.

Figura entre ellos uno muy afortunado: un anillo de dedo, de cobre, que lleva grabada por dentro y fuera del aro la siguiente inscripción:



En la leyenda interior se observa la repetición de un mismo grupo de cuatro letras. A juicio del Sr. Schulten, debe de ser una imprecación tres veces repetida. «El alfabeto usado—nos dice el descubridor—no coincide con el ibérico. ¿Será el tartesio?»

No hace mucho se encontraban en los dragados del río Odiel, en Huelva, cuatrocientas espadas y otros objetos de la edad de bronce, que han venido a confirmar plenamente que Tartessos fué uno de los más activos centros de la metalurgia prehistórica, como ha afirmado Schulten.

El hallazgo de las cuatrocientas espadas y del anillo—escribe el Sr. Schulten—«quizá sea el primer saludo de Tartessos, que, como una dama hermosa y prudente, atrae a su caballero dejándole tan sólo entrever una parte de sus recatadas bellezas».

Tarsis y jacintos. En el artículo «Tartessos, la más antigua ciudad de Occidente» citaba el Sr. Schulten textos hebraicos antiguos en que aparecen los nombres de Tartessos y Tarsis. Un lector suscita la siguiente cuestión filológica:

Fray Luis de León («Nombres de Cristo», edición de F. de Onís, *La Lectura*, pág. 95) cita un pasaje del *Cantar de los Cantares* en estos términos: «sus manos, rollos de oro llenos de tarsis». El editor Sr. Onís pone la siguiente nota: «La quinta edición, a la cual sigue la de Rivadeneyra, corrige el texto diciendo: rollos llenos de oro de Tarsis, creyendo sin duda que el original y la traducción se refieren a este lugar geográfico; pero en la *Exposición del Cantar de los Cantares*, pág. 96, explica Fray Luis el sentido del pasaje diciendo que «la piedra *tarsis*, que se llama así de la provincia adonde se halla, es un poco como entre rosa y blanca».

Cipriano Valera traduce en su Biblia—que es clásica en español—el pasaje del *Cantar* (v. 14) con estas palabras: «sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos»; así en la Vulgata. En cambio, la Biblia del judío español Arragel, conocida por Biblia del Duque de Alba, dice: «las sus manos argollas de oro, llenas de lauor de Tarssis» (pág. 489).

¿Por qué esta discrepancia en las diferentes versiones? Es una pregunta que lanzamos a los filólogos curiosos.

Va en silencio Mallarmé... Los amigos españoles de Mallarmé han querido conmemorar el semicincuentenario de la muerte del poeta.

La tombe appelle tout de suite le silence,

había dicho Mallarmé en su artículo sobre Verlaine. Cinco minutos de silencio fué el homenaje. Ni antes ni después de la larga pausa se mentó para nada al difunto. No cabe mayor discreción y buen gusto. Se habló, en cambio, muy animadamente sobre el silencio.

Punto de reunión: el Jardín Botánico de Madrid. Convocatoria: misteriosa y anónima. Decía así:

«El 14 de octubre de 1923, los miembros de la *Société Mallarmé* de París se reunirán en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el maestro, para consagrarle un recuerdo.

Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto—por decirlo así—sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado.

Cinco minutos de silencio en recuerdo de Mallarmé.

Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana en la puerta del Botánico que da sobre la Feria de Libros.

Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos.»

Los reunidos fueron Alfonso Reyes, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset, Antonio Marichalar, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, José María Chacón, Mauricio Bacarisse, José Bergamín. Otros convocados no asistieron. Entre ellos Azorín, que pronunciaba a la misma hora en un mitin sanitario un elocuente discurso incompatible con el silencio, y Juan Ramón Jiménez, que prefirió hacer el silencio en su casa, que es la bóveda acorazada contra el ruido.

Actuó de cronometrador, con toda precisión, Enrique Díez-Canedo, que, al terminar la prueba, pudo mostrarse satisfecho de que se haya batido en España el *record* mundial del silencio, puesto que en los homenajes a los militares ignotos de la guerra nunca se ha pasado de los dos minutos de inmersión.

Todavía nos falta mucho para llegar al *record* ideal de Carlyle: «¡Prueba a retener tu lengua durante un día!» Carlyle callaba el

tiempo de una pipa; llegaba al silencio largo apretando y chupando la pipa, como el corredor alcanza la meta apretándose y agarrándose a los puños de madera o manceras.

Cuéntase que Emerson, en su viaje a Europa, quiso conocer personalmente a Carlyle, con quien sostenía una correspondencia muy seguida; mas la visita se demoró hasta el último día de su estancia en Inglaterra. Llegó a la casa, saludáronse las manos, al punto las pipas salieron de los bolsillos, y después de ofrecerse tabaco, Carlyle y Emerson fumaron en silencio una hornada; Carlyle en esa postura del retrato por Whistler. Consumidas las pipas, los amigos se despidieron y Emerson embarcó para América. De esta famosa entrevista queda una marca de tabaco de pipa exquisito para fumar en callada compañía.

Otra historia de silencio elocuente imagina Hebbel: Allá, hacia el fin del mundo, encuéntranse sobre la tierra fría el primero y el último hombre; se miran un momento a los ojos y no se dicen nada.

Pero lo más interesante de la reunión del Botánico no es la zambullida en el silencio. La REVISTA DE OCCIDENTE se ha dirigido a los reunidos para preguntarles qué han pensado durante esos cinco minutos.

Las respuestas—si el silencio no era absolutamente sepulcral—aparecerán en el próximo número.

Lizcano en el Museo Moderno. Después de unos días de clausura, el Museo de Arte Moderno abrió de nuevo sus puertas. Ligeras remociones habían conmovido sus salas. Algunos cuadros más colgaban en las paredes: las primeras medallas de la Exposición nacional última y algún que otro de Exposiciones particulares. *Non ragioniam di lor...*

Pero, por fortuna, el Museo ha tenido un acrecentamiento retrospectivo mucho más interesante. Un cuadro grande de Lizcano

firmado en 1877 y titulado *La cogida del diestro*. Este cuadro dormitaba en los almacenes del Museo haciendo compañía a tanto residuo insignificante de las Exposiciones nacionales. Con feliz atisbo ha sido sacado a la luz, y después de la necesaria restauración, se le ha expuesto en buen sitio.

La resurrección no puede ser más oportuna. Desde hace algún tiempo viene condensándose de nuevo alrededor del nombre de Lizcano una opinión favorable que *La cogida* confirma plenamente. Pocos cuadros tan interesantes como éste hay en el Museo de Arte Moderno. En ninguno encontramos una visión pictórica tan fuerte y certera.

Vese en este cuadro la posibilidad de una pintura española ochocentista que no se supo cultivar. Nuestros pintores se desorientaron en la guardarropía de los cuadros de historia o en el anecdotismo sentimentalista. Ninguno tuvo la intuición honda de la vida contemporánea. Por eso quedaron a medio camino hombres como Rosales y Fortuny.

Y, sin embargo, ése había sido el revolucionario acierto del último de los grandes españoles, de Goya. Por esto pudo salvarse de ser un académico o un pintor galante. Pero la lección de Goya fué difícilmente atendida. Sólo en el hervidero de la vida artística parisiense consiguió abrirse paso. Y fué necesaria toda la agresividad de un Courbet, de un Manet para que fuese escuchada.

Este cuadro de Lizcano nos muestra cómo se debía aprender la lección de Goya. No a la manera pastichista de Lucas, que cogió sólo el *bric-à-brac* goyesco. En su significación última. Así es como la entendió Manet. De ahí el caso curioso: delante de *La cogida* salta inmediatamente: ¡Parece un Manet! Porque la técnica de Lizcano tiene la amplitud segura del maestro francés y su fuerte sabor pictórico.

La multitud del tendido es un trozo magistral como difícilmente se encuentra otro parecido en la pintura española moderna; y en algún sitio con evidentes reminiscencias goyescas. El grupo del torero herido muy bien dispuesto. Lástima que el enlace entre estos dos elementos no esté encontrado. Para intentarlo se ha introducido sin éxito la figura del alguacil.

Un lenguaje extraño. En el número de agosto de *L'Anthropologie* ocúpase R. Verneau del lenguaje silbado de los habitantes de la isla de Gomera (Canarias). Merced a este lenguaje los indígenas pueden conversar a distancias relativamente largas sobre no importa qué asuntos y expresar frases nada corrientes. Para ello, el lenguaje debe comportar un número considerable de sonidos. Esta riqueza acústica se consigue introduciendo en la boca dos dedos, poco o mucho, rectos o encorvados (hacia fuera o hacia dentro, hacia arriba o hacia abajo), variando al tiempo la posición de labios, lengua y laringe. Así se producen sonidos de diferente timbre, altura e intensidad; sonidos melodiosos, suaves, graves, agudos, desgarradores, precipitados, imperativos, suplicantes. A cada sílaba corresponde un sonido silbado, de manera que los indígenas pueden comunicarse palabras que traducen exactamente a sonidos vocales, aunque ignoren su significación.

Títulos españoles en obras extranjeras. *Les trois amours de Benigno Reyes*, por J. A. Nau.

Encarnación, por Aurore Sand.

Cardenio, por Louis Bertrand.

Cruz Alta, por Philippe Soupault.

Clara, por Roger Allard.

La Mayorquine, por Ernest Goubert.

La Toscanera, por Max Daireau.

Andorra ou les hommes d'airan, por J. Dandy.

Juan Ruiz, por Conrad.

Crónicas de Rodríguez, por Lord Dunseny.

Don Juan de Marana (¿Don Miguel de Mañara?), de Arnold Bennet.

Sin contar *Fermina Márquez*, de Valery Larbaud; *Pour Don Carlos*, de Pierre Benoit, más antiguos, y *Un grande d'Espagne*, de La Guerinière, y *Philippe d'Espagne*, de Raymond Clausel.

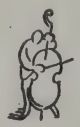
Literatura deportiva. Los deportes, que ya han entrado en las costumbres, empiezan a penetrar en la literatura. Hay novelas de vidas deportivas, ensayos, poemas de olimpíada. Merecen la cita:

Sports, poesías de Geo Charles («La gloria los eleva en medio de sus rayos», himno a los campeones del salto con pértiga), *Chants du Stade*, cuyo autor no recordamos.

La Relève du Matin y *Le Songe*, novelas de Henry de Montherlant, torero de la Camarga. Este autor anuncia la *Primera Olímpica*, con *La lección de fútbol en un parque*, cuyo protagonista es Jacques Peyrony, quince años, capitán del equipo Junior III, delantero extremo derecha. («El gesto repetido de enviar el balón al centro con el pie derecho vuelto hacia la izquierda ha acabado por torcerle el pie.») Seguirá una *Segunda Olímpica*.

Les Chevaliers de l'Air, por Luisa Faure-Favier, novela de los aeródromos.

A citar en español: las glosas sobre el fútbol de Eugenio d'Ors. (Clasicismo y romanticismo; dicho de otro modo, objetivismo y subjetivismo en el arbitraje de los partidos.)



Algunas ideas bolchevistas sobre el arte. «El camarada Nicolás Malko opina que el verdadero director de orquesta no es un servidor, sino el rival del compositor, y que su primer deber artístico es llevar la orquesta no como quisiera el autor, sino absolutamente al contrario. El derecho del director de orquesta es luchar contra el compositor.» (Del periódico *Izviestia* del 15 de octubre de 1922.)

«Wladimiro Govrof es un pianista que está a la altura de su época. Pisotea todas las reglas de ejecución e impone al compositor una esclavitud completa. Del compositor no quedan más que las notas, y, en realidad, no hace falta más.» (*Izviestia* del 18 de octubre de 1922.)

«Representación de *Bismuth*, obra en cuatro actos con música y danza. La pieza insiste sobre la importancia del bismuto para la industria rusa.» *(Izviestia* del 7 de octubre de 1922.)

«He aquí que hace veinte años que por la palabra y los actos atraigo la atención sobre la importancia del melodrama francés de Dumas padre y de Eugenio Sué, considerado como punto de partida de un teatro verdaderamente popular.» (A. Lunatcharsky. *Izviestia* del 6 de agosto de 1922.) «*El judío errante* es la única obra que ha tratado la cuestión judía con la mayor agudeza.» *(El Comunista de Kkarkof* del 14 de octubre de 1922.)

«La evolución de la literatura actual está bajo el signo del asno.» (Conferencia del futurista Krutchenenkof..)

Más recuerdos de Mallarmé. Del diario de François Coppée:

«He pasado la velada en casa de Mallarmé. La luna le molesta. Se explica el simbolismo de las estrellas, cuyo desorden en el firmamento semeja la imagen del azar. Pero la luna, que llama con desprecio «¡ese queso!», le parece inútil. Sueña seriamente en una edad más sabia de la humanidad en que se la podrá disolver por medios químicos. Sin embargo, un punto le inquieta: la cesación de las mareas, y este rítmico movimiento del mar es necesario a su teoría de los simbolismos. ¡Ay! ¡Ay! ¡Pobre razón humana!»

—

El novelista inglés George Moore relata su primera visita a Mallarmé.

—Usted, que está acostumbrado al mar—le dijo el poeta—, puede sentarse en la mecedora.

—

Mallarmé era wagneriano en música. Asistía sin falta a los conciertos Lamoureux. En su asiento—cuenta A. Boschot—se encorvaba, se replegaba sobre sí mismo; reconcentrado y sacando un lápiz se ponía a escribir paciente, sereno, aplicado, sobre un trocito de papel pudorosamente disimulado, como si persiguiera un pensamiento sutil y fugaz que le dictase la orquesta wagneriana.

A. Boschot pretende hallar en la obra de Mallarmé esta influencia directa de la música de Wágner. Tarea más fácil que la de Carol-Berard (en la *Revue Mondiale)*, afanado en demostrar que la trama constructiva de una obra de Zola es idéntica al plan de una sinfonía. Hasta alega que Zola había sido en adolescencia clarinete en la charanga del colegio y llevaba la parte de este instrumento en algunas representaciones de ópera en el Teatro Municipal de Aix-en-Provence. También aduce la síntesis de historia de la música que hace un personaje de la novela *L'Oeuvre*, en la cual Zola se olvida nada menos que de Bach.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Por dificultades de la imprenta, en que no nos alcanza responsabilidad ninguna, nos hemos visto obligados a sustituir en parte de este número nuestro tipo habitual de letra. A fin de evitar esta anormalidad en sucesivos números, la* REVISTA DE OCCIDENTE *ha adquirido para su exclusivo uso el tipo de imprenta necesario para la composición del número.

Bodegones asépticos

Poussin avait coutume de dire que c'est en observant les choses que le peintre devient habile plutôt qu'en se fatiguant à les copier. Oui: mais il faut que le peintre ait des yeux.

.....

Je tiens à ce que l'on connaisse bien le squelette, parce que les os forment la charpente même dú corps, dont ils déterminent les longueurs, et qu'ils sont pour le dessin des points continuels de repère. Je tiens moins à la connaissance anatomique des muscles... —INGRES, *PENSEES.*

LAS MARQUETERÍAS DE FRA GIOVANNI DE VERONA.—El apresurado viajero que, camino a Veronetta desde Verona, traspone, en cruz de urgencias, la corriente del Ádige apresurado, no acostumbra a elegir, para golosina de su curiosidad, la iglesia monacal de Santa María in Organo. Demasiado cerca vigilan los cipreses maravillosos, seis veces seculares, del regalado Giardino Giusti; no lejos, en al

misma orilla, colgado tras el altar mayor de San Giorgio in Braida, el «Martirio» del caballero capadocio, de mano de Pablo Veronés, relumbra como esmeralda grande en sarao. De Santa María no suele mencionarse más que los planos, traza de Sanmichele, cuyo genio mejor se ostenta en otras fábricas de la ciudad, y un objeto de arte menor, un candelabro de madera, trabajo de un monje bastante oscuro. El sacristán lo sabe, y, en lugar de perder prestigio con la madrugadora oferta, avezada entre sus colegas de Italia toda, espera sentado, materialmente sentado, leyendo tal vez alguna gaceta impía, la solicitud del visitante excepcional que desea verse franqueadas las puertas de la sacristía y del coro.

Encuéntranse, sin embargo, en este coro—muy olvidadas desde que el mismo vulgo ha dejado de apreciar como valor en arte la paciencia minuciosa y la que todavía en Italia se llama «virtud»—unas marqueterías, quiere decir, unos mosaicos en maderas de color, de Fra Giovanni de Verona, el monje autor del candelabro. Y puede ocurrir que para el excepcional visitante sean algunas entre aquéllas más importantes que éste, mil veces más propicias a la estética meditación. Que, si en el ornato del

candelabro una preocupación algo pueril de realismo ha procurado aprovechar para figuración de lejanías y paisajes la pálida policromía asequible a las tinturas embebecidas por la laya, en las estalas del coro, con medios más severos, el capricho del virtuoso multiplicó, en juego de inspiración grotesca, aún reminiscentemente gótica o contagiadamente germánica, ciertas composiciones en que se aprieta un grupo de objetos del mundo inorgánico. Un compás, un frasco, unos libros. Una vihuela, un cono, unas gafas. Una copa, un reloj de arena, un cráneo mondo cuando más. El detalle escrupuloso de unas armas o de un bordado. El detalle geométrico de una arquitectura. El poema desnudo, seco y silencioso de lo inerte; el extremo más casto del género, que nunca mereció mejor el nombre de *naturaleza muerta;* el *bodegón,* como le llama la tradición española; pero el bodegón *aséptico,* sin peligro de corrupción, por lo mismo que sin rastro de vida.

¡Cómo iba a luchar esto, en parangón ante la curiosidad ligera, con las pompas deliciosamente corrompidas de un umbrío jardín barroco o de una brillante pintura veneciana!

DE SIGLO A SIGLO.—Pero el visitante excepcional de Santa María in Organo venía quizá rumiando desde los puentes alguno de los temas y problemas capitales sobre el destino de la pintura moderna. Venía pensando, por ejemplo, en cuán de prisa ha ido ésta alejándose de cualquier superstición por el asunto, de los *argumentos* y su literatura, de tesis y de anécdotas a un tiempo... Todavía a fines del siglo pasado la alusión moral o social de las obras pictóricas servía de base a una clasificación por géneros en exposiciones y museos. Había entonces los pintores de historia y los modernistas; los de pobres y los de ricos. Había los místicos y los socializantes; los ruralistas y los comentadores de la actividad urbana; los de costumbres árabes, los de costumbres gitanas, los de costumbres napolitanas o vizcaínas. Cuando Champfleury descubría de nuevo a los hermanos Le Nain, no apreciaba en ellos, como nosotros, ciertas cualidades de objetividad aplomada, de capacidad para la representación fiel de las cosas, de los objetos sólidos, en sus justos medida, número y peso, sino tal o cual turbio propósito de presumida protesta contra los convencionalismos del «anti-

guo régimen», en el orden de los que, más tarde, había de ilustrar Beaumarchais. Y cuando Cézanne celebraba su exposición de la rue Laffitte, contrastaba con el escándalo de la reprobación burguesa la adhesión de los periódicos anarquistas de París, unánimes en defender al pintor, a quien tomaban por uno de los suyos, por un demoledor social; sintiendo en el balbuceo formal de las *Baigneuses,* agitadas entre verdes locos, no sé qué especie sutil de dinamita, hermana de aquella otra que, por las mismas calendas, sobresaltaba de cuando en cuando las cenas alegres en los restaurantes de lujo o la existencia de los presidentes de la República.

Aconteció, sin embargo, que el supuesto anarquista, desesperado por no poder trocar el genial balbuceo de sus academias en un flúido lenguaje de volúmenes, se dió—tal vez al principio como simple ejercicio escolástico—a reproducir incansablemente la compañía de una botella y unas manzanas, en campo de mantel con pliegues obesos. Copió también flores. Y como fuera que para su heroica probidad de jornalero representaban un peligro las rápidas mutación y caducidad de ellas, las sustituyó por otras artificiales, ante las cuales trabajaba

meses y meses. «¡Caramba, señor Cézanne! —parece que le dijo un día Ambrosio Vollard, su futuro biógrafo, sorprendiéndole en la tarea—. Usted sí que ha dado con un buen truco: no ha de temer que se le mude el modelo.» «Sí, pero no se figure usted—contestó el pintor—; ¡también cambian, a la larga, las pícaras!...» Palabra tremenda en su robusta ingenuidad. Hasta las flores artificiales cambian; y un platónico puro jamás se contentará con lo mudadero. En el punto de renunciar también a pintar flores de trapo o de papel, el maestro de Aix-en-Provence repetía la vocación de San Francisco de Borja, de no servir a señor que se le pudiera morir. Como aproximación de la eternidad en el mundo de los enseres, volvió aquél a reproducir los objetos más duros; volvió a su frasco y a su escudilla. Así es como, en realidad, pudo cumplirse el gran gesto revolucionario que la confusión de los anarquistas había esperado tal vez de las contorsiones de unos desnudos expuestos en una de las calles populosas de la capital.

Atrás quedaban, barridos por este ademán sencillo de artesano, todas las «tesis», todas las «costumbres», todas las «anécdotas»: toda la basura traída a las artes por el moralismo

burgués de Greuze, por la crítica de Salones a lo Diderot... Atrás quedaba, si se mira bien, todo el siglo XIX.

De Pablo Cézanne a Gino Severini. — ¡Cuán dilatada prole, la del frasco y de la escudilla cezanianos, a través de las últimas jornadas de la pintura! Durante unos años, en visitas a estudios y exposiciones, casi la hemos visto a ella sola. Como pobres apariciones espectrales, iban desvaneciéndose mientras tanto, en el ambiente de unos y otras, *asuntos* y *argumentos*. Sustituíanles, sencillamente, *las cosas*, las representaciones de cuerpos sólidos en su modestia clara, en su áspera dignidad... Alguna vez hemos imaginado la ficción de un viajante—alemán, naturalmente, y dotado de un chaquet correcto—que visitaba los estudios de los artistas para ofrecerles *un neceser de naturaleza muerta*. Tiempos eran tiempos—les decía en su propaganda—, cuando los pintores vivían entre un «bric-à-brac» opulento de tapices y de ídolos, de brocados y de armaduras. Tiempos fueron después, cuando el pobre Claudio Monet no tenía

más remedio que alquilar un cochecillo y un burro y salir cada día al campo, en desafío con las inclemencias meteorológicas, cargado con sus cinco telas para los cinco paisajes que debían adelantarse paralelamente, a tenor de las variaciones de la luz. También era un engorro pagar en cinco pesetas cada sesión el que Benedetto dejara de afeitarse sus barbas de cabeza de estudio o el que Rosita consintiera en desnudarse detrás del biombo... Hoy todo esto se ha simplificado sobremanera... Aquí está lo necesario; aquí, en ese estuche, práctico y portátil. He aquí la botella; he aquí la servilleta arrugable; he aquí el Talavera o el Delft; he aquí la pareja de agraces pomas... «Y aun, señor artista, por si el precio le pareciere caro, la casa pone a su disposición un modelo más reducido, propio para Salones de Otoño.»

La cómoda difusión, la ultranza casi monótona de la nueva manera pueden prestarse seguramente a la sonrisa, como lo prueba el inocente *scherzo* que antecede. Pero el hecho a que se refiere, ¿no alcanzará la energía reveladora y esperanzadora de las que llamamos palpitaciones de los tiempos? ¿No parece que en esta reforma de los temas viene a restaurarse, en

cierto sentido, la pureza envidiada de los grandes momentos estéticos de la humanidad? Decoró el epíteto homérico la excelencia de la sustancia a que era aplicado con el elogio de la perfección en la industria de ella, y así pudo hablar de «el bien trabajado escudo». Proyectaron las comparaciones de La Fontaine—otro Homero—, sobre un objeto cualquiera de realidad, la gracia propia de su momento más escogido, y «la onda» fué «transparente como en su día más hermoso». No de otra manera la imaginaria más frecuente en la pintura contemporánea aspira a proporcionarnos el goce agudo de la representación aislada y concreta, donde cada objeto o modesto grupo de objetos, con el doble tesoro de sus resistencias y de sus límites, es un cosmos cerrado que vale por sí mismo, sin alusión a sistemas ajenos, sin mezcla de sus sombras o vapores, sin sugestiones ni «paisajes-estados-de-alma», ni subjetivismos, ni otros espiritismos... «Detalles exactos», como los que Stendhal ofrecía sobre Roma; «el armario normando, nada más que el armario», según las lecciones de estilo de Flaubert exigían de Maupassant aprendiz. ¡El bien trabajado escudo, la onda del arroyuelo, bella *como ella sola!* Y luego, el pedazo de pan, con su blanca miga

y su bruna corteza, rebanado por la cuchilla picarda de los Le Nain, y las baterías de cocina de Chardin, y sus arreos de caza. Y luego, las sobrias meriendas puestas a la moda por Cézanne. Todo esto tiene un denominador común. Le tiene para la sensibilidad como para las sensualidades más sabias. Le tiene, sin duda, también para la cultura. Si lo que ayer se barrió, con la faramalla conceptual y sentimental de las artes, era precisamente el Ochocientos, ¿no es de creer que lo que tal vez hoy se restaura con tanto austero bodegón es algo del siglo de La Fontaine, por no decir algo de las horas homéricas?

Pero últimamente se ha ido mucho más lejos que Cézanne en el camino de la abstención. Y los bodegones más austeros que conozcamos son los de un pintor nuevo, italiano como Fra Giovanni de Verona. Son los de Gino Severini... Aquellos temas del coro de Santa María in Organo; aquellas frías agrupaciones de objetos puramente minerales; los conos, los compases, los instrumentos músicos y físicos, los libros y relojes, cuyo diseño presidió bajo pacientes dedos de monje al embutido de los pedazuelos de madera teñida o a la delicada incrustación de su taracea, resucitan bajo el

pincel lívido de un joven maestro, si volver a tan aséptica naturaleza muerta puede llamarse resucitar. Una luz cenital los baña, acusa geométricamente sus sombras. En el color, las degradaciones del verdigrís o del albiazul no pueden menos de suscitar la oblicua reminiscencia de alguna visión de cadáver. Impasibilidad, apagamiento, rigidez caracterizan cada conjunto. Estos objetos parece que no han sido manejados nunca sino por aquellas manos sin sangre, de las que pudo decirse, como de las de Octavio de Roméu, que eran finas, precisas y cortantes, así los instrumentos de la cirugía moderna... ¿Y esto—argüirá el frívolo—es lo que puede conducirnos a Homero? Sí, esto es lo que puede conducirnos a Homero. Que en el bodegón aséptico—ocúltele un Fra Giovanni tras las rejas del altar de una iglesia véneta, muéstrele Gino Severini en una exposición de vanguardia en Florencia o París—nos parece encontrar el ensayo de disciplina más rigurosa para exaltar y afirmar entre los hombres el triunfo de las capacidades de *mirar* y *ver*.

TENÍAN OJOS Y NO VEÍAN.—Una de las objeciones que con mejor fundamento pueden dirigirse contra las opiniones de Spengler sobre la decadencia occidental le acusará de haber tomado como base para sus inducciones ciertos fenómenos de cultura que, con etiqueta falaz de «modernos», han sido, en realidad, exclusivamente característicos del siglo XIX. Acaso la elaboración de la enciclopedia espengleriana se ha prolongado en demasía; su materia ha podido cambiar mientras ella avanzaba en la redacción, como cambiaban a la larga las flores de papel y trapo que Cézanne tomaba por modelo... Los últimos lustros no han transcurrido en vano. Algunos acontecimientos vienen —con la vaguedad, tal vez, de lo embrionario, pero con la irrecusabilidad de lo palpitante— a revelar una mudanza, por ventura, una oposición. Ya se comprenderá que en modo alguno nos referimos, al decir esto, al hecho de la gran guerra y a sus consecuencias inmediatas. Más bien nos hemos acostumbrado a considerar una y otras como paréntesis abierto a lo que juzgamos tarea propia del siglo actual, como *una recaída* en el anterior, parecida a las que vienen a retardar, sin destruir definitivamente su ventaja,

la paulatina convalecencia de un proceso morboso. *En 1923, el siglo no cuenta todavía más que quince años.* Pero ya tiene tiempo de haber contradicho denodadamente alguno de los cánones del anterior, en lo relativo a los ideales de belleza como a tantos otros.

Piensa Spengler que la humanidad occidental no puede ya producir obras de pintura y escultura dignas del parangón con las que tradujeron su potencia en las épocas clásicas y hoy se conservan devotamente en los museos. ¿De qué elementos deducir tal afirmación sino del hecho de que, efectivamente, invenciones felices como aquéllas no se repitan ya y el arte moderno sólo parezca un hijo desmedrado del arte antiguo? Pero tal esterilidad puede ser hija de causas transitorias. Cabe suponer, por ejemplo, que una centuria entera no haya producido obras semejantes porque radicalmente ha pretendido producirlas distintas, porque el extravío de sus concepciones estéticas y un eclipse largo pero no necesariamente interminable de ciertas potencias la han conducido a situarse en actitud de ruptura y divorcio con el espíritu que provocaba justamente la aparición de aquéllas. Había en esto mucho de enfermedad; pero las enfermedades se curan a veces. Durante muchos

años, el hombre moderno ha padecido de una oftalmía trascendente, de una dificultad para la visión y previsión lúcidas de las cosas materiales. Esto produce naturalmente una gran miseria en las artes de la visión, en las artes gráficas y plásticas. Respecto de la matemática misma, puede observarse en ese tiempo la escasez de geómetras comparando la ciencia de hoy con la del siglo XVII. No sólo las formas particulares de los objetos, sino aun las formas genéricas de las figuras, parecen hurtarse a los míseros ojos de los hombres modernos, que han estudiado tanto.

Es probable que condujeran a tal extremo al hombre del ayer inmediato unos siglos de abuso en el ejercicio de la abstracción. La misma generalidad de la práctica constante del leer y estudiar, en grandes grupos humanos, ha podido traer algún detrimento a las facultades ingénitas de mirar y ver. Así como ciertas finuras sensoriales, la del olfato, por ejemplo, prez de muchos tipos zoológicos, y que el salvaje y en general el primitivo conservan por modo eminente todavía, han ido aminorándose en el hombre civilizado por el abandono de la práctica de las mismas—hasta el punto de haber dejado de servirle casi por completo como ins-

trumento cognoscitivo de la realidad—, así, en etapas posteriores del desenvolvimiento humano, otros instrumentos han podido disminuir o perder su alcance como consecuencia de la invención y uso de instrumentos distintos, que convertían a los primeros en superfluos. Colocad como turistas, en una ciudad para ellos nueva, a dos amigos, uno de los cuales maneje, para orientarse en las calles de la misma, un «Baedecker» u otra guía semejante, mientras que el otro prescinde en absoluto del auxiliar impreso y se fía sólo en el aprendizaje espontáneo que le proporciona el paso por unos mismos parajes cada día. Es fácil que, al principio, este último turista se extravíe más y en muchas ocasiones no alcance siquiera a encontrar lo que busca. Pero puede ocurrir también que a vuelta de unas semanas el viciado por el plano y a andar con la vista fija en él constantemente no haya alcanzado todavía, por la misma razón, a recoger ciertas impresiones ópticas de cómoda revisión y reconocimiento, que no sólo facilitan la orientación, pero la convierten en segura; en tanto que su amigo, que ha practicado, en vez del leer, el mirar, se haya enriquecido con multitud de elementos de información que le permitan, por ejemplo, acudir en auxilio del

otro, el día que su mala ventura le ha hecho olvidar la guía al salir de casa... La mente ochocentista, por tanta abstracción, se hizo libresca. No es raro que hoy tenga el hombre que aprender a servirse de nuevo de los ojos si quiere orientarse de nuevo entre el laberinto de los viáculos de la Ciudad de Dios.

Pero tampoco es raro que, conocido el mal, haya empezado el enfermo, pese a Spengler, a propinarse a sí mismo la medicina.

VOLVAMOS A GIOVANNI DE VERONA.—En nuestros días no hay en el mundo más que dos linajes de artistas: los falsarios y los aprendices. Como la medicina, recién encontrada, apenas si empieza a producir sus efectos; como el ver bien, como el representar de nuevo la tranquila objetividad de las cosas es, si acaso, adquisición reciente, premio a unas ímprobas autoeducación y reforma, la producción de obras semejantes a las que ostentan en los museos la suprema imperturbabilidad de su perfección parece a aquellos físicamente imposible por el momento y lo ha de ser por mucho tiempo todavía. Así, dos

caminos les quedan: o la simulación, por celestinaje de una bastarda escenografía, y éste es el camino de la vanidad; o el honrado, el de hacer lo que se pueda, ejercitándose lentamente en prácticas humildes, hasta adelantar en la gimnástica y disciplina de la potencia del mirar y en las virtudes de la mano. Este es el camino del aprendizaje, y pocos tienen la abnegación elegante de ceñirse a él. De los tales conocemos algunos que, ya cuadragenarios, se han sometido a escolásticos deberes de que desertaran en una mocedad licenciosa. No falta hoy, en el secreto de los estudios, pintor ilustre que anda clandestinamente probándose en dibujar copias del yeso, acaso de la estampa—también Cézanne copiaba estampas—, con la afilada punta de un lápiz-plomo.

A Gino Severini no le parece que esto deba esconderse. Muestra el sacrificio, se goza en mostrarlo, y en la publicidad de este goce encuentra una fuerte caracterización de sensibilidad...—Tal vez demasiado. Tal vez, a los que vienen tras él, mejor que la joven lección de Severini, convenga mostrar, en el mismo orden del bodegón aséptico, la lección ancestral de Fra Giovanni de Verona. Hay en la obra de aquél un subterráneo estremecimiento, por ventura,

un rastro de romanticismo o el prenuncio de algún romanticismo nuevo, que falta totalmente en ésta, más seria definitivamente, más neutra, más radicalmente insípida...—No hagamos las cosas a medias. Al regresar de la exposición de Florencia o París, decidámonos a consumar un sacrificio más extremado todavía. Aprendamos qué puente, entre Verona y Veronetta, conduce a Santa María in Organo. Volvamos a honrar al monje pacato y profundo, cuyos primores comenzaban a no atraer ni al vulgo mismo, cuando ya ha dejado de gustar de la paciencia minuciosa y de la difícil «virtud».

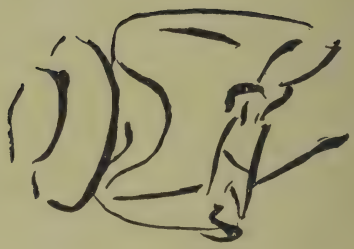
Nada de enternecimientos hoy; nada de disimulado lirismo. Bodegón aséptico, sin panteísmo, sin sombra de franciscana piedad. Puede que mañana *sea otro día*. Cuando sepamos de nuevo dibujar las cosas, volveremos a conquistar el derecho a enamorarnos de ellas.

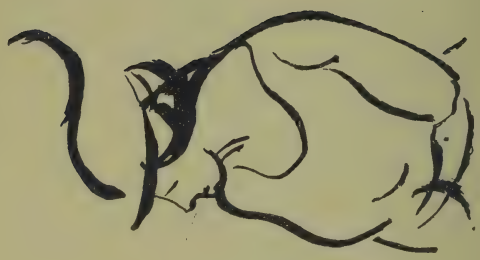
EUGENIO D'ORS

En la Filarmónica

por

Benjamín Palencia





Caracteres de la poesía juglaresca

LOS juglares españoles fueron objeto de disquisiciones muy valiosas. Las últimas en fecha son nada menos que de escritores tan eminentes como Menéndez Pelayo y Carolina Michaelis. Pero aún no se ha consagrado entre nosotros al atractivo tema un estudio especial, bien necesario por cierto. Tampoco fueron analizados de propósito los caracteres del arte de juglaría, que me parecen dignos de la mayor atención, y acerca de ellos quisiera decir algo en estas páginas.

1.º *Qué era un juglar*

Se llamaba *juglar* a todo el que se ganaba la vida actuando ante un público para recrearle con la música o con la literatura, con la charlatanería, los juegos de manos, el acrobatismo, o con cualquier otro medio. A nosotros nos interesarán únicamente los juglares que hacían de la literatura un espectáculo.

Estos juglares eran herederos directos de los *mimos, histriones* y *timélicos* antiguos, tipos todos que, procedentes del teatro romano, extendieron luego su acción por las plazas, las calles y las casas para entretener a un público más reducido, o se establecieron en los palacios de reyes y de grandes como hombres de placer. Pero, a la vez, los juglares heredaron también el arte de los *scopas* bárbaros, que viajaban de corte en corte cantando narraciones heroicas; y, sin duda, tomaron también mucho de los cantores musulmanes que recorrían los países del islam desde la India hasta el Andalucía.

El juglar, lo mismo que sus predecesores, solía ser viajero incesante. A caballo o a pie, iba buscando su auditorio, ora por los palacios señoriales, ora por los mercados y plazas de los pueblos.

Una miniatura de las *Cántigas de Santa María,*

del Rey Sabio, nos representa al juglar que, envuelto en su capa de camino, se apea del caballo a la puerta de un gran señor. Trae el instrumento musical enfundado y colgado en el arzón trasero de la silla: es la *vihuela,* o la *cedra,* nombre éste derivado del clásico *cíthara.* La alegría llega con el viajero a aquel palacio: el señor sale a la puerta y recibe al juglar con muestras de agrado, mientras el niño de la casa se divierte montado en la cabalgadura del recién venido.

Otra miniatura, continuación de la anterior, nos muestra al juglar, ya acogido dentro de la casa señorial, cantando al son de su vihuela ante el caballero y demás personas de la familia. Era costumbre que el juglar pagase el hospedaje diciendo ante el huésped una canción, una fabla o una gesta.

En el *Fuero de Madrid,* hecho por el Concejo de la villa el año 1202 y confirmado por el rey Alfonso VIII, sorprendemos otra

escena que representa el caso cotidiano o habitual del juglar que con su cedra llega a caballo y canta delante del Concejo reunido. El fuero tasa en tres maravedís y medio la recompensa que el Concejo podía dar al cantor, y prevé el caso de que los administradores de la villa o los vecinos exclamen: «¡Más le demos!»; el que tal desmán cometa será castigado como perjuro o con multa, según los casos.

Esta curiosa limitación de gastos de la villa de Madrid nos indica cómo los juglares eran acogidos con un exceso de entusiasmo por el pueblo; los madrileños de antaño, más artísticamente aficionados que los que hoy se apasionan por los toros, se sentían pródigos con los cantores ambulantes, portadores del esparcimiento y de la poesía. La ordenanza del fuero de Madrid de 1202 nos indica además que en esa época, de la cual no se conserva apenas ningún monumento literario, existía una copiosa producción poética. Una afición como la que el pueblo madrileño tenía por el canto del tañedor de cedra no se podía sostener sino con un repertorio juglaresco activamente renovado.

Había también *juglaresas* que cantaban y bailaban, a veces al lado del juglar, a veces solas.

A juzgar por las miniaturas del famoso cancionero gallego-portugués del siglo XIII llamado *da Ajuda,* la juglaresa era inseparable del juglar en la ejecución musical de las cántigas cortesanas.

En esas miniaturas, la escena está presidida por el trovador, que, envuelto en su manto y sentado en un escabel, parece dirigir el canto. Al lado del juglar

que pulsa las cuerdas de un instrumento, se ve la cantadora que toca las castañuelas y baila con los brazos

en alto. En álgunas, la juglaresa hace sonar el adufe o pandero; tal vez entona el cantar de enamorada que escribió el juglar gallego Martín de Ginzo:

A do muy bon parecer
mandóulo adufe tañer
¡Louçana d'amores moir'eu!
Mandóulo adufe sonar
e non li daban vagar
¡Louçana d'amores moir'eu.

El *Libro de Apolonio,* en el mismo siglo XIII, des-

cribe el canto de una juglaresa, no ya en medio de la corte, sino entre el pueblo. La cantora se atavía lindamente para mejor captarse su público; en torno de ella la multitud se apiña, hinche los soportales de la plaza y se encarama sobre los poyos y por las rejas de las ventanas para ver mejor:

Luego el otro día de buena madrugada
levantóse la dueña ricamiente adobada,
tomó una vihuela buena e bien templada,
e salió al mercado violar por soldada.
Comenzó unos versos e unos sones tales,
que traíen gran dulzor e eran naturales;
finchíense de omnes apriesa los portales,
non cabíen en las plazas, subíense a los poyales.

La juglaresa, cantando sus propias aventuras, sabe embelesar al pueblo. El poeta del *Apolonio,* que sentía bien la música, realza la maravillosa expresión dada por una buena tañedora a su vihuela, que no parece sino que la hace hablar; el público dice a una voz que la artista y su vihuela tenían una misma alma:

Aguisóse la dueña, ficiéronle logar,
tempró bien la vihuela en un son natural;
dejó caer el manto, quedóse en un brial,
comenzó una laude, omne non vió atal.
Facía fermosos sones, fermosas debailadas,
quedaba a sabiendas la voz a las vegadas;
facía a la vihuela decir notas ortadas,
semejaban que eran palabras afirmadas.
Los altos e los bajos todos de ella dicían:
la dueña e la vihuela tan bien se avinían...

Así, con un arte refinado, lo mismo entre los nobles que entre los burgueses, el juglar ministraba el espectáculo literario y musical en los tiempos en que el teatro no tenía aún vida importante.

Los continuos viajes de los juglares a las regiones más apartadas ponían en contacto las producciones literaria y musical de los más diversos países, tomando así la juglaría un carácter internacional muy señalado.

Como ejemplo de este carácter podíamos presentar la corte de Alfonso el Sabio o la de su hijo Sancho IV, en las cuales vivían y medraban juglares gallegos, ejecutando sus refinadas canciones amorosas, sus melosas cántigas de amigo, sus feroces maldecires o sus bucólicas bailadas; al lado de ellos, los juglares provenzales se esmeraban en la conceptuosa canción de amor, o en la *tensón*, o en el sirventesio de actualidad; allí mismo descollaban los juglares castellanos, principalmente por sus gestas heroicas, que los cronistas reales escuchaban con especial atención para incorporarlas a la historia nacional; cobraban además sueldo de la corte otros juglares moros y judíos, especialistas en instrumentos determinados; y, por último, disfrutaban también de las nóminas de la casa real numerosas bandas de tromperos y tamboreros, saltadores moros y juglaresas de todas esas diversas razas y religiones.

La juglaría actuaba con esta intensidad lo mismo en las cortes señoriales que en las plazas y mercados, en los castillos y campamentos, en las iglesias, en las peregrinaciones y romerías. Ella, pues, tuvo que influir decisivamente en la literatura y en la música que

propagaba por todos estos círculos sociales; el juglar, sea que él mismo compusiese la obra que exponía al público, sea que la pidiese a un poeta no juglar, como en todo caso era el explotador del espectáculo literario, tenía que orientarlo siempre según su leal saber e inmediata conveniencia.

Será por esto preciso, para cualquier estudio de historia literaria, conocer el carácter más saliente que presenta la creación poética de los juglares y el modo especial que éstos pusieron en difundir las obras poéticas.

2.º *El juglar como poeta*

El juglar, desde sus orígenes, divertía con la música y el canto al público de todas las clases sociales. A fin de lograr esta diversión, aunque el juglar heredó en gran parte, según ya indicamos, el repertorio de los mimos y timélicos latinos, sin duda tenía que transformar continuamente esa herencia para adaptarla siempre al cambio diario de los gustos. Tal adaptación continua a los usos del día es característica de la producción juglaresca, pues tiene que vivir del fallo inmediato del público, que escucha y en seguida se dispersa.

Ahora bien; como precisamente los juglares cantaron en el tiempo en que el latín iba dejando de ser entendido por la generalidad del público, ellos, en su vulgar arte, tropezaron mucho antes que ningún literato con la dificultad impediente de no ser comprendi-

dos en latín; ellos, juntamente con los sacerdotes, sintieron antes que nadie la necesidad de cantar en el idioma común del auditorio, y tal necesidad hubo de hacérseles cada vez más apremiante, conforme los idiomas románicos se iban diferenciando más del latín escrito. Largos tiempos debemos suponer transcurridos en informes tentativas de los cantores populares para hacer el latín inteligible sin esfuerzo a los oyentes, mezclándolo más y más con la lengua familiar e iliteraria, hasta que ésta triunfó por completo; y siglos debieron pasar en que el canto público, sea en la plaza, en la casa señorial o en la iglesia, fué la única literatura que existió en los idiomas románicos, antes que la masa cerrada de los escritores latinizantes llegase a percibir que la lengua de los cantores profanos o religiosos podía ser un instrumento digno de asuntos literarios más doctos, capaz de sustituir al latín.

Los juglares, pues, por necesidad interna de su oficio, puestos en el trance de divertir a una reunión de gentes que cada vez iba entendiendo menos el latín, tuvieron que arrojarse entre los primeros a formar las lenguas literarias de la Romania, forzando la humilde lengua cotidiana para que sirviese en múltiples géneros poéticos a fin de satisfacer la demanda de recreo imaginativo que el vulgo hacía. Los juglares provenzales tomaron elementos de los cantos populares, mayos, albadas, pastorelas, y los cultivaron, llevándolos a florecer a las cortes en manos de los trovadores. Lo mismo hicieron los juglares gallegos con los cantos de romería y de amigo, o más tarde los juglares castellanos con temas del tipo de las serranillas.

Otros juglares, como los franceses y los castellanos principalmente, atendieron a la demanda de información histórica del público que no sabía leer las crónicas latinas, tomaron las informes narraciones que andaban de boca en boca sobre sucesos actuales o las crónicas y leyendas de los siglos pasados, y compusieron las gestas y después los romances. Otros poetizaron para satisfacer los sentimientos devotos de los fieles, cuando éstos no entendían ya una palabra de los himnos, secuencias y evangelios litúrgicos.

Y que los juglares fueron los primitivos poetas en romance nos lo confirma el hecho, no bastante considerado, de que los más antiguos clérigos poetas, aun los que más pretendían ser ajenos al arte juglaresco, se llamaban, sin embargo, también juglares, por hallar ya este nombre acreditado de antes para designar al poeta en lengua vulgar. La historia literaria nos hace mirar a los juglares como iniciadores y guías de estos clérigos que, por no saber componer en latín, según declara Berceo, se dedicaban a poetizar para el vulgo; así la poesía culta nace como una ligera variedad de la juglaresca, y sólo por evolución posterior aspira a diferenciarse más de su primera norma, pudiéndose decir que la historia de las literaturas modernas es, durante mucho tiempo, la historia de cómo los géneros creados entre el público iletrado van invadiendo el círculo de los doctos y van atrayendo a éstos a escribir en romance, y de cómo, por otro lado, los géneros de antiguo reservados a los latinizantes van siendo invadidos por los romancistas, hasta llegar a un momento en que el latín deja de ser usado en la

literatura no científica. Varios siglos ocupa el conflicto entre las dos lenguas, vulgar y latina, y ante las alternativas entre la victoria lenta de una y las influencias pertinaces de otra, es fácil desconocer en los juglares el mérito que les corresponde de ser los verdaderos creadores de las lenguas literarias modernas, porque se llega a estimar sólo los mayores esfuerzos de excelsos artífices posteriores. Pero el hecho de que Dante desprecie como torpe la lengua de los anteriores poetas no nos puede llevar a afirmar que el italiano literario no hubiere sido trabajado y estructurado mucho antes*; hemos de comparar el caso a otros frecuentemente repetidos: en pleno siglo XVI creía fray Luis de León que él era el primero que intentaba levantar la lengua española del decaimiento familiar, para poner en ella número y artístico estudio; autores modernos juzgan que reciben de sus antepasados una lengua sin cultivo para el sutil ideal y que son ellos los encargados de dotarla de la fuerza expresiva de que carece. Cada generación

* Me refiero al bello e innovador discurso de N. Zingarelli «Le tarde origini della poesia italiana» (en la *Nuova Antologia*, 16 genn. 1923), juzgando inartística toda la producción italiana predantesca; la poesía francesa no crea obras verdaderamente artísticas hasta Ronsard. No está firme la piedra angular de esta construcción, pues estriba en suponer que la poesía primitiva y la juglaresca en general carecen de esfuerzo artístico; se desconoce en ella el trabajo para dominar los recursos expresivos y mejorar los procedimientos, por simple defecto de acomodación visual en los ojos del observador. Aparte esto, no podemos asentir a la idea de que no existe poesía sin gran artificio técnico, y que, por lo tanto, la «lode delle creature», de San Francisco, no es poesía. Tampoco hallamos exacta la oposición que trata de establecer el autor al decir que las obras medievales «hanno bisogno di riduzioni e travestimenti per dare nuovo diletto al pubblico, ma non si possono tradurre come si traducono le opere classiche». ¡Cuánta traducción del *Roland* o del *Mio Cid!* ¡Cuánto arreglo del *Edipo!*

puede concebir la ilusión de que ella crea el idioma, porque realmente lo re-crea y refunde en gran parte; pero una historia general de cualquier lengua romance no puede menos de asentar qne fueron los juglares primitivos quienes más empeñadamente riñeron la primera batalla, penosa y decisiva, para elevar a lengua artística a rastreras expresiones cotidianas, inexpertas de toda aspiración poética.

Así, las literaturas modernas nacen en manos de los juglares, y nacen destinadas a la popularidad; son, durante muchos siglos, literaturas «vulgares» en «lengua vulgar». Las crearon talentos que, aunque sobresalientes en sí, viven en un medio de cultura inferior, extraño a la lengua docta de entonces. No pensemos, empero, que los juglares, como suele creerse, fuesen unos grandes ignorantes; no podían serlo. Todo juglar que cumpliese con «su mester» o su oficio, era «ombre bien razonado, que sabía bien leer», según manifiesta el *Alexandre*. El juglar del *Roland* podía acaso conocer directa o indirectamente la Biblia, la *Eneida*, la *Farsalia*, pues el destino popular de una obra no significa dedicación a los ignorantes, y así no excluye gran erudición en el autor de esa obra. Lope de Vega, aun en las ocasiones en que se proponía escribir expresamente para el vulgo, no dejaba de alardear de sus vastísimas lecturas españolas, clásicas y extranjeras.

Importándonos ahora conocer el carácter de la poesía de los juglares como forma inicial de las literaturas modernas, observaremos que la poesía juglaresca se moldea fundamentalmente por exigencias del género

de publicidad a que estaba destinada. Los juglares *conciben la nueva poesía como un espectáculo* o diversión pública, y de aquí derivan los rasgos más peculiares de su arte.

La calidad del público influirá, claro es, de un modo decisivo. La poesía juglaresca destinada a un medio cortesano, reducido y selecto, no se diferenciará, o se diferenciará poco, de la poesía trovadoresca más aristocrática. Pero ése no pudo ser el público primitivo de los juglares en lengua vulgar, que hubieron de dedicar su arte a las clases menos cultas, ignorantes del latín. El estilo de estos viejos cantores debemos verlo conservado principalmente entre los juglares que actuaban ante un auditorio extenso y mezclado.

Sin duda que un público dilatado tira de la poesía a él destinada y la inclina a tomar un carácter popular; pero interpretemos dignamente este adjetivo para aludir con él a la cultura media, la más alta cultura que pueda aún reputarse colectiva, y no confundamos la poesía juglaresca con la gran porción de la mal llamada «poesía popular», que más bien debiera llamarse «plebeya». El teatro moderno, aun en sus producciones más elevadas, suele también escribirse para un público desigual, y nadie lo juzgará arte esencialmente vulgar o indocto. Pensemos lo mismo del espectáculo juglaresco que precedió al teatral y realizó antes que éste los primeros progresos de un espectáculo literario.

Claro está que poesía popular, así entendida, no es poesía inculta espontánea, nacida como grito na-

tural e inmediato del ánimo conmovido. Un poeta tan juglaresco como hemos sentado qué fué el Arcipreste de Hita juzga rectamente declarando con insistencia que la emoción por sí sola es incapaz de poesía; la emoción que embarga el espíritu no deja en éste bastante lugar para el arte:

Con el mucho quebranto fiz aquesta endecha,
con pesar e tristeza non fue tan sotil fecha... (1507)
Fízele un pitafio pequeño con dolor,
la tristeza me fizo ser rudo trovador... (1549)

Si a la poesía juglaresca queremos llamarla popular, no la juzguemos, sólo por esto, poesía sin arte y sin estudio. Había un espectáculo juglaresco plebeyo e inculto, como hay un teatro de barrios bajos y de aldea; pero éste apenas interesa a la historia literaria, la cual busca y halla, entre otros juglares, lucha de tendencias y procedimientos, altas ambiciones de arte, esfuerzo por superar lo ya dominado y envejecido.

Y pensando en esas obras juglarescas más distinguidas, podemos observar las principales diferencias que muestran respecto a las producciones destinadas a la lectura privada y no al canto en público.

Desde luego la poesía juglaresca mira hacia sus oyentes, no sólo en el momento de la recitación, sino desde la poetización misma. Esto se percibe manifiestamente en los poemas narrativos, observando cómo el relato va redactado por el poeta en apóstrofes a su público: «señores», «varones», «yo vos diré», «aquí veriedes»; el poeta imagina y fantasea todo, sintiéndo-

se siempre como rodeado por su público. Y lo mismo ocurre dentro del subjetivismo lírico, lo cual es más chocante: el trovador provenzal, más aún el gallego, meten en sus intimidades amorosas al auditorio: «cavallier, datz mi cosselh», «amigos, direivos más»..., como si el cantor en cada uno de los que le escuchan buscase un confidente.

Aunque esta especie de cooperación de los oyentes es visible, como observamos aun en la lírica cortesana, no es en ella donde el auditorio influye más, sino en la poesía destinada a un público amplio, de gustos y de cultura más desiguales, no exclusivamente selectos. La poesía entonces, a diferencia de la cortesana, es poco propensa a afanarse en grandes primores de forma. Para ejemplo más saliente de ello podemos recordar lo mucho que la poesía de las gestas heroicas o del Arcipreste de Hita se mostró apegada a ciertas formas espontáneas propias del período de los orígenes, como el asonante. Es verdad que los juglares de gesta franceses, desde fines del siglo XII fueron desechando el asonante para adoptar la rima perfecta, ya entonces corriente en poesías de otra clase; pero los juglares épicos españoles conservaron aun en el XV la asonancia, con tal prestigio, que llegaron a hacerla entrar en la moda cortesana, hasta en la poesía lírica, que de antiguo se desvivía por las rimas más difíciles. Y no sólo esto; los épicos españoles todavía conservaron otro mayor arcaísmo, el del metro irregular, que, usado asimismo en la lírica del pueblo, llegó también a tener alguna cabida en la corte, aunque incomparablemente menor que el asonante. Todo esto no quiere decir que

la poesía destinada a la audición de un público extenso no pueda tener finísimos primores de estilo y de versificación, sea ésta regular o irregular; pero no son para ella una preocupación primaria.

Aparte de estos caracteres de forma, podemos también señalar otros de estilo y de fondo que, muy naturalmente, impone al arte su destino a un público extenso. Algunos, confundiendo la poesía popular con la plebeya, y ambas con la juglaresca, señalan a ésta caracteres de superficialidad, improvisación, hipérbole, grosería y otros que sólo son distintivos de las obras malas de cualquier especie de arte que sean. Nosotros pensaremos en el juglar que entiende bien «su mester», que es el que puede interesar a la historia literaria.

El juglar que atiende inteligentemente a ese público, complejo pero no plebeyo, al cual nos referimos siempre, busca ante todo valores de curso muy amplio. No toma las actitudes apartadizas de un espíritu demasiado singular o ansioso de singularidad, las cuales sólo pueden ser compartidas por unas pocas almas afines; no penetra con preferencia en senos recónditos de la sensibilidad; es sobrio en digresiones descriptivas; descuida demasiado los análisis psicológicos; no acumula exquisiteces, aunque no las rechace; y en cambio pone mayor atención en los estados del alma más generales, que a todos pueden interesar por tener un valor humano universal; procura ante todo ahondar en las emociones y sentimientos que maneja, haciéndoles destilar gotas esenciales; se afana en el vigor de la concepción, en la grandeza del plan, ten-

diendo así siempre a robustecer en sus fundamentos la belleza más íntima y permanente de la obra.

Además, la excelencia de ese arte juglaresco bueno no dimana, por lo común, exclusivamente de un poeta excepcional que, en virtud de su superioridad, deja atrás las minucias de la técnica y las novedades de escuela, para atender mejor a las esencias del arte. Si, como acabamos de ver, el juglar excelente, por razón del público ante el cual actúa, adquiere cierto instinto propio para dar solidez a su poesía, por otra parte, también la obra juglaresca afortunada se reviste de alguna de sus cualidades mejores mediante el trabajo, no de uno solo, sino de varios poetas, pues tiene en sí una disposición natural que la lleva a la reelaboración, sin que en esto haya tampoco nada de misterioso.

3.º *Tradición juglaresca*

La extensa publicidad de una obra medieval no se conseguía ciertamente con la intervención del amanuense, que ejecutaba una copia a fuerza de mucho trabajo y largo tiempo, sino mediante el alado canto del juglar; el juglar errante era el más eficaz editor de una obra poética. Sólo el juglar lograba aventar a todas partes un poema haciendo que se repitiese «en cada casa» y fuese por doquiera «cantar muy dicho», hasta que todos lo supiesen en cien leguas a la redonda, como de sus versos dice Villasandino;

Más lueñe de cien jornadas
son mis decires sabidos.

Los trovadores más refinados se burlaban de esa popularidad cuando era conseguida por juglares callejeros entre sastres, molineros y aldeanos; pero, en definitiva, todo espíritu generoso ambicionaba el canto popular entre bajos y altos, pues él aseguraba la fama duradera hasta el fin del mundo, según dice el libro de *Alexandre:*

Metioron en canciones las sus cavallarías,
onde serán contadas fasta venga Helías.

Este canto perdurable significa realmente una poesía tradicional; mas, aunque bastante hemos indicado ya acerca de tal asunto, necesitamos señalar un grave error antiguo y hoy corriente.

Los críticos románticos, y los que después escribieron influídos por ellos, no conciben más tradicionalidad que la oral. Cuando los románticos pretendían explicar cómo una creación poética encarnaba en el alma de un pueblo, decían que germinaba en ésta transmitiéndose después de memoria en memoria y de boca en boca. Por eso la poesía juglaresca era por los críticos del pasado siglo sentida a menudo, más o menos claramente, como una poesía de tradición oral. Para el marqués de Pidal, por ejemplo, los juglares, con su memoria educada profesionalmente, nos ayudan a comprender cómo el *Poema del Cid*, el de las *Moceda-*

des de Rodrigo, la *Vida de Santa María Egipciaca* o el poema de los *Reys d'Orient*, «*se componían y conservaban en la memoria y en la tradición oral de los pueblos*».

La reacción antirromántica protestó contra estas ideas; comprendió con evidencia que esos poemas, como los citados por el marqués de Pidal, eran literatura esencialmente escrita, debida a un autor, no a «la tradición oral de los pueblos»; y, en consecuencia, no ve en ningún poema juglaresco carácter alguno especial, sino la obra de un poeta único, en todo semejante a cualquier otra de arte cortesano, culto o erudito. Yo creo que ni los románticos ni sus impugnadores tienen la razón, y paso a explicar de modo rápido y provisional, mientras escribo algo más largo sobre este asunto, cómo entiendo que la poesía juglaresca, en algunas de sus obras, puede tener caracteres de anónima, tradicional y colectiva.

La perpetuación de un canto muy difundido no se logra sin alteraciones en él. Don Juan Manuel acoge el cuento del trovador de Perpiñán que, porque oye su canción estropeada en boca de un zapatero, desbarata iracundo los calzados por este construídos. No eran los juglares acaso mucho más fieles en su canto: también entre ellos a veces ocasionaba inexactitud, en la reproducción de una obra, la falta de memoria o de aptitudes, aunque ellos tuviesen más conocimiento del arte que el zapatero del cuento; «Errou o jograr», exclamaba indignado el trovador gallego. Algo hay, pues, de tradición oral en la tradición juglaresca; hemos visto ya esto, aun a propósito de obras eruditas como el *Alexandre*, cuando lo sorprendimos deformado

en boca del juglar cazurro del siglo XV. Pero esta alteración oral, hija por lo común de defectuosa memoria, no es la más importante; más influía en las variantes el modo como entendían y practicaban los juglares su papel de editores.

El juglar está dominado por el más entrañable sentimiento de la impersonalidad de la obra literaria. Esto se observa hasta en un autor tan original como el Arcipreste de Hita, del que se ha podido decir (aunque inexactamente) que es el único medieval dotado de estilo propio; como está henchido de espíritu juglaresco, no se cuida de la robusta personalidad de su arte, y ansía verla menoscabada por la refundición popular, pues sabe que ése es el precio a que tiene que pagar el éxito y la gloria que ambiciona:

Qualquier omne que lo oya, si bien trobar sopiere,
puede más añadir e enmendar lo que quisiere.

Otro gran estilista coetáneo, de muy diverso tipo, don Juan Manuel, piensa de modo enteramente opuesto: no sólo teme la refundición, sino las simples infidelidades de copia: «E recelando yo don Johan que por razón que non se podrá excusar que los libros que yo he fechos non se hayan de trasladar muchas veces, et porque yo he visto que en los traslados acaesce muchas veces, lo uno por desentendimiento del escribano, o porque las letras semejan unas u otras, que en trasladando el libro ponen una razón por otra..., por guardar esto cuanto yo pudiere, fice facer este

volumen en que están escriptos todos los libros que yo fasta aquí he fechos.» Don Juan Manuel corrigió de su puño y letra este libro en muchos lugares y lo depositó en el monasterio de Peñafiel, advirtiendo a todos que no reprueben ningún pasaje de esos libros hasta no ver el volumen original colocado bajo la custodia monástica.

La opuesta suerte que el Arcipreste y don Juan Manuel desean en la transmisión de sus libros nos patentiza con máxima claridad el diverso espíritu que anima a un escritor juglaresco y a otro erudito. Nos revela también que esta diferencia no estriba en carencia o sobreabundancia de dotes de originalidad y estilo, pues ella se da entre los dos mejores escritores de nuestra Edad Media; en todo tiempo de la historia literaria tan frecuente es que un escritor adocenado sienta comezón de distinguirse sobre todos, como que un altísimo artista desdeñe cualquier prurito de singularidad. Las palabras del *Libro de Buen Amor,* además, refiriéndose a futuros arreglos que habrían de ser hechos por un trovador profesional, nos dicen que el Arcipreste sabía muy bien que además de la *tradición oral* en que el pueblo refunde una obra por medio de variantes espontáneas, únicas que conocen y admiten los críticos, hay una *tradicionalidad escrita,* cuyas variantes, por reflexivas y meditadas que sean, tienen igual naturaleza que las de tradición oral: éstas y aquéllas se engendran por el sentimiento de la impersonalidad del arte y nacen de una tensión poética o creadora que invade al que transmite una obra popular, tensión bien opuesta a la pasividad respetuosa que preside a

la transmisión de la obra erudita, estimada como patrimonio personal de su autor.

Después de considerado esto, debemos tener en cuenta otros móviles menos artísticos que intervienen en las variantes y refundición de una obra juglaresca tradicional.

La obra literaria, como novedad codiciada o como fuente de ingresos, era guardada celosamente por su poseedor, ya que la posesión no estaba amparada por ninguna ley de propiedad intelectual. Recordemos que los juglares que servían a un señor necesitaban permiso de éste para enseñar a otros juglares las canciones nuevas de su repertorio. El juglar que no era poeta solía dar dinero, vestidos, caballos o alhajas al autor para que le aprendiese la obra de memoria o le cediese un manuscrito. Otro modo de adquirir una obra era el robo: el exordio del *Doon de Nauteuil* nos advierte cómo ese poema fué arrebatado a su autor, que no lo quería dar por ningún precio; Alfonso el Sabio nos denuncia que Pero da Ponte se había enriquecido robando sus cantares a Alfonso Eáñez do Cotón y a otros muchos. Montoro acusaba también de robo al ajuglarado Juan Poeta, aconsejando a la Reina Católica que esconda de él la vajilla:

Que quien furta lo inventivo
furtará lo que paresce.

El robo no necesitaba ser violento, ni menos ir acompañado del homicidio que el Rey Sabio supone

cometido en la persona de Cotón (y que en este caso hemos de suponer no fuese un homicidio efectivo y punible); debía de haber muchos juglares como aquel Memorilla del siglo XVII que hurtaba las comedias aprendiéndoselas de oír una sola representación y reproduciéndolas luego, con enormes alteraciones, claro es. ¡Cuántas antiguas copias, que hoy desesperan al filólogo por sus enormes errores y divergencias, procederán de algún Memorilla medieval! Otras veces, sin duda las más, tratándose de géneros de poesía muy populares, donde el sentimiento del autor es escaso o nulo, el juglar se apropiaba una obra refundiéndola, corrigiéndola a su modo para que resultase superior, y así transformada la presentaba al público como única redacción auténtica, frente a las de los demás juglares, que, según él, no sabían bien lo que se decían.

Esta refundición, en parte oral, en parte escrita, es algo muy principal en el arte juglaresco, porque las obras, fuesen propias o compradas, robadas o apropiadas, no servían indefinidamente al público, que pedía en ellas novedades y mejoras; y el juglar, para mantener esas obras en buen estado de explotación, tenía que refundirlas. Como hoy a veces para el arreglo de una pieza teatral sirve de guía el gusto del público, según se manifestó en las representaciones anteriores, así el juglar, reparando en el rostro y en la paga de sus oyentes, comprobaba cada día los aciertos y las languideces de su obra, y se orientaba para embellecerla, para hacerla más grata a la par que más productiva. Con esto no queremos

decir, ni mucho menos, que toda composición refundida sea, en su conjunto, mejor que su modelo, cosa poco frecuente en la época tardía o de decadencia a que pertenecen la mayoría de las refundiciones que nos han sido conservadas; pero sí decimos que casi todas las refundiciones tienen bellezas y aciertos propios, y con ellos contribuyeron a prolongar la vitalidad de una obra que envejecía.

Bueno será ahora advertir que no toda producción juglaresca fué objeto de refundiciones, y mucho menos, de refundiciones tradicionales. Las obras no gratas al público se retiraban pronto de la circulación y quedaban intactas en su primera forma. Otras, sea porque habían logrado una expresión feliz por parte de su primer autor, como sucede con el libro del Arcipreste de Hita, o por otra causa cualquiera, podían repetirse por muchos, sin que a nadie se ocurriese hacer en ellas alteraciones que mereciesen el nombre de refundición. Otras obras podían recibir dos o más formas demasiado diversas y personales, sin mucha relación entre sí, *sin verdadera continuidad*. Sólo las obras extremamente divulgadas y repetidas sufren una serie de refundiciones enlazadas entre sí, reiteradas a través de varias generaciones y mantenidas en íntimo contacto con el recuerdo popular; éstas, en más o menos grado, según su continuidad y difusión, merecen el nombre de refundiciones tradicionales, aunque sean hechas por escrito y sean, por tanto, más escasas y aisladas que las refundiciones que se hacen por tradición oral en las obras conservadas en la memoria del pueblo. La epopeya, por ejemplo, hay que reco-

nocer, a pesar de las modernas opiniones hostiles, que alcanza este grado de tradicionalidad, esencialmente idéntica a la del romance o la balada, aunque éstos, por ser breves y conservarse de memoria, transmitiéndose de boca en boca, sufren muchísimas variantes, esto es, se refunden más íntima y activamente que los grandes poemas conservados y transmitidos por escrito. Cuando los varios manuscritos de un poema difieren siempre entre sí, de tal modo que representan, no copias más o menos inexactas, sino refundiciones anónimas de la obra, estamos en presencia de un fenómeno de *literatura tradicional escrita* enteramente análogo al de la *tradición oral,* que siempre reproduce las obras con variantes. La variante oral representa la parte que cada cantor toma en rehacer la obra poética popular, sintiéndose coautor o condueño de ella; de igual modo, la refundición escrita representa el acto de apropiarse un nuevo cantor la obra que considera de patrimonio común. Por último, toda obra que se reproduce en variantes o en refundiciones es obra en que colaboran varios autores, es un producto colectivo; y una obra reelaborada tradicionalmente por varios autores, sea oralmente, sea por escrito, reviste caracteres esenciales de anonimia y popularidad que la hacen colocar en un reino de la literatura diferente del de las obras de un arte puramente individual *.

Cuanto más popular la obra, cuanto más despreocupada del personalismo de autor y de los primores

* Véase provisionalmente mi ensayo sobre *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española,* conferencia en la Universidad de Oxford, 1922, págs. 30-34.

de estilo, cuanto ella se alce asentada más sobre bellezas de fondo que de forma, tanto está más dispuesta para ser renovada por varios, pues lleva más en su esencia algo de ese espíritu transmigratorio que en máxima proporción tienen los cuentos de tradición oral. Esos cuentos, compuestos de un ingenioso argumento hábilmente trabado y que, como decía Cervantes, dan contento aunque se cuenten «sin ornamento de palabras»*, como no necesitan bellezas de exposición, corren y viven sin una forma fija, siendo cada nuevo narrador libre para ponerla de suyo; y esta indeterminación de la forma, junta con aquella genial trabazón de su fondo, los hace aptos para propagarse en multitud de bocas y para circular traducidos en multitud de idiomas, irradiando continuamente nuevo agrado y nueva gracia en el ánimo del que lo recuerda y en los labios del que lo repite. Una composición literaria de esta clase, en que el vigor y fuerza activa de su fondo supera mucho a su forma, se parece a esos cuerpos radioactivos que por su íntima estructura atómica, extraordinariamente compleja y, por lo mismo, de poca estabilidad, se transforman incesantemente, irradiando de continuo energía, a diferencia de los demás cuerpos, que mantienen en su ser un equilibrio estable.

La obra juglaresca, aunque revestida de una forma mucho más fija que la del cuento popular, porque suele ser rimada y escrita, sin embargo, puede tam-

* Llamo la atención sobre la profunda diferencia que Cervantes percibía entre el cuento popular y el de autor personal, cuando en el *Coloquio de los Perros* hace decir a Cepión que «los cuentos, unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros en el modo de contarlos».

bién, y a menudo sucede, tener una forma fácil, inferior al fondo y hasta casi indiferente; muy al revés de las obras personalísimas, cuidadosas de destacar sus rasgos exteriores (aunque a veces sean mezquinos) en forma inconfundible, desenvolviéndolos de una manera esmeradamente completa, que aprisiona fuertemente el fondo o pensamiento total y a veces se sobrepone a él. En aquel caso, careciendo la forma de una decidida fisionomía propia, cualquiera puede sentirse tentado a rehacerla y arreglarla a su gusto, atraído por alguna de las posibilidades estéticas que irradian del fondo poético y que pueden ser desarrolladas sin gran esfuerzo dentro de esa forma fácil. Esto ocurre especialmente cuando la obra juglaresca se funda en una leyenda o creación novelística enteramente análoga al cuento popular, y, como él, preñada de variantes, incitadoras de refundiciones.

La obra personal, o se olvida pronto, o, si tiene éxito, persiste inalterable en la lectura de los venideros, porque el autor completó y agotó la expresión de su idea, o, sin llegar a tanto, la recubrió y sostuvo con una forma rígida e incambiable; la única renovación o re-creación que admite esa obra es la que por de fuera le añade la crítica con ulteriores interpretaciones estéticas. En cambio, la obra anónima afortunada no encierra su poesía bajo una expresión agotada, fija ya en su completa madurez, sino que le da un aspecto juvenil, de carne blanda para el crecimiento y desarrollo; no es su belleza acabada, inmóvil, estatuaria, sino que espera cambios de nueva frescura, con ansia de renovarse y multiplicarse; es, en suma, una crea-

ción dinámica, capaz de inagotables desenvolvimientos en la imaginación de las generaciones sucesivas; pierde, sin duda, en madurez artística; pero gana en juventud y posteridad.

Así, el arte juglaresco, por razón del espectáculo a que se destina, propende a dotar sus concepciones poéticas de esta vitalidad estructural y logra que algunas obras afortunadas se perpetúen mediante una tradición renovadora.

Este éxito de mayor eficacia en el arte juglaresco puede prolongarse, formando largas épocas de florecimiento de la poesía tradicional o evolutiva. Eso sucede cuando la actividad de los juglares o de cualesquiera otros poetas anónimos adquiere gran valor colectivo; cuando alcanza a formar escuelas de vida densa y rica, que buscan y solicitan, no un público reducido, cortesano o plebeyo, sino nacional. Como ejemplo notable debe quedar siempre la poesía heroica francesa, que florece sobre todo en los siglos XI y XII gracias a los intereses políticos, militares y religiosos que entonces dieron gran desarrollo a la juglaría de gesta. La crítica de nuestros días, reaccionando contra el origen misteriosamente popular que soñaban los románticos, se esfuerza demasiado por mostrar que cada «chanson de geste» es obra de un poeta, cosa por demás evidente; pero añade que es poesía personalísima, como cualquier otra, lo cual tengo por inadmisible; esa misma crítica reconoce que las *chansons* viven en continuas refundiciones, y por esto debemos reconocer que son poesía evolutiva, o sea, tradicional. Otro ejemplo más notable aún nos lo da España. Por esos mismos inte-

reses nacionales, políticos y religiosos, y además por el carácter muy tradicionalista del pueblo español, los juglares de gesta prolongaron aquí más sus refundiciones, y aun después de extinguidos para siempre el canto y las refundiciones de los juglares, sus viejas ficciones continuaron renovándose en los siglos XVI y XVII, transferidas a otros géneros literarios, cultivadas en el romancero y en el teatro por otros autores muy diversos de los antiguos.

Y este gran éxito de la poesía juglaresca, heroica, tradicional, constituye uno de los caracteres fundamentales de la literatura española: ese nacionalismo, según el cual Federico Schlegel le señalaba el primer puesto entre las literaturas europeas.

Un hecho correlativo, aunque de menor importancia, observamos también en la juglaría lírica. En la más antigua escuela lírica que predomina en España, la provenzal, el antiguo juglar fué, en cuanto poeta, absorbido por el trovador; pero el arte del trovador occitánico fué sometido entre los catalanes a una mayor sencillez y llaneza, y en el resto de la Península, al ser aceptado como modelo por las escuelas gallegoportuguesa y castellana, se desarrolló con mayor influencia juglaresca y nos ofrece momentos, aunque fugaces, de vida tradicional (tanto oral como escrita), aun en ciertas poesías cortesanas. Siempre la misma tendencia a sacar el arte de todo esoterismo y misterio de escuela cerradamente cortesana, para entregarlo a una corriente nacional.

En conclusión: el estudio del mester de juglaría es de muy especial interés como base de nuestra

historia literaria. No sólo nos da a conocer los primeros tiempos de nuestra literatura, como los de otras hermanas, sino que nos ilustra en las épocas posteriores acerca de un carácter muy arraigado en la literatura española, ya que ésta se distingue por mantener, reelaborar y perfeccionar viejas tendencias juglarescas, en temas, en estilo, en versificación, recordando a menudo, aun bajo formas de arte muy progresadas, los tiempos en que el juglar había sido el primer iniciador de poesía moderna. Bien conocidas son las manifestaciones que en los llamados siglos de oro hallamos de este fenómeno de perduración; pero también son notables en épocas muy anteriores: en el mismo siglo XIII hemos encontrado en España un tipo de poema épico breve que nos sirve para sospechar su existencia muy anterior también en Francia. La conservación de arcaísmos, el reflorecimiento de éstos cuando en otros países están ya totalmente muertos e ineficaces, es distintivo de muchas actividades españolas.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Nuevos hechos, nuevas ideas

«El tema de nuestro tiempo»

(Filosofía de la perspectiva)

CON el título que encabeza estas líneas, José Ortega y Gasset ha publicado un libro que ha de dejar honda huella en la actual generación. No sé si se hablará de él con mucha frecuencia. Pero estoy seguro que quien lo lea y lo medite ha de llevarlo muy dentro en su corazón, ha de abrir el espíritu a su doctrina, ha de sentir profunda su influencia. Bajo la tersura de un estilo que cada día se depura y ennoblece más, late en todas las partes de esta obra una emoción intensa. De *El tema de nuestro tiempo* están severamente excluídos todos esos reflejos brillantes, más o menos ingeniosos y artísticos, con que buena parte de los escritores modernos han edificado su renombre. Este libro de Ortega y Gasset es hijo de una preocupación grave; tiene no sé qué de edificante, algo así como una cariñosa pero severa admonición. De sus páginas, a

veces proféticas, asciende inexpresada, pero tanto más elocuente, una noble convicción moral: que el tema de nuestro tiempo es el deber de nuestro tiempo. El libro de Ortega y Gasset habla conjuntamente a las inteligencias, a los corazones y a las voluntades. Dios quiera que los que lo lean aporten a su estudio la misma lealtad, la misma sincera comprensión que han presidido a su engendro.

Nuevos hechos, nuevas ideas

Hace ya muchos años que Ortega en sus escritos alude a la mutación profunda que se está verificando en las ciencias, en la filosofía, en los modos de concebir la verdad y la vida. En 1916, el primer tomo de *El Espectador* nos anunciaba el propósito de perseguir y definir los síntomas de una nueva época. En los tomos posteriores hemos visto realizarse buena parte de este programa. Citaré sobre todo el ensayo «Biología y Pedagogía» del tomo tercero. Más tarde, al fundar la biblioteca «Ideas del siglo XX» en la editorial Calpe, quiso con ese título significativo insistir en su convicción y demostrarla, por decirlo así, materialmente, ofreciendo al lector español algunos de los productos más típicos de la nueva manera de pensar. En la *Revista de Occidente* por él fundada y dirigida, el piso principal está reservado para la recensión de los «nuevos hechos» y «nuevas ideas». Por último, la publicación del libro que nos ocupa viene a precisar cla-

ramente los rasgos esenciales que presenta la faz del tiempo nuevo.

Aparece, pues, este libro, en primer término, como el cumplimiento de una tácita promesa o compromiso; es como una demostración teórica de una verdad que ya había quedado manifiesta, en el sentido material, por las nuevas obras, las nuevas ideas y los hechos nuevos. Ortega ha exprimido estas obras, ideas y hechos extrayendo de ellos la quintaesencia, la definición del estilo en que comienza a pensar la generación presente. La obra se compone de dos partes. La primera—lección magistral pronunciada ante sus oyentes universitarios—establece las características principales de nuestro tiempo. La segunda está formada por dos apéndices, que son como ejemplos o casos particulares de la doctrina profesada en la lección: el ocaso de las revoluciones y el sentido histórico de la teoría de Einstein. Estos dos fenómenos de cultura tan dispares y distantes, unidos sin embargo por el nexo común de una misma teoría, dan idea de la profundidad a que alcanza la doctrina.

A los que no quieren convenir en la realidad de la nueva ideología; a los que persisten en los hábitos mentales del pasado siglo, sin advertir su caducidad, su ineficacia, su incongruencia con la sensibilidad actual; a los que no perciben las profundas innovaciones que al mundo del pensamiento aportan la reciente biología, la reciente historia, la reciente matemática, la reciente física, la poesía y el arte recientes, y hasta la misma política, a estos debemos aconsejarles que, si su actitud obedece a falta de información, se sirvan to-

mar conocimiento de los trabajos bastante numerosos en que se revela lo más fino y original del pensar contemporáneo; y si procede de no tener un criterio claro y una pauta precisa para descubrir y apreciar el sentido de todas esas producciones, se sirvan leer y meditar el libro de Ortega y Gasset. Mas si, a pesar de todo, insistieren en su negativa; si se obstinasen en cerrar los ojos a la realidad evidente, rezagándose en los místicos arrobos de un racionalismo pueril o de un positivismo romo, los veríamos con pena, extraviados y extraños a su tiempo, condenarse a perpetuo anacronismo y prematura senectud.

Filosofía de la perspectiva

Ortega y Gasset expone en *El tema de nuestro tiempo* un nuevo modo de pensar que podría llamarse filosofía de la perspectiva. En todos los órdenes de la cultura se nota hoy un estremecimiento, un desasosiego que, en algunas obras culminantes, llega a cuajar en doctrinas y conceptos de sorprendente novedad. Estas nociones inéditas que empiezan a surgir en el orbe intelectual presentan todas un cariz homogéneo, un sentimiento de unánime discrepancia con el pasado inmediato y de adhesión fervorosa a cierto método más pleno y eficaz de comprender la realidad. Dijérase como si ahora, de pronto — pues este fenómeno tiene cierto carácter de subitaneidad—, algunos ingenios superiores hubiesen decidido arrojar el velo que les tapaba los ojos y acercarse derechamente a las

cosas mismas. En la teoría de Einstein, este símil tendría incluso un valor de preparación metódica.

Todas las épocas del pensamiento han realizado igualmente esta unanimidad de estilo. En todas las disciplinas de un mismo tiempo, por lejanas y distantes que sean entre sí, alienta un sentir común. Pero hay una meditación en que ese fondo común constituye el problema central a resolver. La filosofía, en todo momento, es la depositaria de aquellos conceptos que, por ser los más generales y amplios, sirven de base más o menos consciente a toda particular indagatoria. En el siglo XIX, los científicos fueron todos positivistas. En el siglo XX no podrán serlo ya.

La filosofía en que vivieron impregnadas las pasadas centurias trastornó por completo la relación normal vital de nuestro espíritu con la realidad. Para esa filosofía, nuestros conceptos no reflejan fielmente el ser de las cosas. Nuestros conceptos son elaboraciones del intelecto, que los fabrica con materiales oriundos de la percepción sensible. Ahora bien, la percepción sensible, la sensación, es relativa al sujeto percipiente y revela la constitución fisiológica y psicológica de éste más bien que la realidad de las cosas. Además, sobre esos datos de la percepción trabaja luego el entendimiento, quien, en su labor, se rige por sus propias leyes, esto es, refleja igualmente su propia esencia más que la esencia de lo real. En conclusión: el conocimiento es relativo al sujeto qne conoce. La realidad absoluta, la realidad real, es siempre incognoscible.

¿Qué se hace de la verdad en esta teoría? La Edad Media—que en muchos puntos debiéramos estu-

diar y rememorar más a menudo—definía la verdad como la congruencia del pensamiento con las cosas. Pero, para nuestros modernos relativistas, esta definición no tiene sentido. Si los conceptos son productos del intelecto, que elabora las sensaciones subjetivas, es claro que no puede nunca saberse si nuestros conceptos concuerdan con la realidad. La realidad es incognoscible; luego la verdad no es la congruencia de los pensamientos con las cosas. Para obtener una noción de la verdad habrá que retraerse de comparar el concepto con la cosa y reducirse a la comparación de los conceptos entre sí. La verdad será, pues, la congruencia del pensamiento consigo mismo, la coherencia sistemática del pensar, la continuidad sintética de la ideación. Así, el método más típico de la ciencia moderna ha consistido en incorporar los hechos, manteniendo la coherencia de las teorías. El ideal del científico moderno era reducir todos los conocimientos a un sistema *único* de conceptos coherentes.

Tres siglos de subjetivismo, que han impreso en nuestro espíritu huellas casi imborrables, no son bastantes, sin embargo, para decidirnos a aceptar tan extraña subversión. Inevitablemente, el espíritu sano, la natural espontaneidad de la razón se rebelan contra ese intento de diluir la verdad en la coherencia lógica. Sin duda, la coherencia del pensamiento es una virtud muy necesaria. Mas no la única. Ni puede ser ella la garantía suprema de ese acierto que llamamos verdad. Es plausible el deseo de que las razones se traben y encadenen en congruencia mutua. Pero ¿diremos por esto que todo sistema coherente es verdadero?—Más que con-

vencidos, el relativismo nos tenía como resignados. En el fondo de su alma, el relativista hace renuncia a la verdad para abrazarse al escepticismo, no al escepticismo burlón e irónico de los antiguos, sino a un escepticismo agresivo, ceñudo, profesoral y democrático, con matices de mística arrogancia y una especie de goce sádico en lo incomprensible.

Urge a la generación presente restablecer la verdad en sus fueros. Uno de sus más puros afanes es tornar a concebirla en la plenitud de su esencia. Verdad es un pensamiento que coincide con las cosas. Verdad es el pensamiento de lo real. Cuando una idea, un concepto son verdaderos, reflejan exactamente lo que es; y entonces son verdaderos *en absoluto* y no relativamente a tal o cual sujeto más o menos pensante. La verdad es absoluta o no es verdad. No cabe en esto término medio. La flecha acierta o no acierta en el blanco. El apetito de realismo, que caracteriza la época presente en filosofía, no puede hallar satisfacción en los endebles fundamentos de una lógica sobornada secretamente por la psicología *. Iníciase una dirección nueva que pretende restablecer la normalidad intelectual y considera los conceptos como función de las cosas, no las cosas como función de los conceptos. Esto quiere decir que el concepto es una perspectiva de la realidad.

Ortega y Gasset habla de «la doctrina del punto de vista». Efectivamente, puede emplearse también este término, y Ortega parece vacilar en su preferencia por uno u otro. Sin embargo, me parece más acertado

* Insuperable, definitiva es la crítica del psicologismo en E. Husserl, *Logische Untersuchungen*. Halle, 1913.

el de perspectiva. La palabra punto de vista alude demasiado al sujeto que contempla; nos invita a acentuar más de lo justo la participación del conocedor en el hecho de conocer. En cambio, la palabra perspectiva, menos teñida de subjetivismo, se refiere a las cosas y viene a designar como el escorzo de la realidad misma. Perspectiva y punto de vista se corresponden como dos caras de una misma moneda; pero la perspectiva representa la cara de la realidad, mientras que el punto de vista es más bien la condición, la posición del espectador *.

Realidad y perspectiva

Pero—se dirá acaso—si el concepto es una perspectiva de la realidad, entonces no corresponde perfectamente con ella. La realidad es una; las perspectivas son múltiples, y, por tanto, el concepto representa sólo una parte, una porción de la realidad. Ahora bien, el hecho de que el concepto refleje tal

* El título *El Espectador*, puesto por J. Ortega y Gasset a los bellos libros en que nos describe las perspectivas que su espíritu columbra, alude indudablemente a esta doctrina. Aprovecho esta ocasión para observar que esta manera de pensar es ya antigua en él. Las *Meditaciones del Quijote* (1914) la apuntaban en varias ocasiones, por ejemplo: «¿Cuándo nos abriremos a la convicción de que el ser definitivo del mundo no es materia ni es alma; no es cosa alguna determinada, sino una perspectiva?» (1.ª edic., pág. 42). En *El Espectador I* (1916, pág. 19), decía también: «...la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa fatalmente en el Universo. Aquélla y éste son correlativos, y como no se puede inventar la realidad, tampoco puede fingirse el punto de vista. La verdad, lo real, el Universo, la vida —como queráis llamarlo—, se quiebra en facetas innumerables, en vertientes sin cuento, cada una de las cuales da hacia un individuo».

o cual perspectiva y no tal o cual otra, tal o cual fragmento de la realidad y no tal o cual otro, depende exclusivamente del punto de vista del espectador. En suma: volvemos a caer en el subjetivismo.

Esta recaída demuestra que la dolencia subjetivista es más profunda de lo que nos habíamos figurado. No consiste tanto en una defectuosa noción de la verdad, como en una idea errónea acerca de lo que sea la realidad misma. El subjetivismo supone que existe una realidad absoluta, una realidad en sí, independiente de todo, ajena a todo, consenso o unidad integral de todo. Pero viendo que nuestro conocimiento no puede aprehender esa realidad absoluta, porque nuestra razón impone al conocer sus leyes propias, el subjetivismo convierte en relativismo fatal la relación del sujeto con el objeto y condena todo concepto a eterna invalidez y perpetua insuficiencia. Puesto que la realidad es absoluta—dice—, nuestro conocimiento de ella tendrá que ser relativo.

Las distintas filosofías de una misma época, por muy dispares que al parecer sean, tienen, sin embargo, un fondo y raíz común. Pertenecen a un mismo tiempo; son meditaciones de un mismo tema; se basan en un mismo sentido cósmico. El relativismo vino al mundo para combatir el dogma del conocimiento absoluto, para luchar contra el racionalismo. Pero estos enemigos eran en el fondo hermanos. Si el uno afirma lo que el otro niega, es justamente porque los dos se hallan de acuerdo sobre la raíz misma del problema. Para el racionalismo, la realidad absoluta se entrega a la inteligencia que razona, sin más ni otra condición

que la de pensar clara y distintamente. Para el relativismo, la realidad absoluta no puede ser conocida por la razón, porque la razón trabaja sometida a sus propias leyes psicológicas. Ambas doctrinas opuestas convienen empero en un punto esencial y primario: en reconocer que la realidad es absoluta. Esta coincidencia las hace hermanas. Esta concordia radical las cualifica como meditaciones de un mismo tema, del tema de su tiempo.

Pero el tema de nuestro tiempo consiste precisamente en la convicción contraria. El más funesto error que podíamos cometer sería considerar la nueva doctrina de la perspectiva como una composición ecléctica de las dos añejas filosofías. El recodo del siglo XX señala una mudanza tan profunda, que será comparada algún día con la que se verificó en la vertiente del XVI al XVII. Si los conceptos nos aparecen hoy como perspectivas de la realidad, es porque para nosotros la realidad no es algo absoluto, sino algo fundamentalmente relativo. Las cosas, por esencia, tienen caras, perfiles, perspectivas diversas, cada una de las cuales contiene íntegra la realidad. Una perspectiva no es, pues, un fragmento, sino la cosa toda colocada en un sesgo determinado.

Por ejemplo, sean dos cuerpos en el espacio. Si uno de ellos está en movimiento y el otro en reposo, puedo a voluntad considerar como inmóvil éste o aquél. El otro cuerpo, entonces, estará en movimiento en esta dirección o en la dirección contraria. Es decir, que puedo cambiar la perspectiva. Pero las dos perspectivas por mí consideradas son igualmente verdaderas,

igualmente totales. Lo relativo aquí es la realidad, es el movimiento y reposo de los cuerpos reales. El pensamiento racionalista pretende averiguar cuál de los dos cuerpos es el que se mueve *en absoluto* y cuál el que *en absoluto* está en reposo. El pensamiento relativista, por su parte, es escéptico y afirma que, en realidad—entiéndase: *en absoluto*—, no sabemos ni podemos saber cuál de los dos cuerpos se mueve y cuál no. En cambio, la filosofía de la perspectiva sostiene que la realidad—en este caso el movimiento y reposo de los dos cuerpos—no es absoluta; que ninguno de los cuerpos está en absoluto quieto ni en absoluto en movimiento. Ahora bien, nuestro conocimiento de esa realidad relativa—movimiento y quietud relativos—, ése sí es absoluto; es decir, plenamente, íntegramente verdadero. La física de Einstein sostiene, no la relatividad del conocimiento, sino la relatividad, el perspectivismo de las cosas reales. Es bien extraordinario que nadie lo haya visto con claridad antes de Ortega. Lo único real es la realidad de cada perspectiva.

La generación y la obligación

En *El tema de nuestro tiempo,* las palabras «nuestro tiempo» no significan el pasado próximo, ni siquiera el presente, sino más bien el próximo futuro. Lo que hoy germina dará sus flores y sus frutos en un porvenir inmediato. *El tema de nuestro tiempo* se arriesga a la profecía.

Tenemos profecías de género diverso: la profecía

bíblica, sapiencia divina transfundida a lo humano; la profecía biblioide, envuelta en altas nubes metafísicas, visión eterna del proceso histórico; la profecía sagaz del político fino, del psicólogo astuto. Faltaba, sin embargo, una nueva especie de predicción fundada en las leyes naturales de la vida. La vida es un proceso que, iniciado, tiende a dibujar una trayectoria, implícita en su aliento primario. El que sabe percibir la vida por dentro—el político fino, el psicólogo astuto, el historiador penetrante—advierte en ella una a modo de germinación del porvenir. Hasta ahora, estas predicciones de la realidad viviente se habían aplicado sin orden, sin plan, sin premeditación, como meros atisbos casuales. Ortega y Gasset ha elevado la predicción psicológica a la dignidad de un método histórico.

Las profecías biblioides—desde Bossuet y Vico hasta Spengler, pasando por Hegel y Marx—tienen el inconveniente no pequeño de depender de una concepción metafísica en que la historia queda presa antes de suceder. Son profecías *para* la historia, no profecías *de* la historia. El filósofo de la historia decreta lo que *debe* ocurrir desde la cumbre de sus ideas intemporales, eternas. Pero la vida, ignorando lo que el metafísico exige de ella, no le obedece, y si le obedece, es por mera casualidad; los hechos, generalmente, desmienten las teorías de la historia. Esto ha tenido por consecuencia una reacción contraria: la historia ha sido declarada imprevisible, amasijo de casos fortuitos, trama de azares—como la nariz de Cleopatra, las favoritas de Luis XV—. Se ha dicho que la historia carece de sentido.

Pero la verdad es que ni la historia carece de sentido ni está regida por un idealismo metafísico. Aquí, como en el caso de la lógica, el error consiste en pretender que el sentido de la historia tenga ese carácter absoluto que la razón esquemática supone en todo. Por eso los historiadores han oscilado entre dos concepciones. Unos han pensado que la historia es obra de la *humanidad,* del *progreso,* de la *Providencia,* de las *culturas,* de la *economía,* entes metafísicos de máximo porte que anulan la historia, que borran el tiempo y se anteponen al suceder viviente. Mas, siendo la historia movimiento, sucesión, transcurso, ¿cómo vamos a comprenderla en su verdadero sentido si para estudiarla nos salimos del tiempo y nos encumbramos en la eternidad? * En cambio, otros historiadores, aspirando a ceñirse a la vida misma, han diluído la historia en procesos individuales, irracionales, inexplicables. Hay, en historia como en lógica, un racionalismo y un escepticismo.

Pero la verdad es otra y más compleja. Ni el sujeto de la historia se halla fuera de la historia—como la humanidad, la Providencia, el progreso, las cultu-

* Oswald Spengler ha realizado un formidable esfuerzo por construir una concepción *histórica* de la historia. ¿Puede decirse que lo haya logrado? El sujeto histórico, para él, no es la humanidad; son las culturas, es decir, unos organismos de superior cuantía, verdaderos entes biológicos, plantas, sujetos a leyes eternas de nacimiento, desarrollo y muerte. Las profecías de Spengler, por tanto, no son históricas *stricto sensu;* son como las que hacemos todos cuando decimos que en otoño caen las hojas de los árboles y que en primavera reverdecen; su verdad depende de que en efecto sea exacta la concepción spengleriana de las culturas como entes biológicos; es decir, depende de una tesis metafísica, no histórica. La predicción histórica de Ortega y Gasset tiene muy otros caracteres y muy distintos fundamentos.

ras—, ni tampoco se descompone en la inextricable red de los afanes individuales. El verdadero sujeto de la historia es la generación.—El concepto de generación ha sido con frecuencia usado por los historiadores de la literatura y del arte para situar claramente las variaciones del gusto en el curso de los tiempos. Ortega y Gasset lo emplea en un sentido metódico, más general y profundo. Para Ortega, las generaciones hacen la historia. La generación es el elemento mínimo de la gran cadena. Unas generaciones continúan las labores del pasado; otras innovan, cambiando de punto de vista y, por tanto, de perspectiva. Pero cada generación, tomada en sí misma, constituye una unidad de pensamientos, de sentimientos, de vida y creencias, de afanes y empresas.

Así aparece posible, no sólo la predicción, sino la inteligencia misma de la historia. Cada generación recorre una curva vital que no es sino el desarrollo de las posibilidades contenidas en su esencial postura ante el universo de las cosas y de los valores. En última instancia, el *tema* de cada tiempo es la fórmula de su vocación y de su obligación moral. No le es lícito a nadie desoír las voces graves que le llaman al cumplimiento de cierto tipo de vida. Por eso creemos que *El tema de nuestro tiempo* no contiene solamente un índice filosófico, sino una profunda lección de moralidad.

La previsión del futuro está, pues, basada en una especie de examen de conciencia que al descubrir nuestros más hondos deseos nos descubre asimismo nuestros más altos deberes. Tocamos aquí a una esencial característica del pensamiento de Ortega y Gasset,

quien, en esto como en muchas otras cosas, representa a su vez un síntoma de la nueva ideología.

Los ideales y la vida

La filosofía moderna ha aceptado como uno de sus lugares comunes la distinción kantiana entre el ser y el deber, la realidad y el ideal. Esta distinción, que en Kant se corresponde con la distinción entre la razón especulativa teorética y la razón práctica, moral, ha servido de base no sólo para las ciencias propiamente éticas, como el derecho, sino también para la concepción de la historia. En efecto, la contraposición entre ideal y realidad, calcada sobre la que hacemos entre verdad y falsedad — el ideal es la verdad moral—, confiere al ideal el sentido eminente de norma y orientación. La historia, por tanto, se define en esta teoría: el esfuerzo del hombre para realizar el ideal. Ahora bien, tal actitud impone como un deber la *modificación de la vida* de acuerdo con la idea; el espíritu revolucionario es una manifestación inevitable de este punto de vista. Nuestros padres y abuelos fueron revolucionarios y progresistas porque todos, supiéranlo o no, estaban nutridos de idealismo kantiano.

Mas justamente lo que niega Ortega y Gasset es esa contraposición del ideal a la vida. El hombre, al meditar sobre su conducta, prefiere, en efecto, ciertos actos y ciertas cosas y expresa esa preferencia en proposiciones imperativas. Pero esas proposiciones, esos imperativos nacen en su espíritu, son anhelos de su alma, son,

por decirlo así, el núcleo mismo de su voluntad histórica. Unas épocas, unas generaciones quieren una cosa; otras quieren otra. Ambas cosas, sin duda, son valiosas en sumo grado; pero los corazones de hoy tienen preferencia por ésta más que por aquélla. Y lo que constituye realmente el deber de cada hombre es realizar con máxima plenitud y entera lealtad las posibilidades de su última esencia. «Sé el que eres»; tal podría ser la fórmula breve del imperativo. Hemos aprendido de nuestros maestros a contraponer la razón geométrica a la vida y a llamar ideal la deformación consciente de la libre vitalidad, actitud impracticable y falsa, que conduce a la violenta negación o a un desesperante futurismo. La razón no es ella misma, sino una función vital que debe plegarse dócil a las perspectivas reales, no sólo en el conocimiento físico y cósmico, sino también en la estructuración de la vida y la conducta. Como la luz alumbra, esto es, destaca los perfiles y sinuosidades de las cosas, así la razón ilumina la realidad y nos guía por la vida. Al que por vez primera descubre el foco luminoso, le acontece a veces padecer deslumbramientos y cegarse para la visión de las cosas reales. Las generaciones que nos han precedido padecieron ese deslumbramiento. La razón fué para ellos, o la facultad de lo eterno, de lo inmóvil, de lo perenne, o la facultad del unánime error. La nueva filosofía da a la razón una tarea más ajustada a su raigambre vital: la de conocer lo que percibimos, discernir lo que queremos y disponer en claro y leal ejercicio los bienes que para nosotros realizan los máximos valores.

Advertencia final

A veces—cada vez más lejanos—resuenan aún los ecos del pasado racionalismo. Es la tormenta romántica que se aleja. El libro de Ortega y Gasset combate contra el racionalismo; pero no menos contra el misticismo romántico. Mejor dicho: combate la doctrina racionalista justamente por descubrir en ella una forma romántica y mística. El racionalismo no defiende, en efecto, el imperio de la razón, sino su irracional tiranía, el frenesí romántico de los esquemas puros. La verdadera razón, la razón razonable, es la razón vital. Casi todos los que hoy cantan de nuevo a la vieja razón ignoran lo que ésta es. La filosofía de la perspectiva viene a corregir un abuso fatal: quiere introducir orden y jerarquía en las pasiones. No consentirá nunca en ahogar un germen, ni en matar una voluntad, ni en reducir a esquemas geométricos las ricas variedades de las cosas. Pide que se derrame luz sobre el mundo y sobre la vida. Aspira, en suma, a que la razón sea un auxilio, no un obstáculo de la vitalidad.

MANUEL G. MORENTE

Lo masculino y lo femenino

Para una psicología de los sexos

No creo que se haya hecho hasta ahora análisis más agudo y penetrante de las diferencias entre la psicología del hombre y de la mujer que el presente ensayo del filósofo Jorge Simmel. Me permito recomendar a los lectores de esta Revista una lectura atenta de estas páginas excepcionales que tanto aclaran el conflicto perdurable entre lo masculino y lo femenino. — J. O. y G.

CUANDO queremos comprender el sentido y valor de un elemento cualquiera de nuestra vida interna — o de aquellos otros órdenes que dependen de la relación cognoscitiva y activa entre nuestra interioridad y el mundo —, procedemos generalmente estudiando su relación con otro elemento, que, a su vez, se define relativamente al primero.

Pero ambos términos no permanecen siempre en esta correlatividad; acaece que uno de ellos, alternan-

do con el otro, se convierte pronto en algo absoluto que sustenta la relación y le impone su norma. Todas las grandes parejas que se dan en el espíritu—yo y el mundo, sujeto y objeto, individuo y sociedad, reposo y movimiento, materia y forma, y muchas otras más—han corrido la misma suerte. Uno de los términos ha adquirido un sentido amplio y profundo que abraza, no sólo la propia significación estricta, sino también la del término contrario.

La relación fundamental en la vida de nuestra especie es la de lo masculino y lo femenino. También aquí se verifica ese encumbramiento típico de uno de los dos términos a significación absoluta. Para estimar la productividad y la índole, la intensidad y las maneras de manifestarse del varón y de la mujer, recurrimos a determinadas normas de esos valores. Pero esas normas no son neutrales, no se ciernen a igual distancia de los opuestos sexos, sino que pertenecen íntegras a la masculinidad. Prescindo por ahora de las excepciones, inversiones y desviaciones de este método. Las necesidades artísticas y patrióticas, la moralidad general y las ideas sociales particulares, la equidad del juicio práctico y la objetividad del conocimiento teorético, la fuerza y profundidad de la vida—todas estas categorías son, sin duda, por igual humanas en su forma y en sus exigencias, pero íntegramente masculinas en su aspecto histórico y efectivo. Si a estas ideas que nos aparecen como absolutas les damos el nombre de «lo objetivo», puede considerarse como válida, en la vida histórica de nuestra especie, la ecuación siguiente: objetivo = masculino. Arraigada en razones metafí-

sicas, existe, pues, cierta tendencia general humana a destacar uno de cada dos conceptos contrapuestos —que reciben por comparación mutua su sentido y valor— y, tomándolo en una significación absoluta, encumbrarlo por encima de la contraposición o equilibrio de ambas nociones. Esta tendencia se ha construído un paradigma histórico en la relación fundamental de los sexos.

El sexo masculino no se limita a ocupar una posición superior al femenino; conviértese, además, en el representante de la humanidad en general, dictando normas por igual aplicables a las manifestaciones de la masculinidad y de la feminidad. En muchos casos, explícase esto por la *posición de fuerza* que el varón ocupa. Si, groseramente, definimos la relación histórica de los sexos como la que media entre el señor y el esclavo, habremos de considerar como un privilegio del señor la posibilidad de no pensar siempre en que es señor; en cambio, la posición del esclavo es tal, que nunca puede olvidar que es esclavo. No cabe duda de que la mujer pierde la conciencia de su feminidad con mucho menos frecuencia que el hombre la de su masculinidad. Innumerables veces le acontece al hombre pensar en pura objetividad, sin que su varonía ocupe el más mínimo lugar entre sus sensaciones; en cambio, dijérase que a la mujer no la abandona jamás el sentimiento más o menos claro de que es mujer, y este sentimiento constituye como el fondo continuo sobre el cual se destacan para ella todos los contenidos de su vida. Al imaginar y representar, al crear normas y obras, al combinar sentimientos, el elemento diferencial

del hombre, la masculinidad, desaparece de la conciencia masculina más fácilmente que la feminidad de la conciencia femenina. En efecto, el hombre es el señor, y se entrega a sus actividades sin poner en su relación con la mujer un interés tan vital como el que la mujer siente en su relación con el hombre. Por eso las manifestaciones viriles nos parecen cernerse en la esfera de una objetividad y validez ultraespecífica y neutral—a la que subordinamos como rasgo individual y fortuito todo matiz específicamente masculino que pudiera notarse. Esto se revela en el caso frecuentísimo de sentir las mujeres como total y netamente masculinos ciertos juicios, instituciones, afanes e intereses que los hombres consideran—no sin ingenuidad—como puramente objetivos. Mas el dominio del varón sobre la hembra sirve también de fundamento a otra tendencia que conduce a idénticos resultados. Toda dominación fundada en la prepotencia subjetiva ha intentado siempre procurarse una base objetiva, esto es, transformar la fuerza en derecho. La historia de la política, del sacerdocio, de las constituciones económicas, del derecho familiar, está llena de ejemplos. Si la voluntad del *pater familias* impuesta a la casa aparece revestida con el manto de la «autoridad», ya no es posible considerarla como explotación caprichosa de la fuerza, sino como expresión de una legalidad objetiva, orientada hacia los intereses generales, impersonales, de la familia. Según esta analogía, y a veces en esta misma conexión, la superioridad psicológica de las manifestaciones masculinas sobre las femeninas, en virtud de la relación de dominio entre el hombre y la mujer,

se convierte en una superioridad, por decirlo así, lógica. Lo que el hombre hace, dice, piensa, aspira a tener la significación de una norma, porque revela la verdad y exactitud objetivas, válidas por igual para todos, hombres y mujeres.

Elevado así lo masculino a la categoría de objetividad integral y criterio cierto—y no sólo por su vigencia empírica, sino en el sentido de que las ideas y necesidades ideales del varón y para el varón se transforman en absolutas y asexuadas—, resultan de aquí fatales consecuencias para el juicio sobre las mujeres. Sobreviene, por una parte, la supervaloración mística de la mujer; pues si llegamos al sentimiento de que, a pesar de todo, la mujer tiene una existencia propia con bases independientes, normativas, nos faltarán criterios especiales para ella y quedará abierta la puerta a todo exceso y reverencia ante lo desconocido, lo incomprendido. Por otra parte, empero, surgirán, muy próximos también, los errores y desestimaciones, porque juzgaremos a la mujer según criterios creados para el sexo contrario. Desde el punto de vista masculino, no es, pues, posible reconocer la independencia del principio femenino. Si no se tratase más que de un sometimiento brutal impuesto a las manifestaciones de lo femenino —en su ser y valer—por las manifestaciones de lo masculino situadas en el mismo plano, cabría siempre esperar justicia de una segunda instancia espiritual, de un tribunal superior a ambos términos opuestos. Pero es el caso que este tribunal superior es a su vez tambien de índole masculina. No hay, pues, solución. La feminidad no puede nunca ser juzgada por normas pro-

pias. De esta suerte, la mujer queda sometida al mismo tiempo a dos medidas distintas y ambas de origen masculino; una es la medida absoluta—formada por los criterios de los hombres—que se aplica a las actividades de la mujer, a sus convicciones, a los contenidos teoréticos y prácticos de su vida; otra es la medida relativa, que también procede de la prerrogativa del hombre y que muchas veces formula exigencias totalmente opuestas. El hombre exige de la mujer, no sólo lo que le parece deseable en general, sino también lo que le parece deseable como hombre, como término aislado y contrapuesto a la mujer; exige de ella la feminidad en el sentido tradicional de la palabra, que no significa un modo de ser peculiar, con su centro propio, sino una índole especial, orientada hacia el varón para agradarle, servirle y completarle.

La prerrogativa de los hombres impone, pues, a las mujeres dos criterios: el masculino, que se presenta como objetivo y asexuado, y el femenino específico, que es correlativo y muchas veces contradictorio de aquél. Así resulta que, en puridad, la mujer no puede ser juzgada imparcialmente desde ningún punto de vista. Por eso es tan corriente—y tan banal y justificada—la actitud de crítica burlona ante las mujeres. En efecto, cuando, de conformidad con uno de los dos criterios, las consideramos estimables, surge al punto el criterio opuesto, que nos obliga a desestimarlas en idéntica proporción. Esta duplicidad de exigencias contrarias se propaga, conservando, por decirlo así, su forma y cambiando sólo sus dimensiones; penetra hasta en la necesidad íntima con que el hombre, como individuo,

se dirige a la mujer. El hombre es—veremos más adelante las consecuencias profundas de este hecho—un ente dispuesto y definido, tanto en lo interno como en lo externo, para la división y por la división del trabajo. La individualidad masculina, que produce seres unilateralizados, buscará, pues, en la mujer el complemento de sus cualidades, es decir, buscará en ella otro ser diferenciado que realice ese complemento en los grados más varios, desde la igualdad aproximada hasta la radical oposición; el particularismo propio de la individualidad masculina exige un particularismo correlativo de la mujer. Mas, por otra parte, una vida de forma muy diferenciada exige también como complemento y correlato un ser en quien la vida sea unidad, un ser que no destaque ni acentúe ningún contenido preferente, un ser que arraigue en el fondo indiferenciado de la naturaleza misma. El sino fatal de las individualidades vigorosamente especializadas es que formulan muchas veces con igual energía dos exigencias contradictorias; por una parte, demandan el apoyo de otras individualidades también marcadas y particulares, aunque, por decirlo así, de signo y contenido contrarios, y por otra parte, aspiran a una anulación total de la diferenciación. La vida masculina, con sus contenidos particulares y su forma universal, requiere para su complemento, sosiego y salvación dos correlatos contradictorios. El problema, y aun la tragedia más o menos larvada en las relaciones de ambos sexos, consiste en que el hombre acepta como cosa evidente que la mujer le satisfaga una de esas dos necesidades, y, en cambio, su conciencia se alborota al ver insatisfecha la

otra, que no puede, lógicamente, hallar satisfacción simultánea. Las mujeres de femenidad, por decirlo así, genial son las únicas que pueden actuar al mismo tiempo como individualidades diferenciadas y como unidades indistintas, conservando en las capas más profundas de su ser las energías vivas de todas las formas particulares. Estas mujeres geniales son como las grandes obras de arte, cuyos efectos presentan la misma duplicidad, indiferente a la contradicción lógica. En los casos típicos, es ésta, sin embargo, lo bastante fuerte para que, al cambiar el punto de vista de la necesidad, aparezca la mujer siempre como el ente sobre quien el hombre tiene el derecho de exigir y juzgar desde la cumbre de la norma objetiva.

Esta evolución histórica que acabamos de indicar es la expresión externa de una determinación interna que tiene su fundamento suprahistórico en la diferencia misma de los sexos. En todas estas manifestaciones, lo decisivo es siempre el motivo señalado más arriba; la diferencia de los sexos, que aparentemente significa una relación entre dos partidos contrapuestos y lógicamente iguales, es, sin embargo, para la mujer algo más importante que para el hombre. Lo típico de la mujer es que, para ella, el hecho de ser mujer es más esencial que para el hombre el hecho de ser hombre. Para el hombre, la sexualidad consiste, por decirlo así, en hacer; para la mujer, en ser. Pero, sin embargo, o más bien por eso mismo, la *diferencia* entre los sexos es para la mujer, en realidad, cosa secundaria. La mujer descansa en su feminidad como en una substancia absoluta, y—dicho sea con expresión algo paradójica—

le es indiferente que haya o no haya hombres. En cambio, el hombre ignora esa sexualidad centrípeta, que se basta a sí misma. La virilidad—en el sentido sexual—está más generalmente adscrita a la relación con la mujer, que la feminidad a la relación con el hombre. Mas nos cuesta trabajo, no ya sólo admitir, pero incluso comprender esto, porque viene a contradecir la ingenua opinión que precisamente hemos puesto en tela de juicio, la opinión de que la feminidad es sólo un fenómeno de relación con el hombre, y de que, si esta relación desapareciese, no quedaría nada. Y, en efecto, no quedaría un «ser humano» neutral; quedaría una mujer. La sexualidad de la mujer es algo substantivo e independiente. Demuéstralo, sobre todo, el hecho de que el embarazo transcurre sin ulteriores relaciones con el hombre; y en las épocas primitivas de la humanidad, es notorio que hubo de pasar mucho tiempo antes de que se reconociese en el acto sexual la causa del embarazo. En la vida de la mujer se identifican profundamente el ser y el sexo. La mujer se encierra en su sexualidad, absolutamente determinada, determinada *en sí misma*, sin necesidad de referir al otro sexo la esencialidad de su carácter propio. Por eso, desde otro punto de vista, en la manifestación histórica particular esa relación con el hombre le aparece a la mujer como importantísima, como, por decirlo así, el lugar sociológico de su ser metafísico. En cambio, al hombre, cuya sexualidad específica no se actualiza más que en la relación con la mujer, esa relación le aparece como un elemento de la vida entre otros, sin el carácter indeleble que para

la mujer posee. Y la relación del hombre con la mujer, a pesar de su importancia decisiva en la sexualidad masculina, carece para el hombre de la trascendencia vital que la mujer le atribuye. La conducta típica de uno y otro sexo es notoriamente ésta: la satisfacción del apetito sexual tiende a desligar al hombre de la relación y a mantener a la mujer en la relación. Patentes están las razones externas. Satisfecho el deseo, desaparece para el hombre el motivo que le impulsaba hacia la mujer. En cambio, el embarazo produce en la mujer la necesidad de un apoyo y protección. Pero el esquema general es el siguiente: Para el hombre, la cuestión sexual es un problema de relación, que desaparece tan pronto como cesa su interés en la relación; la índole absoluta del varón no va adherida a su sexo. Para la mujer, en cambio, trátase de una cuestión de esencia que, secundariamente, hace intervenir su índole absoluta en la relación creada. Sin duda, hay hombres cuya vida erótica termina en la locura o en el suicidio; sin embargo, sienten que, en lo profundo, el erotismo les es ajeno—en la medida en que puede hablarse de estas cosas, cuya demostración no cabe aprontar. Las confesiones mismas de hombres tan eróticos como Miguel Angel, Goethe, Ricardo Wagner encierran no pocas imponderables alusiones a ese rango inferior que al erotismo correspondía en su vida interna.

La realidad absoluta que representan la sexualidad o el erotismo tomados como principio cósmico, se convierte para el hombre en mera relación con la mujer. La relación entre los sexos se convierte en cambio para

la mujer en lo absoluto, en la esencia misma de su ser. Y el resultado final de esta constelación es, por un lado, el sentimiento tan frecuente de que la más integral entrega de una mujer no nos descubre nunca el último reducto de su alma—porque la mujer es sexo *en sí*, y no sólo en su relación con el hombre. Dijérase que, aun en el caso de la más completa entrega, conserva la mujer una última reserva de su alma, como si hubiese en ella un secreto pertenecerse a sí misma, una misteriosa clausura dentro de su propio ser que ciertamente, al entregarse toda, no excluye del canje posesorio hecho con el hombre, pero que, aun librado, no queda franco para éste, sino que, puesto en propiedad del otro, sigue ligado a su raíz y arcana zona primitivas. Este modo de ser, que en la realidad es muy sencillo, tórnase al expresarlo en conceptos algo difícil y confuso. El hombre imprime a su vida y a su actividad la forma objetiva, elevándolas así por encima de la oposición entre los sexos; por eso para él la sexualidad es simplemente la relación con las mujeres. Pero la mujer, cuya esencia penetra en los fundamentos mismos de la feminidad; la mujer, que se identifica con la feminidad misma, considera el sexo como algo absoluto, como algo que es por sí aparte, y la relación con el hombre, como una simple manifestación externa, realización empírica de la sexualidad. Ahora bien, dentro de su esfera, esa relación—puesto que es el fenómeno en que se manifiesta el ser fundamental de la mujer—posee para ella una importancia incomparable, y ésta es la causa que ha producido el juicio profundamente erróneo de que la esencia de la mujer no descansa en sí misma, sino

que se agota y confunde con esa *relación*. La mujer no necesita del hombre *in genere*, porque, por decirlo así, tiene en sí misma su vida sexual, que es su esencia absoluta y cerrada. Pero, en cambio, cuando esa esencia ha de manifestarse en realidad empírica, entonces, y con tanta mayor energía, necesita la mujer del hombre como *individuo*. El hombre, más dócil a la excitación sexual, porque no se trata para él de poner en movimiento la totalidad de su ser, sino simplemente de una función parcial, obedece fácilmente a la atracción genérica. Así se comprende que la mujer se oriente hacia un individuo en particular, mientras que el hombre desea a la mujer en general.

Esta fundamental estructura nos explica por qué el instinto psicológico ha considerado siempre a la mujer como el ser eminentemente sexual, y por qué, en cambio, las mujeres mismas se rebelan tan a menudo contra ese concepto y sienten lo infundado de esa denominación. Cuando se dice que la mujer es un ser eminentemente sexual, se entiende este calificativo en el sentido masculino, esto es, en el sentido de un ser que, en su base primaria, se halla orientado hacia el otro sexo. Pero lo típico de la mujer no es eso. En la mujer, la sexualidad se confunde con su naturaleza profunda, constituye su esencia prima harto inmediata y absolutamente para que necesite manifestarse o realizarse en la tendencia hacia el hombre o como tendencia hacia el hombre. El ejemplo más claro de esto es quizá la imagen de la mujer entrada en años. La mujer franquea los últimos límites del estímulo sexual, tanto en el sentido pasivo como en el activo, a una edad mucho más

temprana que el hombre. Pues bien; si prescindimos de rarísimas excepciones y de las decrepitudes que trae consigo la ancianidad, la mujer no se varoniliza por eso, ni—lo que es más importante aún—pierde por eso su sexo. Cuando se ha extinguido en ella toda sexualidad propiamente dicha, es decir, toda la sexualidad orientada hacia el varón, la mujer conserva, sin embargo, indeleble el sello femenino en su persona. Todo cuanto hasta entonces semejaba regirse y explicarse en ella por la relación con el hombre, aparece ahora como algo que trasciende de esa relación, como algo que ella posee en sí misma, que ella determina por sí misma. Por eso, a mi juicio, no se agota tampoco el sentido de lo femenino cuando, en lugar de la relación con el hombre, se acude a la relación con el niño como último esclarimiento.

Sin duda, no es discutible la importancia inmensa que esta relación, como la anterior, tiene para la mujer. Pero, en su sentido corriente, es una definición desde el punto de vista del interés social; es una variante de aquella otra posición de la mujer en un nexo de finalidades ajenas; en el mejor caso, es una proyección de su propia única substancia en la serie del tiempo y en una muchedumbre situada fuera de ella. En efecto, de la generación futura, hay que separar los elementos femeninos, que no son considerados como fines, sino como medios para la otra generación posterior; y como el mismo juego se repite de generación en generación, resulta que sólo los elementos masculinos quedan como fines últimos a que tiende todo el desenvolvimiento de la especie. Esta consecuencia lógica de-

muestra, pues, que todas esas relaciones son simples *formas manifestativas* de la femenidad metafísica y que en ellas no se agota la esencia conclusa y centrada de la mujer. Sin duda, esa esencia es femenina hasta en sus más profundas profundidades; pero esa feminidad, al manifestarse, cambia de sentido; esa feminidad no es algo relativo, algo «para otros». Ni es tampoco un egoísmo—dicho sea para prevenir posibles errores—; porque el egoísmo es siempre una relación con otros, una insatisfacción de sí mismo, una inquisición de lo que hay fuera del yo para incorporarlo al yo. Pese a la opinión popular, afirmamos que la esencia profunda del hombre propende más que la de la mujer a ofrecerse como medio y abandonar el centro propio. El hombre crea lo objetivo o actúa en lo objetivo, bien por las formas cognoscitivas de la representación, bien por la transformación creadora de elementos dados. Su ideal teorético, como su ideal práctico, contiene un elemento de despersonalización, de enajenarse a sí mismo. El hombre se desenvuelve siempre en un mundo extensivo, por cuanto consigue introducir en él su personalidad; se injerta con sus actos en órdenes históricas, en los cuales, pese a su poderío y soberanía, vale sólo como parte e instrumento. Muy otra en cambio es la mujer. La substancia femenina se asienta en supuestos puramente intensivos. La mujer es quizás en su periferia más accesible que el hombre al desconcierto y la destrucción. Pero, por muy estrecha que sea en ella la unión entre lo central y lo periférico—y precisamente esa estrecha unión entre la esencia central y la periferia es el esquema fundamental de toda psicología

femenina—, la mujer descansa en su centro propio, no se expande fuera de sí, rehusando perderse en los órdenes exteriores.

Podemos considerar la vida como una dirección subjetiva hacia lo íntimo. Podemos también concebirla por su expresión en las cosas. En ambos casos, el individuo masculino parece caminar por dos sendas, en ninguna de las cuales le aguarda la mujer. En el primer caso, el hombre va arrastrado por lo puramente sensible—a diferencia de la sexualidad femenina, más profunda, que, por no ser «affaire d'épiderme», es también, en general, menos específicamente sensible—; tira de él la voluntad, el afán de dominar y de absorber. Pero también arrastra al hombre la aspiración a lo espiritual, a la forma absoluta, a la saciedad de lo trascendente. El error fundamental de Schopenhauer acaso sea el haber creído que el sentido vital de este último afán consiste en la simple negación del primero; y no menos errónea es la idea contraria de Nietzsche que en toda pasión por lo insensible y supraelemental quiere rastrear tan sólo la voluntad elemental de potencia y de vida. Semejantes unificaciones de ambas tendencias no me parecen tan sencillas y fáciles de establecer. Hay que detenerse en último término ante la polaridad—que, como tal, es también una especie de unidad—, ante la oposición de ambas direcciones interiores. Pero la mujer permanece encerrada en sí misma; su mundo gravita hacia el centro que le es propio. La mujer está fuera de aquellas dos trayectorias excéntricas, la del deseo sensible y la de la forma trascendente. Por eso, dijérase con más justicia que ella es

propiamente el «ser humano», puesto que mantiene su substancia en los límites de la humanidad, mientras que el hombre es «mitad bestia, mitad ángel».

Y si ahora consideramos la relación con el objeto, veremos que la índole masculina estriba, por una parte, en reconocer la consistencia y legalidad propias de las cosas como algo esencial e importante. En este supuesto interior descansa todo el ideal de un posible conocimiento positivo y puro. Por otra parte, hay que agregar en el hombre el interés por configurar y transformar las cosas, con la voluntad decidida de que las cosas tengan el ser y la existencia que el espíritu les prescribe. La mujer, empero, el tipo de la feminidad, gravita fuera de esa doble relación con las cosas. No es su tema el idealismo de la teoría pura; la teoría significa una relación con algo que justamente no está en relación con nosotros. La mujer no se interesa propiamente sino en aquello a que se siente unida, ya por hallarle una finalidad exterior o ético-altruísta, ya por atribuirle importancia para su salvación interna; dijérase que le falta esa impalpable comunicación en que se funda el puro interés objetivo. Y por lo que se refiere a la transformación de las cosas, la labor del hombre—desde el zapatero hasta el pintor y el poeta—es la determinación perfecta de la forma objetiva por la fuerza subjetiva, y representa también la integral objetivación del sujeto. Por tenaz y objetiva que sea la actividad de una mujer; por ricas y abundantes que manen sus influencias y sus «creaciones» dentro de su esfera; por fecundo que se manifieste su tino para templar una casa y hasta un círculo social en armonía

con su propia personalidad, nunca puede ser femenina la producción, en el sentido de aquel compenetrarse del sujeto con el objeto y de aquella simultánea independencia sustantiva del sujeto con respecto al objeto. Conocer y crear son movimientos de relación; en ellos nuestro ser escapa, por decirlo así, fuera de sí mismo, cambia de centro, anula esa última oclusión esencial que caracteriza justamente el sentido vital del tipo femenino, a pesar de sus externas laboriosidades, a pesar de su dedicación a las tareas prácticas. La relación con las cosas es, en una u otra forma, una necesidad universal. Pero la mujer la practica sin abandonar, por decirlo así, la substancia en que descansa. La mujer entra en relación con las cosas por un contacto, por una identidad más inmediata, más instintiva y en cierto modo más ingenua. La forma de su existencia no desemboca en esa separación particular del sujeto y el objeto, que recobra su síntesis posteriormente en las formas particulares del conocimiento y de la creación.

El hombre, pues, pensador, productor, actor en el consenso social, es, mucho más que la mujer, un ente de relatividad, a pesar del carácter absoluto que tienen sus contenidos espirituales y que precisamente su dualismo favorece. Por eso su sexualidad no se desenvuelve más que en la relación—deseada o cumplida—con la mujer. En cambio, la feminidad se halla más libre de necesidades en sentido profundo—aunque las capas superficiales aparezcan indigentes y demanden auxilio—. La mujer incluye en sí misma su sexualidad, una sexualidad, por decirlo así, sin distancia. Su esencia metafísica está sin duda íntimamente fundida

con su esencia viviente; pero el sentido interno la distingue muy bien de todas las relaciones y medios en lo fisiológico, lo psicológico y lo social. Casi todos los estudios acerca de las mujeres nos dicen solamente lo que las mujeres son en su relación—real, ideal, estimativa—con el hombre. Ninguno inquiere lo que las mujeres son en sí mismas; lo cual se comprende fácilmente, pues las normas y exigencias masculinas no valen como específicamente masculinas, sino como objetivas, provistas de un valor absoluto y universal. Y como lo que desde luego se inquiere es sólo esa relación, como la mujer es considerada esencialmente o exclusivamente en *esa relación,* resulta al fin que la mujer no es, en sí misma, *nada*—con lo cual se demuestra lo que ya se había supuesto al plantear el problema. Ciertamente, la pregunta absoluta «¿qué es la mujer en sí?» estaría mal planteada o mal contestada si al hacerla prescindiéramos de su feminidad. En efecto; la feminidad—y éste es el punto decisivo—no le sobreviene a la mujer con aquella relación, como si la mujer en sí misma fuese, por decirlo así, un ente sin color metafísico. La feminidad es, desde luego, su esencia, algo absoluto, algo que no se cierne como el absoluto masculino sobre la oposición de los sexos, sino—por de pronto—más allá de esa oposición.

La substancia masculina tiene, pues, un aspecto formal que prepara su encumbramiento sobre sí misma para elevarla a una idea y norma impersonal e incluso superior a la realidad. La escapada hacia fuera que caracteriza toda productividad, la relación continua con algo exterior a que el hombre se entrega, inclu-

yéndose en amplias series reales e ideales, implica desde luego un dualismo, una fragmentación de la unidad vital en las formas del arriba y del abajo, del sujeto y del objeto, del juez y del reo, del medio y del fin.

La mujer, empero, a todas esas objetividades y superestructuras, a todas esas distancias entre lo subjetivo y lo objetivo, opone su unidad fundamental, una unidad que casi podríamos calificar de inmanente y trascendente a la vez. En esto se revela la típica tragedia de cada sexo.

JORGE SIMMEL

(Concluirá.)

Mallarmé

por Gauguin

El silencio por Mallarmé

Encuesta sin trascendencia

[Stephane Mallarmé nació en París el año 1842; murió en 1898. Profesor de inglés durante treinta años en varios liceos. Vivió desconocido, aun después de publicados sus poemas principales, hasta que en 1884, Huysmans, en su novela «A rebours», le divulgó con algún trozo de sus poesías y este elogio: «Un poeta que, en un siglo de sufragio universal y en un tiempo de lucro, vive en el refugio de las letras, resguardado de la estupidez en torno por su desdén, complaciéndose, lejos del mundo, en las sorpresas del intelecto, en las visiones de su cerebro, refinando pensamientos ya especiosos que engarza con sutilezas bizantinas y perpetúa en deducciones ligeramente indicadas, apenas enlazadas por un hilo imperceptible.» Entonces comienza el sonar de su fama y su influjo sobre las posteriores generaciones literarias.

La poesía de Mallarmé significa la aspiración más absoluta hacia la belleza pura e intacta de toda realidad humana. En algunos lugares de su obra expresa su ideal poético, como en esta confrontación de las dos tendencias—la suya y la otra—en «Le Mystère dans les lettres»: «Exhibir las cosas en un imperturbable primer plano, como el vendedor ambulante activado por la presión del instante», o «tender la nube preciosa, flotante, sobre el íntimo abismo de cada pensamiento, ya que lo vulgar es a lo que se discierne un carácter inmediato». Algunos le vieron, entre

las realidades desvaídas y las vejeces de su mobiliario, como el tipo absoluto del poeta, *pero, en verdad, no sustraído a*

l'horreur du sol où le plumage est pris,

y más bien sufriendo la agonía que el espacio inflige al pájaro que lo niega, como al cisne de «Le vierge, le vivace...»

Esta poesía, que en el verso suprime la dura intromisión de las cosas para no dejar sino la reminiscencia del objeto aludido y con varios vocablos «rehace una frase total nueva, extraña a la lengua y como encantatoria», ha ejercido el más poderoso influjo sobre todas las literaturas, por muy escasa que haya sido en obras realizadas. No digamos en Francia, donde los mejores poetas no han rebasado todavía el límite de ese vuelo, sino en Alemania, principalmente sobre Stephan George y sus seguidores; en Inglaterra, como justa reciprocidad; en España también, en el movimiento literario de principios del siglo y su continuación, y en todas partes, en suma.]

El 11 de septiembre, amigos españoles de Mallarmé se reunían en el Jardín Botánico de Madrid para conmemorar con un silencio de cinco minutos el XXV aniversario de su muerte. El silencio *in memoriam* es una ceremonia de estos tiempos; no sobra conocer el contenido interior de este mudo ritual. Por eso, hemos preguntado a los reunidos:

¿QUÉ HA PENSADO USTED EN LOS CINCO MINUTOS DEDICADOS A MALLARMÉ?

He aquí el silencio revelado por las respuestas que siguen, en el orden de recepción:

EL primero en llegar fué José Ortega y Gasset. Lo vi cuando entraba en la calzada central. Lo llamé de lejos. Era un día neutro, nublado y claro. Algo París de los años

de 80... Sacudiendo el viento los ramajes de nubes, hizo caer escasas gotas. Luego quedó el tiempo seguro, y había una frescura casi dulce.

Fueron llegando, uno a uno, Eugenio d'Ors, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa. Y los más jóvenes: José María Chacón, Antonio Marichalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse.

El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista; la palabra escrita en su etiqueta: Almez, Alerce, Sófora Japónica, Pawlonia, Arce Sacarino.

Cada árbol, al paso, traía tejido en las ramas todo el ambiente de su paisaje propio: uno filtraba un cielo griego por entre su follaje claro; otro encuadraba un tenue horizonte japonés entre las antenas curvas de dos guías floridas; la torre del ciprés hendía—y lo creaba—el aire de Fiésole.

Azorín no puede venir. Asiste a un acto oficial.

—Es—dice alguien con una sonrisa, aludiendo al tradicional mutismo del escritor—que no puede guardar silencio tanto tiempo.

(Aseguran que, una tarde, Don Benito, Azorín y no sé qué matador de toros se encontraron en un parque. Eran tres silenciosos. No hablaron una sola palabra. Se despidieron al anochecer, diciendo: «¡Qué buena tarde hemos pasado juntos!»)

Y, en efecto, el hado travieso quiere que, hoy precisamente, Azorín cumpla deberes de orador público en cierta asamblea.

Juan Ramón Jiménez es víctima de las dolencias del tiempo; pero nos ha dicho: «Estoy con ustedes.»

Y Ramón Gómez de la Serna tiene que asistir, a la misma hora, a un entierro.

—¡Qué competencia!—comenta Ors.

Ramón ha descubierto que, hace años, en el Jardín Botánico había una colección de fieras. Y un día, al leer en una tarjetita «Álamo salvaje», cayó en la cuenta:

—Estos árboles—se dijo—son la metamorfosis de las fieras de antaño. Desconfiemos, sobre todo, de los llamados «Falsos plátanos»...

Nos internamos. A una parte, nos sale un cementerio de flores con sus tarjetitas lapidarias. A otra, un parlamento de tiestos, anfiteatro donde se descubren la extrema izquierda, la extrema derecha, el centro y la presidencia de los debates. Hay unos asientos de tronco de árbol con respaldos: tronos para justicias rudas, última utilidad de los árboles muertos. Las arrugas de la raíz fingen piernas ocultas bajo unas faldas.

Buscamos un refugio. Todos estamos descubiertos. Y empieza la meditación, en silencio, bajo la mirada recelosa de un guarda distante.

Todo se acabó de modo perfecto.

Moreno Villa me dice:

—La frase final de la esquela lleva como enredada una firma invisible que yo he descifrado al instante.

Pero Bacarisse dice a Ors:

—En cuanto recibí la esquela, comprendí que era cosa de usted.

Ors se contenta con exclamar:

—¡Qué alegría! Ha llegado ya la hora de la civilización. Yo lo había predicho cuando aseguré que nunca tendríamos civilización hasta que las obras anónimas pudieran ser atribuídas indistintamente a cualquiera de nosotros.

Y salimos por la Feria de Libros, llevándonos en la conciencia—como tu *nenúfar blanco,* Maestro—unos minutos de recogimiento robados a las fugaces horas.

—

La *Revista de Occidente* quiere saber lo que pasó por mí en ese breve rato. Ese breve rato—diría Góngora—

a la ausencia mil veces ofrecido.

Procedamos a la introspección—corte transversal en el río

de mi conciencia — con toda la sinceridad de un sujeto de laboratorio. Lo cierto es que no tuve grandes pensamientos, ni voy a inventarlos ahora. Varias ideas, varias imágenes bailaban confusamente a un tiempo, acaso en distintas profundidades de mi escenario mental:

1.° Una sensación de contentamiento general, un vaho de fraternidad con mis compañeros y la vaga sorpresa de que un homenaje tan cándido se pudiera llevar a cabo, sin ironía y sin doblez, en medio de este escepticismo. Una como gratitud.

2.° El temor de que el guarda, que nos miraba de lejos un poco asombrado, se decidiera a acercarse y a preguntar. Y la decisión — sin duda algo heroica — de salirle al encuentro al hombre, si daba un solo paso, para atajar su curiosidad, sacrificando mi silencio en aras del silencio de mis amigos.

3.° Como resonancia del tema anterior, me andaba una idea boba por la conciencia: ¿Y qué hacer, si llueve, para salirle al paso a la lluvia a medio cielo?

4.° Por una asociación explicable, repetía yo interiormente aquel verso de Mallarmé: «Musicienne du silence», y me acordaba — sin querer — de unos versos míos:

No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.

5.° Me acordaba también de aquel libro de Mauclair, *L'Art en Silence*, que fué precisamente mi única documentación crítica sobre la obra de Mallarmé cuando, en octubre de 1909, escribí por primera vez sobre este poeta un estudio publicado en cierto viejo libro mío. — Y aquí apareció el propósito — ya lo estoy realizando — de rehacer ese estudio, escrito en la lengua imprecisa del adolescente.

6.° Iba a decir que no hubo más, cuando me doy cuenta de lo mejor: allá, muy al fondo, en la parte liminar del alma, estuve viendo que se encendían y se apagaban, como luciérnagas, los ojillos vivos del poeta, iluminando aquella sonrisa cón-

cava, absorbente, que, en las noches de la rue de Rome, atraía el alma de sus amigos y se quedaba para siempre con ella.

Alfonso Reyes

SILENCIO *y normalidad a Mallarmé.*

Mi querido Alfonso Reyes: Yo, que, retenido por un enfriamiento — como usted supo —, me quedé en casa trabajando, depuraba, esa mañana, esta poesía — escrita en 1913 —:

«DESPUÉS del resplandor súbito,
venía un vacío frío...
Fuí seguro hacia su sombra,
— pero ciego —.

Un infinito
querer me atraía al fondo
de aquel encantado abismo.
Le eché mi alma, sin ver,
y sus piedras imantadas
respondieron con suspiros.

— ¡Suspiros, mundos de oro,
rejustos a lo vacío,
prados enhiestos de gloria,
envueltos en vientos ígneos!... —

Quedó la gracia, salvada
del poder desconocido,
por mí, besando mi boca,
espíritu con espíritu.

Quedó, mirando mis ojos
con un indeleble signo
de eternidad, en el reino
claro y firme de lo dicho.»

Según mi cálculo, en los cinco eternos minutos del «silencio a Mallarmé», debí andar—con la imagen del quieto museo de vegetales mármoles negros, que ustedes misteriosamente complicaban, de nuestro carbonoso, sucia, estrepitosamente vecindado, tristísimo Botánico, viéndose entre las barras de luz de oro de los versos octosílabos—por la segunda mitad de mi poesía.

Estoy seguro de haberle sido grato al honrado, trabajador, retraído poeta del *Don du Poème.*

Su amigo

Juan Ramón Jiménez

31 oct. 1923.

ESPERO que no se tache de cinismo a mi declaración de que pensar, *lo que se llama pensar,* no pensé *nada* en la coyuntura. Yo sólo pienso cuando hablo o escribo, es decir, cuando articulo y redacto. Incapaz de encontrar el menor sentido a la antigua y desacreditada separación entre «fondo» y «forma», no he logrado jamás pensar sino con y por las palabras (u otras *formas,* como las líneas, puesto que con frecuencia dibujo también)... He conducido, además, algunos esfuerzos de teorización filosófica a fortificar mi sospecha de que a todo el mundo le ocurre lo mismo.

A falta de *pensamientos,* puedo traer aquí algunas *larvas.* Puedo repetir el resumen—esquematizado, naturalmente, con cierta arbitrariedad—en que ya quedó fijada, para una de mis *Glosas,* referencia sucinta de cuáles fueron mis pálidos conte-

nidos de conciencia durante los píos cinco minutos dedicados a la conmemoración a Mallarmé:

«El primer minuto pudo pecar, necesariamente, de dispersión y de aleteo.»

«El segundo minuto se balanceó un poco y cayó con lentitud espesa, así como cae del pico del cuentagotas farmacéutico la lágrima de jarabe que dosifica una mano escrupulosa.»

«El tercer minuto se distrajo porque acertó a pasar por las cercanías una figura algo extraña, que sobre la calada caperuza del impermeable negro se había encasquetado un sombrero hongo, negro también. Para la aparición, nosotros fuimos recíprocamente aparición. Se detuvo un punto, miró sin demasiada curiosidad, y se fué.»

«El cuarto minuto de silencio tuvo calidad de roce de ala. Una tras otra, lo fueron sintiendo las frentes descubiertas, con una sucesión que ya excluía el sobresalto.»

«El minuto final se quedó vacío, y ya dejaba sentir, acaso, cierta superfluidad. Sus paredes se volvieron delgadas y se irisaron, como las de la pompa de jabón próxima a romperse. La señal de que el tiempo había transcurrido le reventó.»

Este desfile de imágenes frágiles no es probablemente muy lucido. Mi sinceridad no me permite ofrecer otra cosa.

Antes de terminar, una observación extraña al asunto, aunque marginalmente traída por su desarrollo. He escrito más arriba «píos cinco minutos», y lo he escrito con alguna repugnancia. ¿Por qué no convendríamos en una palabra, por qué no inventaríamos un término singular y sintético para designar los «cinco minutos» como *unidad,* al modo como el *sou* francés y nuestra *perra chica* designan, también como unidad, a los cinco céntimos? «Cinco minutos», «diez minutos» nos aparecen en nuestra vida práctica, muy frecuentemente, como entidades vivaces y dotadas de imperio, que están pidiendo a gritos un símbolo propio, con el mismo derecho, o más derecho, que el «cuarto de hora»—expresión que, por otra parte, tiene, en su carácter analítico, la razón de cierta debilidad—... El hijo de Darwin dice de su padre, en la biografía: «Una de las razo-

nes de la superioridad de Carlos Darwin para el trabajo era que sabía distinguir con nitidez *diez minutos de un cuarto de hora.*»

Eugenio d'Ors

DIERON la orden de silencio, e instintivamente me levanté, separándome un poco del grupo. Aquel movimiento me pareció que quebrantaba ya en parte la ceremonia, pero todavía me pareció quebrantarla más el tren de las ideas. ¿Es un silencio perfecto este en que yo dialogo conmigo mismo?

No fijé nada la atención en Mallarmé a pesar de sus insistentes llamadas. Eran las presencias corpóreas las que de un modo avasallante saltaban sobre mi atención. Quise cerrar los ojos, pero me reí. Nueva herejía que malograba mi parte en la ceremonia. Largué la mirada a su gusto. Dió en los árboles, en los caminos y en las personas. Pensé en la psicología de los primeros, en la importancia de los segundos y en las formas de los terceros. No es posible iniciar desde aquí a nadie en la psicología de los árboles; huelga ponderar la excelencia de las grandes avenidas y humildes senderos, si estamos en que la nobleza de un jardín depende de sus dimensiones y de su recato, respectivamente, como del tamaño y edad de los árboles. Respecto de las formas sociales o públicas de los que estábamos reunidos, ¡qué tema para la loca mordacidad! ¡Cuántas maneras tiene la afectación!

Volví sobre los árboles, que se conllevan admirablemente a pesar del poco espacio de tierra que les da el jardinero. Ellos se desquitan alcanzando el otro, el de arriba, el supremo. Y si se llevan bien es porque no tienen ojos ni oídos. Brazos, sí; pero ya sabemos que no son los brazos los irreductibles, sino las intenciones.

Pensé también en la comodidad que traen la vigilancia y el aseo, y, finalmente, en lo voluptuosa que era la luz esmerilada de aquel día.

José Moreno Villa

QUERIDO Vela: Le agradezco mucho ese mes que me da para pensar lo que pensé el otro día durante los cinco minutos de Mallarmé. Pero no me decido a aprovecharme de todo ese tiempo, y voy a ver si, contándole a mi manera lo que pasó, puedo contestar cumplidamente a su pregunta.

Yo, en aquellos minutos, tenía una misión especial que cumplir: la de contarlos. Una confianza quizá exagerada en mi propio reloj me había llevado a discutir la puntualidad de mis amigos Ortega, Reyes y Ors, llegados al lugar de la cita, no como yo a la hora exacta, sino algún tiempo antes. Moreno Villa, arrancado por mí de un puesto de libros, en donde sentía despertar en su corazón, ante un dibujo enmarcado, sus afanes de coleccionista, era el único a quien yo me decidía a considerar partícipe de mi exactitud.

Elegimos un poco al azar el sitio. Aquel tejo tendido sobre un par de escalones, como un dosel, nos pareció a todos mallarmeano en grado suficiente. Alfonso Reyes tomó con su «kodak» un grupo condenado a la ausencia de su efigie. Otro hizo Chacón, que fué a sentarse luego en uno de los remates que cortan las dos gradas, al pie del tejo. Yo me senté en el otro. Ors, Ortega y otro más, Marichalar acaso, enfrente, en un largo banco. Los restantes, en pie: Reyes, de espaldas a mí; Bergamín, Bacarisse, Moreno Villa, más lejos, con su silencio cada cual. Teníamos todos el sombrero en la mano y yo había visto ya a la aguja minutera franquear la rayita del instante propicio.

Creo que no pensé en nada, al pronto. Una sensación de

bienestar, hecha de la luz gris de aquel día fino, del encanto científico del jardín y del mudo acuerdo de los espíritus en la espontaneidad del acto. Miré de pronto hacia la izquierda. Por allí asomaba un hombre, quizá un guarda; no veo bien de lejos, y no llegué a precisar. Temí que un paso inoportuno interrumpiera nuestro rito. Pero el que fuera se alejó. ¿Qué habrá visto en nosotros?—dije entre mí—. Tal vez el sitio me trajo al recuerdo aquella familia de árboles entrevista por los ojos agudos de Jules Renard; de lejos, se les ve cuchichear; de cerca, se yergue cada cual indiferente a los otros. Así nos vería el transeunte discreto o el guarda un momento receloso. Al pasar, hubiera pensado, de fijo, que callábamos por él; quizá hubiera osado murmurar un «¡buenos días!».

Miré entonces el reloj. Quedaba poco más de un minuto. Se oía, contenido justamente por las fronteras de nuestro silencio, un cercano jugar de niños y el más remoto retumbar de los camiones de Trajineros. Los árboles callaban. Habían hecho, por su parte, al viento señal de que no les turbara el reposo. Sólo proclamaban sus nombres, con el orgullo de su personalidad, en aquel recinto donde todos sirven por igual a la ciencia. Y no sus nombres vulgares, los que se darán ellos entre sí cuando dialoguen, sino los otros, los que son como su ejecutoria de nobleza: «Paulownia imperialis», «Sophora japonica», «Taxus baccata».

Cuando volví a sacar el reloj, la aguja llegaba a la meta. Decidido a no ser yo quien rompiera el silencio, levanté la mano y mostré la esferilla a mis amigos. ¿Quién habló primero? ¿Quién cortó la palabra a Mallarmé? Entonces nos decía ya cosas tan sutiles, que, para desentrañarlas, no han de ser bastantes los treinta días largos que usted, amigo Vela, nos da para que contestemos a su pregunta.

Vea si se conforma con lo dicho, y téngame siempre por muy suyo, amigo y servidor,

Enrique Díez-Canedo

MUY señor mío: En contestación a su requerimiento, confieso con toda sinceridad, es decir, con todo descaro, que durante los cinco minutos de la ceremonia muda en memoria de Mallarmé dominó en mí un profundo temor, el temor de quebrar el silencio con alguna exclamación irreprimible. El Jardín Botánico tiene la devoción de todos los años de mi vida. Allí aprendí a pronunciar las primeras palabras. Después, en las primaveras juveniles, he colgado muchos ex votos sentimentales en sus enramadas, junto a los racimos de las glicinas y los tirsos de las lilas. Ha sido para mí una basílica vegetal, con las agujas de sus cipreses, los arbotantes de los sauces, el claustro de su emparrado. Por otra parte, Mallarmé tiene para mí un altar en cualquier tiempo y sitio.

Sentí el pavor de dejarme seducir por un verso, una alusión o una reminiscencia que quizá me llevaran a proferir una voz o a dar un suspiro y a destrozar de ese modo la solemnidad de nuestro mutismo. Temía el castigo de las miradas agudas y magistrales que me hubieran reconvenido, y, además, la responsabilidad de la profanación. Así, procuré romper todos los hilos que tiraban de mi atención y me mantuve en un estado mental indeciso, inestable, punto ciego del pensamiento, mientras apretaba con miedo los labios.

¡Aquel silbato de tren, aquel rodar de coches, las gotitas de lluvia en la arena!... Cuando el cronometrador, señor Díez-Canedo, anunció el término de la ofrenda muda, *yo no había escuchado el silencio;* había oído todos los rumores de la ciudad, aun los más remotos. Y me despedí presuroso (pido perdón a todos) al sentir la campanita de una lejana parroquia que me llamaba a la dominical misa de doce. Es cuanto puede decirle su atento y seguro servidor

Mauricio Bacarisse

NUESTRO secretario de la *Revista* pide a los que callamos por Mallarmé que inutilicemos aquel silencio comunicando en estas páginas lo que entonces pensamos. Si no fuera mucha pedantería, yo le hubiera preguntado: Secretario Vela, no sé lo que me pide usted. ¿Qué piensa usted que es pensar? ¿A esta imagen de la torre de Pisa que por azar brinca ahora sobre el área de mi conciencia llamaría usted pensamiento? ¿O más bien al flujo asociativo en que pasan empujándose como ovejas por la cañada las representaciones? Pero en este caso, no sería pensamiento lo único que más certeramente debiera llamarse así: el proceso mental ordenado y conforme a plan en que perseguimos deliberadamente un problema y evitamos las meras asociaciones. En la asociación va el alma a la deriva, inerte y deslizante, como abandonada al alisio casual de la psique. En la intelección, por el contrario, ejercemos verdaderas actividades: comparamos, analizamos, atribuímos, colegimos, inferimos, abstraemos, clasificamos, etc., etc. Durante muchos siglos se ha creído que pensar y asociación de ideas eran una misma cosa. Mas ahora sabemos que la pura asociación de ideas no se da más que en ciertos dementes: es el fenómeno llamado «fuga de ideas». No sé, pues, bien lo que usted me pide. En la duda, y a fin de no dejar fuera lo que acaso usted prefiere, me limitaré a reproducir mediante una retrospección cuanto ocurrió en mi escenario mental durante parte de aquellos tácitos minutos: reproducir los cinco exigiría muchas páginas. Así tendrá mi comunicación el carácter de los «protocolos» usados en la «psicología experimental del pensamiento».

«Es mucho silencio el de cinco minutos. Terror de atravesarlo a nado mudo. Distraerse y hablar fuera un naufragio... «Los mástiles que se inclinan hacia los naufragios» (Mallarmé)... Es como atravesar una plaza grande y vacía bajo el sol:

agorafobia... La idea de este silencio es de Alfonso Reyes... A ningún español se nos hubiera ocurrido esto. A los españoles nos avergüenza toda solemnidad, nos ruboriza. ¿Por qué? Pueblo viejo. Tenemos en el alma centurias de solemnidades; éstas han perdido ya la frescura de su sentido y nos hemos acostumbrado a pensar que son falsas y desvirtuadas. Alfonso Reyes es americano. Alfonso... Reyes... Alfonso, nombre de reyes..., es americano. Pueblo joven... La juventud es, dondequiera que se la halle, en un hombre, en un pueblo, un sistema de muelles tensos que funcionan bien y se disparan con toda energía... El joven lo siente todo heroicamente, mitológicamente, con plenitud y sin reservas... Los pueblos niños viven en perpetuo estreno, como los niños. Lo estrenan todo... Recuerdo sintético de mi teoría sobre el modo de vestir de los hombres argentinos... En esta teoría interviene como término de comparación el famoso jubón de raso amaranto que usaba Leonardo de Vinci... Imagen visual muy vivaz de este indumento... ¿Debo pensar en Mallarmé? ¿Defraudo a estos amigos pensando en todo menos en él? Probablemente, sólo los pueblos jóvenes — Alfonso Reyes (mejicano) y Chacón (cubano) — piensan ahora en Mallarmé... Los demás... Sospecho que, como yo, piensan que están azorados... ¿Por qué nos azora callar juntos? Recuerdo sintético de la teoría del azoramiento *. ¿A qué altura estaremos de esta navegación por un mar de silencio?... Mallarmé habla de silencio... ¿Dónde?... Describiendo a la bailarina Loie Fuller, dice: «es un silencio palpita-

* Resumen de esta teoría para inteligencia del lector. Lo psíquico — pensamientos, sentimientos, etc. —, es, por esencia, realidad oculta, íntima (de *intus*, lo de dentro). El azoramiento se produce en la medida en que creemos que alguien descubre aquella intimidad nuestra que muy especialmente queremos tener oculta. Así, el que miente se azora. Esta es la iniciación del fenómeno. Pero luego lo que queremos ocultar es precisamente nuestro azoramiento. Hacemos gestos ocultadores, tosemos, nos pasamos la mano por el bigote, nos quitamos motas del traje para dar a entender que «pensamos en otra cosa». Pero luego queremos también ocultar este deseo nuestro de ocultar, y así sucesivamente. El azoramiento se nutre de sí mismo y su desarrollo es una intensificación progresiva. El que está azorado lo está cada vez más.

do de crespones de China»... Y comparando la danza y la pantomima, sugiere que «están ambas celosas de sus silencios respectivos»... Debe hablar en algunos otros sitios más sobre el silencio, pero no los recuerdo... En qué sentido la poesía de Mallarmé es una especie de silencio elocuente... Consiste en callar los nombres directos de las cosas, haciendo que su pesquisa sea un delicioso enigma... La poesía es esto y nada más que esto, y cuando es otra cosa, no es poesía ni nada. El nombre directo denomina una realidad, y la poesía es ante todo una valerosa fuga, una ardua evitación de realidades.... El ciclista de circo que corre entre botellas evitando tocarlas. En las épocas de cultura totemista y mágica, el individuo tenía dos nombres: uno el usado socialmente, otro secreto—el verdadero—, sólo conocido de la madre y el padre... Mallarmé es un lingüista de este lenguaje compuesto sólo de denominaciones arcanas y mágicas. Lo mismo fué Dante. Recuerdo de versos dantescos en que se elude el nombre propio de las cosas y se las hace nacer de nuevo, se las presenta en *status nascens* merced a una denominación original... En vez de Mediterráneo, dirá:

La maggior valle in che l'acqua si spanda...

En vez de Beatriz,

Quel sol che pria d'amor mi scaldó il petto...

En vez de decir que está a la izquierda de Virgilio, dirá que se halla

Da quella parte onde il core ha la gente.

España no se llama España, sino

Quella parte onde surge ad aprire
Zeffiro dolce la novelle fronde
Di che si vede Europa rivestire *.

* No respondo de la exactitud de estas citas.

Dante se da cuenta de este procedimiento, y una vez que en el Purgatorio se resiste a nombrar su ribera nativa y decir «el Arno», hace que una sombra antipoética se irrite y pregunte:

Perchè nascosse
Questi il vocabol di quella riviera,
Pur com'uom fa dell'orribili cose?

He ahí toda la poética: hay que esconder los vocablos *porque* así se ocultan, se evitan las cosas, que, como tales, son siempre horribles... Una vez que Mallarmé se encuentra ante el horrendo trance de tener que decir «yo, Mallarmé», como en un acta notarial, prefiere evitarse a sí mismo, y dice: «El señor a quien mis amigos tienen la costumbre de llamar por mi nombre»... Vaga impresión de fatiga virtuosa, como de haber cumplido con un deber; en este caso, el deber de pensar en Mallarmé... ¿Habrá pasado ya el tiempo?... Canedo, nuestro cronometrador, mueve una mano. ¿Irá a sacar el reloj?... Un transeunte se acerca. ¿Pasará entre nosotros? ¿Qué debemos hacer? ¿Advertirle que se detenga para no atravesar nuestro silencio y romperlo como un cristal?... Vaga angustia... Y una feroz gana de hablar, de decir que Mallarmé fué un fracasado, un pájaro sin alas, un poeta genial sin dotes ningunas de poeta, escaso, torpe, balbuciente... ¿La poesía?... Hace tiempo estoy convencido de que la poesía se ha agotado... Cuanto hoy se hace es mero hipo de arte agónico... De pronto se abre en mí un vacío mental: no hallo nada dentro de mí; ninguna idea, ninguna imagen..., salvo esta percepción de vacío espiritual... Pasan entonces a primer término las sensaciones intracorporales y externas: el latido de la sangre en las venas, el zapato de Moreno Villa que está sentado a mi vera y el tronco arrugado de una sófora japonesa que se alza enfrente de mí...»

Calculo que todo esto ocurrió dentro de mí durante el transcurso de dos minutos. En leerlo se tarda mucho más,

¿Por qué? Esto nos llevaría a interesantes elucubraciones psicológicas sobre el pensar informulado y el formulado, sobre las abreviaturas mentales, sobre ese extraño fenómeno en que tenemos la clara impresión de «saber» una teoría compleja, toda entera, sin tener actualmente en la conciencia desarrollados sus miembros—lo que se ha llamado «saber potencial», etcétera, etcétera...

José Ortega y Gasset

EN la gloria del otoño, más que en la gloria del poeta. Pero ¿no era esta primera mañana otoñal el mejor homenaje a Mallarmé? Los árboles, los árboles cultísimos del jardín botánico, con sus palabras latinas, eran para mí un coro misterioso, la única voz que podía oírse en el gran silencio que a todos nos envolvía. Porque mientras todos callábamos, los árboles, con sus letreros negros, grandes letreros que a veces casi ocultaban el tronco pequeño de algunos, hablaban una lengua de eternidad. Pasó nuestro silencio perfecto de cinco minutos. Frente a nosotros quedaban aquellos árboles. Eran un símbolo de la permanencia de la cultura humana.

José M.ª Chacón y Calvo

PRIMERO pensé esta fórmula aproximada: Mallarmé = Baudelaire + Poe; pero luego me ha parecido inexacta, porque unos años han bastado para darnos de Mallarmé una imagen aislada, de puro clasicismo.

Su poesía nos sorprende hoy por dos motivos esenciales —y casi únicos—: la perfección y la claridad; una claridad tan intensa, que resulta a veces cegadora; hiriente sensación de

luz — trasparencia o reflejo —, trozo de hielo o diamante, exaltación y equilibrio extremados.

Conviene fijarnos especialmente en esto: hasta cuando no se le entiende (última época), está claro que no se entiende — claramente ininteligible como la luz —; pues de tal modo se evidencia siempre su poesía, que al hacerse enigmática, tiene la lucidez irreparable de serlo.

Por culpa de su ideología turbia y mal aprendida — ¿qué idealismo trascendental? —, se ha confundido a un Mallarmé teórico con el poeta que realmente era. Vivió y escribió esta pugna de su ideología con su temperamento, venciendo al fin éste — inteligente y sensual —, y dando a su obra toda cierta picante ironía contradictoria.

Clásico y vivo como Pascal, ¿acaso no es en ellos en quienes más gloriosamente triunfa la inteligencia?

José Bergamín

PREVENIDOS, esperábamos, ya en silencio, la orden de callar. — «Y ahora, a ver quién llega el primero», dijo una voz en el momento mismo en que nuestro cronometrador daba la señal de partida.

De pronto, mi pensamiento se vió duramente aglomerado al pelotón unánime, al grupo recién hecho, tenso y creciente, — grande también «en la medida de cómo supo callar».

En el primer instante, cada cual inició una arrancada suya, un tirón que la cohesión del conjunto no dejó terminar.

«Hablar es dispersarse» (Amiel). Callar es concentrarse, pues.

Quietos, atraillados por un silencio denso, tenso y cuajado, quedamos como suspendidos en el espacio, y comenzamos a marchar juntos, transportados, en el tiempo. Eran ya incapaces de turbarnos las vagas siluetas que atisbaron, curiosas, por entre los árboles rotulados o las estatuas que arropan el presti-

gio de su plata oxidada con edredones de hojas. Unicamente el paso de alguna mujer hubiera conseguido disociar la trabazón del grupo ensimismado. La onda que cada cual produjo al sumergirse, se había diluído en las demás, y nos unía, ahora, un cerco tirante.

Con todo, nadie pensaba en Mallarmé seguramente (ni aun en Romains, o en Durkheim — como pudiera suponerse).

Durante el transcurso de los cinco minutos, el grupo pensaba únicamente en eso: en los cinco minutos que, ásperos y difíciles, transcurrían para él.

El silencio total reúne, pero también cohibe, y conduce al tiempo — como provoca el tema del tiempo una situación muda y embarazosa.

Nada, pues, de meditación ni de saboreo deleitoso. Un ávido tragar, un penoso precipitar segundos que nos recorrían — uno a uno —, produciendo un hormigueo similar al que debe sentir en su diafragma el reloj de arena.

Poco a poco, las ligaduras se aflojan considerablemente: debemos de estar llegando. Próximos a rebasar la meta, empezábamos a sentir el espacio. Éramos devueltos al tiempo normal. Pero es una llegada la nuestra sin competencias ni postreros esfuerzos: una llegada unánime, cordial. Nos dejamos llegar sin pensamiento determinado, conducidos hasta el fin — como los compañeros de un viaje que, puestos ya en pie, con el sombrero ceñido y el maletín empuñado, entran en agujas, expectantes, silenciosos y desentendidos ya unos de otros.

Antonio Marichalar

Notas

Azorín y la política

El chirrión de los políticos: fantasía moral. (Madrid, Caro Raggio.)

Esperado con avidez, leído de un tirón, comentado luego profusamente, con cierto desencanto en los más, el nuevo libro de Azorín, blando en su aspecto satírico, fino y magistral en su parte lírica, se ha de considerar, para entenderlo cabalmente, no como pieza aislada, sino en relación y enlace con otros libros de que viene a ser escolio y complemento.

La modulación literaria, si se pulsa el libro de ahora donde más fuerte se acusa la palpitación vital, es la que percibíamos hace un año en aquel *Don Juan* calificado de novela. Hallábamos en él un ritmo que es, en suma, el verdadero ritmo azoriniano, lento, tenue, seguro. Azorín depuraba en grado supremo su límpida expresión. Su don Juan, alejado ya del vórtice de las pasiones, sentía el amor como un roce de alas invisibles. Así es ahora este político a quien contemplamos, no en el farandulero chirrión que avanza dando tumbos, sino en la paz de su casa tranquila «refugio del hombre cuerdo», iluminada en la noche la ventana de aquella estancia en que va dejando sobre las cuartillas la continuidad de su pensamiento.

Como los amores de don Juan, las luchas políticas de don Pascual aparecen remotas. «Don Pascual no es un político», exclama Azorín en su página 21. «No vive en el presente ni para el presente»... Es un intelectual. «Nadie, a la hora presente, con más influencia en la política española», ha dicho antes, para declarar en seguida el perpetuo conflicto entre la inteligencia y la acción «que da a don Pascual la bella, la adorable serenidad que todos admiramos en él».

Lejos pasa el chirrión de los políticos. Ni Perico ni Paco, que alternativamente lo guían, tienen nada de común con nuestro don Pascual. A éste lo pone Azorín en un término distante, le pide la quietud que el pintor exige de su modelo para el retrato noble; de los demás saca, al azar, unas instantáneas. ¿Son éstas el "libro sobre la política española... regocijado, sin estridores ni ensañamientos" que Azorín diseña en su prólogo?

Llegaremos a saberlo quizá si, después de referido el *Chirrión*, en cuanto a su "manera", al *Don Juan*, lo llevamos a su puesto en la serie política tan señalada en el conjunto de los escritos de Azorín. Comienza esa serie por un retrato ideal, *El Político*, cuyos rasgos intentaríamos en vano acomodar totalmente a los de una determinada personalidad española. Si Azorín, al proclamar "sea de este modo el político", lo pintó, como algunos han supuesto, con los colores que en ella creía hallar, pronto hubo de salir de su engaño. En dos tratados siguientes, *La Cierva* y *Un discurso de La Cierva*, el político ha fijado sus facciones y ya no son las de aquel primer esbozo en que la mano del artista iba ajustándose, más que a un supuesto modelo vivo, a las lecciones de Maquiavelo y Gracián.

En *La Cierva* y en *Un discurso de La Cierva* se oye el chirriar del carromato de la política; por un error de los sentidos, a Azorín le parece estruendo de carroza triunfal. Ya no dice: "sea de este modo el político". Pero, aunque no lo diga, también ahora presta a su dechado la cohesión doctrinal que el espíritu clásico del escritor requiere y vislumbra, empeñándose en considerarlo, más que como una individualidad brava

que irrumpe en el campo común reclamando su parte, como encarnación de un orden de ideas, como continuador de una tendencia bien definida.

El conservadurismo español, como el liberalismo, por otra parte, no han sido, en lo que va de siglo, cuerpos de doctrina bien diferenciada, sino agrupaciones de circunstancias en torno a ciertas personalidades; el arte político de unos y de otros ha consistido en la gestión oportunista de los negocios públicos urgentes, con un "quédese para mañana" en los demás. Azorín, sin embargo, militante ya en un partido, lo engalana en la persona del que acata por jefe con un contenido ideal. Este gran costumbrista, este maravilloso escudriñador de realidades españolas, se desconcierta ante el político real. ¿Será la sugestión ejercida en el psicólogo de *La Voluntad* y de *Antonio Azorín* por este ejemplar de hombre que va impetuosamente a la meta? Mas, conocedor de lo que le falta, deja que le guíen la mano, ya no Maquiavelo y Gracián, sino Maurras y Barrès. Puesto ante el hombre que tiene por representativo, embellece el retrato, no con la belleza de la doctrina que le atribuye, sino por atribuirle una doctrina.

La recopilación de crónicas que ordenó más tarde Azorín en su *Parlamentarismo español* aporta nuevos elementos que nos permiten conocer la evolución de su espíritu frente al movimiento de la política. Ya no es el resplandor de una personalidad intachable, ya no es la fuerza sugestiva de un jefe lo que vive aquí: es todo un mundo revuelto en que la vanidad y la ambición hierven, agitando cien figurillas que, al pronto, el espectador, interesado ante la novedad del medio, halla grotescas y divertidas, pero que van lentamente apareciéndosele en un aspecto desolador, en una contradanza de apetitos y concupiscencias. Mas no se para aquí el cronista. Va a dar, por tales pasos, en una fase armónica que desplaza a la fase crítica como ésta desplazó a la fase espectacular. Los políticos no son ya meros causantes de las tristezas del país; son más bien resultado de las condiciones sociales. El Parlamento es la expresión del país. Que el amor a éste envuelva en un velo de piedad las

intrigas de los otros y mire con humana indulgencia la culpa en que todos tienen parte.

En el *Parlamentarismo español* se oyen con mayor fuerza todavía que en *El chirrión de los políticos* los tumbos y zarandeos del carro de la farsa. La parte central del nuevo libro es más inocente, más cursiva; esas escenas de la vida política, trazadas regocijadamente, "sin estridores ni ensañamiento", responden aún a la que hemos llamado fase armónica. Pero el comienzo y el final, la evocación del político puro, o no quieren decir nada, o definen una nueva actitud, otra fase del espíritu de Azorín ante el torbellino de la política militante: una fase de apartamiento y reprobación, un refugio en el ideal, una vuelta al tipo no deformado por el contacto de las bajas realidades. El ciclo abierto con *El Político* se cierra con otro dechado muy diverso.

Mas conviene que sepamos de una vez si su don Pascual es o no un político. Tenemos, por de pronto, una negativa auténtica, ya registrada. Pero el equívoco se mantiene hasta el fin. ¿Político influyente don Pascual? Paco y Perico, que hacen sus componendas entre abrazos, sí lo son. La política de don Pascual no es de este mundo; por lo menos, de este mundo por donde avanza, con su carga gesticulante, el chirrión de los políticos.

Si es don Pascual como Azorín nos lo pondera, si esos papeles que va escribiendo en la alta noche, a la luz de su lámpara, ante la ventana abierta a la calma indistinta del paisaje, no son los prosaicos papeles de un pleito, esperemos que su influencia se logre mejor que entre las pequeñas tempestades del hemiciclo y los turbios remolinos del despacho ministerial. Mas ¿podremos entonces llamarle político? Si tal pretende, que no nos predique tan sólo la renuncia a la acción, el ejercicio de la piedad; que no limite su anhelo a crear esa "llamita de civismo, de cultura, de independencia mental, que esparce sus resplandores en la noche de nuestra patria". Que nada reserve para sí; que se dé entero a los otros. Si llega a hacer *il gran rifiuto,* ¿no será *per viltade,* por cobardía?" ¿Para qué queremos

el Poder?—exclama don Pascual ante sus correligionarios—. Si algún día viene a nuestras manos..." No; como Azorín escriba la biografía de don Pascual, ése ha de ser un libro que no pueda darse a leer jamás a quien aspire de veras a mandar entre los suyos. El poder no va sino a manos que lo ansían, para bien o para mal. Y es de temer que ninguno de los discípulos o correligionarios del hombre cuerdo se decida nunca a solicitarlo. Y aún es de desear que así sea. "Cuando los hombres estén persuadidos de la conveniencia del bien, todos los hombres lo practicarán naturalmente y de buen grado." Los amigos de don Pascual empezarían por perder las elecciones; pocos meses de gobierno les harían comprender cuánto más vale retirarse a esperar que los hombres se convenzan de que el bien es más conveniente que el mal.

En política, el pecado de candidez es el pecado más grave. Si entran en conflicto la inteligencia y la acción, es que la inteligencia prefiere recrearse en sí misma a esclarecer los caminos de la acción. En tal caso, el hombre que iba para político hará bien si se resuelve a quedarse en poeta. "La justicia es la sensibilidad de los mejores. Justicia es poesía. Los más grandes poetas son los hombres más justos." Azorín va volviendo a entrar en su propio terreno, en el que nunca abandonó del todo, por suerte. Si asesta sus anteojos hacia la ventana iluminada del hombre cuerdo, y le ve trabajar solitario en la noche para negarse de día a ser otra cosa que un poeta o un santo, por mucha virtud persuasiva que tenga su arte, no logrará convencernos de que ha visto un político. Pero acaso ni lo pretende siquiera. Tal vez intenta decir que se conforma con ser un político pasivo, un buen ciudadano; que renuncia a las pompas y las obras de la política activa, y se va a consagrar, en adelante, a esperar el advenimiento de la era de los hombres justos, avivando en el espíritu de los demás esa llamita de belleza que tan clara arde en el suyo; que ha llevado ya, imaginariamente, el chirrión al vertedero; que ha salido de las revueltas infernales "a riveder le stelle".

Más que una lección de política, nos place ver en este

libro una confesión de pequeño filósofo. Sólo así le encontramos algún sabor, aparte los primores de la prosa, a *El chirrión de los políticos.* — *E. DIEZ-CANEDO.*

Un gran hombre

El hombre de la Pampa. — «L'Homme de la Pampa», por Jules Supervielle, París, «Editions de la Nouvelle Revue Française», podría llamarse con mayor razón el hombre del volcán o el hombre de la gran idea, o, más justamente, el grande hombre. En efecto, la Pampa, el «désert à cornes», que dice el autor, es, con sus toros y sus horizontes, sus peones y sus bastardos, sus soledades y su carnaval, sin olvidarse del mate y del mayordomo Don Innumerable (así llamado porque había nacido el día de los innumerables mártires de Zaragoza), una introducción a las aventuras del rico estanciero Juan Fernández y Guanamiru. El rico estanciero tiene el mal del desierto, se aburre. Y en el segundo capítulo ya no estamos en la Pampa, estamos sobre un volcán: "la montagne ardente". En esto se ha divertido Guanamiru, en hacer un volcán en sus llanuras. Estaba harto de hacer obras en su casa y de amueblar su jardín de aclimatación. Pero su fenómeno geológico no entra en la lógica local. La opinión pública, naturalmente, se conmueve después de una solemne inauguración, y para concluir una polémica de prensa, el buen Guanamiru se va con su volcán a otra parte, a otra de las cinco partes del mundo, a Europa.

"La ciudad de las Delicias acababa de ser asfixiada en el horizonte entre el lecho del mar y el edredón de una nube..." Y empieza el delicioso capítulo de "Les cerises marines", que se puede recomendar como de excelente calidad a los consumidores de las novelas "fantasistas". Guanamiru se aleja de la costa americana. ¿En dónde lleva al volcán? La maquinaria desmontada se ha estropeado antes de embarcar. El volcán se ha hecho efluvios, perfumes, brebajes, apariciones, un asesino, una sirena. Guanamiru desembarca en París con el volcán en

su corazón. Le pesa, le persigue, le burla, le martiriza. Es su idea, su gran idea condenada la pena ¿dantesca?, ¿se puede decir dantesca?, de no encarnarse. "Tú tienes un cuerpo, le dice a Guanamiru; un cuerpo a tu disposición mañana y tarde, y hasta por la noche, cuando ya no haces nada en tu sueño profundo. Todas las mañanas, tú te despiertas con tus dos manos, que son tuyas, y tus riñones también tuyos, y tu vientre egoísta en el centro de ti mismo. Y yo, yo no duermo jamás, yo no me despierto jamás, yo no tengo centro ni corazón..., yo, que no soy más que una idea desprendida de ti e injertada en lo desconocido. Lo que tú rechazas me parecería una delicia. ¡Comer una corteza de pan duro!... ¡Alargar los brazos, coger, retorcer, vivir! Te veo tomar medicamentos con repugnancia. ¡Cuánto me gustarían a mí!"

Esta condenada idea no tiene más que venganzas banales que traen a mal traer a nuestro Guanamiru en París. Mas, al fin, le deja libre. Y entonces, "agrandissements, nouveaux agrandissements", Guanamiru empieza a crecer durante un paseo por los Campos Elíseos. Echa el lazo al obelisco de la plaza de la Concordia, y el gran hombre estalla cuando llega el mayordomo Innumerable "sin sorpresa a su encuentro, con una fina sonrisa en los labios y el mate en la mano, fiel".

¿Cómo no añorar la Pampa del primer capítulo? "Todos esos hocicos lucientes, esos cuellos balanceados, esas patas removidas, esos bramidos, parecían obedecer a una fuerza mecánica disimulada bajo la tierra." —*CORPUS BARGA*.

Freud, S.: *Das Ich und das Es.* (Internationaler psychoanalytischer Verlag. Leipzig, Wien, Zürich, 1923.)

La lectura de este folleto de Freud requiere un conocimiento absoluto de su obra íntegra. Para quien escribe es arduo resumir dentro de los exiguos límites de una recensión la serie de ideas y complejos puntos de vista que han conducido al

autor a su ingeniosa concepción del Yo. Puesto que ésta es consecuencia directa de anteriores especulaciones psicológicas puramente personales, sería necesario un extenso y nutrido trabajo de previa información para poder dar en esta breve nota una idea aproximada del rico contenido de esta última producción del psiquiatra vienés. La discutidísima psicología freudista exige un meditado estudio antes de ser juzgada, y una crítica de la misma adolecería de superficial si solamente nos atuviéramos a algunos de sus conceptos más atrevidos, como, por ejemplo, al Yo, expuestos en las 77 páginas de este trabajo. Resumiremos casi esquemáticamente lo más esencial de él (con todos los riesgos de un resumen de esta naturaleza), absteniéndonos de todo juicio crítico, que, obligándonos a determinadas consideraciones de índole general, obscurecería nuestra labor puramente informativa. El lector interesado por estas cuestiones deberá acudir al trabajo original de Freud.

Sin un conocimiento previo del concepto freudiano del inconsciente no sería posible seguir al autor en el desarrollo de sus ideas acerca del Yo. Por ello dedica el primer capítulo a esta cuestión. La experiencia nos enseña que un elemento psíquico cualquiera (una representación, por ejemplo) no es consciente de un modo permanente, sino que este estado de consciencia pasa rápidamente, y la representación en este instante consciente deja de serlo en el próximo, para resurgir consciente en determinado momento. Esto quiere decir que se halla en estado de latencia. Esta latencia del elemento psíquico no puede ser, para los adversarios de Freud, inconsciente, porque al dejar de ser consciente, deja al mismo tiempo de pertenecer a lo psíquico. Lo inconsciente latente es para Freud lo *preconsciente,* y lo dinámicamente reprimido, incapaz por sí mismo de devenir consciente, es lo realmente inconsciente. Admite, pues, tres términos: *consciente, preconsciente* e *inconsciente.* Los dos últimos serían para algunos filósofos antifreudistas diferentes estados o gradaciones pertenecientes a lo meramente psicoideo. Tanto la consciencia como la censura y la resistencia (conceptos clásicos del psicoanálisis) dependen del Yo. Recuérdese

cómo el psicoanalizado, al llegar en su discurso a determinados puntos inherentes a su complejo reprimido, su sistema asociativo falla a consecuencia del obstáculo que opone la llamada *resistencia* a su devenir consciente. Esta resistencia dependiente del Yo es desconocida para el sujeto analizado, es decir, *inconsciente*. Hay, pues, en el Yo un algo inconsciente, no preconsciente, sino absolutamente inconsciente. El carácter del Yo —afirma el autor— es, por tanto, decididamente ambiguo. Aceptando las ideas de Groddek *(Das Buch vom Es)* sobre el Yo, propone Freud denominar Yo al Yo preconsciente y la expresión alemana gramatical *Es** (empleada ya por Nietzsche para indicar lo impersonal) para designar lo *otro psíquico*, que se conduce como lo inconsciente y en el que el Yo se continúa. El Yo representa la relación con el mundo exterior, la razón, la reflexión, y tras él se halla el *Es*, que contiene los instintos y las pasiones. La percepción juega para el Yo el papel que los instintos para el *Es*. Admite, además, un *yo ideal* o *supra—yo*, sublimación del residuo de la fase sexual en que domina el llamado *complejo de Edipo* y que contiene las tendencias éticas: la conciencia. En último lugar dedica un capítulo (IV) a las dos clases de instintos descritos ya por el autor en *Jenseits des Lustprinzips (Más allá del principio del placer)*, y termina con un capítulo referente a las dependencias del Yo, en el que estudia los fundamentos de la reacción terapéutica negativa en el psicoanálisis, el sentimiento de culpa (conciencia), especialmente en las psicosis obsesivas, el miedo a la muerte, en la melancolia, etc., relacionando estos estados, psicológicamente, con su concepto del Yo.

Como al principio hemos indicado, no es posible seguir paso a paso al autor en detalle, sin caer en omisiones que dificultarían aún más la exposición de algunos conceptos e hipótesis aún no suficientemente claros, que exigen, sobre todo, junto

* Momentáneamente, no me es dado encontrar la equivalencia castellana del término *Es* en el sentido empleado por el autor. Freud escribe textualmente a este respecto (nota al pie de la pág. 25): «Groddeck ha seguido el ejemplo de Nietzsche, en el cual era usual esta expresión gramatical para designar lo impersonal, por decirlo así, necesario por naturaleza de nuestro ser.»

al dominio de la doctrina psicoanalítica, una preparación psicológica completa. Toda la parte relativa a la denominada por el autor metapsicología psicoanalista, mejor dicho, freudiana, es de muy difícil divulgación. "Admítase o no — escribe Bleuler — esta psicología, lógica consecuencia de las ideas de Freud, en nada se altera la esencia y el valor del psicoanálisis." Es presumible, sin embargo, que las nuevas ideas de Freud sumen adeptos a la gran falange de la crítica negativa de cuanto ha salido de la pluma de este hombre genial, que merece todos los respetos, y cuyas concepciones van dejando en el caudal de la psicología y la psicopatología modernas huellas claras y firmes de su paso. — *JOSÉ M. SACRISTAN.*

René Lalou: *Le chef* (Crès).

Lugar de la acción: "una Atlántida imaginaria". Época: el siglo XXVI. Régimen: el profetizado cesarismo. Texto: las páginas del diario íntimo de un caudillo.

Todos estos atractivos — y la actualidad, que se nos antoja perdida — de la obra, no serían bastante a cautivarnos, en definitiva, si el libro no nos sugiriera una cuestión marginal.

Su autor, conocido por la *Historia de la literatura francesa*, que publicó el año pasado, no se encuentra hoy en el caso del historiador que escribe una novela, pero sí en el de un crítico que se inicia en el campo imaginativo con un relato que él mismo califica de "confesión lírica".

Se discute siempre si un espíritu puramente crítico se halla capacitado para forjar una fantasía. Recientemente, Julien Benda sostenía la tesis afirmativa en el prólogo dialogado de su *Croix de roses*. La hipótesis no sólo es aceptable, sino que tiene en pro muy ricos precedentes. Lo peor es que Benda, deseando sin duda confirmar con una excepción su regla, añadia al diálogo unos cuentos en los que se demostraba más bien el fracaso de un espíritu crítico metido a novelar. — No decimos

un espíritu filosófico porque sería menester que Benda fuese, ante todo, un filósofo.

El mal aludido va en aumento, y hoy habrá que relacionarlo con lo que se está llamando "la crisis de la personalidad" en la generación última. Los autores jóvenes, en general, más atentos al mundo exterior que al suyo íntimo, se desinteresan de sí mismos: no se buscan, no se encuentran — ni "se cuentan", por consiguiente —. Estamos tan lejos de la confidencia romántica como de la creación imaginativa.

En la última visita que Turguennef hizo a Yasnaya, la condesa Tolstoi le preguntó por qué no escribía ya. "Para escribir, repuso, he tenido que estar enamorado. Ahora soy viejo; no puedo enamorarme y por eso he dejado de escribir." Eran aquéllos tiempos en que se podía sin dificultad descubrir, a lo largo de una labor literaria, las intermitencias sentimentales de su autor. En nuestros días, un elemental pudor obliga a desligarse del protagonista, y, más frecuentemente, a no darle vida siquiera. Acaso el respeto hacia el público es cada vez mayor y hace que un criterio tácito vaya devorando la obra no nacida.

El hecho es que en la literatura reciente escasea la buena producción narrativa. El síntoma evidente merece ser interpretado: tal crisis, ¿es un mal?, ¿es un bien?

Para contestar viene a cuento una narración de Wilde.

Había una vez un hombre a quien su pueblo adoraba porque sabía relatar las más bellas historias. Iba todas las mañanas al campo, y cuando regresaba, al anochecer, veíase rodeado de sus vecinos, que le interrogaban: "Anda, cuenta, ¿qué has visto hoy?" Y él contaba cómo había visto a un fauno en el boscaje y unas sirenas en la playa, y mil cosas más. Pero sucedió que un día, apenas llegado al campo, tuvo la sorpresa de una visión real: se le aparecieron, sucesivamente, el fauno imaginado en la espesura, las sirenas peinando sus cabellos a la orilla del mar...

Cuando regresó aquella noche al poblado y le interrogaron como de costumbre: «¿qué has visto?» «Hoy no he visto nada», contestó. — *A. MARICHALAR.*

Asteriscos

Ojo con los Rembrandts ¿Tenéis un Rembrandt? Ante todo, nuestra felicitación un poco envidiosa. Pero... La falsificación suele acompañar a todo artista glorioso como la sombra al cuerpo.

Precisamente esta temporada anda revuelto en París el mundillo de coleccionistas, críticos y aficionados por un *Yo acuso* fulminante del Sr. Van Dyke. Para este crítico, lo falso pulula entre la obra atribuída al mago de Amsterdam.

"¡Ah, pero mi Rembrandt está firmado y la firma es evidentemente antigua!", dirá tal vez el coleccionista. No basta. Hay falsos Rembrandts firmados en el siglo XVII, poco después de muerto el maestro, por marchantes codiciosos; hay falsos Rembrandts firmados en el siglo XVIII, cuando imperó, en Alemania sobre todo, la afición al artista de *La Ronda* y querían los principillos tudescos formarse a toda costa una colección de magníficos Rembrandts. Y los hay también, naturalmente, del siglo XIX *and after*, que, casi como siglo del vapor y del fonógrafo, podría denominarse siglo de la *chamarilería*.

Recordáis, sin duda, el célebre cuadro que guarda el Museo de Dresde. Rembrandt, tocado con la boina pintoresca, tiene a su mujer, Saskia, en las rodillas, mientras con la diestra levanta el *roemer* mediado de vino rubio. ¡Qué finos análisis psicológicos y pictóricos hemos leído sobre esta linda escena

de luna de miel! Sobre un falso Rembrandt, en definitiva, según hoy se afirma. Y hasta figura en el *Apolo* como obra típica del estilo rembrandtiano, junto a *La Ronda de Noche.*

El terreno se escapa a nuestros pies. Como que ni siquiera Bode ofrece suficiente garantía. Ahora resulta que el Bismarck de las colecciones imperiales ha cubierto con su pabellón el paso de bastantes Rembrandts *camelo* a U. S. A. Cuando menos, así lo asegura en el *Figaro* Arsenio Alexandre. Y es de suponer que no se mezcla en el asunto la cuestión de las reparaciones.

En España no abundan los Rembrandts. El Museo del Prado guarda sólo uno, excelente, de la primera juventud del maestro. Autenticidad inexpugnable. Desde hace meses le presta compañía un maravilloso paisaje de la colección del duque de Alba, que tampoco consiente sombra de duda.

Una anécdota de Apollinaire

Guillermo Apollinaire, de quien se acaba de conmemorar el aniversario, fué uno de los detenidos por la Policía como complicado en el robo de la "Gioconda" en el Museo del Louvre. Sin duda, el juez encontró algún indicio de su culpabilidad en la enemiga de Apollinaire contra todos los museos de arte y en especial contra los lienzos y estatuas más célebres que encierran. En efecto, Apollinaire había expresado siempre un criterio bastante radical en esas encuestas que reaparecen periódicamente en las revistas artísticas y literarias de vanguardia con preguntas de este tenor: "¿Se debe quemar el Museo del Louvre?" Además, por aquellos días se dijo—y el juez recibió la confidencia—que Apollinaire había comprado nada menos que un "château" en la Normandía.

El único fundamento de su encarcelación podia ser acaso

que Apollinaire había dado albergue en varias ocasiones a un sujeto muy hábil en robos de Museo y que había sustraído del Louvre dos estatuitas fenicias y algunos otros efectos.

He aquí un trozo del interrogatorio por el juez:

—¿Es cierto que ha tenido usted en su casa a Pierret varios días?

—Es cierto; me servía de modelo para el protagonista de una de mis novelas.

—¿Conocía usted sus latrocinios?

—Sí, Pierret me los había confesado; yo le aconsejaba que restituyera las estatuas.

—Pero no lo hizo.

—Tal vez, pero yo soy poeta y no juez de instrucción. Por otra parte, los robos en los museos oficiales, dicho sea con perdón de usía, siempre me han parecido insignificantes.

Ideas dramáticas de Pirandello

Luis Pirandello se va a América. Un periodista romano le ha interrogado antes de la partida.

Las obras de Pirandello se pondrán en dos teatros, uno pequeño, con sitio para doscientos espectadores; otro muy amplio con miles de asientos. El primero servirá para la prueba, a la que asistirán los críticos y un público muy reducido de invitados. Si la obra gusta en el teatro pequeño, pasará al grande mientras en aquél se siguen probando otras obras. El pequeño teatro inventado por Pirandello viene a ser el teatro-laboratorio donde se estudia la reacción del público, aunque las reacciones varían de especie a especie y el crítico sea a la masa como el conejillo de Indias al hombre.

A la vuelta de Norteamérica, Pirandello estrenará en Milán "Cada uno a su manera", que él mismo califica de "la más endiablada" de sus comedias.

—¿Cuántos actos tiene?—le preguntó el periodista.

—Pues no lo sé.

—Pero ¿no está ya escrita la comedia?

—Completamente terminada.

—¿Y no sabe usted los actos que tiene?

—Le juro que no lo sé. No es posible precisar el número de actos; depende de los divertidos incidentes que puedan surgir durante la representación.

—Comprendo: heridos, contusos, la Cruz Roja... ¿Y si no ocurre nada?

—No tiene más remedio que ocurrir algo, porque el mismo público, invadiendo el palco escénico, los promoverá. Me explicaré: la comedia tiene dos intermedios corales a cargo de los espectadores. El público será llamado a dar su opinión desde el escenario, y me figuro que los comentarios serán tales, que los mismos espectadores enviarán la representación al cuerno. Al tablado subirán críticos, señoras, empleados, obreros, niños y militares; los favorables y los opuestos...

Y Pirandello terminó:

—Aún podría decirle a usted muchas cosas más, pero no quiero. Si yo fuese a seguir mi más profunda convicción, no debiera hablar nunca, porque estoy firmemente persuadido de la absoluta e irremediable incomunicabilidad de los espíritus.

Tal vez por esta razón filosófica le parezca a Luis Pirandello indiferente promover esos terribles alborotos, en los que nadie se entiende, en efecto.

La flecha en el blanco

—

GUILLERMO *se deslizó en la zapa. Había que pasar a rastras. Esta zapa desembocaba en una fosa que contenía dos hombres. Por el día jugaban a las cartas. Los enemigos ocupaban una fosa parecida a doce metros. Cada vez que uno de los zuavos estornudaba, una voz alemana gritaba: ¡Jesús!*—Jean Cocteau.

LA *calle estaba vacía. Su vacío se aburría; retiraba mi paso de bajo mis pies y jugaba con él a las castañuelas—de uno y otro lado de la calle—como con un zueco.*—Rannier María Rilke.

LOS *lectores de la Biblioteca Nacional están metidos en los libros. A veces se rebullen entre sus cuartillas como gentes que duermen y se vuelven entre dos sueños. Sus pelos parecen los pelos de un hombre dormido.*—Rannier María Rilke.

Poltarnees, la que mira al Mar

«Lord Dunsany, y los escritores como él, crean misterio en torno a las cosas sencillas de graciosa manera», decía Thomas Macdonagh, el poeta rebelde irlandés que cayó en la Semana de Pascua de 1916, acerca de su compatriota Lord Dunsany. Los principales libros de éste se titulan: «The Gods of Pegana», «Time and the Gods», «The Sword of Welleran», «A Dreamer's Tales», «The Book of Wonder», «Fifty-one Tales», «Tales of War», «Tales of Three Hemispheres», colecciones de cuentos en que resplandecen aquellas cualidades; «Five Plays» y «Plays of Gods and Men», breves obras de teatro en que el sentido del misterio no ciega, a veces, una fértil vena cómica; «The Chronicles of Rodriguez» (1922), novela «española» en que Rodríguez, Trinidad Fernández Concepción Henrique María, señor de Arguento y duque de Val Sombrío, y su criado Moraño, salen a la conquista del mundo. Edward Jhon Moreton Drap Plunkett, Lord Dunsany — cuyo noble linaje le da un nombre casi tan largo como el de su héroe español —, nació en 1878, es militar, ha hecho la guerra en Africa y en Europa y goza de sólido renombre en todos los países de lengua inglesa, singularmente en Norteamérica, donde ha dado conferencias y ha adquirido, por su teatro, suma popularidad.

TOLDEES, Mondath, Arizim, éstas son las Tierras Interiores, las tierras cuyos centinelas, puestos en los confines, no ven el Mar. Más allá, por el Este, hay un desierto que jamás

turbaron los hombres; y es amarillo, manchado está por la sombra de las piedras, y la muerte yace en él como leopardo tendido al sol. Están cerradas sus fronteras, al Sur, por la magia; al Oeste, por una montaña, y al Norte, por el grito y la cólera del viento Polar. Semejante a una gran muralla es la montaña del Oeste. Viene desde muy lejos y se pierde muy lejos también, y es su nombre Poltarnees, la que mira al Mar. Hacia el Norte, rojos peñascos, tersos y limpios de tierra y sin mota de musgo o hierba, se escalonan hasta los labios mismos del viento Polar, y nada hay allí sino el rumor de su cólera. Muy apacibles son las Tierras Interiores, y muy hermosas sus ciudades, y no mantienen guerra entre sí, mas quietud y holgura. Y otro enemigo no tienen sino los años, pues la sed y la fiebre se asolean tendidas en mitad del desierto, y no rondan jamás por las Tierras Interiores. Y a vampiros y fantasmas, cuyo camino real es la noche, las fronteras de la magia los contienen al Sur. Y muy chicas son todas sus gratas ciudades, y en ellas, los hombres todos tienen trato entre sí, y se bendicen unos a otros en las calles, saludándose por sus nombres. Y existe en cada ciudad una vía amplia y verde, que viene de un valle o bosque o

loma, y entra en la ciudad y sale de ella por entre las casas y cruzando las calles; y nunca pasean por ella las gentes; mas todos los años, en el tiempo oportuno, entra por allí la Primavera desde las tierras florecientes, abriendo anémonas en la vía verde, y todos los goces de los bosques repuestos o de los valles apartados, profundos, o de las triunfantes lomas, cuyas cabezas se yerguen tan altivas en la distancia, lejos de las ciudades.

A veces entran carreros o pastores por aquella vía, de los que vienen a la ciudad desde las serranías nebulosas, y los ciudadanos no se lo impiden, porque hay un paso que mancilla la hierba y un paso que no la mancilla, y todo hombre sabe en los adentros del corazón cómo es su paso. Y en los claros soleados del bosque y en sus umbrías, lejos de la música de las ciudades y de la danza de las ciudades, conciertan la música de los lugares campestres y danzan las danzas campestres. Amable, próximo y amistoso se les muestra a estos hombres el Sol, y les es propicio y cuida de sus tiernos viñedos; y ellos, en cambio, se muestran benévolos para con los menudos seres de los bosques y atentos a todo rumor de hadas o leyendas antiguas. Y cuando la luz de alguna pequeña ciu-

dad distante pone un leve rubor en el confín del firmamento y las felices ventanas de oro de las mansiones solariegas abren los ojos brillantes en la oscuridad, entonces la vieja y sagrada figura de la Fábula, velada hasta el rostro, baja de las colinas boscosas y manda alzarse y danzar a las sombras oscuras, y saca de ronda a las criaturas del bosque, y enciende al instante la lámpara del gusano de luz en su enramada de hierba, e impone silencio a las tierras grises, y de ellas suscita desmayadamente en las colinas lejanas la voz de un laúd. No hay en el mundo tierras más prósperas y felices que Toldees, Mondath y Arizim.

De estos tres pequeños reinos llamados las Tierras Interiores huían constantemente los mozos. Ibanse uno tras otro, sin que supiera nadie por qué, sino tan sólo que tenía un anhelo de ver el Mar. Poco hablaban de aquel anhelo; pero un mozo guardaba silencio unos días, y luego, una mañana, muy temprano, se escabullía trepando poco a poco por la dificultosa pendiente de Poltarnees, y, llegado a la cumbre, pasábala y no volvía nunca. Algunos se quedaron atrás, en las Tierras Interiores, y envejecieron; pero, desde los tiempos más primitivos, ninguno de los que subieron a lo alto

de Poltarnees regresó jamás. Muchos dirigiéronse a Poltarnees jurando que volverían. Hubo un rey que envió a todos sus cortesanos, uno por uno, para que le revelaran el misterio, y después él mismo se fué allá; ninguno volvió.

Ahora bien, el pueblo de las Tierras Interiores guardaba el culto de los rumores y las leyendas del Mar, y todo cuanto del Mar pudieron saber sus profetas escrito estaba en un libro sagrado que los sacerdotes leían en los templos con devoción profunda en las festividades o en los días de aflicción. Y abríanse todos los templos hacia Poniente, sostenidos por columnas, para que la brisa del Mar entrara en ellos; y abríanse hacia Levante, sostenidos por columnas, para que la brisa del Mar no se detuviera, sino que entrara en ellos, dondequiera que estuviese el Mar. Y ésta es la leyenda que tenían del Mar nunca visto por ser alguno de las Tierras Interiores. Decían que el Mar es un río que corre hacia Hércules, y decían que llega hasta el confín del mundo y que Poltarnees lo domina. Decían que todos los mundos celestes corren, entrechocándose, por aquel río, y la corriente los arrastra, y que aquella Infinitud es una intrincada espesura de selvas donde el río precipita su curso arrebatando todos los mundos

celestes. Por entre los colosales troncos de aquellos árboles oscuros, en las más breves frondas, en cuyas ramas muchas noches se reconcentran, andan los dioses. Y cuando su sed, resplandeciente en el espacio como un magno sol, cae sobre los animales, el tigre de los dioses se desliza hasta el río para beber. Y el tigre de los dioses bebe ruidosamente hasta hartarse, destruyendo mundos; y el nivel del río se sume dentro de sus riberas, mientras la sed del animal va saciándose y dejando de resplandecer como un sol. Y multitud de mundos se amontonan entonces, secos, en la orilla, y ya no vuelven a andar por allí los dioses, porque les lastiman los pies. Son aquéllos los mundos sin destino, cuyas gentes carecen de dioses, y el río fluye sin parar. Y el nombre del río es Oriathon, pero los hombres le llaman Océano. Tal es la Creencia Inferior de las Tierras Interiores. Y hay una Creencia Superior, de que nunca se habla. Según la Creencia Superior de las Tierras Interiores, el río Oriathon corre por las selvas de la Infinitud y de pronto cae rugiendo sobre un confín, desde donde el tiempo llamaba antiguamente a sus horas para que pelearan en la guerra contra los dioses; y cae apagado por el resplandor de las noches y los días, con millas

de olas no medidas nunca, en las profundidades de la nada.

Ahora bien, conforme iban transcurriendo siglos y el camino único accesible a los hombres para subir a Poltarnees desgastándose de tantas huellas, más y más hombres lo pasaban para no volver. Y aún se ignoraba en las Tierras Interiores el misterio que desde Poltarnees se descubría. Y un día tranquilo y sin viento, mientras los hombres caminaban felices por sus hermosas calles o guardaban rebaños en la campiña, saltó de pronto el viento del Oeste y entróse por ellas desde el Mar. Y llegó velado, gris, luctuoso, y trajo hasta alguno el grito hambriento del Mar que reclamaba huesos de hombres. Y el que lo oyó revolvióse sin descanso durante horas, y al cabo se levantó de súbito, irresistiblemente, vuelto hacia Poltarnees, y dijo, como se acostumbra en el país cuando alguien se despide por poco tiempo: «Hasta que venga el recuerdo al corazón del hombre», lo cual significa: «Hasta luego»; mas los que le amaban, viéndole mirar a Poltarnees, contestáronle tristes: «Hasta que los dioses olviden», que quiere decir: «Adiós.»

Tenía el rey de Arizim una hija que jugaba con las flores silvestres del bosque, y con las fuentes del palacio de su padre, y con los

pajaritos azules del cielo que en la invernada llegábanse a su puerta buscando refugio contra la nieve. Y más hermosa era que las flores silvestres del bosque, y que todas las fuentes del palacio de su padre, y que los pajaritos azules del cielo, cuando con todo su plumaje invernal buscan refugio contra la nieve. Los viejos y sabios reyes de Mondath y Toldees viéronla una vez cuando andaba ligera por los estrechos andenes de su jardín, y volviendo los ojos a las nieblas del pensamiento, reflexionaron sobre el destino de sus Tierras Interiores. Y la miraron atentos junto a las flores majestuosas, y sola, en pie, a la luz del sol; y vieron pasar y repasar contoneándose las aves purpúreas que los recoveros del rey habían traído de Asagéhon. Cuando ella cumplió los quince años, el rey de Mondath convocó un Consejo de reyes. Y con él se reunieron los reyes de Toldees y Arizim. Y el rey de Mondath, en su Consejo, habló de esta suerte:

«El grito del Mar implacable y hambriento (y a la palabra *Mar* los tres reyes inclinaron la cabeza) atrae cada año, sacándolos de nuestros reinos felices, a más y más súbditos nuestros, y aún ignoramos el misterio del mar, y ningún juramento se ha inventado que nos

devuelva a un hombre solo. Ahora bien, tu hija, Arizim, es más bella que la luz del sol, y más bella que las majestuosas flores que tan altas crecen en tu jardín, y tiene mayor gracia y hermosura que esas extrañas aves que los afortunados recoveros traen en rechinantes carros de Asagéhon, y en cuyo plumaje la púrpura alterna con el blanco. Pues el que se enamore de tu hija Hilnaric, sea quien fuere, ése podrá subir a Poltarnees y regresar, como nadie hasta aquí lo hizo, y contarnos lo que se divisa desde Poltarnees, porque acaso tu hija sea más hermosa que el Mar.»

Alzóse entonces de su sitial del Consejo el rey de Arizim. Y dijo:

«Temo que hayas blasfemado del Mar, y me asusta que tu blasfemia pueda acarrearnos desgracia. No había reparado, a decir verdad, en su hermosura. ¡Hace tan poco que era niña chica y llevaba el pelo suelto y no recogido aún al modo de las princesas, y se iba sin que nadie la vigilara a los bosques silvestres, y volvía con las vestiduras manchadas y desgarradas, y no escuchaba regaños con sumisión, sino haciendo muecas aun en mi patio de mármol todo rodeado de fuentes!»

Luego habló el rey de Toldees:

«Vigilémosla más atentos y contemplemos a la princesa Hilnaric en la estación de los huertos floridos, cuando las grandes aves se despiden del Mar que conocen y buscan descanso en nuestros palacios del interior; y si fuera más hermosa que el amanecer sobre nuestros reinos unidos cuando los huertos están en flor, acaso sea más hermosa que el Mar.»

Y el rey de Arizim dijo:

«Temo que sea terrible blasfemia, mas lo haré según lo decidisteis en consejo.»

Y llegó la estación de los huertos floridos. Una noche, el rey de Arizim llamó a su hija para que saliese al balcón de mármol. Y la luna surgía, grande, redonda, sagrada, sobre los bosques oscuros, y todas las fuentes cantaban a la noche. Y la luna tocó los aleros del palacio de mármol, y resplandecieron sobre la tierra. Y la luna tocó las cimas de todas las fuentes y las grises columnas se quebraron en luces de magia. Y la luna dejó los oscuros caminos del bosque e iluminó todo el blanco palacio y sus fuentes, y brilló en la frente de la princesa, y el palacio de Arizim ganó en resplandores, y las fuentes se trocaron en columnas de relucientes joyas y cantos. Y de la luna, al levantarse, salió una melodía, que no llegó del todo a

oídos mortales. E Hilnaric estaba en pie, maravillada, vestida de blanco, con el brillo de la luna en la frente; y acechándola desde la sombra, en el terrado, estaban los reyes de Mondath y Toldees. Y dijeron:

«Es más hermosa que el nacer de la luna.»

Y otro día, el rey de Arizim, hizo que su hija se asomara al amanecer, y ellos volvieron a situarse cerca del balcón. Y el sol salió sobre un mundo de huertos y las nieblas marinas se retiraron de Poltarnees hacia el Mar; leves voces silvestres levantáronse de todos los matorrales, las voces de las fuentes comenzaron a desfallecer, y alzóse, en todos los templos de mármol, el cantar de las aves consagradas al Mar. E Hilnaric estaba en pie, resplandeciente aún del sueño celestial.

«Es más hermosa—dijeron los reyes—que el alba.»

Otra prueba impusieron aún a la hermosura de Hilnaric, porque la observaron en las terrazas a la puesta del sol, cuando ya los pétalos de los huertos estaban caídos y en toda la linde de los bosques vecinos florecían el rododendro y la azalea. Y el sol se puso tras la escarpada Poltarnees, y la niebla del Mar se vertió sobre su cumbre interior. Y los templos de

mármol se levantaban claros en el atardecer, pero nubecillas de crepúsculo se extendían entre montaña y ciudad. Entonces, de la cornisa de los templos y del tejaroz de los palacios, soltáronse atrevidamente los murciélagos, y desplegando las alas, flotaron arriba y abajo por las vías ya oscuras; empezaron a encenderse las luces en las doradas ventanas, los hombres se envolvieron en sus capas por temor a la niebla marina gris, levantóse el son de algunas cancioncillas, y el rostro de Hilnaric convirtióse en lugar de reposo de misterios y ensueños.

«Más que todo—dijeron los reyes—es hermosa; pero ¿quién puede saber si es más hermosa que el Mar?»

Tendido en un macizo de rododendros en la linde de las praderas de palacio, había esperado un cazador a que el sol se pusiera. Cerca de él había un estanque profundo donde crecían los jacintos y en el que flotaban extrañas flores de anchas hojas; a él iban a beber los toros salvajes, a la luz de las estrellas, y en su acecho vió él la blanca forma de la princesa apoyada en el balcón. Antes de que brillaran las estrellas y se llegaran a beber los toros dejó él su escondrijo y se acercó al palacio para ver más próxima a la princesa. Cubiertas estaban

las praderas de palacio de no hollado rocío y todo yacía en calma cuando él las cruzó, empuñando su luengo venablo. En el más escondido rincón de la terraza, los tres viejos reyes discutían acerca de la hermosura de Hilnaric y del destino de las Tierras Interiores. Caminando ligero, con paso de cazador, acercóse más el que acechaba junto al estanque, en la quietud del anochecer, sin que aún la princesa le viese. Así que la hubo visto de cerca, exclamó de súbito:

«Ha de ser más hermosa que el mar.»

Volvióse la princesa, y en su porte y luengo venablo conoció que era un cazador de toros salvajes.

Cuando los tres reyes oyeron la exclamación del mozo, dijéronse por lo bajo:

«Este ha de ser el hombre.»

Mostráronsele luego, y le dijeron, con propósito de probarle:

«Señor, habéis blasfemado del Mar.»

Y el mancebo murmuró:

«Es más hermosa que el Mar.»

Y dijeron los reyes:

«Más viejos somos y más sabios que vos, y sabemos que nada existe más hermoso que el mar.»

Y el mozo, destocado y postrado al ver que hablaba con los reyes, contestó, empero:

«Por este venablo, es más hermosa que el mar.»

Y, entre tanto, la princesa le miraba, reconociéndole por un cazador de toros salvajes.

Dijo el rey de Arizim al que acechaba en el estanque:

«Si subes a Poltarnees y vuelves, como nadie volvió, y nos refieres qué atracción mágica tiene el Mar, te perdonaremos tu blasfemia, y tendrás a la princesa por esposa, y te sentarás en el Consejo de los reyes.»

Y el mozo al punto mostró su asentimiento con alegría. Y la princesa le habló y le preguntó su nombre. Y él le dijo que se llamaba Athelvok, y se llenó de gozo al oír la voz de ella. Y prometió a los tres reyes salir a tercero día para escalar la pendiente de Poltarnees y regresar, y éste fué el juramento con que le ligaron para que volviera:

«Juro por el Mar que arrastra los mundos, por el río de Oriathon, a quien los hombres llaman Océano, y por los dioses y su tigre, y por el sino de los mundos, que volveré a las Tierras Interiores después de haber contemplado el Mar.»

Y prestó con solemnidad el juramento aquella misma noche en uno de los templos del Mar; pero los tres reyes fiaron aún más en la hermosura de Hilnaric que en el poder del juramento.

Al otro día de mañana fué Athelvok al palacio de Arizim, cruzando las campiñas del Este desde el país de Toldees, e Hilnaric salió al balcón y se reunió con él en las terrazas. Y le preguntó si había matado algún toro salvaje, y él le dijo que tres, y luego le contó que había cazado el primero junto al estanque del bosque. Había cogido el venablo de su padre, se fué a la orilla del estanque, se tendió bajo las azaleas a esperar que las estrellas saliesen, porque a su primera luz van los toros salvajes a beber de aquellas aguas. Y fué muy temprano, y tuvo mucho que esperar, y el pasar de las horas se le hizo más largo de lo que era. Y todos los pájaros acudieron a aquel lugar en la noche. Y ya había salido el murciélago, y ningún toro se acercaba al estanque. Y Athelvok estaba persuadido de que ninguno se acercaría. Y tan pronto como su mente adquirió esta certidumbre abrióse sin rumor la maleza y un enorme toro salvaje se presentó a sus ojos, a la orilla del agua, y sus largos cuernos surgían a los lados de su cabeza, encorvándose por los extremos, y me-

dían cuatro pasos de punta a punta. Y no había visto a Athelvok, porque el enorme toro estaba al otro extremo del reducido estanque, y Athelvok no podía ir arrastrándose hasta él, por miedo de cortar el viento (pues los toros salvajes, que apenas ven en las selvas oscuras, se guardan por el oído y el olfato). Mas pronto se tramó el plan en su mente, mientras el toro erguía la cabeza a veinte pasos justos de donde estaba él, con el agua por medio. Y el toro olfateó con cautela el viento, se puso a escuchar, y luego bajó la cabeza hasta el estanque y bebió. En aquel punto saltó Athelvok al agua y atravesó rápidamente sus algosas profundidades, por entre los tallos de las extrañas flores que flotaban con sus anchas hojas en la superficie. Y Athelvok asestaba su venablo, recto, y mantenía rígidos y cerrados los dedos de la mano izquierda, sin salir a la superficie, de modo que la fuerza del salto le llevó adelante y le hizo pasar sin que se enredara por entre los tallos de las flores. Cuando saltó Athelvok al agua, el toro hubo de levantar la cabeza, se asustó al verse salpicado y luego debió de escuchar y ventear, y como no oyera ni olfateara peligro ninguno, hubo de quedarse rígido por unos instantes, porque en esta actitud le encontró Athel-

vok al surgir sin aliento a sus pies. Hiriendo de pronto, Athelvok le clavó la lanza en el cuello, antes de que pudiera bajar la cabeza y los cuernos terribles. Pero Athelvok se había colgado de uno de los cuernos y se vió arrastrado a tremenda velocidad por entre los matorrales de rododendros, hasta que el toro cayó, para levantarse de nuevo y morir de pie, luchando sin cesar, ahogado en su propia sangre.

Hilnaric escuchaba el relato como si un héroe de la antigüedad surgiese de nuevo ante sus ojos en toda la gloria de su legendaria juventud.

Mucho tiempo se pasearon por las terrazas, diciéndose lo que siempre se había dicho y se dijo luego, lo que repetirán labios aún por formarse. Y sobre ellos se erguía Poltarnees, mirando al Mar.

Y llegó el día en que Athelvok debía marcharse. E Hilnaric le dijo:

«¿Es cierto que volverás, luego que hayan mirado tus ojos desde la cumbre de Poltarnees?»

Athelvok repuso: «Cierto que volveré, porque tu voz es más hermosa que el himno de los sacerdotes cuando cantan los loores del Mar; y aunque muchos mares tributarios fluyan hacia Oriathon y él y los otros viertan su hermosura en un estanque a mis pies, volvería jurando que tú eres más hermosa.»

E Hilnaric contestóle:

«La sabiduría del corazón me dice, o una antigua ciencia o profecía, o un raro saber, que nunca más he de oír tu voz. Y por ello te perdono.»

Pero él, repitiendo el juramento prestado, se fué, mirando muchas veces atrás, hasta que la pendiente se hizo tan empinada que su faz tocaba a la roca. Púsose en camino por la mañana y estuvo subiendo todo el día, con pequeño descanso, por los hoyos que había pulimentado el roce de muchos pies. Antes de llegar a la cima escondiósele el sol y fueron oscureciéndose cada vez más las Tierras Interiores. Apresuróse para ver, antes que fuere de noche, lo que había de mostrarle Poltarnees. Ya era profunda la oscuridad sobre las Tierras Interiores, y las luces de las ciudades chispeaban entre la niebla marina cuando llegó a la cumbre de Poltarnees, y el sol, de la otra parte, aún no se había retirado del firmamento.

Y a sus pies se fruncía el viejo Mar, sonriendo y murmurando cantares. Y daba el pecho a unos barcos chicos de velas deslumbradoras, y en las manos tenía los vetustos restos de naufragios tan echados de menos, y los mástiles todos tachonados de clavos de oro que desgajó

en su cólera de los soberbios galeones. Y la gloria del sol reinaba en las olas que arrastraban a la deriva maderos de islas de especias, sacudiendo las cabezas doradas. Y las corrientes grises se arrastraban hacia el Sur, como solitarias serpientes enamoradas de algo lejano con amor inquieto, fatal. Y toda la llanura de agua resplandeciente al sol postrero, y las olas y las corrientes, y las velas blancas de los navíos formaban, juntas, la faz de un extraño dios nuevo que mira a un hombre por primera vez a los ojos en el instante de su muerte; y Athelvok, mirando al maravilloso mar, supo por qué no vuelven nunca los muertos: porque hay algo que los muertos sienten y conocen y los vivos no entenderán nunca, aunque los muertos vuelvan a contarles lo que han visto. Y el Mar le sonreía, alegre en la gloria del sol. Y había en él un puerto para las naves que regresan, y junto a él una soleada ciudad, y la gente andaba por sus calles ataviada con las inconcebibles mercancías de las costas más lejanas.

Una fácil pendiente de roca suelta y menuda llevaba desde la cumbre de Poltarnees hasta la orilla del Mar.

Athelvok detúvose un largo rato lleno del pesar de lo perdido, dándose cuenta de que ha-

bía entrado en su alma algo que no entenderían jamás los de las Tierras Interiores, porque sus pensamientos no iban más allá de los tres breves reinos. Luego, mirando los buques errantes, y las maravillosas mercancías de países remotos, y el color ignorado que ceñía la frente del mar, volvió los ojos a las Tierras Interiores.

En aquel punto entonó el Mar un canto fúnebre al ocaso por todo el daño que causó en su cólera y por toda la ruina que acarreó a los navíos aventureros; y había lágrimas en la voz del tiránico Mar, porque amaba a las galeras hundidas, y llamaba a sí a todos los hombres y a todo lo viviente para disculparse, porque amaba los huesos que había desparramado. Y volviéndose, Athelvok puso un pie en la pendiente suelta, y otro después, y anduvo un poco para acercarse al Mar, y luego le sobrecogió un sueño y sintió que los hombres juzgaban mal del Mar, tan digno de ser amado, porque mostró alguna cólera, porque a veces fué cruel; sintió que reñían las mareas, porque el Mar había amado a las galeras fenecidas. Siguió andando, y las piedras menudas rodaban con él, y en el momento en que se desvaneció el ocaso y apareció una estrella, llegó él a la dorada costa, y siguió adelante hasta que las olas le

tocaron a las rodillas, y oyó las bendiciones, semejantes a plegarias, del Mar. Mucho tiempo estuvo así, mientras iban saliendo estrellas y copiando su brillo en las olas; más estrellas salían, atorbellinándose en su carrera, del Mar; parpadeaban las luces en toda la ciudad del puerto, colgaban linternas de las naves y ardía la noche de púrpura; y la Tierra, ante los ojos de los dioses, que están sentados tan lejos de ella, refulgía como en una llama. Entonces entró Athelvok en la ciudad del puerto, en donde encontró a muchos que habían dejado antes que él las Tierras Interiores; ninguno deseaba volver al pueblo que no había visto el mar; muchos se habían olvidado de los tres breves reinos, y se susurraba que un hombre, que una vez intentó volver, halló imposible la subida por la pendiente movediza, deleznable.

Hilnaric no se casó jamás. Pero su dote se destinó a edificar un templo en que los hombres maldicen al Océano.

Una vez al año, con solemnes ritos y ceremonias, maldicen las mareas del Mar; y la luna se mira en él y los aborrece.

LORD DUNSANY

(Del libro *A Dreamer's Tales and other stories.*)

España y Francia en la Edad Media

Causas de su diferenciación política

ENTRE las obscuras y complejas fuerzas que nos apartaron poco a poco de las naciones hermanas, bosquejadas por Roma y es-

culpidas por la raza germana, debieron jugar papel preeminente las diferencias culturales que separaron a los godos de los demás pueblos establecidos sobre las ruinas del Imperio. Es, sin embargo, incuestionable que, a la par, los efectos económicos y políticos de la conquista sarracena y de la ulterior reconquista cristiana contribuyeron a la misma obra de diferenciación. Tal vez se iniciase ésta tanto por un retraso, por una forzada detención en el camino, como por una genésica divergencia de rumbos.

En el seno de la sociedad romana de los últimos tiempos aparecieron gérmenes disolventes muy activos en pugna con la clásica concepción del Estado que el genio de Roma elaborara. Había de una parte una poderosa aristocracia de funcionarios que, deseosos de obtener independencia territorial, caminaban con decisión al logro de sus fines. Y existía de otra una serie de grandes propietarios que comenzaban a tener jurisdicción sobre los habitantes de sus tierras, se rodeaban de comitivas de soldados que les juraban lealtad y acogían en su patrocinio, mediante fórmulas diversas, a los débiles, cuya libertad iba siendo de año en año más precaria.

Estos factores corrosivos se hallaban limitados en su acción destructora por un ingenioso sistema de administración y por un ejército de mercenarios formado en buena parte de extranjeros. Si estas fuerzas hubiesen dejado de actuar un momento, habría surgido una anarquía tal, que, junto a ella, la Edad Media se hubiera destacado como modelo de disciplina y de orden.

La herencia legada por Roma consistió, por tanto, más en factores disolventes que en fuerzas creadoras de Estados. Europa presenció en los siglos V y VI el proceso de descomposición de la sociedad germano-romana, la acción lenta, pero terrible, de tales fuerzas. Sólo después comenzó la reconstrucción de un nuevo mundo mediante vínculos distintos conforme a ideas e instituciones germanas. No se hubiera llegado a este segundo momento positivo sin la crisis primera. Precisamente porque las sociedades escandinavas —dice Brunner—no fueron influídas por la cultura romana, o lo fueron tardía e indirectamente, carecieron en sentido estricto de Edad Media, no hubo apenas en ellas tránsito entre las edades antigua y moderna.

—

En las diversas provincias de Occidente brotaron por igual aquellos gérmenes negativos primarios, y por igual siguieron actuando en los Estados bárbaros creados sobre ellas. En efecto, se observa que la organización social y económica de la nación hispanogoda se diferenció sólo en matices más o menos hondos, pero al cabo matices, de la organización franca, por ejemplo. Al amparo de la realeza y junto a la antigua aristocracia romana se fué creando en los servicios de la corte y en los cargos de la administración una nobleza de palatinos y de funcionarios; entre los francos, totalmente de nuevo, porque al cruzar el Rin no conocían ningún género de aristocracia, y entre nosotros, sobre los restos desmedrados de la minúscula

nobleza troncal goda, que sólo en parte había sobrevivido a los vaivenes de la emigración. En Francia y en España, el colectivismo agrario germano evolucionaba rápidamente hacia la propiedad privada. Aquí y allí el suelo se concentraba más y más en manos de muy pocos, y la sociedad toda sufría los efectos de una doble y encontrada tendencia a la esclavización de los libres y a la liberación de los esclavos. En Galia y en Iberia, el régimen agrario romano continuaba sin interrupción su marcha ascendente, el gran propietario ampliaba en él sus derechos hasta convertirse en señor y la *villa* romana se trocaba poco a poco en la *inmunitas* medioeval, exenta de toda intervención de los funcionarios reales. Por último, entre francos y godos la debilidad del Poder público dió ocasión a un extraordinario florecimiento de las fórmulas de patrocinio más diversas, que aprovechaban a los fuertes para aumentar sus clientelas y con ellas su potencia social, y que servían a los débiles para salvarse de la tiranía de los grandes.

Sin embargo, sobre estas dos sociedades hermanas se constituyeron dos Estados dispares. Francos y godos habían irrumpido en la historia francesa y en la española en grados diversos de cultura. Los francos entraron en la Galia vírgenes de toda influencia romana, y los godos llegaron a Iberia después de una secular convivencia con Roma. Los francos se establecieron en masas compactas, traían una organización militar que excluía el ejército mercenario de tipo romano, y aunque aceptaron el sistema administrativo imperial en las tierras del Sur, era éste demasiado complejo para

seguir funcionando normalmente bajo las torpes manos de los rudos guerreros de Clovis. En una palabra: éstos tomaron de Roma los gérmenes de disolución, pero no las fuerzas represivas.

Libres aquellos gérmenes de la presión que habían ejercido hasta allí sobre ellos tales fuerzas, llevaron a la anarquía en menos de dos siglos al reino merovingio. De las ruinas de la Galia germanizada surgió la nueva Francia. Rotos los vínculos jurídicos que unían en Roma al individuo con el Estado, fué necesario crear otros distintos para enlazar de nuevo los fragmentos de la monarquía aniquilada. A este fin, y acuciados además los carolingios por la necesidad de contener a los invasores sarracenos, procuraron fundar un nuevo orden de cosas sobre una cadena de relaciones personales, mediante instituciones que eran en su esencia de abolengo germano y que llevaron derechamente al feudalismo.

Los visigodos, que habían peregrinado durante siglos desde el Danubio al Tajo, se mezclaron con los indígenas al entrar en España, y en parte respetaron las fórmulas extrínsecas del gobierno imperial. Sobre una sociedad análoga a la franca se creó en la península un Estado distinto, más conforme al modelo romano. No desapareció por ende en la monarquía visigoda una de las fuerzas que en Roma frenaban la acción destructora de los factores corrosivos, y no se llegó por esta causa en ella tan pronto como en el reino merovingio a la anarquía, de donde habían de surgir las nuevas fórmulas.

Esto no obstante, como aquellos elementos siguie-

ron actuando día a día con mayor violencia y la máquina administrativa romana fué averiándose bajo la dirección poco perita de los godos, el Estado que fundara Alarico se hallaba en crisis al sobrevenir la invasión árabe. No logró resistir la acometida, como no lo hubiera conseguido tampoco Francia de haber ocurrido la invasión cien años antes en pleno período disolvente, y la «pérdida» entera de España retrasó el proceso reconstructivo germanizante, que pudo realizarse sin tropiezo en el país hermano después de la victoria.

—

Francia continuó desenvolviéndose normalmente. Las pequeñas aldeas comunistas que aún conservaran su estructura cerrada pasaron a depender de los grandes señores. La gran propiedad absorbió casi por entero a la pequeña, aunque se dieran, como quiere Dopsch, algunas excepciones que sólo él puede sacar a luz con gran esfuerzo. La nobleza de funcionarios y de palatinos arraigó en el suelo, convirtiéndose en territorial; los simples libres, si no perdieron del todo, como ha probado Dopsch, su condición de tales, entraron casi por entero en sujeción económica y jurídica de los grandes señores; y los siervos, mejorando de situación social, se equipararon lentamente a aquellos *ingenuos* que figuraban ya en los cuadros más o menos flexibles de los señoríos territoriales. En resumen: la imagen de la sociedad del milenio, en la que bajo una aristocracia poderosa se agrupaba una masa de gentes

semisiervas y semilibres, sin el intermedio de una mesocracia, se dibujaba ya con trazos vigorosos en el período carolingio.

La estructura económica y la organización del trabajo marchan acordes con esa evolución. Dentro de las grandes propiedades eclesiásticas o laicas, todos los hombres de condición inferior laboran la tierra, se entregan a las tareas industriales, producen, en una palabra, para la satisfacción de las necesidades de cuantos viven en el señorío. Mientras ellos aran los campos, curten pieles o fabrican aperos de labranza, otra clase de hombres pelea, reza o lee. Francia es, como quiere Bücher, y aun a pesar de todas las atenuaciones y distingos de Below, un mosaico de cotos cerrados que se bastan a sí mismos económicamente y que apenas si tienen relación entre sí. Sólo el sobrante escaso de los productos que no se consumen dentro del señorío se lleva a los mercados. Han de transcurrir siglos para que de este régimen se pase al trabajo a salario, como quiere Bücher, o al trabajo para depósito, como defiende Below. Sólo después surgirán las tiendas en provecho de los pobres que no pueden proveerse semanalmente en el mercado, o para lujo de los ricos que gustan de los bocados frescos; sólo después empezará a delinearse la economía municipal y se constituirán al cabo las ciudades.

En la superficie de esta sociedad se van formando los regímenes señorial y feudal. Tanto los grandes propietarios como los oficiales públicos desatan poco a poco los lazos de obediencia que los ligaban al monarca y usurpan, en silencio primero y a plena luz

después, una parte de la antigua potestad de los reyes. Los propietarios, al conquistar la inmunidad en sus extensas posesiones, se libertan de la acción inmediata del poder de los príncipes y adquieren soberanía en sus dominios; y los oficiales de la administración aprovechan la rápida decadencia de la monarquía carolingia para arrogarse hereditariamente la autoridad que ejercían por delegación regia.

Como único fundente posible de estas fuerzas anárquicas se acude al vasallaje y al beneficio, que al unirse habían de constituir el feudalismo. El proceso hacia la formación del mal llamado régimen feudal entra en su fase constructiva en virtud de los cambios que se introducen en la organización militar durante el siglo VIII.

El arma fundamental de combate de los ejércitos merovingios era la infantería; pero los árabes, que, después de sojuzgada España, cruzan los Pirineos y avanzan victoriosos por los llanos de Francia, luchaban a caballo, y los infantes francos fueron vencidos por los jinetes sarracenos. Fué forzoso a los primeros carolingios crear una caballería para resistir a los invasores. El servicio militar era obligatorio: todos los hombres libres tenían el deber de acudir al ejército, equipados a su costa, y la obligación de vivir a su costa mientras durasen los combates. Pero no podía exigirse a todos, ricos y pobres, que peleasen a caballo. El caballo era caro, caro el equipo del caballero y costosa la subsistencia del jinete y la cabalgadura en la campaña. Fué preciso dar medios de vida a los que se avinieran a combatir sobre corceles. De anti-

guo era costumbre en las Galias conceder tierras a las cohortes de caballería celtas y romanas, a cambio de

servicio a caballo, y Carlos Martel acudió a este sistema. La realeza era pobre, no tenía bienes que dar a esos jinetes de cuyo esfuerzo necesitaba con urgencia; pero era rica la Iglesia, que había logrado reunir una

cuantiosa fortuna territorial a costa principalmente del patrimonio de la corona. En el momento decisivo, Carlos no vaciló: tomó a la Iglesia sus bienes y los repartió en beneficios. Con éstos amplió la *trustio,* el séquito regio, que de antiguo estaba constituído por jinetes, y obligó a los miembros del mismo a que concurrieran a la guerra con un número determinado de caballos. Los grandes de la corte, para constituir tales cuerpos de caballería, reclutaron de entre los *vassi* que formaban su comitiva armada las tropas necesarias, las equiparon adecuadamente y con ellas acudieron en adelante a la campaña. Un paso más y habrá surgido el feudalismo, esa compleja cadena que unió entre sí a los nobles franceses durante toda la Edad Media.

—

¿Qué ocurría entretanto en España? La historia escrita calla, pero los documentos hablan recio y claro. La historia escrita lo ignora todo o casi todo en relación a esos siglos tenebrosos de orígenes en los que se talla nuestra organización medioeval. Es indispensable acudir a los diplomas de los antiguos monasterios, hoy conservados en nuestro Archivo Histórico, o a los documentos que se guardan, a veces con excesivo celo, en nuestras catedrales del Norte. Esos textos, hasta ahora olvidados, descubren el misterio.

Es seguro que en los primeros tiempos, bajo la nueva superestructura musulmana, subsistió íntegra la sociedad hispanogoda. No olvidemos que en pleno siglo X, tres después de la invasión sarracena, aún

habitaban en Andalucía españoles que no sabían el árabe y vivían con cierta independencia. En la misma Córdoba, en las calles, en los hogares de las familias poderosas, y aun en el palacio del califa, se hablaba con frecuencia el romance. Diversos textos de Aljoxani, Alcutia y Abenadari, por ejemplo, atestiguan la perdurabilidad, a lo menos en parte, del régimen señorial y de varias instituciones de origen visigodo. A los arabistas toca profundizar en este estudio.

En el Norte, prescindamos de Cataluña, que no se organiza de manera autónoma, sino como mera prolongación del Imperio carolingio, y fijémonos en León y Castilla, por ser aquellos pueblos de los que en relación a este período poseemos más numerosos testimonios. Durante el siglo VIII y la primera mitad del IX, mientras Francia experimentaba la honda transformación que acabamos de bosquejar, en Asturias apenas si había reino, corte, nobleza ni otra cosa que montañeses acaballados en las cumbres de la cordillera cantábrica, dispuestos a refugiarse en sus breñas inaccesibles al aparecer las huestes musulmanas, o a caer sobre la tierra llana al perderse en el horizonte el adversario. Paulatina e insensiblemente se fueron despoblando las comarcas situadas entre el Duero y los montes. Las gentes huían de aquel país maldito, devastado sucesivamente por sarracenos y cristianos. Aun años después, cuando se habían ido repoblando los páramos de León y las campiñas de Castilla, las tropas cordobesas, para evitar el paso del desierto que se extendía al norte del Duero, en vez de subir a la meseta por las fuentes del río que la cruza, por los

pasos de Somosierra o Avila, o por la vía de la plata que iba de Mérida a Zamora, caminaban hasta Zaragoza, seguían Ebro arriba, entraban en Castilla por Pancorbo y continuaban por la tierra frontera a las montañas hasta León y Astorga.

Al cabo, en la segunda mitad del siglo IX, cuando ya Francia caminaba de prisa hacia lo que se ha llamado impropiamente régimen feudal, comenzó en la meseta la restauración cristiana. Ordoño y Alfonso el Magno primero, y los hijos y nietos de Alfonso después, levantaron ciudades, construyeron castillos, fundaron monasterios, dotaron iglesias, volvieron a la vida la extensa zona que limitaban por el Sur el Mondego y el Duero. En regiones donde una casta militar vencedora encuentra en los campos una masa de labradores, surge normalmente el señorío; los conquistadores se reparten el suelo en grandes lotes, dejan a los vencidos el cuidado de arrancar a la tierra sus productos y viven del trabajo de sus colonos. Pero en León y Castilla el caso fué distinto. En el país conquistado no había más que ruinas, y la repoblación se hizo por gentes del Norte y por mozárabes que no tenían el capital bastante en siervos, ganados y aperos de labranza para ocupar grandes extensiones de tierra. Los mozárabes que huían de las persecuciones y de las discordias civiles del emirato, en busca de paz y de sosiego, difícilmente lograrían conservar sus riquezas en la emigración, y entre los cristianos del Norte, gallegos, astures, cántabros y vascones que bajaron a poblar al valle del Miño y a la cuenca del Duero serían poco frecuentes los ricos propietarios que abandonasen sus

tierras seguras para correr los riesgos de las fronteras. Tengamos en cuenta que, en casos semejantes, a Andalucía sólo fueron los segundones de las casas nobles de Castilla, y a América los hidalgos sin blanca.

No hubo, pues, ni casta militar ni campesinos que labrasen el suelo. Fué preciso empuñar el hacha y aclarar el monte, o hundir el arado y romper la tierra, construir casas, ciudades, fortalezas, alumbrar o canalizar aguas para el riego, colonizar un país yermo. El rey, dueño de las tierras no cultivadas, autorizaba la libre ocupación del suelo, la *presura;* allí donde llegaba el hacha o el arado, extendía cada familia sus dominios; pero más allá otra familia hendía igualmente la maleza y roturaba luego. Aunque el campo se brindaba libérrimo a quien deseaba trabajarle, la penuria de capital que padecían los colonizadores determinó la formación de una pequeña y mediana propiedad. El latifundista y el sin tierra debieron ser en León y Castilla fruta esporádica al día siguiente de la repoblación.

No puede dudarse de estos hechos. Los cartularios de Celanova y de Sobrado, los becerros de Cardeña y Sahagún y el maravilloso tumbo legionense, el más rico de todos, comprueban la existencia de esa gran masa de pequeños y medianos propietarios precisamente hacia la misma época en que la gran propiedad había absorbido en Francia casi por entero a la pequeña. Mientras allende el Pirineo apenas quedaban simples libres que no hubiesen sido arrastrados a dependencia por la fuerza centrípeta de los señoríos, aquí formaban legión los *ingenuos,* enteramente horros de

todo yugo. Mientras, en relación a Francia, Fustel niega la existencia de comunidades locales, y Kowalewski, para contradecirle, no logra presentar más que una sola, aquí surgían a cada paso agrupaciones rurales que vivían en pleno régimen colectivista. Los condes encargados de la repoblación de una comarca establecían pequeños grupos de familias sobre las ruinas de una antigua *villa* o de un antiguo *vicus*. Tales familias edificaban sus viviendas formando minúsculas aldeas y constituían comunidades locales de vida independiente y personalidad jurídica indudable. Estas agrupaciones rurales poseían colectivamente los campos de labor, y en común aprovechaban aguas, prados, montes, rastrojos, molinos y salinas. En los diplomas aparecen viviendo libremente y disputando o contratando de igual a igual con obispos, monasterios o magnates.

Este régimen peculiar de la propiedad y esta considerable masa de hombres libres económica y jurídicamente que la repoblación produjo y los documentos atestiguan, imprimieron a nuestra historia medioeval su sello distintivo y dieron tal vez para siempre al «elemento pueblo» su papel primordial en los destinos de España.

—

Como acabamos de ver, la sociedad asturleonesa experimentó en los siglos VIII y IX un tan profundo cambio, que no puede extrañarnos la desaparición total de aquellos factores disolventes que en Francia habían

llevado a la anarquía y por ende al feudalismo. La aristocracia de funcionarios laicos y eclesiásticos que, arraigada en la tierra, florecía en los últimos años de la monarquía toledana, se arruinó por completo. La gran propiedad quedó al Sur, en la España árabe; en el Norte hubo solución de continuidad entre los antiguos y los nuevos propietarios. La evolución que, paso a paso, iba convirtiendo las grandes posesiones en *inmunitates*, evolución que empezaba a dar frutos, aunque no sazonados, en la época goda, se suspendió con la ruina de la nobleza y de la Iglesia. Por último, la monarquía, que había visto hundirse en la catástrofe el poder de magnates y de clérigos, se alzó ahora fortísima y sin trabas en el reino cristiano.

En una sociedad organizada de esta forma, sobre una pequeña y media propiedad, sobre una masa de simples libres y con una realeza omnipotente en la cumbre, no podía surgir un estado feudal. No era cuestión de más o de menos germanismo, de mayor o menor asimilación de la cultura y de las fórmulas romanas. Faltaban sencillamente las condiciones en que podían desenvolverse las instituciones prefeudales. Si el feudalismo hubiera sido mero producto de la psicología germana y obra exclusiva de pueblos vigorosos, vírgenes de todo decadente contagio con Roma, ¿cómo no llegó al régimen feudal por espontánea evolución Noruega, la nación más joven de Germania, enteramente libre de todo contacto con la civilización y con el espíritu romanos? No; el feudalismo, aunque creación de la raza germana, necesitaba un ambiente especial para su desarrollo, una base económica y social determinada que

existía en la Galia en los siglos VIII y IX, pero que no se daba en esa época por razones diversas ni en España, en el Sur, ni en Noruega, en el Norte.

En el camino hacia los dos regímenes señorial y feudal habíamos retrocedido largas jornadas. Aunque la sociedad asturleonesa comenzó en seguida a evolucionar, siguiendo los mismos derroteros que siglos antes las naciones creadas por los bárbaros, como Europa no esperó a que nuestra normal transformación nos colocara de nuevo a su nivel y prosiguió su marcha, al reanudar la nuestra empezamos a caminar con varias centurias de retraso. Este retraso fué causa primordial de las diferencias que nos separaron de los pueblos hermanos durante toda la Edad Media.

Al principio, en el siglo X, nuestro desenvolvimiento, mudados los lugares y las fechas, coincidió con el experimentado por Francia, por ejemplo, en el período merovingio. Pero pronto nuestra organización y la de aquellas sociedades vecinas fueron algo más que grados diversos de un mismo proceso evolutivo. Caminábamos por un mundo distinto del que presenció la transformación de aquellas naciones; del Sur nos llegaban influencias igualitarias musulmanas; del Norte, los problemas que iban suscitándose en Europa, y, en consecuencia, hubimos de plantear y de resolver tales problemas en un ambiente muy diverso de aquel en que se habían planteado y resuelto más allá de los montes Pirineos. En adelante nos separó de Europa, no sólo un secular retraso, sino múltiples diferencias orgánicas; a veces incluso nos anticipamos a los demás Estados de Occidente.

Los siglos X y XI presenciaron en León y Castilla la formación de una gran propiedad y de una aristocracia territorial. Las donaciones de los reyes empezaron a producir hondas diferencias en la repartición del suelo. Iglesias y claustros fueron los primeros y los más favorecidos por la liberalidad de los monarcas; pero también los laicos acrecentaron su patrimonio a costa de las mercedes soberanas. Los institutos religiosos se enriquecieron asimismo por las concesiones graciosas de los particulares, que acudían a fórmulas jurídicas diversas para conseguir la misericordia divina sin grave daño del bienestar terreno. Monasterios y particulares aprovechaban de otra parte los años malos para hacer préstamos o *renovos* a los labradores sin recursos, y para tomarles después sus viñas, herrenes o pomares, cuando llegaba la hora difícil del reintegro imposible. Además, laicos y clérigos, o monjes *verbis blandientes et seductionibus mellifluis,* como dicen algunos documentos, o *invitissime,* como afirman otros, redondeaban su fortuna territorial con las heredades de los pequeños propietarios vecinos. En conclusión: estas y otras causas diversas contribuyeron a la formación de la gran propiedad, que produjo como primera consecuencia el arraigo en la tierra de la nueva aristocracia de palatinos y de funcionarios. Estos tales, denominados condes y potestades en razón a su oficio en la corte o en el gobierno, comenzaron entonces a llamarse ricos hombres.

Paralela y sincrónicamente con esta evolución se produjo la paulatina debilitación de la realeza. El sistema hereditario llevó al trono príncipes incapaces. La

prodigalidad de los monarcas mermó el patrimonio de la corona, y la fuerza creciente de las dos noblezas laica y eclesiástica que a la sazón surgían frenó de hecho la autoridad ilimitada de los reyes. Como consecuencia de esta debilitación de la realeza, los príncipes se vieron forzados a conceder múltiples privilegios de inmunidad, y los nobles acuciados por deseos de independencia que sólo el conde de Castilla consiguió realizar.

Hacia aquella época se planteó también en el reino asturleonés el problema de la guerra a caballo que la invasión árabe suscitara en Francia mucho antes. En Asturias no se debió sentir la necesidad de crear una caballería inútil para la guerra defensiva y para la guerra de montañas que por espacio de siglo y medio hubo de realizarse contra los sarracenos. La faja costera y montañosa en que estaba asentado el nuevo reino era además excesivamente pobre para que hubieran podido organizarse cuerpos numerosos de caballería, aun en caso de haber llegado a ser indispensables. Pero ahora, cuando se bajó a la meseta y se peleó en campo abierto, fué necesario combatir a caballo, y fué, por tanto, preciso a los monarcas proveer de algún modo a las necesidades económicas de los nuevos jinetes.

Según se deduce de lo expuesto, empezaron otra vez a brotar a la vida los diversos factores que habían conducido allende el Pirineo al régimen feudal; y, en efecto, obispos, abades y magnates dieron con las inmunidades el primer paso hacia la organización de los señoríos y comenzaron a reclutar comitivas de vasallos nobles, a los que otorgaron préstamos, es decir, bene-

ficios. Empezó, pues, a surgir en León y Castilla un Estado de tipo germánico, un Estado en el que vínculos personales y privados unieron a los nobles entre sí y con el rey. Pero era tarde; estábamos en la centuria undécima y rodeados de cuestiones muy otras de las que hubo de resolver en sus comienzos la joven monarquía carolingia. Nuestra evolución hacia el feudalismo tropezó, por tanto, con obstáculos que no habían surgido entre los francos en ocasión análoga, y, naturalmente, no pasamos en ella de la primer jornada.

En efecto; los señoríos no alcanzaron jamás entre nosotros el desarrollo y la importancia que en el centro y occidente de Europa. En primer término, el elemento pueblo no fué eliminado de nuestra escena histórica. Ni las grandes propiedades pudieron absorber a las pequeñas en el mismo grado que en Francia, ni los nobles lograron domeñar totalmente, como allí, a los simples libres. El retraso con que se organizó entre nosotros el régimen señorial hizo que en el valle del Duero surgieran las ciudades muy poco después que los señoríos territoriales. Aquellos pequeños y medianos propietarios que la Reconquista había producido no pudieron bastarse a sí mismos económicamente como los grandes cotos aislados que señalábamos en Francia. Consagrados por ley de vida a un tiempo a la agricultura y a la guerra, hubieron de permanecer siempre en contacto económico, de necesitar pronto del trabajo a salario o del trabajo para depósito de pequeños industriales libres, y de constituir con ellos las ciudades. En éstas, a cuya formación contribuyeron también razones militares, pudieron aquellos modestos labradores

defenderse de la fuerza absorbente de los señoríos, y en ellas perduró por tanto, libérrimo, sin solución de continuidad, el elemento pueblo, que en Francia había sido articulado dentro del engranaje señorial y que sólo se abría camino paso a paso.

Además no llegó a constituirse en León y Castilla una red de grandes señoríos, porque la realeza no descendió jamás durante aquellos siglos a los extremos de impotencia que en la Galia. De una parte, el estado permanente de guerra en que se vivía mantuvo siempre enhiesta la autoridad de la corona, pues las crisis del poder soberano iban acompañadas de desastres y de trágicos retrocesos de frontera. De otra, mientras los libres, antes y después de la organización de las ciudades, sirvieron a la monarquía de contrapeso frente a la nobleza, las nuevas conquistas permitieron más de una vez a nuestros príncipes reconstituir su hacienda en bancarrota. Cuando las liberalidades de los reyes habían agotado sus ingresos, nuevos avances hacia el Sur reponían su patrimonio, los convertían otra vez en los primeros propietarios del reino y vigorizaban su poder frente a las dos aristocracias. Esta relativa pujanza de los príncipes hizo que, no obstante las nuevas fórmulas jurídicas, ni los grandes, salvo excepciones muy contadas, se atrevieran a desconocer la obediencia que debían a la corona, ni los gobernadores de distrito a alzarse hereditariamente con el señorío de la provincia que les estaba encomendada. En pleno siglo XII aún seguían siendo los magnates funcionarios amovibles a voluntad del soberano, al mismo tiempo que sus propios vasallos. Se repetía el caso de los primeros caro-

lingios, bajo cuyos gobiernos los nobles eran a la par vasallos del rey y oficiales de la administración.

En el camino hacia el régimen feudal tampoco llegamos a la meta. Los reyes asturleoneses no tuvieron necesidad de acudir a la fórmula empleada por Carlos Martel para resolver el problema de la caballería. Había entre los medianos y pequeños propietarios muchos libres no nobles que poseían los medios de fortuna suficientes para tener caballo y servir como caballeros. Los monarcas los incitaron a proporcionarse la cabalgadura, el equipo y las armas, concediendo a los que peleasen como jinetes la exención tributaria y los derechos judiciales de la nobleza. De esta forma surgió la caballería villana, cuyos miembros fueron a los nobles, a los infanzones, lo que a los *ingenuos*, es decir, a los libres de nacimiento, los libertos.

Para dar medios de vida a los jinetes nobles, y al cabo de algún tiempo también a los villanos, se acudió a un doble sistema: a la soldada y al préstamo. La guerra constante de algaradas y de *razzias* solía ser a la sazón empresa productiva, y la realeza lo bastante rica para pagar soldadas a los caballeros. No fué, pues, necesario la mayoría de las veces dar tierras a cambio de servicios. La Crónica latina de los reyes de Castilla atestigua que aun a fines del siglo XII, al regresar de una campaña, de la parte de botín que había correspondido al soberano se satisfacía a los caballeros su soldada.

Sólo parcialmente se dieron préstamos (beneficios) a los que servían a caballo; pero no como en Francia por intermedio de los magnates de la corte, sino direc-

tamente por el rey a los caballeros. La causa de esta diferencia radica también en nuestro retraso secular. Mientras en la Galia apareció la caballería en una sociedad organizada sobre la base de una potente aristocracia, de una gran propiedad y de un vasallaje muy desarrollado, entre nosotros surgió cuando apenas conocíamos la gran propiedad, la nobleza territorial ni el régimen de vasallos. Hubiese sido necesario, como en Francia, el transcurso de multitud de siglos y una casi total anulación del poder real para que se hubiera pasado del sistema beneficiario al pleno feudalismo. Antes de que esta transformación se realizara, el derecho romano renaciente vino a renovar la clásica concepción del Estado ideada por Roma y a interrumpir para siempre aquella evolución.

—

Tal fué la génesis de nuestra diferenciación de Europa. Como resultado de este proceso histórico, que hemos procurado trazar a grandes rasgos, Castilla se organizó de esta manera: en lo alto, una realeza poderosa; en el centro, una minoría de señores, reducida en potencia social, y en la base, una masa enorme de pueblo, integrada por los villanos y por los hidalgos, que al cabo pueblo eran.

Sólo se alteró el anterior reparto de fuerzas cuando se ocupó la Mancha, Extremadura y más de la mitad de Andalucía. En primer término, las tierras conquistadas tendían geográficamente a la gran propiedad; estaban habitadas por sarracenos cuando las ocu-

paron los cristianos, y entre éstos existía ya, además, una casta militar relativamente poderosa, una aristocracia organizada. En segundo lugar, por entonces desapareció el peligro islamita, surgieron una tras otra dos largas querellas dinásticas y, al estacionarse durante siglos el avance hacia el Sur, se cerraron por cientos de años las fronteras. A consecuencia de estos hechos geográficos, sociales y políticos, la nobleza se enriqueció fabulosamente y acrecentó asimismo su poder señorial, mientras los reyes perdieron para siempre las posibilidades de reponer su erario y se debilitaron hasta la impotencia.

Esta fué, en efecto, entre nosotros la época de las grandes luchas entre la corona y los magnates; pero era ya imposible que esta contienda pudiese alterar nuestra organización: agonizaba la Edad Media, el feudalismo caminaba en Europa hacia su ruina, la recensión del derecho romano fortalecía teóricamente el poder de los príncipes, y el tercer factor de la trinidad que señalábamos, el elemento pueblo, conservaba además íntegras sus fuerzas económicas y políticas.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

Nuevos hechos, nuevas ideas

La periodicidad en el curso de la vida

Ὁ θεὸς ἀριθμητίζει. *(Dios hace números.)*
Pitágoras.

LLEGARÁ un día en que podamos predecir los fenómenos de la vida? ¿Llegará un día en que sepamos con certeza la fecha futura de los nacimientos, de las muertes, de las enfermedades, de las crisis? ¿Llegará un día en que la vida nos descubra el misterio de sus andanzas y nos revele los plazos forzosos en que distribuye sus etapas?

Las periodicidades vitales se han considerado y se consideran, por lo general, como un resultado de la adaptación, de la selección y de la herencia. El ritmo de la vida vegetal se acomoda a los períodos astronómicos de las estaciones. La vida animal, a su vez, se rige por la de las plantas. Hay, pues, épocas de celo y concepción que son más favorables que otras para el desarrollo perfecto de las especies. La selección natu-

ral elimina los individuos inadaptados a esas épocas y fija así los períodos invariables, que se transmiten por herencia de generación en generación.

Este modo de explicar las periodicidades vitales consiste, como vemos, en suponer que la periodicidad no es primaria e inherente a la vida misma. La vida por sí no sería un curso de ritmo acompasado, sino que adquiriría ese ritmo por la necesidad de plegarse a ciertas condiciones exteriores de clima, temperatura, flora, etc. He aquí un excelente ejemplo de la manera como el evolucionismo convierte la biología en física y resuelve en encuentros mecánicos los caracteres peculiares de la vida.

Pero si consideramos la periodicidad como un carácter típico intrínseco de la vida misma, entonces su explicación no podrá consistir en derivarla, sino en conocerla, en desentrañar sus leyes, sus plazos, sus formas manifestativas. Esto es lo que se han propuesto algunos biólogos modernos, y a la cabeza de ellos el médico vienés Guillermo Fliess *. En el presente artículo intentamos exponer los principales resultados de sus investigaciones.

El año

El pintor italiano Rafael murió en el día de su cumpleaños. ¿Casualidad? Felipe I de Brunschwig

* Los principales libros de Fliess son: *Der Ablauf des Lebens. Grundlegung zur exakten Biologie.* Viena y Leipzig, 1906.—*Das Jahr im Lebendigen.* Jena, 1918.—*Vom Leben und vom Tod.* Jena, 1919. Y numerosos artículos

tuvo cuatro hijos: Alberto, que nació el 21 de octubre de 1521 y murió el 20 de octubre de 1546; Ernesto, que nació el 2 de abril de 1518 y murió el 2 de abril de 1567; Wolfgang, que nació el 6 de abril de 1531, y Felipe, que murió el 4 de abril de 1596. ¿Casualidades? Enrique I de Portugal nació el 31 de enero de 1512 y murió el 31 de enero de 1580. Su hermano Alfonso nació el 23 de abril de 1509 y murió el 21 de abril de 1510. Su hermano Juan nació el 6 de junio de 1502 y murió el 11 de junio de 1557.

El doctor Fliess ha encontrado en la *Genealogía de los príncipes de Europa,* por K. von Behr, más de cincuenta familias reinantes en donde existen coincidencias de fechas anuales repetidas tres y cuatro veces en la misma familia: muertes y nacimientos, nacimientos de hermanos, coincidencias con los padres y los abuelos. Igualmente visible es la influencia del año en la salud. Muchísimos casos se conocen en que una enfermedad comienza, se agrava, se cura, hace crisis en el día del cumpleaños del paciente. En el reino vegetal se observa también la periodicidad del año. Un rosal empieza a florecer el 14 de junio, y con regularidad florece todos los años en el mismo día o en día inmediato. Entre los animales abundan idénticas observaciones. El año representa, pues, una unidad rítmica muy importante en la vida.

Pero no es la única. Si fuera la única, todos los

en revistas de Biología y Medicina.—Las ideas de Fliess han sido utilizadas por O. Weininger y H. Swoboda. En el sentido de Fliess, han trabajado y publicado H. Schlieper, R. Pfennig y otros.

procesos vitales, en todos los casos, transcurrirían siempre en períodos anuales. Ahora bien, existen numerosas, numerosísimas desviaciones y alteraciones de la periodicidad anual. ¿De qué provienen? De que junto con el ritmo del año laten en la vida otros ritmos subordinados, cuyas vibraciones periódicas se entrecruzan con las del año y dan por resultado esas desviaciones y alteraciones. Así, pues, el hecho de que no se verifique siempre la periodicidad anual no significa que ésta sea una excepción fortuita. Vamos a ver en seguida que existen otros períodos fijos y más breves en que la vida se desenvuelve.

28 = 23

El doctor Guillermo Fliess tiene cuatro hijos. Entre el primero y el segundo median 984 días. Entre el segundo y el tercero, 477. Entre el tercero y el cuarto, 1.064. Estos tres intervalos pueden interpretarse aritméticamente en esta forma:

$$\text{I)} \quad 984 = \overline{16 \times 23} + \overline{22 \times 28}$$
$$\text{II)} \quad 477 = \overline{11 \times 23} + \overline{8 \times 28}$$
$$\text{III)} \quad 1.064 = \overline{16 \times 28} + \overline{22 \times 28}$$

Se advierte en seguida que los dos primeros intervalos están formados por la suma de un múltiplo de 23 y de un múltiplo de 28. El tercer intervalo es múltiplo de 28. He aquí dos nuevos ritmos que debemos añadir al año. Los procesos vitales transcurren en com-

pases de 28 y de 23 días. Estos compases de distinta amplitud se superponen unos a otros, y como no coinciden exactamente, sus sumas dan resultados al parecer irregulares. Pero, sometiendo esas sumas al análisis, se encuentra siempre que se componen de múltiplos de 23 o de 28, o de 28 y de 23. Dondequiera que se opere se hallará el mismo hecho extraordinario.

Pero no es esto todo. Consideremos los coeficientes que llevan los números 28 y 23 en los tres intervalos citados de la familia Fliess. En los intervalos I y III, los coeficientes son los mismos. La única diferencia está en que I contiene el producto de 16×23 y II contiene el producto 16×28. Ahora bien, hemos dicho que 28 y 23 son los ritmos subalternos que se engarzan en el año; es decir, que 28 días constituyen una *unidad* de duración, y 23 días otra. El producto 16×28 significa diez y seis unidades de duración; el producto 16×23 significa igualmente diez y seis unidades de duración. Estas unidades rítmicas no son aritméticamente iguales; pero lo son biológicamente, como veremos más adelante. Por lo tanto, *biológicamente*, $28 = 23$; por consecuencia, $16 \times 28 = 16 \times 23$. Diremos, pues, que el intervalo I y el intervalo III son biológicamente iguales. Para representar la igualdad biológica, Fliess emplea el signo $\equiv$.

Consideremos ahora el intervalo

$$II = \overline{11 \times 23} + \overline{8 \times 28}.$$

Puesto que ya sabemos que 28 es biológicamente

igual a 23, podemos expresar el intervalo II cambiando los coeficientes, y tenemos

$$II = \overline{8 \times 23} + \overline{11 \times 28}.$$

Comparemos este intervalo con el intervalo I, y veremos en seguida que es exactamente la mitad de éste.

En resumen, el intervalo I es biológicamente igual al III y al doble del II *.

En la propia familia del doctor Fliess se da un ejemplo muy hermoso de perfección en el ritmo vital. Es el siguiente: 1.428 días antes de la muerte de la abuela nace una nieta. Muere luego la abuela, y a los 1.428 días nace otra nieta. Y 9.996 días después nace el bisnieto (hijo mayor del doctor Fliess). Ahora bien, 1.428 días son $\overline{28}^2 + \overline{28 \times 23}$. Y 9.996 días son $7\,(\overline{28}^2 + \overline{28 \times 23})$. Podemos establecer el proceso en el siguiente esquema:

Nace la primera nieta. Muere la abuela.	$\overline{28}^2 + \overline{28 \times 23}$ días.
Nace la segunda nieta.	$\overline{28}^2 + \overline{28 \times 23}$ días.
Nace el bisnieto.	$7\,(\overline{28}^2 + \overline{28 \times 23})$ días.

* Buscando confirmaciones a la teoría de Fliess he hallado la siguiente curiosísima fórmula en la familia de uno de mis más queridos amigos:

Miguel . . . . . Soledad.	I = 1.008 días $= \overline{28 \times 23} + \overline{13 \times 28}$
José.	II = 987 días $= \overline{21 \times 23} + \overline{18 \times 28}$.

Ahora bien, el intervalo II puede expresarse también así:

$$\overline{28}^2 + \overline{13 \times 28} - \frac{28 \times 23}{4}.$$

Dijérase que los nacimientos de nietos y bisnietos se reparten en curvas iguales en torno a la muerte de la abuela.

Pero el ritmo de 28 y 23 días no aparece solamente en los intervalos que median entre nacimientos o nacimientos y muertes; aparece también en muchos otros procesos vitales, principalmente en las crisis y enfermedades, cuando éstas son debidas a causas internas. En su obra *Das Jahr im Lebendigen (El año en los seres vivos)*, el doctor Fliess ha acumulado una enorme cantidad de observaciones personales y ajenas sobre cursos de enfermedades, fechas de crisis y ataques, todas las cuales ratifican perfectamente el doble compás de 28 y 23 días en que el transcurrir de la vida se fracciona.

En resumen: hay dos unidades biológicamente iguales, que son 28 y 23 días. Estas unidades deben añadirse a la unidad anual en la teoría de los ritmos vitales. Estas unidades, a su vez, tienen su típica equivalencia biológica con el año y el medio año. El año es biológicamente igual a 14×23, o 14×28; es decir, la mitad de 28×23 y de 28^2. El medio año es biológicamente igual a $\frac{28 \times 23}{4}$, o sea $\overline{7 \times 23}$. Y la distancia o intervalo de $^3/_2$ años biológicos es igual a 23^2.

Comparemos ambos intervalos. El primer miembro del primero ($\overline{28 \times 23}$) es biológicamente igual al primer miembro del segundo (28^2). El segundo miembro es idéntico en ambos intervalos. El tercer miembro del segundo intervalo es el sustraendo $\frac{28 \times 23}{4}$, que significa la cuarta parte del primer miembro. Veremos más adelante que, según Fliess, el producto 28×23 significa dos años biológicos. Podemos decir, pues, que el segundo intervalo es igual al primero, menos $^1/_2$ año biológico.

Genealogía del 28 y del 23

Pero esos dos números, ¿de dónde vienen? ¿Por qué ellos y no otros? ¿En virtud de qué ocultos motivos fueron tomados como únicos divisores de los períodos vitales? ¿No podrían otros números hacer el mismo oficio, con idéntico resultado?

La naturaleza misma, convenientemente interrogada, es la que entrega los números 28 y 23. En una clivia brotan cuatro retoños nuevos en las fechas siguientes: 10 de noviembre de 1901, 8 de diciembre de 1901, 5 de enero de 1902, 2 de febrero de 1902. Aparece un botón el 25 de febrero de 1902, la flor el 20 de marzo de 1902; la flor cae espontáneamente el 12 de abril de 1902. Los intervalos de estos procesos son: I) = 28 días, II) = 28 días, III) = 28 días, IV) = 23 días, V) = 23 días, VI) = 23 días. He aquí en perfecta serie y, por decirlo así, en esquema los períodos puros de la vida.

Consideremos ahora la estadística de los nacimientos. Por cada 105 niños nacen 100 niñas. Por cada 128 niños que nacen muertos, hay 100 niñas que nacen muertas. La relación de los niños que nacen muertos con los niños que nacen vivos es, por lo tanto, de $\frac{128}{105}$, o, más exactamente, $\frac{129}{106}$. Pues bien, esta relación es igual a $\frac{28}{23}$. ¿Qué significa esto? Significa que los números 28 y 23 son los períodos de duración de las substancias vivientes, de las unidades vitales. Mas como todos los seres, ya sean masculinos, ya femeninos, pre-

sentan indistintamente los períodos de 28 y de 23 días, es preciso que todos se compongan de substancias masculinas y substancias femeninas. El ser vivo consiste en una continua acción y reacción de las substancias masculinas sobre las femeninas; la función generatriz es sólo un caso particular de esta continua relación de ambas substancias.

Pero cada uno de los números 28 y 23, ¿a qué categoría pertenece, a la masculina o a la femenina? Un cálculo sencillísimo nos da la respuesta. Sabemos que, en números redondos, la relación sexual de los nacimientos de niños vivos es de 105 varones por 100 hembras, y la de los nacimientos de niños muertos, de 129 varones por 100 hembras. A estos datos estadísticos hemos de añadir ahora que la relación de los que nacen muertos con la totalidad de los nacimientos es de $\frac{2}{51}$. Es decir, que por cada 51 nacidos, 2 están muertos. Ahora bien, $51 = 28 + 23$. Luego esa relación puede escribirse: $\frac{1}{28} + \frac{1}{23}$. Esto significa que si de los 51 nacidos hacemos dos grupos, uno de 28 y otro de 23, hay un muerto en cada grupo. Quitemos ese muerto de cada grupo. Los dos grupos se compondrán de 27 y 22 niños vivos respectivamente. Supongamos ahora que el número 23 sea el de la substancia masculina y el 28 el de la femenina. En tal caso nacerán 22 veces más varones vivos que muertos y 27 veces más hembras vivas que muertas. Sabemos, empero, que por 129 varones muertos nacen 100 hembras muertas. Luego la relación de los varones vivos a las hembras vivas deberá ser $\frac{129 \times 22}{100 \times 27}$. En efecto, esta relación es igual a $\frac{105}{100}$, que es justamente lo que arrojan los datos

estadísticos. Podemos, pues, decir que 23 es el período vital de la substancia masculina y 28 el de la substancia femenina.

Así, pues, 28 y 23 son cantidades biológicamente iguales. Por otra parte, nace un niño muerto por cada grupo de 28 o de 23 nacimientos. Esto significa, pues, que el número total de los que nacen es de *una dimensión biológica más alto* que el número de los que nacen muertos. Pronto veremos la importancia que tiene este concepto de dimensión biológica superior (o inferior).

A otra consecuencia interesante nos conduce igualmente la equivalencia biológica de 28 y 23. Recordamos que la relación entre los varones que nacen muertos y las hembras que nacen muertas es de $\frac{128}{100}$. Ahora bien, $\frac{128}{100} = \frac{23}{18}$; o, lo que es lo mismo, $\frac{2 \times 23 - 23}{2 \times 23 - 28}$. Si consideramos ahora la igualdad biológica de 23 y 28, esta relación será $\frac{1}{1}$. ¿Qué significa esto? Significa que el número de los varones que nacen muertos es *biológicamente* igual al de las hembras que nacen muertas. De igual manera, el número total de los varones que nacen (muertos y vivos) es biológicamente igual al de las hembras que nacen (muertas y vivas). Y no podía ser de otro modo. La naturaleza necesita por igual de ambos sexos; la vida se compone de ambas substancias, masculina y femenina, y, por lo tanto, ambas han de tener biológicamente el mismo trato.

Veamos una curiosa aplicación de la doctrina. Los mellizos pueden ser del mismo sexo o de sexo contrario. Una pareja de mellizos ofrece tres posibilidades: dos varones, dos hembras y varón y hembra. Podemos

decir *a priori:* si lo anteriormente expuesto es cierto, ha de haber, por una pareja de gemelos de sexo contrario, dos parejas de gemelos del mismo sexo. En efecto, la estadística de Prusia afirma que de 100 gemelos, 62,6 son del mismo sexo y 37,4 del sexo contrario. La relación $\frac{62,6}{37,4}$ es, empero, igual a $\frac{2 \times 23}{28}$, o, lo que es lo mismo biológicamente, $\frac{2}{1}$. Preguntamos en seguida: ¿En qué proporción deberán estar los mellizos masculinos con los femeninos? Según nuestra teoría, en la proporción $\frac{1}{1}$, es decir, en igualdad biológica. Y, efectivamente, la estadística da cifras que se resuelven en la siguiente relación: $\frac{28 + \overline{2 \times 23}}{3 \times 23}$, o sea, biológicamente, $\frac{3}{3} = 1$.

Comprobaciones estadísticas

El estudio de las estadísticas de mortalidad, enfermedad, nacimiento, etc., nos ofrece el espectáculo de la vida conjunta, desenvolviéndose por latidos periódicos extraordinariamente precisos y exactos.

En 1908, el doctor B. Fränkel, en una conferencia pronunciada en la Sociedad de Medicina de Berlín, se felicitaba de la disminución notable de la mortalidad en Prusia desde 1886. «En este año, en efecto—decía—, murieron $\frac{262}{10.000}$. En 1906, o sea veinte años después, murieron $\frac{180}{10.000}$. Estas cifras representan para los médicos alemanes la corona del triunfo... Muy especialmente debemos tener en cuenta la *tuberculosis* en esa estadística. En efecto, en 1886 murieron en Prusia de tuberculosis $\frac{31,14}{10.000}$, y en 1906, $\frac{17,26}{10.000}$, es decir,

$\frac{13,88}{10.000}$ menos.» Naturalmente, el doctor Fränkel admite que las causas de la disminución de la mortalidad por tuberculosis son causas exteriores: la profilaxia, los sanatorios, el seguro médico obligatorio, el mejoramiento de las condiciones de la vida. En suma: es el triunfo de la Medicina. Nadie pensó que pudiera haber en esto una interior determinación de la vida misma, una resultante de los ritmos vitales. Pero examinemos esas cifras desde nuestro nuevo punto de vista.

En el año 1886, la mortalidad en Prusia es de 262 : 10.000. En 1906, de 180 : 10.000. La relación de esas dos mortalidades es $\frac{262}{180} = \frac{1,455\ldots}{1}$, y ampliada al denominador 51, resulta $\frac{74}{51}$, o lo que es lo mismo (descomponiendo 51 en nuestros dos elementos 28 + 23), $\frac{2 \times 23 + 28}{23 + 28}$. Esto significa que si en 1886 murieron dos grupos de 23 y un grupo de 28 (en total tres grupos), en cambio en 1906 sólo murieron dos grupos (uno de 23 y otro de 28).

Veamos ahora las cifras de la tuberculosis. En 1886 murieron tuberculosos 31,14: 10.000. En 1906, sólo 17,26 : 10.000. La relación es $\frac{31,14}{17,26}$, o sea $\frac{1,8}{1}$, y tomando 28 por denominador, $\frac{51}{28}$, es decir, $\frac{23 + 28}{28}$. Es decir, que en 1886 murieron de tuberculosis dos grupos (uno de 23 y otro de 28), mientras que en 1906 sólo murió un grupo de 28. La tuberculosis de 1906 representa, pues, la *mitad biológica* de la tuberculosis de 1886.

Comparemos ahora la relación de la mortalidad total con la relación de la mortalidad por tuberculosis. Hallamos el extraordinario resultado de que la significación de ambas es la misma. En efecto, la relación de

la mortalidad total era $\frac{74}{51}$. Si a esta fracción sustraemos 23 en el dividendo y en el divisor, tenemos $\frac{74-23}{51-23}=\frac{51}{28}$, es decir, obtenemos como regalada la fracción que expresa la mortalidad por tuberculosis. Y vemos que tanto en la mortalidad total como en la mortalidad por tuberculosis, lo que ha sucedido es que ha muerto un grupo de 23 de menos. El hecho es harto claro, preciso, significativo, e invita a pensar que se trata aquí de un proceso interno, de un latido de ondulación de la vida misma.

Pero ampliemos nuestra indagación, haciendo entrar en ella la diferencia de los sexos. En 1886 murieron en Prusia tuberculosos 34,19 hombres de cada 10.000 hombres y 28,20 mujeres de cada 10.000 mujeres. La relación entre los sexos es, pues, $\frac{34,19}{28,20}$, que es igual a $\frac{1,2124}{1}$ y a $\frac{28}{23}$. Es decir, que murieron tuberculosos 28 hombres por cada 23 mujeres. Dada la equivalencia biológica de 28 y 23, diremos que murieron en 1886 biológicamente tantos hombres como mujeres.

Veamos en 1906. La relación en esta fecha es 18,15 hombres por 16,39 mujeres, o, lo que es lo mismo, $\frac{1,11}{1}=\frac{51}{46}=\frac{28+23}{23+23}$. También aquí mueren biológicamente tantos hombres tuberculosos como mujeres. ¿Puede decirse que las conquistas médicosociales sean eficaces para la relación en que mueren de tuberculosis los hombres y las mujeres? La realidad es que en los grupos de 28 y 23 perece la misma cantidad de materia viviente. La realidad es que la mortalidad, biológicamente considerada, es siempre la misma; pero como se reparte unas veces en los grupos de 28 y otras en los

grupos de 23, da la impresión total de un aumento o de una disminución. La naturaleza, empero, mantiene su equilibrio, bien que por diferentes vías. Ondula en un movimiento de flujo y reflujo, pero siempre es la misma ola la que sube y la que baja. Cuando la marea sube, cuando la mortalidad es escasa, regocíjanse los hombres y los médicos se envanecen de su eficiencia. Mas pronto viene el descenso y las lamentaciones. Infundados y caprichosos son, empero, aquel regocijo y esta queja, pues, en el fondo, el latir de la vida es sólo un modo de manifestarse en movimiento la totalidad siempre igual de la substancia viviente.

Los números 28 y 23, ¿son arbitrarios?

Contra la teoría de Fliess se ha argüido tachando de caprichosos los números 28 y 23, ejes de toda la doctrina. Se ha dicho que otros números cualesquiera darían idéntico resultado. Sin duda, es posible reducir una cifra suficientemente grande a sumas de factores. Pero ¿quiere esto decir que los números 28 y 23 hayan sido tomados al azar y por tanteo? De ninguna manera. Ya hemos visto que hay casos en que aparecen puros y sin mezcla en la naturaleza viva (caso de la clivia, que florece en plazos fijos de 28 y 23 días). Pero, además, los números 28 y 23 nos han dado la posibilidad de interpretar claramente los datos de la estadística, esto es, de reducir a normas inteligibles los resultados irregulares de las observaciones sobre gran-

des masas humanas. ¿Hubiera podido acontecer esto con otros números cualesquiera? Por ejemplo: de Hugo Capeto (nacido en 941 y muerto en 996) han nacido hasta fines de 1885, en línea de varón, 1.430 descendientes, y de éstos hay 23 pares de mellizos *. A 1.430 descendientes, o sea $28^2 + \overline{28 \times 23}$, despreciando a 2, corresponden, pues, 46 mellizos, esto es, 23 individuos mellizos a cada grupo de 28^2 y $\overline{28 \times 23}$. Ahora bien, esta relación, hallada en un caso particular, *tiene validez general.* En efecto, las estadísticas de Guzzoni degli Ancarnani (*Atti della Società Italiana di Ostetrica e Ginecologia,* 1899), sobre 32 millones de nacimientos italianos y 50 millones de nacimientos extranjeros, dan por resultado una pareja de mellizos por cada 87,8 nacimientos, es decir, también la misma proporción. ¿Podría resultar esto con otras cifras cualesquiera?

Últimas consecuencias

Fliess ha sacado de esta teoría algunas consecuencias que rebasan el problema de la periodicidal vital. Las más importantes son: la constitución mixta de cada individuo vivo, compuesto de substancia masculina y substancia femenina; el significado de la derecha y la izquierda en el mundo orgánico; la imposibilidad de que ningún viviente se sustraiga a la ley de muerte.

* Datos del doctor v. Göhlert en su artículo «Die Dynastie Capet», en el *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft,* año VL, 1889, pág. 451.

Para terminar esta exposición, diremos dos palabras sobre estas conclusiones más amplias.

Cada individuo está compuesto de substancia masculina y substancia femenina; en efecto, en todos los seres actúan simultáneamente los períodos de 28 y de 23. Además, por doquiera miremos el mundo vivo no se encuentra nunca un solo individuo que sea en verdad asexuado. Se ha creído durante mucho tiempo que la reproducción de los animales monocelulares era asexuada, esto es, que se reproducían solamente por división. Pero se sabe que la división tiene un límite y que si no interviene la conjugación de las células esa división no se realiza y llega la muerte. Decir que la conjugación de las células no significa bisexualidad porque no se han advertido diferencias morfológicas entre los individuos que se conjugan, es transformar arbitrariamente la ignorancia en sabiduría. En realidad, han podido advertirse entre ellos algunas diferencias en el proceso de crecimiento y desarrollo. Por otra parte, los procesos de regeneración no pueden ser considerados como verdadera reproducción; son, en realidad, prolongaciones del individuo, de un mismo individuo. Así, las rosas llamadas «la France» murieron en grandes masas, y hoy han desaparecido completamente. ¿Por qué? Porque no se propagaron más que por injerto, es decir, por regeneración sin conjugación, y cuando a la simiente primaria, nunca más renovada, le llegó su último instante, hubieron de perecer todas aquellas rosas. La simiente primaria y sus derivados formaban en realidad un solo individuo.

De todo lo dicho se deduce también la imposibi-

lidad de que ningún viviente escape a su fatal destino, que es morir. La biología moderna ha creído que el proceso de división celular era como un paradigma de inmortalidad. Hemos visto que no; hemos visto que sin la conjugación el proceso dicotómico cesa. Pero podría decirse: ¿no entra en la conjugación *toda* la célula? Pues entonces, para los animales monocelulares, el acto generador es realmente un acto inmortalizador y en verdad la célula conjugada recobra, a punto de morir, una nueva vida que se mantiene por sucesivas conjugaciones; la célula, al conjugarse, se inmortaliza. Haría falta, pues, indagar si en la conjugación entra efectivamente toda la célula, o si sólo una parte se continúa y la otra perece irrevocablemente. Si esto último es lo que sucede, los animales monocelulares estarían compuestos, como los pluricelulares, de dos clases de substancia, una somática y otra germinativa, y no podría hablarse en modo alguno de indefinida permanencia vital. Algunos ejemplos típicos parecen, en efecto, indicar que así ocurre.

La última conclusión del doctor Fliess presenta un interés más general todavía y más directamente humano. Es fácil observar en los seres vivientes y en el hombre que la pretendida simetría de la estructura morfológica no es estrictamente simétrica. Las dos partes del cuerpo no son nunca iguales; generalmente, nuestro lado derecho está más fuertemente desarrollado que el izquierdo. Pero a veces sucede que el lado izquierdo recibe un acento más enérgico, y entonces decimos que el individuo es zurdo. Zurdo es un individuo, no sólo en relación al desarrollo y manejo de las

manos, sino por todo el desenvolvimiento de su costado izquierdo. Además, no sólo el hombre puede ser zurdo; también se ha observado este fenómeno en monos, en loros, en gallos. ¿Qué significación tiene la zurdera?—Desde luego, son insuficientes las explicaciones exteriores que apelan al ejercicio, a las circunstancias, etc. En cambio, con notoria generalidad, se presenta el hecho de que entre los varones el zurdo se caracteriza por cierta propensión a la feminidad y entre las mujeres la zurda tiende al masculinismo. Todos tenemos como una mezcla o reunión de las dos substancias masculina y femenina. En el varón encontramos en rudimento los órganos de la feminidad; en la hembra, los de la masculinidad.

Pero además de los órganos, el sexo se distingue por otros caracteres sexuales secundarios que llegan hasta expresarse en la distinta psicología de uno y otro sexo. Los sexos, pues, tienen en la naturaleza distinto traje. Mas cada uno de estos distintos trajes conserva residuos o embriones del otro, y no hay hombre que no ostente signos de feminidad ni mujer que no tenga cierto cariz de varón. Cuando las cualidades del otro sexo se encuentran en un individuo, cuando existe cierto desequilibrio en el repartimiento normal de las substancias femeninas y masculinas, entonces esto se revela en el mayor desarrollo del lado izquierdo. La mujer masculina es zurda. El hombre femenino es zurdo. En el hombre, el costado izquierdo representa la feminidad; en la mujer, el costado izquierdo representa la masculinidad.

Esos individuos indecisos, esas personas que, per-

teneciendo a un sexo, poseen, sin embargo, acentuados los caracteres del sexo contrario, los zurdos y las zurdas, en suma, deben esa índole de su ser a una de estas dos causas: o bien han recibido un exceso de substancia vital que ha producido ese desequilibrio, o bien padecen un defecto de substancia que rebaja la potencialidad del sexo a que realmente pertenecen. En el primer caso, son hombres o mujeres superiores, artistas, creadores, genios. En el segundo caso, son hombres o mujeres inferiores, locos, enfermos, disminuídos. He aquí el motivo por el cual se ha notado tantas y tantas veces la similitud falsa del genio con la locura.

La consecuencia de esto habrá de ser, naturalmente, que los artistas y hombres geniales sean zurdos. Fliess, en efecto, cita una multitud de casos en que así sucede. Claro está que no se refiere solamente al manejo de las manos, sino, en general, a un desarrollo extraordinario del costado izquierdo del cuerpo. En este sentido, nombra a Keller, a Björnson, a Nietzsche, a Miguel Angel, a Leonardo, a Holbein, a Beethoven, a Heine, a Napoleón y muchos más.

MANUEL G. MORENTE

Lo masculino y lo femenino

Para una psicología de los sexos

(Conclusión)

LA tragedia del hombre es la relación entre el producto finito y la exigencia infinita. Esta exigencia se manifiesta en dos sentidos. Procede del yo, porque el yo quiere que todo salga de su propio fondo, quiere vivir y templarse en la creación, y en esta actividad su tendencia no reconoce límites. Procede, empero, también de la idea objetiva, que exige ser realizada y no acepta limitaciones, porque en cada obra reside la idea absoluta de una perfección. Mas, al encontrarse una frente a otra estas dos infinidades, surgen continuos obstáculos. La energía subjetiva que brota del interior, sin conciencia de límite ni incluso de medida, tropieza con sus fronteras tan pronto como se encara con el mundo y quiere crear un objeto en él; porque toda creación es una transacción con las potencias del mundo, una resultante de lo que somos y de lo que las co-

sas son, y hasta la forma pura del pensamiento consiste en la limitación de la informe corriente espiritual por las necesidades de la lógica, de la evidencia, del idioma. Por su parte también la idea de la obra padece limitación y angostura, porque sólo pueden llevarla a cabo fuerzas psíquicas, fuerzas que al realizarse se tornan finitas. Esa mengua, esa perturbación y despedazamiento que sobrevienen a todas nuestras producciones residen en los supuestos mismos de la productividad; la estructura del alma y del mundo, condiciones de toda creación, inyectan en la creación misma un germen de discordia, y la exigencia inmanente de su infinitud va unida *a priori* con la imposibilidad inmanente de llenar esa exigencia. Ciertamente, es ésta una tragedia general humana, por cuanto toda relación práctica, productiva, entre el ser humano y el mundo padece la misma irremediable dolencia. Pero el sexo masculino, que al establecer esa relación obedece a sus más hondas necesidades; el sexo masculino, para quien vivir en los objetos—los dados y los por crear—constituye el fondo y raíz propios; el sexo masculino encuentra esa tragedia en la esencia misma de su ser.

Frente a esta profunda necesidad interna, la tragedia típica del sexo femenino nace de su situación histórica, o, al menos, de las capas más externas de su vida. Aquí no hay ese dualismo que separa las raíces de la existencia y produce esa tragedia, por decirlo así, autóctona. La mujer vive y siente su vida como un valor que descansa en sí mismo. La vida de la mujer condensa su sentido todo en su centro, hasta tal punto que aun la expresión de «fin en sí» parece de-

masiado analítica. La categoría de medio y fin, tan profundamente arraigada en la esencia masculina, no puede aplicarse a iguales profundidades de la esencia femenina. Y he aquí ahora la complicación. El destino histórico, social, fisiológico de esas existencias femeninas consiste justamente en ser tratadas y estimadas como medios y hasta en concebirse ellas mismas como medios: medios para el hombre, para la casa, para el niño. Dijérase que el destino de la mujer es más bien triste que trágico. Porque la tragedia aparece cuando el sino destructor, que se opone a la voluntad vital del sujeto, tiene su origen en un elemento último del sujeto mismo, en una capa profunda de la voluntad vital misma. Pero las potencias exteriores, por terribles, angustiosas o destructoras que sean, pueden producir, sin duda, un destino infinitamente triste; nunca, empero, un destino propiamente trágico. Mas el caso de las mujeres es muy particular. Esa exclaustración, ese apartamiento de su profundo centralismo vital, para incluirse en una serie evolutiva y servirla y servir a su otro elemento, no es en la mujer una imposición violenta, absolutamente externa. Cierto es que no está fundada en el sentido metafísico de la vida femenina; pero su causa se halla en el hecho de que las mujeres vivan en un mundo y que en ese mundo haya «otro» con quien es inevitable entrar en relación, aunque esta relación tenga que quebrar la pura quietud del centro interior. El dualismo que provoca la tragedia típica de la mujer no procede, pues, de sus profundidades intrínsecas, de su esencia misma, como le sucede al hombre; origínase en el hecho meramente

externo de que la esencia femenina tenga que vivir inmersa en el mundo de la naturaleza y de la historia.

Esa tragedia, por decirlo así, natural arraiga sólo en la esencia del hombre; pues en la mujer, la naturalidad—si se me permite esta expresión algo confusa—constituye demasiado su esencia metafísica para desenvolver en ella el dualismo trágico. Acaso podamos expresar esto en los términos siguientes: el hombre puede, sin duda, vivir y morir por una idea; sin embargo, esa idea va siempre delante de él, esa idea es para él problema infinito y él permanece constantemente solitario en el sentido ideal. Para el hombre, la única forma de pensar y vivir una idea es referirse a ella, tenerla enfrente; por eso los hombres creen que las mujeres no son «capaces de ideas» (Goethe). Mas para la mujer, su esencia es inmediatamente una con la idea; la mujer, aunque en alguna ocasión el destino le imponga el aislamiento, no es nunca tan típicamente solitaria como el hombre; la mujer encuentra en sí misma su morada, mientras que el hombre busca la suya siempre fuera.

Por eso, en general, los hombres se aburren más que las mujeres. En los hombres, el proceso vital no está tan orgánica, tan evidentemente enlazado con ciertos elevados valores como en las mujeres. Las ocupaciones más o menos grandes que la vida doméstica continuamente impone a la mujer la protegen contra el aburrimiento; y este hecho no es más que la realización externa, histórica, de una cualidad diferencial que tiene su asiento en lo profundo del alma femenina. El proceso vital posee para las mujeres—y esto

guarda una conexión importante con lo que la naturaleza significa para ellas—otro sentido, otra índole, otra medida que para los hombres; el proceso vital femenino tiene una significación tal, que en él la vida y la «idea» se confunden por modo muy particular. Los anatómicos han comprobado que la mujer permanece más próxima al niño que el hombre. Aun después de haber llegado a la cumbre de su vida corporal, la mujer se parece más al niño por las proporciones del esqueleto, por la distribución del tejido adiposo y muscular, por la conformación de la laringe. Y esta analogía no se limita a lo corpóreo: ha dado ocasión a Schopenhauer para deducir una consecuencia tan obvia como liviana: que «las mujeres son toda su vida niños grandes».

Proyectada sobre la perspectiva de la existencia espiritual (incluyendo los territorios fronterizos entre lo psíquico y lo físico), la juventud consiste sobre todo en sentir la vida como vida, como proceso, como realidad que fluye por un cauce; la juventud quiere desplegar las energías de la vida sólo porque son energías que aguardan impacientes la hora de dispararse. La vejez, en cambio, confiere a los contenidos de la vida una prerrogativa superior al puro proceso vital. Dijérase que las mujeres, en cierto sentido, han de vivir más que los hombres, han de tener una vida mejor abastecida, más surtida que los hombres, puesto que tiene que alcanzar también para el niño; lo cual no supone mayor cantidad de fuerza sobrante y perceptible desde fuera. En la mujer típicamente femenina sentimos que hay una preeminencia vital del pro-

ceso mismo, del vivir mismo sobre sus contenidos particulares, como ciencia, economía etc.; una, por decirlo así, submersión en las profundidades de la vida como tal. Esta es la causa de que en las mujeres la idea, el contenido abstracto y normativo, separado idealmente de la vida misma—verdad, ley moral, belleza artística—, no alcance el grado de independencia y plenitud que alcanza en los hombres. El sentido, la fórmula de la existencia femenina no consienten que la idea se separe, se aísle para llevar una vida propia e independiente. Y aun esto mismo no es bastante decir. Cuando afirmamos que la mujer encuentra su sentido propio en su proceso vital y no en los resultados de éste, empleamos una representación que no es totalmente adecuada; porque para ella—y en esto consiste la nota que la diferencia de la juventud en general—no se trata propiamente de la contraposición entre el proceso y el resultado o idea, sino que se trata de la vida misma, de una vida tan indiferenciada que no llega a bifurcarse en el dualismo de proceso y resultado. La vida y la idea permanecen aquí inmediatamente unidas, y sobre esta unidad asienta la mujer el valor de un mundo interno o un mundo de valores internos, que para el hombre sólo es posible en forma de distinción y separación. A esto se refiere, sin duda, la «falta de lógica» que universalmente se atribuye a las mujeres, y aunque en este reproche hay de seguro no poca superficialidad sospechosa, es tan general y extendido, que debe proceder de algún hecho real.

La lógica representa en la esfera del conocimiento

la más perfecta separación e independencia de lo normativo e ideal frente a la realidad viva, inmediata, del espíritu. El que se somete a la lógica se coloca, por decirlo así, ante el reino de la verdad y pliega su pensamiento efectivo a las exigencias de ese reino de lo verdadero. Pero si el pensamiento se desvía de la verdad, no por eso pierde su validez interna ni rebaja en lo más mínimo su pretensión dentro del curso de nuestro espíritu. Este carácter de las normas lógicas hace que la idea y la realidad de nuestro pensamiento estén en oposición aguda. El pensamiento efectivo no cumple de suyo, espontáneamente, las exigencias de la lógica, y, por otra parte, la idea, la verdad no ejercen tampoco una soberanía indiscutida. Semejante dualismo es justamente lo más opuesto al principio femenino. El principio femenino, concebido en su pureza, está situado en el punto en que la realidad psicológica de nuestras manifestaciones y la idea o imperativo conviven indistintos aún, y no como simple mezcla, sino como inquebrantable unidad, como forma que tiene su sentido propio y peculiar y que vive con igual derecho que cada una de esas otras series separadas en el espíritu masculino. Sin duda, por definición, estas formas masculinas contrapuestas excluyen toda posibilidad de unión inmediata. Pero esto es cierto solamente para un nivel o estadio en que ya se hayan establecido las dos series divergentes. La mujer, empero, vive precisamente en una capa interior más profunda, en la cual dicha divergencia no se verifica. Tal es, al menos, el principio regulativo que constituye la orientación diferencial de la mujer. En cada caso particular, la distancia entre

la lógica y la realidad espiritual penetra con mayor o menor claridad en la conciencia.

Por eso para la mujer resultan muchas veces incomprensibles los esfuerzos del hombre por hacer coincidir, en los múltiples aspectos de la vida objetiva, la idea con la realidad. La mujer posee inmediatamente en sí misma lo que para el hombre es un resultado de la abstracción, esto es, recomposición de elementos anteriormente separados. Lo que entonces llamamos instinto femenino no es otra cosa—aparte los análisis psicológicos que en cada caso puedan verificarse—que esa unidad inmediata de la fluencia espiritual con las normas y criterios que, como por separado, confieren al proceso vital su exactitud y precisión. Existe quizá un instinto que nace de las experiencias acumuladas por la especie y transmitidas por los agentes de la herencia física. Pero hay también otra clase de instinto, un instinto anterior a toda experiencia, un instinto en el cual los elementos psíquicos que separados y diferenciados concurren a formar la experiencia, se conservan inseparados e indiferenciados aún; y el sentido de verdad y acierto que en esta clase de instinto se manifiesta, proviene, sin duda, de la misteriosa concordancia—pronto nos ocuparemos de ella—que parece existir entre esa unidad profunda de la substancia espiritual y la unidad del universo en general. En la primera forma del instinto, los elementos que integran la experiencia se han refundido de nuevo en unidad psíquica. En la segunda forma del instinto, esos elementos permanecen aún inseparados. Pero en ambos casos, falta la claridad consciente que por división

y colisión sobreviene luego en esos elementos, llamados por Kant sensibilidad e intelecto.

Y es el caso admirable que, aunque son pocas las mujeres propiamente geniales, sin embargo se ha observado con frecuencia que el genio tiene algo de feminidad. Sin duda se refiere esta semejanza no sólo a la creación de la obra, cuya inconsciente gestación, alimentada por la personalidad toda, guarda cierta analogía con el desarrollo del niño en el seno de la madre, sino también a la unidad apriorística de la vida y la idea, a esa unidad en que reside la esencia femenina y que el genio repite en su grado máximo y productivo. Sobre la obscuridad de esa conexión metafísica, primera forma del instinto, que la actividad lógica consciente aspira a sustituir, a corregir, a asegurar, se adelanta el instinto femenino, la sapiencia inmediata de la mujer; y se comprende fácilmente que esta prelación sea tan frecuente como el acierto mismo y la exactitud.

Así, pues, esa que llamamos falta de lógica en las mujeres no es en modo alguno un fenómeno de deficiencia, sino la expresión negativa en que formulamos la índole femenina, constituída, en rigor, por muy positivas cualidades. Y esto justamente se repite en otro aspecto, que, por decirlo así, traslada a otra dimensión esa misma falta de lógica. Suele decirse que las mujeres no gustan de «demostrar.» La lógica y la demostración se fundan sobre la oposición entre el curso real de nuestro pensamiento y la verdad objetiva; la validez de la verdad no depende del curso efectivo del pensamiento, sino que el pensamiento se esfuerza por

aprehender la verdad. En la lógica se expresa, como hemos dicho, el dualismo de esa relación, el hecho de que nosotros, con todo nuestro pensamiento efectivo, nos sentimos constreñidos a plegarnos a ciertas normas que no forman parte de nuestro pensar real, sino de un reino de la verdad sustentado en sí mismo. En la demostración, empero, aparece y vive otro rasgo, que es que en innumerables casos el pensamiento efectivo no puede alcanzar esa verdad sino *indirectamente*. El puro movimiento intelectual no suele llegar a la coincidencia con su objeto en el momento mismo de arrancar, sino después de haber recorrido un camino compuesto de etapas o estaciones más o menos numerosas. Esta condición y carácter de ser siempre camino, mediación y no contacto inmediato con la realidad es un hecho primario de nuestro conocimiento intelectual: no todas las demostraciones son indirectas, pero sí todas constituyen un modo indirecto de llegar al objeto. Toda demostración, ya sea breve y sencilla, ya se componga de largas cadenas de razones, consiste en reducir algo nuevo y por el momento problemático a una verdad anterior firme y reconocida. La última verdad, empero, no puede ser demostrada, porque su demostración significaría que no es, en efecto, la última, sino que se sustenta ella también en otra más fundamental. Esta forma invariable de toda demostración es causa de que el discurso demostrativo sea inadecuado a la esencia femenina en su profundidad y relación metafísica con la realidad. En efecto, la esencia femenina descansa inmediatamente en lo fundamental, en el fundamento absoluto, de manera que en cada problema

la mujer siente lo primario, lo indemostrable—que en cada caso puede ser o no plausible y racional—, y no necesita, no puede necesitar, por decirlo así, el rodeo de la demostración. Sumergido en la realidad universal, el instinto de la mujer habla como desde una identidad fundamental con los objetos, no necesita intermediario alguno. Dijérase que el conocimiento femenino tiene su residencia natural en esa última verdad a que todas las demostraciones se retrotraen y en la que todas están como contenidas en germen; de manera que la forma discursiva del camino, que es propia y peculiar de todos nuestros conocimientos demostrativos, resulta para la mujer superflua e ineficaz. Todas las insuficiencias del conocimiento derivadas de este modo de ser—ya que para nosotros los problemas cognoscitivos sólo pueden ser resueltos por vía discursiva y no por coincidencia del punto de partida con el de llegada—y el hecho tantas veces criticado de que las mujeres no gustan ni de demostrar ni de oír demostraciones, no constituyen, pues, por decirlo así, un defecto aislado, sino que arraigan en la índole fundamental del tipo femenino y su relación con la existencia en general.

Cada vez iremos comprendiendo mejor que la fórmula característica del ser femenino, en su sentido metapsicológico, es ésta: la estructura subjetiva de la mujer tiene una significación puramente interna y permanece como encerrada dentro de los límites del alma, y esa su estructura interna entra en relación inmediata o unión metafísica con la realidad universal, con algo que podríamos llamar el fondo mismo de las cosas. En

esto es la mujer profundamente distinta del ser masculino. Para el hombre, la verdad, la realidad cósmica, la norma, residen allende los límites psicológicos en que se mueve su alma inmediata e inmanente; el hombre, en virtud de su estructura propia, considera esas cosas como algo que se halla *fuera* y *enfrente*, como algo que hay que conquistar—acaso también como algo inaccesible—, algo que manda o que constituye una empresa y tarea intelectual. Por eso la expresión espiritual del ser masculino es la lógica, que se funda en el dualismo entre el mundo psicológico real y un mundo ideal de la verdad sin contacto con el primero; y es también la demostración, que presupone el conocimiento discursivo, la necesidad de un camino y un rodeo para alcanzar la verdad. En cambio, la mujer, con su unidad interior, no necesita de la lógica para nada y vive, por decirlo así, en las cosas mismas, en la verdad de la realidad; por lo tanto, le es indiferente también la demostración, que es la que a nosotros nos conduce por el camino discursivo hasta la realidad misma. En aquella aversión a la lógica manifiesta la mujer su forma inmanente; en este desdén de la demostración manifiesta su forma transcendente. Podríamos resumir esquemáticamente la esencia femenina, apurando su contraposición a la masculina, de la siguiente manera: en la mujer, justamente su inmanencia es su transcendencia.

La índole propia de la mujer, independiente de toda relación con lo masculino, se manifiesta con máxima plenitud y significación en el terreno de la moral. En la ética, el dualismo entre la realidad y la idea

se abre ampliamente, y el imperio de lo moral parece sustentarse todo sobre ese abismo, sobre esa dualidad. Dijérase, por tanto, que para afrontar los problemas morales, los serios y profundos problemas de contraposición entre lo real y lo ideal, la fórmula masculina es la única adecuada. Por eso un pensador como Weininger, que lleva el dualismo masculino a su último extremo y sin la menor vacilación proclama el ideal masculino como ideal general de toda la humanidad, finca precisamente en la ética, y desde este punto de vista demuestra que la feminidad tiene un valor absolutamente negativo. Y procede en esto con perfecta lógica, porque para él la mujer no es mala ni moral, sino simplemente amoral, indiferente al problema ético. Pero hay que tener en cuenta que el dualismo entre el imperativo ético y los impulsos naturales no es la única base posible de una vida moral. Existen también esas almas que llamamos «almas bellas». Para éstas, la acción moral no necesita producirse venciendo los obstáculos de las tendencias contrarias, sino que fluye espontánea de una propensión natural, ajena a todo conflicto con el deber. El «alma bella» vive una vida, por decirlo así, monorrítmica; desde luego, lo que quiere coincide con lo que debe, y lo que en este punto nos interesa es precisamente que en principio puedan existir tales almas, almas en donde la naturaleza personal y la idea extrapersonal formen una unidad metafísica que se revele en la armonía interior de las acciones voluntarias.

Dos pueden ser las vías conducentes a ello: la masculina, que consiste en reducir el dualismo a unidad,

y la femenina, que es anterior a todo dualismo. Un carácter en el cual los impulsos naturales hostilicen al impulso moral; un carácter para quien el deber sea un penoso imperativo, duro de cumplir, puede llegar a esa unidad del alma bella mediante continuadas purificaciones y transformaciones. Cada victoria sobre sí mismo facilita la victoria siguiente; la lucha obstinada y triunfante contra las tendencias inmorales acaba por debilitar, apagar estas tendencias; entonces las propensiones naturales se orientan espontáneamente en dirección a la moralidad. Y cuando esta transformación está por completo conseguida, queda superado el dualismo primario y reducido a la unidad del alma bella. Pero la otra forma del alma bella no necesita superar ningún dualismo: posee ya la unidad como principio interior inmediato. En este caso, la unidad no es el premio de la lucha, no es la recompensa por haber reducido las tendencias contrarias, sino que, desde luego, la vida de la voluntad permanece indiferenciada y cobija la idea en el seno unitario de su espontaneidad.

Estas dos formas corresponden exactamente a las que antes hemos indicado cuando hablábamos del instinto de la exactitud teorética: una era el éxito creciente con que se establece la relación entre elementos separados; la otra era la unidad previa de esos elementos, la unidad anterior a toda separación, y, por tanto, indiferente a toda relación. Ahora tenemos aquí el tipo ético que, entre todos los que pueden realizarse por hombres o por mujeres, corresponde mejor a la esencia femenina y se desarrolla más inmediatamente

de la fórmula vital femenina. Más adelante explicaremos cómo esa profunda inmersión en sí mismas que caracteriza a las mujeres, esa vida femenina que mana de un manantial único, de un manantial que no se divide, como el de la vida masculina, en chorros varios y divergentes, tiene su última significación en la sospecha o en la certidumbre de la siguiente verdad metafísica: que esa esencia unitaria de la mujer es algo más que una realidad peculiar y personal, y que las mujeres, inmersas en el profundo ritmo de su interioridad, viven identificadas con la raíz misma de la vida universal. Aquí se expresa por el lado del deber, de la idea moral, la misma unidad que antes por el lado de la realidad, del conocimiento.

Con expresión harto parcial, podemos decir que el dualismo específico del hombre es el dualismo «entre el placer de los sentidos y la paz del alma». Pero la naturaleza femenina, por numerosas que sean sus complicaciones psicológicas e históricas, pone en lugar de ese dualismo una conducta interior armónica y unitaria que corresponde a la esencia profunda de la feminidad. Por de pronto, se ha observado que esa unidad subjetiva dominante de todos los procesos espirituales aparece con muchísima más frecuencia en las mujeres que en los hombres, y es en las mujeres más fundamental y más consciente; se trata de un modo de ser en que, por decirlo así, el sujeto se halla de acuerdo consigo mismo, en que la acción no se ve entorpecida por vacilaciones internas y fluye espontánea como brotan espontáneos las hojas y los frutos de un árbol; se trata de una esencia en la cual el sujeto es siempre

como debe ser y obra siempre como debe obrar, con la conciencia, empero, de una libertad despreocupada, porque todas las corrientes vitales van de suyo en una misma dirección. Y lo decisivo en todo esto es que esa unidad inmanente de la vida subjetiva se percibe a sí misma como identidad con la idea moral y con lo que esta idea moral impone al sujeto. La ética dualista considera a las mujeres como seres de menor valía porque actúan más ingenuamente y con la conciencia más limpia que el hombre. Esta apreciación se explica por el hecho de que en la mujer la realidad y el ideal permanecen inseparados, indistintos. Sin duda, esa íntima solidaridad para cuanto se refiere a la conducta, ese ser de una pieza no siempre da por resultado el cumplimiento de la idea moralmente válida, como tampoco la otra vía, la vía dualista del hombre, lleva siempre a la realización de la idea. La índole opuesta de la mujer presenta sólo la forma del alma bella y no siempre realiza su contenido. Pero dondequiera que aparezca un tipo de ética femenina—y en manera alguna sucede esto en todas las mujeres, ya que entre el polo masculino y el polo femenino existen numerosos intermedios psicológicos—, la conducta fluye de esa unidad esencial, que es al mismo tiempo unidad con la idea. Lo específico en la moralidad de las mujeres consiste quizá en que el modo de ser femenino es subjetivamente más certero, pero objetivamente más peligroso, que el masculino.

Con todo esto nos proponemos simplemente mostrar cuán profunda es la reclusión de la mujer en el seno de su realidad propia. La mujer rechaza todo

cuanto está fuera de su ser. La mujer es feminidad absoluta, y lejos de recibir su esencia de su relación con el hombre, como suele creerse, la afirma independiente de toda relación. Así se explica que las mujeres, a pesar de su absolutismo interior, tengan que abandonar al principio masculino la tarea de fijar y determinar el mundo objetivo, suprasexual, el mundo teorético y normativo que se contrapone al yo. No pretendemos con esto insinuar que las mujeres sean inferiores a los hombres. Para evitar hasta la sombra de semejante insinuación, hemos de insistir en que, en esencia, unos y los mismos *contenidos* espirituales y vitales pueden realizarse en *forma* masculina o en *forma* femenina, según que su síntesis se haya verificado de conformidad con este o aquel principio. Repitámoslo: la fundamental, la absoluta identidad entre el ser y el sexo de la mujer hace que la sexualidad, en el sentido corriente de relación con el hombre, sea para ella algo secundario —aunque esa relación pueda muchas veces convertirse en importantísima—. La sexualidad de relación es, en efecto, para la mujer la forma en que se manifiesta aquella otra sexualidad absoluta que ella prácticamente acoge íntegra en sí misma. De aquí resulta que todas las manifestaciones de la mujer, todas las exteriorizaciones y objetivaciones de su esencia aparecen, no como humanas en el sentido general de esta palabra, sino como específicamente femeninas; mientras que las manifestaciones del hombre, al contraponerse a las de la mujer, adquieren un aspecto suprasexual y puramente objetivo. La unidad del ser con el sexo, característica del ser femenino, da a la mujer una orienta-

ción fija, que, saliendo de su intimidad, va hacia una cosa externa *determinada*. Esa orientación justamente falta en el hombre, y por eso el hombre tiende hacia lo general, y, por lo tanto, hacia lo objetivo, lo que trasciende del sujeto. Las relaciones de prepotencia histórica que han hecho de los productos masculinos los típicos representantes de la objetividad, avecindados en lo absoluto, lejos de todo contacto con la oposición sexual, no son sino modulaciones que realizan en los órdenes del tiempo la diferencia íntima entre los caracteres de ambos sexos. Esas distintas modalidades manifiestan la distinta forma en que el sexo influye sobre la esencia integral del hombre y de la mujer.

Todo esto encuentra su expresión, por decirlo así, lógica en la mayor dificultad que experimentamos para definir, para fijar en conceptos la esencia masculina que la esencia femenina. Los caracteres genéricos de la humanidad—cada sexo es como una especie particular dentro del género humano—se confunden de tal manera con los propios del varón, que no hay modo de encontrar la diferencia específica; lo absolutamente general no se puede definir. Si a pesar de todo se citan algunos rasgos típicamente masculinos, pronto se advierte, al considerarlos con atención, que se trata en realidad de diferencias relativas a otros rasgos específicamente femeninos. En cambio, la esencia femenina no se define por simple oposición a la masculina; la feminidad se siente como algo que existe por sí, algo que está en sí mismo determinado, una especie particular de humanidad que en modo alguno puede definirse por contraposición. Desde la brutal

soberbia del ignorante hasta la especulación más sublime de la filosofía, la vieja opinión de que sólo los varones son propiamente hombres representa como el *pendant* lógico de esa mayor facilidad con que acertamos generalmente a definir la esencia femenina que la masculina. Por eso hay innumerables psicologías de la mujer y casi ninguna especial del varón. Y una vez más esa profunda diferencia de los sexos se halla confirmada por un fenómeno que aparece en las capas superficiales de la psicología: para el término medio de los hombres, el mismo interés tiene, aproximadamente, la modistilla que la princesa. Se comprende fácilmente que si en vez del tipo específico consideramos en cambio el individuo, ya entonces resultará inversamente más fácil definir y describir tal o cual hombre que tal o cual mujer. Esto obedece, sin duda, a que los conceptos de nuestra cultura, en virtud de la prerrogativa de los hombres, se orientan de preferencia hacia las tonalidades masculinas de los procesos psicológicos. Y aunque el género mujer es bastante importante para exigir que se elaboren conceptos capaces de determinarlo con precisión, la productividad del idioma no ha logrado penetrar en los caracteres individuales del sexo femenino. La descripción psicológica de las mujeres individuales tropieza con finísimos matices que eluden toda aprehensión; las mujeres mismas son incapaces de hacerse comprender íntegramente de los hombres. Pero hay de todo esto una razón todavía más profunda: la mujer individual es más difícil de definir que el hombre individual justamente porque el género mujer es más fácil de definir

que el género hombre. Cuando el concepto general es sentido como algo particular, como algo diferencial y determinado, la individualidad, en cierto modo, resulta absorbida por la generalidad, se agota en la generalidad, no quedando entonces ni espacio ni interés para una individualización posterior. Esta es la causa de muchos fenómenos particulares que expresan uno de los más profundos rasgos del sexo femenino; en la mujer mucho más que en el hombre, lo general vive bajo la forma de lo individual y personal. En la mujer típica y perfecta hay muchos rasgos específicos y propiamente impersonales que se convierten en algo personalísimo y brotan de la interioridad, como si salieran del núcleo único de la personalidad y aparecieran en el mundo por primera vez. Nada, sin duda, tiene un carácter más genérico que las relaciones eróticas. Pues bien; mientras que el hombre, en efecto, las siente y practica infinitas veces como algo general, la mujer, en cambio, dijérase que las considera como un destino personalísimo, no como un acontecimiento específico que en ella se verifica, sino como su más propia productividad interior. Y lo mismo le sucede en su relación con el niño, antes y después del alumbramiento, en esa relación la más típica de todas y tan profundamente arraigada en lo infrahumano. Para la mujer, empero, esa relación se verifica en las capas más hondas del alma, en esa región totalmente impersonal que hace de ella una simple estación de paso en la evolución de la especie, y crece luego arrancando del centro en donde todas las energías de su esencia se han condensado en su personalidad.

Por último: la moralidad, que no es sino la forma de la vida social, la conducta que la sociedad ha impuesto para su propia conservación, parece como si brotase del instinto peculiar de la naturaleza femenina. La mujer «aspira hacia las buenas costumbres» *, que muchas veces la inquietud del hombre obstaculiza. La moralidad es en la mujer algo así como la piel de la substancia femenina. La libertad que muchas veces sólo encuentra el hombre fuera de la conducta moral, encuéntrala la mujer en sí misma—concedemos todas las excepciones particulares de este modo de ser típico e histórico—; pues libertad quiere decir que la ley de nuestras acciones es la expresión fiel de nuestra naturaleza propia. Estas encarnaciones de lo general en lo personal explican por qué la feminidad puede definirse como especie, mientras que elude fácilmente toda definición como individuo. En cambio, cuando una esencia es tan absolutamente general como la esencia masculina—hasta el punto de que el varón como tal se ha convertido en sinónimo histórico de lo humano—, entonces su concreción en los individuos resulta más fácil de fijar porque le queda mayor espacio para destacarse. Así, pues, *la* mujer es más fácil de definir que *el* hombre; pero *una* mujer es más difícil de definir que *un* hombre. Y esta diferencia misma aparece como expresión de cierta relatividad fundamental que incluye el caso de los sexos en un tipo infinitamente más amplio de espiritualidad y metafísica humanas; en efecto, la contrapuesta determinación en que los sexos se nos ofrecen pierde su equilibrio en el senti-

* Goethe.

do de que el hombre asciende a la categoría de lo absoluto, dominando así toda la relación de la cual es también miembro.

He dicho antes que ese encumbramiento de una de las partes sobre la totalidad de la relación bipartita no suele ser privilegio constante de un mismo lado. Los distintos partidos o actitudes dan un sentido absoluto ora a uno ora a otro de los dos términos relativos. La función peculiar del espíritu frente a los contenidos cósmicos se caracteriza porque todo elemento absoluto puede ser en cierto modo considerado como relativo, esto es, como determinado por relación a otro; y a su vez todo elemento relativo puede encumbrarse sobre su relación y convertirse en absoluto y por sí. Así, el principio masculino y de igual modo el femenino adoptan alternativamente, como hemos visto, una posición independiente de esa relatividad que, a primera vista, da a ambos su sentido. Y el principio femenino la adopta, no sólo por indiferencia a la existencia del masculino, no sólo por indiferencia a su relación con el hombre, como aparece por lo que llevamos dicho, sino más aún, la adopta encumbrándose positivamente por encima del complejo diferencial que comprende los dos sexos. El hombre, sin duda, se eleva a tal altura sobre la contraposición de los sexos, que hasta las normas objetivas poseen carácter masculino; y hemos visto que esas al parecer simples violencias históricas por parte del hombre, tienen en el fondo su germen primario en la estructura misma del espíritu masculino. Pero la mujer también gravita por encima de la contraposición sexual, porque su esencia

vive y se alimenta inmediatamente en el manantial de donde fluyen los dos extremos de la relación. Si el hombre es, pues, más que varón, la mujer es también más que hembra, porque representa la base general que en substancia y génesis comprende los dos sexos, porque la mujer es la madre. En el hombre, lo absoluto se cualifica en el sentido del objeto suprasexual, que es masculino; en la mujer, lo absoluto se cualifica en el sentido del fundamento suprasexual, que es femenino. Allí, el hacer y el producir prescriben el dualismo como forma en que el hombre trasciende de sí; el dualismo es específicamente masculino. Aquí, el ser prescribe la unidad como forma en que los humanos, en cierto modo, se sumergen en sí mismos, en la indistinta posibilidad de toda ulterior evolución. Sin duda, ese ser no es algo incoloro: es el ser femenino. Pero sus capas más profundas eluden toda relación que pudiera determinarlas por contraposición al hombre. Así, la feminidad, cuya primera e inmediata manifestación es la maternidad, aparece como algo absoluto, como algo que sirve de base a la vez a lo que luego va a ser, en el sentido relativo, varón o hembra.

Y aquí es donde adquiere todo su valor una hipótesis metafísica que, aunque indemostrable, serpentea por toda la historia del espíritu humano en forma de vislumbre, de sentimiento, de especulación: que el hombre, cuanto más hondo se sumerge en su propio ser, cuanto más puramente se abandona a su propia esencia, tanto más se acerca a la realidad, a la unidad cósmica, y tanto más perfectamente revela y expresa el universo. De esta convicción se ha alimenta-

do la mística de todas las edades. Pero no sólo la mística. En las imágenes cósmicas, mucho más claras y tan opuestas, de Kant y Schleiermacher, de Gœthe y Schopenhauer, alienta también esa misma convicción, unas veces patente, otras veces oculta, en variadísimas conjugaciones. El sentimiento místico peculiar que ha caracterizado siempre cierta actitud típica ante las mujeres, encuentra aquí quizás un fundamento comprensible. Obedece, sin duda, a la conciencia obscura de que las mujeres viven más plenamente, más íntegramente sumergidas en su propio ser que los hombres; de que las inquietudes del producir, del actuar, del enfrontarse con las cosas y con la vida hacen menos mella en el fondo substancial del ser femenino; de que, recluídas en las cámaras más internas de su ser, las mujeres permanecen más que los hombres inconmovibles y firmes; —y de que, por lo tanto, la raíz de la feminidad es al propio tiempo el fundamento de la existencia cósmica, la unidad recóndita e incógnita de la vida y el universo. Por virtud de su más genuina esencia, la mujer—cuando no la desvían violencias y necesidades históricas, influjos derivados de la *relación* con el hombre—vive de su propio fondo. Esto, empero, no significaría gran cosa si ese su fondo propio no fuera al mismo tiempo, en cierto modo, el fondo de la realidad. La maternidad es la que establece el lazo de unión; mas la maternidad desenvuelve en la forma del tiempo y de la vida material algo que es en sí una postrera unidad metafísica. Y si en vez del concepto metafísico de ser empleamos el concepto más psicológico, o si se quiere formal, de existencia o vida reclusa, no haremos

sino presentar, por decirlo así, con distinta envoltura el mismo contenido. Aunque el hombre, la cultura y el destino arrastren a la mujer por la vía del típico dualismo masculino, sin embargo, el hombre mismo, desde su esencia dualista, comprende que la mujer tiene una substancia más cerrada, es decir, que los elementos del ser femenino no se hostilizan, sino que forman una unidad fundamental, núcleo y base de todo lo particular, una unidad sin nombre que se manifiesta como conexión inmediata de asociaciones. Y es lo más admirable que esa existencia cerrada y reclusa contiene, sin embargo, la más enérgica alusión simbólica y metafísica a la totalidad del universo exterior, del cual ella misma es un elemento. Así como la obra de arte, dentro de los infranqueables límites de su marco, se separa de la dispersión innumerable de las cosas y por ello precisamente se convierte en un símbolo de la existencia, así la mujer representa frente al hombre una unidad total engarzada en la pluralidad de la vida multiforme. No es solamente por decencia externa por lo que la mujer evita los movimientos de enérgica aprensión, las palabras agresivas, el disparo impulsivo, irreflexivo de la actividad. La omisión de todas esas manifestaciones centrífugas de largo alcance, la contención y sobriedad de la persona han llegado a ser la forma típica de la conducta femenina justamente porque constituyen la expresión histórica de esa *naturaleza reclusa* de la mujer, de esa esencia profunda y general que sirve de fondo a todos sus estados psicológicos particulares. Por eso el modo de ser femenino guarda con la totalidad del universo una relación, obscuramente sentida, que

ocasiona a veces las más extrañas reacciones. La obra de arte, aunque es una parte de la realidad, nos aparece, sin embargo, tan conclusa y encerrada en sí, que representa como un contrapolo de la realidad y alude a un fondo metafísico inefable que sustenta la igualdad de forma. Sin duda, esa misma reclusión y unidad esencial es la que ha puesto siempre sobre la mujer una aureola de simbolismo cósmico—como si la substancia femenina, transcendiendo de toda palpable singularidad, estuviese en relación directa con el fondo universal de las cosas.

A pesar de los desprecios y malos tratos, las mujeres, desde los tiempos primitivos, han sido objeto siempre de un sentimiento peculiar: el sentimiento de que no son sólo mujeres, es decir, entes correlativos del hombre, sino algo más todavía; y que en tal sentido deben de tener comercio con las potencias ocultas, deben de ser sibilas o brujas, seres, en suma, capaces de transmitir las bendiciones o las maldiciones de los abscónditos senos cósmicos; seres, por tanto, que debemos reverenciar místicamente, evitar cuidadosamente o maldecir como a demonios. Ninguna de estas brutalidades o poéticas transfiguraciones se funda en una propiedad o actividad de la mujer; y aunque, sin duda alguna, todas ellas se refieren a un motivo profundo y uniforme, no hay medio de descubrirlo y denominarlo históricamente. Dijérase más bien que un ser tan profundamente sumergido en su esencia indiferenciada, un ser tan poco propicio a transcender de sí mismo como la mujer, ha producido siempre la impresión de hallarse en la proximidad inmediata de los hontanares meta-

físicos, en una especie de identidad con el fondo universal de las cosas, que unos conciben como raíz primaria de la naturaleza, otros como realidad mística sobrenatural, otros como elemento metafísico en sentido puro. La feminidad, en su valor absoluto, sumerge a la mujer en la unidad de lo real; en cambio, la masculinidad absoluta aparta al hombre de la realidad y lo empuja hacia la idea. Los hábitos intelectuales vigentes—ya se refieran a la realidad en relación asimptótica o en relación simbólica—nos obligan a concebir la diversidad, el movimiento, la uniformidad como resultantes de una unidad fundamental, por decirlo así, inmóvil; de una unidad que, en el hombre, se resuelve en las típicas manifestaciones y formas dualistas, diferenciales, mientras que en la mujer se conserva como única substancia sensible—como si en cada nueva maternidad repitiese la mujer el proceso que, de los obscuros senos indistintos de la existencia, extrae las particularidades y movilidades para repartirlas en la forma individual.

Puede decirse, por lo tanto, que cuanto más hondamente femenina es una mujer, en este sentido absoluto, menos femenina es en el sentido relativo, en el sentido diferencial orientado hacia el hombre. Y otro tanto le sucede al hombre, aunque la expresión resulta paradójica. En efecto, lo típicamente masculino consiste en edificar sobre la vida subjetiva y, por decirlo así monorrítmica, un mundo de objetividades y de normas desde las cuales la existencia de los sexos aparece como contingente y accidental; por lo tanto, un hombre será tanto menos varón—en el sentido de

la relatividad sexual—cuanto más hombre sea en el otro sentido absoluto de la producción masculina. En la peculiaridad propia de cada sexo palpita una de las dos significaciones del concepto de «lo general»: lo general como abstracción posterior a las cosas singulares, y lo general como uniformidad substancial que precede a toda separación de las cosas singulares. No propendo a encajonar la vida en moldes sistemáticos y simétricos. Pero si se quiere obtener, por de pronto, una imagen de la estructura anatómica de la realidad viviente (justamente los esqueletos ostentan esa simetría esquemática, que luego los procesos fisiológicos complican en las infinitas conjugaciones de la vida plena, irreductible ya a simples equivalencias), podemos decir que la relación de los sexos, la relación que confiere a cada sexo su propia peculiar índole, está en esa doble acepción de lo absoluto. Por una parte, lo absoluto masculino, que es más que masculino, significa la objetividad, la altitud normativa sobre toda subjetividad y oposición, altura que sólo se escala por la vía del dualismo; por otra parte, lo absoluto femenino, inmóvil en su reclusión substancial, constituye la unidad del ser humano antes, por decirlo así, de la distinción entre el sujeto y el objeto.

JORGE SIMMEL

El caballero Casanova

HE aquí, al fin, para conmemorar el primer centenario de su asomada, la edición de las *Memorias* que veníamos esperando los amigos y aficionados del caballero Casanova *. El texto será el de la edición original, con las variantes de la traducción Schütz y la edición Paulin. Como luego veremos, en ninguna obra tienen más importancia las variantes de las diversas ediciones. Igualmente, ninguna más necesitada de documentación gráfica que ayude a situar en la imaginación los diferentes escenarios en que se desarrolla la acción; y tampoco en este respecto parece dejará nada que desear la presente edición. Pero lo que le confiere un excepcional valor es su carácter de edición crítica, en que serán explorados y elucidados casi todos los misterios casanovianos. Realmente, la casa editora ha llevado a cabo una verdadera proeza consiguiendo agrupar, bajo la dirección de M. Raoul Vèze, a todos los

* *Mémoires de Jacques Casanova de Seingalt.* Editions de la Sirène, Paris; 12 vol. in-8.°, a 25 fr. el volumen, por suscripción. Es de notar que el primer volumen, publicado en 1922, habiendo sido juzgada defectuosa su impresión por los mismos editores, será reeditado y repartido gratuitamente a quienes se suscribieron; singular ejemplo de probidad editorial que, sin duda, tendrá pocos imitadores. El segundo tomo debía aparecer en octubre del corriente año, y los sucesivos a razón de uno por trimestre.

buenos casanovistas del mundo, desde Mr. Horace Bleackley hasta M. Gabriel Volland, pasando por los señores Tage Bull, Cantinelli, Di Giacomo, Gugitz, Gustave Kahn, Bernhard Marr, Maynial, Aldo Rava, Henri de Regnier, Samaran, Octave Uzanne, etc., y aprovechando, como es natural, la lección de otros eximios escoliastas ya fenecidos.

Sorprende y aflige ver que, entre tantos nombres de todas las nacionalidades, no se consigna uno solo español. No obstante, sobraban las razones para que algún compatriota erudito hubiese consagrado sus ocios al casanovismo, sin contar la principal de que también nos interesemos en lo que tantos otros letrados del mundo se interesan. En primer lugar, como es sabido y él mismo nos informa al comienzo de sus confesiones, el caballero Casanova es de origen español. Si allá, todavía no mediado el siglo XV, no se le ocurre a don Jacobo Casanova, hidalgo zaragozano, inflamarse por doña Ana Palafox y raptarla del convento al siguiente día de haber pronunciado sus votos, huyendo luego a Roma y afincando allí su progenie, no habríamos tenido uno de los libros más singulares y amenos de cuantos se han escrito. Más urgente aún es la razón de haber pasado Casanova una larga temporada en España, con aventuras y sucedidos dignos de toda atención. Realmente, su estancia en tierra española es de los más sabrosos episodios de las *Memorias,* y bien merecía que un erudito español la hubiese investigado y esclarecido; máxime cuando los casanovistas del extranjero se quejan del poco estudio de que ha sido objeto, dando a entender que una investigación de esta índole sólo podría llevarse a cabo con facilidad y eficacia por un erudito nacional. Hasta ahora, las escasas pesquisas verificadas lo han sido únicamente por casanovistas franceses, siendo de citar sobre todo M. Morel-Fatio y el doctor Guède. Pero aún la mayoría de los puntos está por dilucidar, y un ratón de biblioteca español encontraría ancho campo en que ejercitarse, como más adelante precisaremos.

Afortunadamente, todavía es tiempo de que entre en acción el erudito que reclamamos, y ojalá pudieran estas líneas

servir de incitación a algún paciente y concienzudo investigador preparado para ello. No sé si por fortuna también, siempre hemos abundado en letrados de este género, rebuscadores incansables de archivos y bibliotecas, capaces de pasar a la criba cuanto papel escrito se conserva en España. Procediendo activamente, durante los dos años que, poco más o menos, tardará en ir a las prensas el tomo de esta edición definitiva correspondiente al período hispanense, aún podría comunicarse el resultado de la averiguación a M. Vèze, prestando así un señalado servicio a la crítica casanovista y a la buena fama de las letras españolas, que no está bien aparezcan ausentes en cuestión que ha suscitado tan universal interés.

II — ESTA edición crítica de Casanova podría considerarse también como una acción reivindicadora del gran veneciano. Ella marcará un jalón decisivo en las etapas de su gloria, y con ella entrará el libro de sus confidencias en la jerarquía literaria que le corresponde.

Hasta hace muy poco, las *Memorias* de nuestro aventurero andaban confundidas en esa miserable laya de libros de libídine, verdaderos proxenetas literarios, apenas relacionados con la literatura; linaje de *libros peligrosos* «qu'une belle dame de par le monde trouve incommodes, en ce qu'on ne peut les lire que d'une main», según escribe Rousseau; manuales de alcoba, relegados al *Infierno* en las bibliotecas honestas, que requieren un permiso especial para ser leídos en las públicas y de que, ostensiblemente, no hacen mención las *Historias literarias*.

Claro está que los conocedores supieron desde un principio disociar las *Memorias* de Casanova de toda aquella balumba de inepcias pecaminosas, como nos lo prueba el entusiasmo sin ambages de Sainte-Beuve. Por otra parte, la misma extensión y frondosidad del libro lo defendían de aquel público

encanallado que sólo buscase en él incentivo a sus apetitos, probando al mismo tiempo que, si podía en su totalidad ser leído y gustado, era que contenía algo más que imágenes y sugestiones lúbricas. El ámbito de la voluptuosidad es bastante limitado, y por mucho que se aguce la inventiva, pocas son las combinaciones de la carne, como muestra el mismo *Ars Amandi,* que suele codearse en los estantes con la obra de nuestro caballero. Sólo con ardides de lascivia no se sostendría, y apasionadamente, el interés durante doce largos volúmenes. La misma fatal reiteración de aventuras sensuales llega a fatigar en ocasiones, y quizá nos haría caer el libro de las manos si no hubiese otro escondido nervio bajo la urdimbre epidérmica para mantener alerta nuestra atención. Probablemente, ningún episodio tan atractivo y ninguna silueta femenina tan seductora, de cuantas cruzan las *Memorias,* como la de aquella Ester de Amsterdam, que apenas si consiente algún inocente escarceo a nuestro osado caballero. Y ningún pasaje le muestra a una luz más favorable ni sujeta mejor nuestra curiosidad que su cautiverio y fuga de los Plomos, por cuya casta lobreguez no pasa ni sombra de fémina.

El aparato crítico de esta edición del centenario, que tanto habría complacido al autor *, será como el ropaje que cubra sus escandalosas desnudeces, y él le permitirá ingresar en más honrada y sesuda compañía de la que hasta ahora anduvo. Probablemente, nunca sus *Memorias* serán lectura para colegialas, pero por lo menos quedarán redimidas del concepto de exclusiva obscenidad en que se tenían, y desglosadas de toda aquella literatura licenciosa del siglo XVIII, al par que la singularísima novela de Laclos, cobrarán como ésta su legítimo valor; por otra parte, manifiestamente superiores en moralidad, si no en moraleja, a *Las amistades peligrosas,* que es seguramente el libro de más íntima y capciosa perversidad que ha podido escribirse.

* Recuérdese cómo lo echa de menos en aquella compilación de poetas latinos por el marqués de Mosca: «J'y aurais voulu des notes critiques, des gloses, des commentaires explicatifs, choses qui donnent tant de prix à un recueil», etc. (*Mémoires*, ed. Garnier, volumen VIII, pág. 334.)

Realmente, parece haber llegado la hora de la justicia literaria para Casanova. Dejando a un lado sus virtudes afrodisíacas, y gústese o abomínese del carácter del protagonista, no cabe ya disputar a sus *Memorias* el lugar eminente que por derecho les corresponde. El príncipe de Ligne nos asegura, demasiado a la ligera, en sus *Mémoires et mélanges historiques,* que el mérito principal de estas *Memorias* de su amigo Casanova es *el cinismo,* entendiendo seguramente por cinismo el valor de desnudarse en público y de confesar de sí propio cosas a que ningún hombre en sus cabales se atrevería. El buen príncipe, que abundaba más en petulancia que en penetración, pretende, sin duda, hacer un subido elogio de nuestro aventurero, como lo hace luego en efecto; pero ni el cinismo, así entendido, es el mérito principal de las *Memorias,* ni mucho menos su característica primaria. Ese atrevimiento de mostrarse corito a sus semejantes ya lo había iniciado Rousseau, que al confesarse *coram populo* enseña al hombre una nueva audacia moral, cuya valoración sería bastante ardua. El caso es que, a partir de Rousseau, ya es el hombre capaz de hazañas de sinceridad y de autoinspección que hasta entonces le parecieran vedadas; y ésta es para mí, entre otras varias menores, la aportación capital del pensador ginebrino, su gran descubrimiento y conquista. En esto al menos no es original Casanova, y más de una vez he pensado que sin las *Confesiones* no serían lo que son las *Memorias.* Con la diferencia de que Rousseau saca a luz intimidades más recónditas y difíciles de confesar que el veneciano, y que no vale ni cuesta lo mismo la confesión de un Casanova que la de un Rousseau. Esta precedencia, y la manera de ser llevada a cabo, pueden quizás contarse como la causa determinante de la aversión que en repetidas ocasiones manifiesta por Rousseau nuestro aventurero, tildándole de «extravagante» y denigrando siempre que se le presenta oportunidad las *Confesiones.* Endemoniadamente soberbio y envidioso, no podía perdonarle que hubiese abierto el camino, dotando la literatura universal de una de sus obras maestras.

Aunque, desde luego, no sería éste el único motivo de disensión. Ideológicamente, divergían de manera radical. Casanova, como todos los hombres para quienes el placer es la dirección cardinal en la vida, era un conservador, casi un reaccionario. El *jouisseur* quiere que las cosas no cambien, y la voluptuosidad exige calma y silencio. Las revoluciones son épocas de austeridad, o de violenta confusión, sin molicie y sin lujo, que no puede acomodar a su goce el refinado. Así vemos a Casanova hombre de orden, derechista convicto y confeso, abominando a saciedad de la revolución del 89 y suspirando por el buen antaño.

Por otra parte, fuera de su vida, sobre todas las cuestiones morales y políticas le veremos sustentando las opiniones más juiciosas. Si nos atuviéramos sólo a sus ideas expuestas, difícilmente encontraríamos teórico de mayor sensatez y mesura. Sobre casi todas las cosas su pensamiento es el de un buen burgués cultivado, inteligente y con la invencible afición a moralizar de los burgueses. El caso, contra lo que pudiera imaginarse, es frecuente entre estos hombres de vida excéntrica y desorbitada. Diríase que la eterna ley de compensación también aquí se demuestra. Si queremos ideas vertiginosas y nefelibatas que hayan visto la otra faz de la luna, busquemos al hombre de vida sedentaria y disciplinada.

Pero sean cuales fueren sus ideas, y hecha la parte de la salacidad, lo cierto es que el caballero Casanova acertó a componer uno de los libros más singulares y sugestivos, y absolutamente único en su género. Es probable que M. Octave Uzanne exagere algo, en perjuicio de otros espíritus mayores, especialmente de Rousseau y Chateaubriand, al poner a Casanova al frente de todos los memorialistas; pero no es posible ya desconocer el prodigioso don literario de nuestro autor y la vida tan varia y henchida que pulsa en las páginas de sus *Memorias* y hace de ellas el documento más animado y verídico que nos queda sobre la Europa del XVIII.

Sí, verídico; conviene insistir en el adjetivo. Y también en este sentido de verdad histórica rehabilitará la crítica de esta

edición definitiva a Casanova. Todavía hay gentes que, desconcertadas por la asombrosa diversidad de esta vida extraordinaria, se complacen en tener a nuestro aventurero por el más descarado charlatán que han visto los siglos. Pero los que así piensan no conocen las circunstancias en que fueron redactadas las *Memorias*, ni andan al corriente de la crítica casanovista. Por otra parte, la sospecha de embustería es perfectamente explicable. Vista desde esta vida igual, pausada, monocorde que es hoy la nuestra, tiene que parecernos un tanto inverosímil aquella vida kaleidoscópica, con substancia vital bastante para llenar hasta los bordes veinte existencias. Pero lo que hace sobre todo que se propenda a dudar de la veracidad de Casanova es otro sentimiento más íntimo e inconfesado: un sentimiento de envidia. El hombre, que es polígamo por naturaleza y se ve forzado en Occidente a la monogamia y a las buenas fortunas, momentáneas y secretas, que le proporcionan sus dineros, no se siente dispuesto a admitir en Casanova la verdad de tan extensa y sabrosa poligamia, especiada de genuino sentimentalismo, y de semejante capacidad para el placer. Esta es la causa de que Casanova no cuente, en realidad, con demasiados fieles entre el sexo fuerte; y menos aún entre el débil, tan dado a padecer la superstición de la fidelidad y esa falaz quimera del *amor único*.

La crítica, al principio, pareció animada de este natural sentimiento individual, y negó, en bloque, toda veracidad a nuestro autor. Esta es la fase que podríamos llamar *foscoliana;* de Ugo Foscolo, que aún no habían acabado de aparecer las *Memorias*, cuando ya no vacilaba en calificarlas de *novela*, y a su autor de personaje casi mítico.

Pero no tardaron algunos investigadores en aplicarse a la cuestión, y en 1846 publica un crítico alemán, Barthold, una extensa obra en dos volúmenes *, demostrando cómo en una

* J-W. Barthold: *Die geschichtlichen Persönlichkeiten in G. Casanovas Memoiren.* Berlín, 1846. Obra que aún puede consultarse con provecho. También pueden recomendarse, como más fácilmente asequibles, las siguientes: V. Ottmann: *Jakob Casanova von Seingalt. Sein Leben und seine Werke.* Stuttgart, 1900; E. Maynial: *Casanova et son temps.* París, 1910, 2.ª

porción de circunstancias y detalles que ha podido comprobar, dice verdad nuestro caballero, dando comienzo así, dentro de la cronología casanovista, a la época que pudiéramos llamar *bartholdense*, en que todavía nos encontramos.

A partir de Barthold, los investigadores tórnanse casi legión y se multiplican los libros y artículos de revistas. Durante medio siglo, el *Intermédiaire des Chercheurs* aparece repleto de estudios e informaciones sobre las *Memorias*, y apenas hay punto que no sea indagado. ¿Habrá que añadir que casi todas las comprobaciones han resultado en honor de su veracidad?

Así, por ejemplo, el doctor Guède encuentra en la Inclusa de París la inscripción de nacimiento del hijo de Carlota, la desventurada amiga del caballero della Croce, cuya acta aparece transcrita en las *Memorias* *. Y una de las aventuras más extraordinarias, la de aquella singularísima M. M., figura femenina la más increíble de cuantas pasan por las *Memorias*, profesa de un convento de Murano que comparte sus favores, en el más sorprendente *ménage à trois* que puede darse, entre nuestro héroe y el famoso abate de Bernis, entonces embajador de Francia en Venecia y más tarde ministro de Luis XV y cardenal, ha sido casi confirmada por Hermann von Loehner. En el ejemplar anotado de las *Memorias* que legara a la Stadt-Bibliothek de Viena, este extraño casanovista cuenta cómo en el manuscrito original de Casanova puede leerse, a pesar de la raspadura, el nombre de María Magdalena debajo del M. M., que sustituye luego para hacer más difícil la identificación, lo que, añadido a la precaución de callar el apellido, permite suponer que se trataba de familia notoria, y apunta a continuación cómo, hojeando los registros de los conventos de religiosas de Murano, encuentra una María Magdalena nacida en el año que corresponde a la edad de veintidós que asigna Casanova a su dama, y cuyo apellido calla también, por dis-

edición; y especialmente: Charles Samaran: *Jacques Casanova, vénitien. Une vie d'aventurier au XVIIIe siècle*. París, 1914, 4.ª ed.

* Vol. VII, cap. XII, pág. 360, ed. Garnier.

creción retrospectiva, Von Loehner, cosa que ratifica la anterior hipótesis.

Como estos dos casos podrían citarse otros cien en que aparece comprobado el decir de Casanova. Claro está, y ello era inevitable escribiendo a la distancia que escribía de los sucesos, que los pequeños errores cronológicos abundan y que las exageraciones, sin duda, no faltan, especialmente en lo que al capítulo donjuanismo y *coucherie* atañe. Pero hecha la natural rebaja del tío Paco, aún queda muy bien parado nuestro caballero como galán hazañoso y como hombre fidedigno.

Los que dudan de la veracidad de las *Memorias* por lo imposible que parece el que un hombre, a los setenta años, pueda recordar tan en pormenores y con tal hilación su vida entera, deben tener en cuenta, no sólo la prodigiosa memoria de que continuamente da pruebas Casanova *, sino el bagaje documental que le sirve de base. Casanova, que sin duda se consideraba un ser extraordinario y cuya egolatría resalta a cada momento, debió concebir desde muy joven el proyecto de escribir su autobiografía. A este fin, le vemos tomar nota de los acontecimientos principales, conservar todas las cartas interesantes que recibe y guardar copia de las que él escribe. Esta última medida la observa tan escrupulosamente, que aun en circunstancias de incomodidad y urgencia en que cualquier otro hombre pensaría sólo en salir del paso, él tiene la paciencia necesaria para sacar la copia con destino a su archivo. El episodio de España nos procura un sorprendente ejemplo de ello. Durante su detención en la cárcel del Buen Retiro, en las horribles condiciones circundantes que nos pinta, rodeado de una chusma abyecta que se solaza en molestarle por todos los medios a su alcance, enfermo de fatiga y de ira, le veremos guardar copia, antes de enviarlas, de las cartas que escribe al embajador de Venecia, al duque de Losada, al conde de Aranda

* Véasele, por ejemplo, durante su cautiverio en Barcelona, escribir, sin tener el libro en cuestión a la vista, citando, exclusivamente de memoria, toda su *Confutazione della Storia del Governo Veneto d'Amelot de la Houssaye* (Lugano, 1769, 3 vols.)

y a don Manuel de Roda, cartas de que espera su liberación inmediata.

Los que dudan de la certeza de este celo archivista, pretextando la dificultad que para un hombre tan trashumante representaría el llevar consigo tanto papelorio, deben fijarse en otro pasaje * de su estancia en España, cuando el oficial que viene en Barcelona a detenerle se asombra de ver que una buena mitad del contenido de su baúl son papeles. Y sabido es que en su archivo del castillo de Dux, donde finara sus días, ha dejado un número crecidísimo de cartas y manuscritos, de los que muchos han visto ya la luz, pero cuya mayoría permanece aún inédita.

Otra razón que también aboga por la sinceridad de nuestro aventurero es que, puesto a inventar, un hombre de tan fértil imaginación es de presumir habría inventado cosas aún más extraordinarias que las narradas. Véase, por ejemplo, cómo en España, a pesar de la fama de país extraño, pintoresco y trágico que tan ancho campo ofrecía a la invención, sus aventuras son bastante corrientes y molientes. Igualmente, en el capítulo de andanzas y conquistas femeninas, decidido a mentir, y con la exuberante vanidad que le conocemos, es probable que hubiese aumentado la lista de grandes damas y rebajado el catálogo de beldades de humilde condición que llena las *Memorias* **.

No; nuestro amable caballero quiso escribir y escribió una verdadera autobiografía, sin más errores que los inevitables e inconscientes y la natural exageración. Para mí, es indudable que Casanova tuvo la intención de rivalizar con Rousseau en sinceridad y desnudez. Los casanovistas, que yo sepa, no se han fijado bastante en la influencia de Rousseau sobre Casanova;

* V. *Mémoires*, vol. VII, pág. 536, ed. Garnier.

** Sabido es que el caballero Casanova pensaba en esto como Rufino, el poeta de la Antología, cuyo epigrama él, tan fino humanista, quizás supiera de memoria y desde luego habría podido hacer suyo: «Mejor que grandes damas queremos sus sirvientas, nosotros los que no hallamos deleite en las encopetadas intrigas. Aquéllas tienen una piel perfumada, una mirada altiva, un cortejo no exento de peligros; éstas tienen la piel igualmente suave, y una gracia llana y un lecho hospitalario; y los dones de la fortuna no las hinchieron de orgullo. Yo imito a Pirro, hijo de Aquiles, que a la altanera Hermiona prefirió Andrómaca, la esclava.»

pero es muy significativo, a mi juicio, el hecho de comenzar éste sus *Memorias* dos o tres años después de publicada la segunda y última parte de las *Confesiones*, en 1788 *, que, sin duda, no tardó en llegar a conocimiento de Casanova. También probablemente influiría en la decisión de escribir las *Memorias* el éxito alcanzado por el episodio de su evasión de los Plomos, publicado poco antes **; pero yo tengo la intuición de que fueron las *Confesiones* lo que dió en cierto modo su carácter a las *Memorias*, y que sin Juan Jacobo no serían éstas lo que son.

Pero sin contar que Casanova era demasiado inteligente para complacerse en mentir en una obra cuya fuerza motriz debía ser la sinceridad, y destinada a publicarse muerto él, hay una razón que me parece incontrovertible para darnos la certidumbre de su veracidad, y ésta es: las circunstancias en que fueron escritas.

Casanova comienza sus *Memorias* para escapar de la actualidad que le rodea; con frecuencia lo repite él mismo y da gracias a Dios y a su pluma que le permiten ese refugio. Todo lo que le circunda le es hostil, o tal se le antoja al menos. Recogido en calidad de bibliotecario por el conde de Waldstein, viejo, suspicaz, maniático, abandonado, sin más compañía durante la mayor parte del año que los domésticos del conde, gentes palurdas y sin letras, en quienes no tarda en ver enemigos, anulado amorosamente por los anteriores excesos, pero vivaz de ánimo como en su primera juventud, la vida en aquel vetusto castillo de Dux se le finge un infierno. Pensando en esto de muy distinta manera que la Francesca de Dante, trata de consolar su miseria con el recuerdo de los días felices. In-

* La primera parte apareció en 1781.

** *Histoire de ma fuite des prisons de la République de Vénise qu'on appelle les Plombs.* (Praga, 1788.) Publicada, según parece, con el fin de evitarse el cansancio de repetir una y otra vez la narración de este hecho, el más saliente de su vida. Puede leerse en la reciente reimpresión por Ch. Samaran en la colección de *Chefs d'œuvre méconnus*, editada por Bossard.—Ya antes había insertado fragmentos autobiográficos en su *Confutazione* del libro de Amelot de la Houssaye antes citado, en su *Istoria delle turbolenze della Polonia* (Gorizia, 1774, 3 vols.) y en su novela fantástica del *Icosaméron* (Praga, 1788). Y en 1780 había publicado en Venecia un detallado relato de su famoso duelo con el conde Branicki en Varsovia.

tenta poblar su soledad con las brillantes imágenes del pasado, alumbrar la noche de su senectud con la luz reencendida de sus años mozos, interponer entre sí y el presente hosco los dulces rostros de las mujeres que amó y le amaron, el velo cambiante y multicolor del mundo que sorbieron sus ojos. Tal un Ulises en Itaca, viejo, tullido y destronado, sin Penélope ni Telémaco para acariciarle la cabeza cana. No, no es la fantasía lo que podía aliviar a Casanova, sino la memoria, de consuelos más duraderos y eficaces. Redactarlos era darles corporeidad; cada recuerdo escrito era ya un arma con que defenderse del hastío. Por eso le vemos, o más bien le suponemos, volviendo una y otra vez sobre cada episodio terminado, trabajándolo y plasmándolo hasta dejarlo en carnes perfectas *.

III — DECIA al comienzo que he aquí, al fin, la edición de Casanova que esperábamos, y realmente no era del todo exacto en la salutación. La edición que esperamos anhelosamente los casanovistas, y que es probable no aparezca aún en largos años, es la reproducción textual de las verdaderas *Memorias* originales. Pues, como ignorarán la mayoría de sus lectores, ya que la mayoría de las ediciones no hacen mención del particular, el texto hasta ahora impreso que conocemos no es el genuino de Casanova, sino el arreglo del señor Jean Laforgue. Esta cuestión bibliográfica de las *Memorias* está tan llena de complicaciones y misterios, que conviene la examinemos con cierto detenimiento, empezando desde el principio.

La primera manifestación pública de las *Memorias* es el ofrecimiento del manuscrito al famoso editor de Leipzig F.-A. Brockhaus, fundador del que es hoy el más gigantesco negocio

* Efectivamente, el método de trabajo de Casanova no parece fué el de escribir de un tirón las *Memorias*, para corregirlas en total una vez concluídas, sino que, más bien, iba enmendando y puliendo capítulo por capítulo.

editorial del mundo, por un tal Gentzel, intermediario de Carlo Angiolini, sobrino de Casanova *, el día 13 de diciembre de 1820, es decir, veintidós años después de la muerte de nuestro aventurero. Poco menos de un año más tarde se cerraba el trato y quedaba el manuscrito posesión de la casa Brockhaus. Inmediatamente, encomendaba el editor la versión alemana a Wilhelm von Schütz y el arreglo francés a Jean Laforgue, profesor de francés en la Academia de Nobles de Dresde. La primera, en doce volúmenes, empezaba a publicarse en 1822 y concluía en 1828; la segunda, también en doce tomos, tardaba del 1826 al 1838. Ambas versiones presentaban sensibles diferencias, que denotaban las libertades que con el texto se habían permitido ambos adaptadores. En general, la edición alemana es algo más breve (ocho capítulos menos) y los pasajes más atrevidos aparecen adecentados.

Como es sabido, el veneciano Casanova eligió para la redacción de sus *Memorias* la lengua francesa de preferencia a la italiana. Ya otro famoso veneciano, el viajero Marco Polo, había hecho lo propio cinco siglos antes al dictar a un compañero de cautiverio sus recuerdos del Catay **. Casanova nos ha explicado las razones de esta preferencia, que son: el mayor conocimiento que se tiene del francés en el medio en que vive, y «el ser el espíritu francés más tolerante que el italiano, más inteligente en el conocimiento del corazón humano y más avezado a las vicisitudes de la vida», cosa que le hace desear para su libro más lectores franceses que italianos.

A estas razones quizás pudiéramos nosotros añadir otra: lo que halagaba su vanidad de letrado el escribir en una lengua que no era la propia y en un estilo que él, sin duda, juzgaba, si no perfecto, sí por lo menos de una rara personalidad y co-

* Casado con Mariana, hija de María Magdalena, hermana menor de Casanova. Este Angiolini, que nada tiene que ver con los escritores Gasparo y Pietro Angiolini, coetáneos suyos, le había asistido en su última enfermedad, y sin duda, a su muerte, se incautó del manuscrito, cuyo valor mercante tardó, por lo visto, en comprender.

** Curiosas coincidencias, especialmente en el motivo que sirve a ambos de acicate. Marco Polo, como Casanova, acude al arsenal de sus recuerdos para vencer el tedio y hacerse la ilusión de la libertad.

lorido. A este respecto, no podemos menos de sentir cierta melancolía al verle escribir: «La lengua francesa es la hermana bien amada de la mía; a menudo la visto a la italiana, y la miro, y me parece más bonita, y me agrada más, y me siento satisfecho. Seguro en gramática, y con la certidumbre de que ningún lector me encontrará oscuro, he prohibido a mi editor que adopte las correcciones que cualquier purista estreñido se atrevería a introducir en mi manuscrito.» ¡Veto inútil, pobre Casanova! Tu editor, sin consideraciones por tu sabroso francés, tan graciosamente esmaltado de latín y de italiano, hubo de ponerte entre las manos de ese purista que tú temías, quien no sólo te hizo doblegar bajo la férula de la Academia, sino que hasta te hizo sufrir en ocasiones la mutilación de Orígenes y de Abelardo.

Durante mucho tiempo ha sido costumbre entre los casanovistas más exaltados clamar contra la profanación de Herr Brockhaus y de M. Laforgue; pero ya algunos de los que han podido compulsar el texto original en el archivo de los editores, como M. Octave Uzanne, empiezan a mostrar cierta consideración por el trabajo de Laforgue. En primer lugar, parece que sin las veladuras de éste la censura no habría permitido la publicación de las *Memorias*; y en segundo, parece que la ingerencia de Laforgue se redujo a suprimir crudezas innecesarias y a enderezar tuertos gramaticales.

Pero yo tengo para mí que la reforma de Laforgue fué mucho más importante que todo esto y que Casanova le es deudor de no poco. Y gusto de imaginarme a este honesto profesor de francés, de fantasía hasta entonces dormida, puesto súbitamente frente a un libro semejante, con la misión de pulirlo y darle mejor forma. ¡Singular aventura, que llena diez y siete años, durante los cuales el honesto profesor se va identificando con el caballero Casanova y poniendo en su libro todo el talento y *savoir faire* que le ha tocado en suerte! Buen tema para un novelista de imaginación: el desdoblamiento o la segunda vida del profesor Laforgue; una especie de nuevo «Dr. Jekyll y Mr. Hyde».

Pero, dejando a un lado el elemento imaginativo, me parece que hay excelentes razones para suponer que Laforgue ha mejorado considerablemente el texto de Casanova, y sin alterar nada en esencia. De otra manera, ¿qué motivos podría tener la casa Brockhaus para negarse obstinadamente a la publicación del texto original? Si esos motivos, el de decencia y el de corrección gramatical, eran explicables en su tiempo, es evidente que ya no lo son *. Por cruda que fuese la redacción de Casanova, hoy se publican libros de color aún más subido, y una edición crítica es siempre un paliativo. Hay, pues, que rechazar de plano el escrúpulo de honestidad como causa del secreto, especialmente si se tiene en cuenta el magnífico negocio que supondría la publicación.

Después de bien meditada la cuestión, no se me ocurre otra razón válida que la incontestable superioridad de la redacción de Laforgue sobre la original. No cabe duda que, si publicada ésta, se viese que era manifiestamente inferior a aquélla, la cosa perjudicaría considerablemente al *casanovismo* y, por ende, a la casa Brockhaus, interesada en que haya un casanovismo lozano y creciente por el mundo, interés aún más literario que material, dada la extraordinaria pujanza económica de la empresa. Los casanovistas, entre los cuales siempre han figurado los mismos directores de la casa Brockhaus, y muy notoriamente el último, Herr Albert Brockhaus, fallecido hace dos años y que parece tuvo un momento la atrevida idea de dicha publicación, con todo el aparato crítico de la actual, se sentirían, por decirlo así, lesionados en su *casanovifilia* con dicha comprobación, sin que la parte tomada en la obra por el profesor bastara a justificar la aparición de un culto *laforguista*. Pues que Laforgue no inventa nada, lo que se llama *inventar*,

* Por otra parte, el estilo propio de Casanova, aunque incorrecto, no lo es tanto como podría suponerse. De sus obras sin retoque ajeno, yo sólo he leído la *Histoire de ma fuite*, y si advierto diferencia de estilo es acaso a favor del veneciano, más jugoso y pintoresco que el académico. Aunque hay que confesar que el de éste es de la mayor excelencia, con toda la gracia, agilidad y soltura que requería la materia; al punto de que no es extraño que antes de dilucidarse la paternidad de las *Memorias*, un letrado tan experto como Paul Lacroix, más conocido por su pseudónimo de *Le Bibliophile Jacob*, no vacilara en atribuirlas a Stendhal.

pruébalo la conformidad, en todo lo esencial, de la traducción de von Schütz con el arreglo de Laforgue.

Sea lo que sea, el caso es que el original de las *Memorias* continúa inédito y que cada vez se hace más difícil, por no decir imposible, el ser admitido a examinarlo *.

Y ya que estamos de misterios casanovistas, parémonos un momento en el misterio Paulin-Busoni, que no es de los menos extraños.

La adaptación de Laforgue no es la primera aparición de las *Memorias* en francés. Antes, de 1825 al 29, se publicaba, en 14 vols., la traducción de Aubert Vitry, hecha sobre la versión alemana de von Schütz del modo más inexacto y descuidado. Esta edición, como es natural, no nos ofrece el menor interés; pero ya es otra cosa con la que publica la casa Paulin de París, de 1833 al 37, en 10 tomos, reimpresa en 1843 en 4 vols., y que se pretende, así en redondo, la «única completa» **. Esta edición reproduce casi exactamente la francesa de Leipzig hasta el tomo VIII—último de los publicados en 1832 por Laforgue, que hasta seis años después no debía dar el resto—, pero a partir de ahí parece traducir y abreviar a su antojo la versión alemana, ya en esa fecha conclusa. Ahora bien, lo extraño del caso son las grandísimas diferencias que presentan ambas ediciones. Esta parte de la edición Paulin es, en extensión, menos de la mitad de la edición Laforgue; pero Philippe Busoni, que llevó a cabo el trabajo para la casa Paulin, no se limitó a condensar la versión alemana, sino que aparecen en su arreglo episodios y detalles precisos que no figuran en las otras, y también importantes modificaciones *** en

* Este manuscrito consiste en 600 pliegos in-folio, divididos en doce legajos—cada legajo un tomo de la primera edición—, escritos con una letra clara y firme, casi sin tachaduras, que no demuestra un pulso senil y prueba una copia cuidadosa. Por cierto que con algunos capítulos de su manuscrito, sucedióle a Casanova una aventura semejante a la que sufrió Carlyle con el original de su *Revolución francesa*. Una fámula aturdida los empleó una mañana para encender la chimenea, dando como razón del estropicio el juzgarlo, por estar ya escrito, papel inservible.

** Reimpresa de nuevo por Rosez, de Bruselas, en 1860, y más recientemente por Flammarion, de París (6 volúmenes, colección de *Les Meilleurs auteurs classiques)*, es en la actualidad, debido a su precio módico, la edición más difundida de las *Memorias*.

*** Entre ellas, es particularmente curioso el zurcido ejecutado para salvar la laguna de

algunas aventuras, que no se sabe a qué atribuir. De esos nuevos episodios y detalles, algunos parecen completamente de invención del adaptador; pero la mayoría —y esto es lo extraordinario del caso—, el mismo Brockhaus y uno de los casanovistas más familiarizados con el manuscrito, Gustav Gugitz, confiesan se encuentran en el texto original. Esto parece probar, naturalmente, que el tal Busoni tuvo conocimiento de él y acaso trabajó sobre el manuscrito de Casanova. Como él nada nos ha dicho y el manuscrito obraba en posesión de Laforgue, que para nada aparece en relación con Busoni, no es éste, según queda dicho, uno de los menores misterios casanovianos. Y por cierto que hay que reconocer la destreza con que Busoni cumple también su cometido, al punto que ningún lector profano se percataría de la transición ni podría determinar el momento en que Busoni deja de copiar a Laforgue y trabaja ya por cuenta propia.

Otro de los puntos oscuros más discutidos por los casanovistas es el referente a la extensión de las *Memorias* y a si éstas han llegado o no completas a nosotros. Examinemos rápidamente el problema, sobre el cual tengo mi criterio propio, apoyado en palabras del mismo Casanova, que me parece han escapado a la atención de sus escoliastas.

Casanova divide su vida, tomada como una comedia, en tres actos: el primero, que es la buena jornada, de alegres azares y bienandanzas, desde su nacimiento (2 de abril de 1725) hasta la desastrada aventura con la Charpillon *, en 1763, en que por vez primera se siente bajar la cuesta de los años; el segundo, desde esta fecha hasta 1783, después de su segunda

los capítulos IV y V del último tomo, capítulos que faltan en todas las demás ediciones, por faltar también en el manuscrito. Hasta bastante recientemente no fueron descubiertos, en borrador, entre los papeles del archivo de Dux. Sin duda, Casanova los puso aparte con objeto de enmendarlos y pulirlos, impidiéndole la muerte llevar a cabo el propósito. Dicho borrador será insertado en esta edición del centenario, ocupando su lugar correspondiente.

* Episodio que parece haber servido de cañamazo a Pierre Loys para su famosa novela *La Femme et le Pantin*. Y por cierto que no fué ésta la primera vez que servían de cantera las *Memorias*, cuya prodigiosa riqueza anecdótica ha sido con frecuencia puesta a contribución. Realmente, pocos libros, por no decir ninguno, podrán ofrecer al cuentista y al comediógrafo tan inagotable y precioso filón de materia prima.

expulsión de Venecia, jornada en que ya predominan las tintas sombrías; el tercero transcurre todo él en las tinieblas de Dux, hasta su muerte, el 4 de junio de 1798.

Las *Memorias,* tal como han llegado hasta nosotros, de estos setenta y tres años de vida abarcan sólo unos cuarenta. Comienzan en el 1733, contando exactamente Casanova ocho años y cuatro meses (ya que hasta entonces padeciera una especie de cretinismo infantil), con ocasión de una epistaxis casi incoercible que parece alumbrarle las fuentes de la memoria; y se interrumpen bruscamente en 1774, en vísperas de su retorno a Venecia. Por los datos que tenemos, puede inducirse que Casanova empezó a escribir sus *Memorias* allá por el 1790, y que escribiéndolas estuvo hasta su muerte.

Algunos de los casanovistas más eminentes suponen que esta interrupción de las *Memorias* no fué debida a la muerte del autor y que hubo más tomos de ellas, que sufrieron ulterior extravío o destrucción. Apóyanse, entre otros argumentos, en que la hoja titular del manuscrito reza: *Histoire de ma vie jusqu'à l'an 1797;* pero ello simplemente demostraría que Casanova pensaba llevar su crónica hasta esa fecha en que escribía, intención que ya sabíamos. ¡Lo que es como las otras razones no tengan un poco más de peso!

El doctor Guède supone que la interrupción es voluntaria por no sonreírle a Casanova la idea de contar su vida, si había de hacerlo sinceramente, después de su regreso a Venecia, en que entra al servicio, como agente secreto, del Tribunal de la Inquisición, oficio que, realmente, está muy lejos de honrarle.

Otro eminente casanovista, Armand Baschet, cree en los volúmenes desaparecidos, atribuyendo su desaparición al hecho de hablarse en ellos con demasiada libertad del conde de Waldstein y de su vida en Dux; pero no se adivina por qué su sobrino, que debió entrar en posesión del manuscrito apenas fallecido Casanova, iba a entregarse a este auto de fe no ligándole, como no le ligaba, ningún lazo con la familia Waldstein.

Por último, M. Gugitz pretendió un momento haber hallado la prueba fehaciente de la pérdida de dos volúmenes *; pero el caso es que no ha vuelto a soplar palabra de su descubrimiento.

Pero, aunque novicio en *re* casanóvica, me atrevo a llamar la atención de tanto ilustre casanovista sobre un pasaje de las *Memorias* que, a mi entender, resuelve de plano este problema. Abrase el sexto tomo de la edición Garnier por su página 484, y se verá al pie una frase en que, antes de expresar su esperanza, bastante arbitraria, de otros cuatro años de vida, dice textualmente: «hoy, primer día de noviembre de 1797», etcétera. Ahora bien, desde este pasaje al final de las *Memorias*, van unas mil doscientas páginas de impresión nutrida; a repartir entre seis meses (descontando un mes entre fiestas, enfermedad, etc.) que le quedan de vida, hacen un promedio de siete páginas diarias. Y téngase en cuenta que todas esas páginas sin duda habían ido siendo corregidas a medida de su composición, según parece demostrar el hecho de haberse encontrado aparte el borrador de los capítulos IV y V del último tomo, como esperando corrección antes de ser reincorporados al resto.

Ahora bien, ¿cómo es posible que, por mucha que fuese la actividad de Casanova, y sobre todo teniendo en cuenta la mucha edad y la poca salud, pudiera haber escrito más de ese considerable promedio de siete páginas diarias, revisadas y pulidas? El argumento me parece de tal fuerza lógica, que creo resuelve de una vez para siempre la cuestión y deja firmemente asentado que Casanova no pasó adelante en sus *Memorias* porque, infortunadamente, vino la muerte a impedírselo, y que no hay ni hubo nunca más *Memorias* que las que se guardan en el archivo Brockhaus. Y si aún hubiese casano-

* Según carta de M. Tage E. Bull, el más informado acaso de todos los casanovistas, a M. Octave Uzanne, en julio de 1913, que este último cita en su prólogo al primer tomo de la edición del centenario. Y mal podrían haberse extraviado *dos* tomos, cuando el mismo Casanova, al final del penúltimo capítulo del tomo XII (ed. Garnier, vol. VIII, pág. 409), indica su intención de dar por acabadas sus *Memorias* en el tomo siguiente, lo que prueba que, en caso de haberlas podido continuar, sólo habría habido *un* tomo más.

vistas disconformes, celebraría ver qué argumentos lograban esgrimir para anular este que acabo de exponer y que, modestamente, se me antoja incontestable.

IV — DETENGÁMONOS un momento en el hombre, antes de entrar con él en España y ver qué diligencias podríamos llevar a cabo para descubrir la huella de sus pasos. El sujeto vale realmente la pena.

Por mucho que se le quiera regatear y podar, ¡hombre extraordinario este Casanova! La Naturaleza no parece haber empleado más de una vez su molde. Yo le veo aparte de todos, como un ejemplar absolutamente único.

No ha de ser fácil a los críticos el juzgarle. Un hombre tal, hecho de tan distintos metales, no ha sido hecho para ser contrastado. Hay que sufrirlo, y admirarlo si se puede, como un fenómeno natural. Considerada desde nuestra vida quieta y metódica, de hombres de letras, esta vida en ebullición de otro hombre de letras—pues, al fin y al cabo, literaria es su gloria y colega es nuestro—nos sobresalta demasiado y llega a irritarnos en ocasiones. Una secreta envidia nos va ganando poco a poco; en el fondo, ninguno de nosotros, qué no cambiáramos nuestra vida de castidad y de decencia forzadas por el frenesí de la suya; al menos por una temporada. De ahí que tantos moralistas le condenen sin remisión y le proscriban de su honesta compañía. ¡Buen provecho les haga! El tampoco habría querido malgastar un minuto en la de ellos.

Pero si la envidia no es raíz esencial de nuestro ser, siempre acaba por vencernos la gracia animal de este hombre. ¡Qué prodigiosa vitalidad, qué tremendas raíces en la especie! Compréndase que si devora la vida a boca llena es porque la Naturaleza le dotó de un apetito y un estómago de ogro. ¿Cómo, pues, no hacerle su porción mayor que la de los demás mortales? Lo injusto y lo inhumano sería querer que se hubiese

puesto a régimen. Yo, por mi parte, le absuelvo de todos sus excesos y me quito el sombrero.

Es difícil hablar ordenadamente de este hombre sin orden. Su compleja amalgama se resiste al análisis. Casanova está amasado de cien vicios y cien virtudes, y su estado ordinario es el de la pasión. Todo en él entra en seguida en incandescencia. Los medios términos no han sido hechos para hombres de su desmesura. Lo que hace, lo hace con frenesí. Le vemos un día hacer el amor hasta extenuación, y al siguiente, trabajar catorce horas seguidas entre libros. Con parejo ahinco pasa de Venus a Minerva, y costaría trabajo decidir a cuál de las dos va su preferencia.

No obstante, aunque fuera la segunda quien le ha traído la gloria, adivínase que fué la primera quien gobernó despóticamente la vida de este campeón de Citerea. Pero el culto a ambas fué igualmente sincero, y esto es lo que le pone para siempre al margen de toda la tropa de aventureros. No puede dudarse de su genuino amor a las cosas del espíritu y de su vocación por la cultura. Este jugador fullero, caballero de industria cuando la ocasión lo reclama, mujeriego empedernido, camorrista quisquilloso, trashumante infatigable, es al propio tiempo un finísimo letrado, un humanista consumado, un aprendiz insaciable, que se interesa y apasiona por todas las disciplinas intelectuales. Su existencia de garito y de alcoba está llena de largos altos en bibliotecas y museos. Así le vemos, aparte del insigne memorialista conocido, filósofo, historiador, teólogo, matemático, poeta, hasta sociólogo. ¿Qué no será este terrible Proteo? La lista de sus obras, inéditas y publicadas, es larga; adviértese claramente el deseo de hacer figura de polígrafo.

Una de las cosas que más me complacen en este hombre es su pasión de libertad y su horror a sentirse enclavado definitivamente en parte alguna. No era fortuita la comparación que antes hacía con el ladino Odyseo; y muy bien podría Casanova repetir con él los sublimes versos del Alighieri:

...Vincer potero dentro a me l'ardore
Ch'i' ebbi a divenir del mondo esperto,
E degli vizi umani e del valore...

Casanova es el aventurero nato, en el sentido más estricto de la palabra. Ama la aventura por la aventura, no como un medio de llegar a una posición eminente en la vida. Por eso le vemos rehuir las oportunidades que se le presentan de fijarse, por magníficas que sean las condiciones; y una y otra vez rehusa, mientras el pulso de la juventud late en él, ricos empleos y matrimonios de fortuna. Aunque las cadenas sean de oro, él no quiere aherrojarse. Y así nos lleva, en pos suya, *duca* un tanto equívoco, a través de los mundos más heteróclitos, entre gentes de todo linaje y condición: reyes y emperatrices, grandes señores y magnates, papas y cardenales, tropa de Iglesia de menor cuantía (no se olvide que él llegó hasta recibir la tonsura y las órdenes menores), mílites *gloriosos* (recuérdese que también endosó la casaca de oficial), burgueses, artesanos, campesinos, comediantes, artistas y hombres de letras, cabalistas, aventureros de todos los jaeces, *griegos* y donilleros, grandes y pequeñas cortesanas, etc., etc. No hay, ni puede haber, comedia de más variada comparsería y telones de fondo más mudables.

Argonauta del azar, ama apasionadamente las tres actividades más sujetas al acaso: el juego, el viaje y el amor; eso sí, corrigiendo siempre que puede las infidelidades del primero. Hombre antisistemático por excelencia, su único sistema es dejarse llevar por los acontecimientos, sin pretender dirigirlos ni torcerlos.

Cuando las mujeres, al cabo de largas épocas de feminismo, logren equipararse al hombre y consigan librarse de aquella superstición del *amor único* a que antes me refería, confío le será levantado a Casanova un monumento por suscripción del sexo femenino.

Nadie, en efecto, ha amado a la mujer con semejante fuego. Verdadera pirausta erótica, el amor ha sido su elemento

natural, y el placer amoroso la razón teologal de su existencia. El mismo lo declara en el prefacio de sus *Memorias:* «Cultivar el placer de mis sentidos ha sido siempre mi principal cuidado.» Y compréndese que aquí *sentidos* significan, sobre todo, ese omnisentido que es el sexo. «Me es imposible ver una mujer hermosa sin desearla», confiesa todavía en su vejez. Y aplaudimos su sinceridad cuando le declara a la progenitora de miss Charpillon: «Señora, soy un libertino de profesión. Admiro la virtud, pero no me gusta sino el amor.»

Su frenesí de amor y de voluptuosidad desborda también de altruísmo y de generosidad. Hombre sensible, tierno, generoso, susceptible de compasión y de los más delicados sentimientos, ya se comprenderá que no iba a dejar de serlo en amor. Aquí, al contrario, su natural delicadeza se afina y exalta. Nada le repugna tanto como la galantería profesional, y sólo en épocas de gran carestía le vemos acudir a ella. El no quiere arder solo; exige que la *partenaire* comparta sus mismos éxtasis, y en más de una ocasión le vemos ir, con un sutil sibaritismo, reservando la presa hasta el momento oportuno. El ejemplo que cuenta de aquel estrafalario conde Torriano que casi estrangula a su compañera cuando la ve entrar en un deliquio de que él no es copartícipe *, le merece la peor censura. A él, por el contrario, le oiremos decir, con el más enfático desprecio, a una desgraciada que ha permanecido insensible entre sus brazos: «*Vous n'avez rien donné à mon amour; vous vous êtes prostituée. Honte sur vous!*»

De Bettina Gozzi a Lia, la hebrea de Ancona, ¡qué interminable y deliciosa galería de retratos femeninos! Ningún sultán ha tenido harén más vasto y ameno. Rubias, morenas, castañas, pelirrojas, altas y bajas, letradas y palurdas, encumbradas y humildes, dulces y violentas, de todos los pelajes, nacionalidades y condición, forman la lista donjuanesca de Casanova. «Desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca»; pero hay que confesar en honor de nuestro héroe que las prin-

* Aquí, sin duda, se inspiró Paul Adam para aquel famoso inglés de *Le Troupeau de Clarisse.*

cesas abundan menos que las pescadoras. También en esto sepárase Casanova del grueso de los buscavidas: la condición social de su dama se le importa un ardite. Para ingresar en su serrallo no se precisa más que ser hermosa y enamorada. Casanova es un ecléctico en materia amorosa, y no tiene tipo de beldad determinado; más bien, imagino le gustarían el cambio y los contrastes. «*Quant aux femmes, j'ai toujours trouvé suave l'odeur de celles que j'ai aimées*», nos dice en una frase exquisita.

He hablado de *lista donjuanesca*, y no he andado discreto en evocar la sombra de Don Juan. Casanova y Don Juan no tienen ni el más tenue parentesco. Es más, a pesar de la apariencia engañosa, Casanova es la antítesis de Don Juan.

Don Juan no ama. Esa es su fuerza, y también su terrible miseria. Al menos, así me imagino yo a Don Juan en estos tiempos en que tan a la moda se ha puesto el sacarle de su tumba para uso personal. *Mi* Don Juan es un mártir del deseo de amor. Hay un apólogo oriental cuyo protagonista es un hombre que no cree en Dios, y quiere creer, y lo va buscando por toda la tierra, de religión en religión, sin encontrarlo nunca. No recuerdo exactamente cómo termina este descreído; probablemente, tan mal como Don Juan. Ahora bien, *mi* Don Juan, que sospecho es el de casi todo el mundo, es como el protagonista del apólogo. Sabe que existe el amor y lo ve en torno suyo; pero no logra sentirlo una sola vez, y por eso rueda de mujer en mujer, con la esperanza de encontrar al fin fuego que funda su bronce. Si nos sintiéramos freudianos, podríamos imaginar que a esta imposibilidad sentimental iba aparejada otra imposibilidad genésica, que sería relativamente frecuente si tornásemos Don Juan en Doña Juana.

Don Juan es frío y cruel, simplemente porque no ha amado; llega al final de su vida hastiado, rencoroso y sin nostalgias. Casanova, en cambio, cada vez que ama, lo hace como si amara por vez primera. Se entrega al objeto de su pasión en cuerpo y ánima; en el garfio de cada aventura sentimental se deja un jirón de alma. En ocasiones, él mismo se sugestiona, y confiesa que a fuerza de querer persuadir ha acabado por creerse real-

mente enamorado y cometer todas las locuras propias del amor. Con frecuencia le vemos enfermar y sufrir y estar casi a punto de muerte porque el objeto de su pasión se halla en trance análogo; a tal punto se ha entregado. Y llega al final de su vida cargado de recuerdos y añoranzas que alternativamente le torturan y consuelan, cilicio y bálsamo a un tiempo. Hay frases de su vejez por las que mucho le será perdonado: «Cierto que alguna vez engañé a las mujeres, pero ya se desquitan ellas, y muy cruelmente. Yo creí que sólo las amaría mientras ellas me amasen, y he aquí que ya no me aman y yo continúo amándolas.» Los hombres que no aman—lo que se llama amar—sino una vez en la vida es, en fin de cuentas, porque la Naturaleza, o Dios si se quiere, no les capacitó para más. Creer que la voluntad, el sentido del deber, la intensidad del sentimiento, la fe jurada y otras moralinas de igual jaez tienen que ver nada en ello, es una triste puerilidad. Un hombre como Casanova es la prueba viva de la diferencia de capacidades que se da en el género humano. ¿Quién, conociéndole como le conocemos, se atrevería, sin anegarse en el ridículo, a exigirle la observancia del precepto de fidelidad y de monogamia? Él hizo patente, antes de que fueran escritos, la verdad de aquellos versos imperecederos del *Epipsychidion:*

True Love in this differs from gold and clay,
That to divide is not to take away.
Love is like understanding, that grows bright
Gazing on many truths; 'tis like thy light,
Imagination! . . . . . .
. . . . . *Narrow*
The heart that loves, the brain that contemplates,
The life that wears, the spirit that creates
One object, and one form, and builds thereby
A sepulchre for its eternity *.

* «El amor verdadero, en esto difiere del oro y de la arcilla: que dividirlo no es hacerlo desaparecer. El amor es como el entendimiento, que, mientras más verdades contempla,

Pero que no vaya el que tuvo la suerte de nacer para la fidelidad doméstica y el buen amor casero a seguir, por espíritu de emulación, las huellas peligrosas de Shelley y de Casanova.

¡Buen caballero Casanova, hombre verídico y sin rebozo en un mundo de libertinos hipócritas y de lascivos taimados! Tu sensualidad franca y generosa, tu amor a la vida y sus atributos, bien te merecían la beatificación, aunque sólo fuese para cólera y escarmiento de tanto gazmoño y mojigato como hacen inhabitable este valle de lágrimas.

De cuantos han pasado por aquí abajo dejando memoria de ellos, a pocos desearía tanto encontrar allá arriba como a este hombre de mala reputación y buena compañía. A menudo, en mi imaginar de los Campos Elíseos, le veo paseándolos con el mismo garbo que pasearía por el *bois* de Boulogne. Muy estirado, para aventajar aún la estatura; solemne, fanfarrón y donairoso, con aquella prestancia de rastacuero que exasperaba a los hombres y seducía a las mujeres; la mano cargada de sortijones sobre el pomo de la espada, las blondas de la chorrera copiosamente endiamantadas, la casaca del más rico tafetán de Lyón galoneada de oro, la media de seda enfundándole sin una arruga la bien torneada pierna, cuatro o cinco cinceladas sabonetas repartidas por los bolsillos, dos o tres manojos de dijes y brinquiños preciosos, entre los que abundan esos cuernecillos de coral que contrarrestan la *jetta*, colgándole de las leontinas; sobre el pecho la venera de la Espuela de Oro, que para mayor lucimiento él ha mandado engastar con gemas finas; la cabeza engallada, impasible la faz cetrina, pero haciendo disimuladamente del ojo a la beldad más cercana, y pronto ya a inflamarse por ella, pasaría con pie tardo nuestro caballero *. Y se acercaría a nosotros, y luego de ofrecernos

mejor crece; es como tu luz, ¡oh imaginación!... Estrechos el corazón que ama, el cerebro que estudia, la vida que lleva, el espíritu que crea un solo objeto, una sola forma, y en ella se construye un sepulcro para su eternidad.»

* Por desgracia, la iconografía de Casanova es casi nula. La imagen más auténtica, que es el retrato de la colección Daschkoff, de Petrogrado, atribuído a su hermano Francisco, nos le muestra de perfil, con escaso detalle. A decir del príncipe de Ligne, que nos ha

un pellizco de rapé de su esmaltada tabaquera, recuerdo de algún gran señor que le fuera aficionado, nos contaría, con su imperturbable seriedad de *pince-sans-rire,* una anécdota jocosa o su última aventura elisíaca, y nos haría dos o tres citas de Horacio y del Ariosto... Sí, mi buen caballero Casanova, yo os he visto entrar en la inmortalidad con vuestro legajo bajo el brazo.

RICARDO BAEZA

dejado de él un retrato bastante vivo: «Ce serait un bien bel homme s'il n'était pas laid.» De constitución hercúlea, medía nada menos que un metro 93 centímetros. Por cierto que M. Octave Uzanne, en el retrato físico que hace de nuestro aventurero, nos da otras mediciones, susceptibles de interesar a los fisiólogos, pero que no son para transcritas aquí. La tez era de color olivácea y anchos planos, las facciones grandes y acentuadas, excepto el mentón, desproporcionadamente breve y sin energía. Su rostro me recuerda algo el de Jorge Sand; aunque, en total, su aspecto debía ser el de un pirata levantino. La frente era alta y proclive; la nariz excesivamente fuerte y voluminosa, como pico de gallo; los labios gruesos y carnales. Los ojos, también de gallo, magnéticos, centelleantes y muy movibles, extraordinarios de luz y de intensidad, eran el rasgo saliente de esta faz y sin duda su mayor seducción. No nos dicen el color, pero yo los imagino de iris verdoso y fulvo, como los ojos de los tigres, tonalidad que abunda entre los venecianos, cuyos ojos parecen reflejar las aguas glaucas y turbias de sus paludes, rieladas de sol. Nada sabemos del timbre e inflexión de la voz.

Notas

Mauricio Barrés

«J'ai une âme composite.»
Le Voyage de Sparte.

CON Mauricio Barrés se consume la fauna maravillosa de los semidioses literarios que comienza en Chateaubriand. Cuando el tiempo haya depositado sobre el siglo XIX muchos aluviones de futuro, aún podrá el excavador reconocer la tierra de aquella centuria por los restos gigantes de estos enormes plumíferos que hicieron sus magníficos vuelos circulares en torno al corazón de Europa. Ni antes los hubo, ni es verosímil que los haya después. Son pájaros de ala larga y voz canora, mezcla extraña, equívoca y al cabo desagradable de gipaeto y ruiseñor.

No, no es verosímil que vuelva a haber una época en la cual los escritores sean tanto como han sido en el último siglo. Yo no sé si nos hemos dado aún cuenta de la situación incomparable que durante él gozó el li-

terato. Todos los demás poderes históricos—salvo el dinero—, todos los otros prestigios—salvo el del oro y el diamante—, rotos y desvanecidos. La única fe restante y en pie, la que va al pensamiento y la palabra. Francia sobre todo ha dedicado el más religioso culto al párrafo. «La menor frase suya que leo me estremece»—decía de Chateaubriand su primera amiga Paulina de Beaumont. Uno de los rasgos geniales de Francia es esta su capacidad de temblar toda bajo el encanto de una cadencia gramatical.

Las obras literarias han influído siempre en la marcha del mundo. La literatura es una de las potencias primigenias de la historia. Con la mayor autoridad se ha dicho que «en el principio era el verbo», es decir, la divina retórica. Pero antes de Chateaubriand, entre la obra literaria y el hombre de letras había una absoluta distancia. La obra no era el hombre; influía por sí, atraía sobre sí el entusiasmo de las gentes. El autor quedaba anulado por su obra, oscurecido, en la deplorable situación de quien no es sino padre de una hija bella. Mas he aquí que Chateaubriand—después del ensayo insuficiente que hizo Rousseau—vierte su propia persona en la obra. Dondequiera que ésta va, lleva dentro incluso a su autor, y la admiración por ella es indisolublemente entusiasmo hacia el hombre de que es emanación.

La nueva manera, al personalizar la obra, invierte los términos tradicionales. No es ella, por su contenido objetivo, impersonal, independiente, quien ennoblece a su autor, sino al revés: la obra romántica, de Chateaubriand a Barrés, no es otra cosa que expresión de la

personalidad de su autor. No tiene valor por sí, no tiene independencia, no es un pequeño orbe concluso y completo que encierra dentro de sí un sentido íntegro. En cada una de sus frases resuena la voz del autor, y toda ella es meramente un síntoma, un gesto de la persona literaria. Lo interesante es el autor. Si se abstrae de éste, la obra carece de sentido. Por esta razón, a la inversa de lo que era sólito, la obra romántica hace converger el fervor de las gentes no sobre sí, sino sobre el escritor, cuya persona real, con su carne y su hueso, se convierte en un poder social. Los políticos le temen y las mujeres se enamoran de él.

Esto último sobre todo. El estilo de Barrés, como el de Chateaubriand, es principalmente un estilo sexual. La frase de ambos ondula cargada de voluptuosidad. Es admirable literatura de macho en celo y tiene el mismo origen biológico que el canto vernal del pájaro. Al vizconde de la Restauración y a su nieto el diputado de la Tercera República se les hincha de pronto la garganta, engolan la voz y dan al viento un aria insistente de ruiseñor. La intención estética de esta forma literaria no es otra que exhibirse y hacerse interesante y bonito. El abuelo, más fuerte que el nieto, sustituye a veces la copla de Filomela por un largo mugido de ciervo que en el corazón de la selva anuncia su brama y promete a hembras anónimas melancólicas caricias.

Barrés es el último feudal literario. Esto se ha acabado. Ya no hay más arias ni más derecho de pernada. A los más jovenes, quienes lo son menos podrían decir, como Talleyrand del antiguo régimen: «El que no lo ha conocido no sabe lo que es la dulzura de

vivir.» Ahora es preciso otra vez ganarse la vida literaria con la obra. Los escritores volvemos a ser artesanos; la estimación irá a nuestra obra, no a nosotros. Ya no se enamorarán las mujeres de nuestra persona, atraídas por el ademán de nuestros párrafos. Tenemos que ponernos en la fila y disputar el triunfo varonil al ingeniero y al futbolista.

Para este magnífico linaje de los románticos—muy especialmente para el primero y el último—, la literatura era sólo un gesto que se emplea entre otros muchos, no una creación a que se aspira y por la cual el creador renuncia a sí mismo. De aquí dos efectos: al desvanecerse la persona que un tiempo nos arrebató, el prestigio de la obra parece evaporarse. Yo fuí en mi mocedad un delirante lector de Barrés; cuando hoy me ocurre hojear sus libros, los encuentro deshabitados y como llenos de ausencia. No hallo en ellos más que formalismos melódicos, gestos inválidos de marchita gracia ornamental.

Han pasado muy pocos años, y de la voz barresiana se oye sólo el falsete. Era un alma compuesta, sin fondo espontáneo y primitivo. Como él mismo dice no sé dónde de no sé quién, «era más bien cisterna que manantial». Antes que poético, su lirismo es de actor. No crea, representa. Necesita de un público urgentemente, hasta el punto de que de la mitad de sí mismo hizo un espectador ante el cual gesticulaba su otra mitad.

El otro síntoma grave que diagnostica la falta de salud estética en Barrés fué su deslizamiento hacia la política. Cuando un escritor no se contenta con ser es-

critor, sino que aspira a ser héroe, hay vehemente sospecha de que no tiene limpia su conciencia literaria, que su inspiración no satura su sensibilidad ni la nutre suficientemente. El escritor insatisfecho de sí mismo se esfuerza por completarse con otra cosa. Casi todos los románticos de la especie Barrés han pretendido salvar un pueblo: Chateaubriand, lord Byron, d'Annunzio, todos ellos llenos de remordimientos estéticos. La consecuencia de esta deslealtad al arte es trágica. La política anula la poesía de que aún es capaz el escritor. Así Barrés se ha ido paralizando poéticamente conforme avanzaba en los escalafones políticos. Sus *Bastiones del Este* son labor tan patriótica como artísticamente nula. Sus tomos de escritos sobre la guerra obrarán como un lastre plúmbeo que puede arrastrar el resto de su prosa hasta el fondo del olvido.

Y, sin embargo, había en Barrés dones prodigiosos que probablemente no reaparecerán en las letras europeas. Dones, como todo en Barrés, formales; más aún, formalistas, pero egregios. Su estilo poseía tres dimensiones geniales, tres cualidades soberanas: temperatura, densidad y música*. Para quien estos valores sean los más altos que la prosa puede contener, será tal vez *El Viaje de Esparta* el libro mejor escrito que existe.

Lo peor de Barrés son sus ideas, llamémoslas así. Más bien que pensarlas, Barrés las cabalga como el feudal su corcel. El «culto del yo», «la tierra y los muertos» son lucidos animales sobre los cuales ha hecho sus campañas.

* Sobre la temperatura del estilo he de hablar próximamente en el ensayo *Sobre el punto de vista en las artes* que publicará esta Revista.

A la educación abstracta, sin raíces, opone Barrés un imperativo de disciplina francesa. Apenas habrá cosa sobre que Barrés haya insistido más. Pero imaginemos que un mozo francés toma en serio esta pertinaz y monótona orden de Barrés y trata de orientarse en su obra sobre lo que es la disciplina francesa. ¡Vano intento! En la obra de Barrés no hay ninguna idea clara sobre el sentido francés de la vida. No nos enseña lo más mínimo sobre cómo ha sido y debe ser un francés. En vez de una doctrina positiva hallamos sólo una frase formal e inane, un formalismo más estéril aún que el del imperativo kantiano, al cual pretende sustituir. Barrés no ha extraído nada sustancial de los clásicos franceses, y del que más ha estimado, de Pascal, sólo ha aprendido «qu'il faut s'abêtir».

Va a ser muy difícil salvar a Barrés. Aunque no quisiera que esta nota se tomase como expresión completa ni bien ponderada de mi juicio sobre su labor, he buscado manera de tejerle una corona con sus propias virtudes. Pero, lealmente dicho, no las he hallado fuera de su gracia verbal. Diez años antes de morirse, Barrés no significaba ya nada importante para las nuevas generaciones. Como Heine diría, era ya el rey abdicado del milenio romántico. Suya es esta frase: «Les jeunes gens et moi, nous ne nous comprenons pas!» Para un hombre que ha sido y ha querido ser un poder social sin límites, esta renuncia a dominar la juventud equivale a una abdicación. Con los jóvenes es preciso entenderse siempre. Nunca tienen razón en lo que niegan, pero siempre en lo que afirman. Nuestra obra debe extender siempre un tentáculo hacia los corazones

de mañana. Hoy vemos que la figura de Barrés estaba toda vuelta al pasado. De sus páginas no se levanta zenital ninguna alondra que vuele hacia auroras. Todas sus inspiraciones fueron vespertinas—recogen un día ya cumplido—; son densas, fatigadas y somníferas.

Como buen romántico, vivió de las vidas ajenas, del pretérito, de lo ya hecho, «le pas dans le pas». Romántico es todo aquel para quien la historia existe. En este sentido lo somos todos los occidentales. Mas para Barrés sólo existió la historia. Delante de un paisaje natural, su sensibilidad enmudece. Necesita paisajes impregnados de historia, donde otras vidas quedaron infusas. Su patetismo ideológico se alimenta sorbiendo esas existencias anteriores. El gipaeto que era un ruiseñor resulta un poco vampiro. Barrés ha vampirizado sobre el Tajo, sobre la laguna veneciana, sobre el Eurotas y el Orontas. Hoy nos es desapacible verle en trance histérico sumergir el belfo sensual en la sangre y la muerte.—*JOSÉ ORTEGA Y GASSET.*

LA CULTURA DESINTERESADA.—DOS OPUESTOS CAMINOS.—León Bérard: *Pour la réforme classique.*—Albert Thierry: *Réflexions sur l'éducation.*

¿Cómo educar, cómo formar la personalidad humana? A esta pregunta, eternamente importante, vienen a contestar, con respuestas distintas, contrarias, dos libros publicados en Francia durante los últimos meses del presente año.

La verdadera cultura, la que labra el juicio y el alma; la que no se mide por la cantidad de nociones aprendidas, sino

por el proceso del espíritu; la que deja en el alumno la voluntad y la posibilidad de vivir intelectualmente toda su vida..., ésa no se consigue, en general, más que por medio de aquellas disciplinas clásicas, el griego y el latín, que, con el bello y justo nombre de Humanidades, tienen a su favor una experiencia de varios siglos... Tal es la contestación que da M. Bérard, ministro de Instrucción pública de Francia, en el volumen titulado *Pour la réforme classique de l'Enseignement secondaire,* donde recoge sus discursos académicos y parlamentarios que dieron por fruto, el verano pasado, la aprobación y ratificación por la Cámara del decreto de 3 de mayo último que establece con carácter obligatorio para todos los alumnos de la segunda enseñanza cuatro años de latín y dos de griego.

No hay una educación humana sin el trabajo profesional, responde, por su parte, el malogrado Albert Thierry, en su bosquejo de una pedagogía obrera, sindicalista. La solución no está en las llamadas humanidades, sino en las especialidades. Hay que rehacer al hombre entre el proletario, que no es todavía un hombre porque no tiene cultura, y el burgués, que ya no es un hombre porque no tiene oficio.

He ahí dos soluciones a un mismo problema. Ambas, muy características de estos tiempos. Coinciden las dos en la crítica de la enseñanza actual, que, pretendiendo servir al espíritu y armar para la vida, no es ni desinteresada ni práctica, y con sus textos abstractos fracasa ante la realidad, lo mismo que con sus preocupaciones utilitarias ahoga lo que hay de mejor en el alma de los mejores.

Pero son dos soluciones opuestas la del ministro del Gabinete Poincaré y la del maestro rural, muerto en la batalla de Artois. Quiere el primero restaurar la tradición inmortal. Pretende el segundo vencer a la tradición, creando un nuevo tipo de educación proletaria no realizado jamás sobre la tierra. El aula estéril debe, para aquél, revivir con el aire luminoso de la helénica Academia, consagrada, sin utilidad inmediata, al puro y libre pensar, tras el oscuro ramaje de los severos arrayanes. *Otio et libertati,* como quería Montaigne, paseándose

entre los libros de su torre en la colina de Saint-Michel. Al revés, para el pedagogo revolucionario, el aula ociosa debe vivificarse uniéndola al taller y al sindicato. Preocúpase Bérard de formar «una clase directora». Aspira Thierry a educar a «la clase productora».

—

¿Qué le quedará al muchacho después de sus cuatro cursos de latín y sus dos cursos de griego?

«Tiempo hace que Saint-Marc Girardin respondió a esta objeción con una frase profunda: «Yo no pido a un hombre de bien que sepa el latín; me basta con que lo haya olvidado.»

En esta cita, inserta en su discurso del 22 de junio, se halla virtualmente contenida toda la fuerte argumentación de M. Léon Bérard al suprimir el otro bachillerato, llamado «moderno», que reemplazaba las humanidades clásicas por las ciencias experimentales y las lenguas vivas. No se trata, con el latín y el griego, de preparar generaciones de filólogos. Por el contrario, extremando paradójicamente el argumento, cabría sostener que, para los especialistas de la filología, no tendrían esas disciplinas clásicas el carácter de mera cultura formal y general, de noble ocio del espíritu en contacto con el alma de la antigüedad. ¿Por qué elegimos, entonces, para esta cultura humana el griego y el latín? Los elegimos..., «los recomendamos, los imponemos—dice el ministro francés—, no porque gusten, no porque sean los más agradables o los más fáciles (como no hay geometría sin llantos, no hay latín sin lágrimas), los imponemos porque han sido experimentalmente comprobados y la experiencia nos lleva a creer que son los mejores».

La afirmación es un poco excesiva. Tal vez ahí esté el punto más discutible en la apología de los estudios clásicos. Se ha hecho la experiencia de una educación desinteresada sobre la base de las humanidades antiguas. Se ha hecho la experiencia de una educación utilitaria sobre la base de las ciencias o

las técnicas actuales. Pero está por hacer la experiencia de la educación desinteresada basada en las humanidades modernas, en la Biología, en la Historia y en el estudio directo, sobre los textos originales, de los más grandes escritores de nuestra Edad.

De todas suertes, el debate sobre la reforma clásica constituyó una de las notas más distinguidas y elevadas en la vida pública de estos últimos años. La discusión entre Bérard, gobernante del bloque nacional, y Herriot, caudillo de las izquierdas—brillante profesor de Retórica clásica «que la política ha robado a la enseñanza, pero no, ciertamente, a las letras»...—, quedará como un modelo de razón y de elegancia. La Cámara fué tan hondamente francesa, que parecía ateniense.

Con espiritual ironía disipaba el ministro de Instrucción pública el reproche de reaccionarismo que flotaba sobre esa restauración del griego y el latín que lleva a los Liceos de la República las disciplinas clásicas en que, ya tres siglos antes, sobresalieron los Colegios de la Compañía. «Después de todo, afirmaba el ministro, es todavía una señal de buena formación clásica en nuestras izquierdas esa propensión ciceroniana a descender cada mañana al foro para clamar que es necesario salvar la República. Esto se dice bien en latín. Esto no se dice del todo bien más que en latín.»

—Decidlo, pues, en latín, señor ministro... — interrumpió, sonriente, Herriot.

Y M. León Bérard... ¡lo dijo en latín!... *Quid igitur censes, Herriot...*, etc.

Noble esfuerzo, indudablemente, el de esos gobernantes que, sintiéndose responsables del porvenir, quieren mantener la eficacia de aquellas *disciplines d'esprit* históricamente ligadas a los progresos de la civilización de su patria. Desean crear una aristocracia intelectual que, sosteniendo el prestigio de las letras francesas, evite que, quizás mañana, «en una sociedad donde no hubiera otra jerarquía que la que ha improvisado la riqueza, en las bruscas promociones sociales salidas de la guerra, ejer-

ciese la riqueza sin la cultura su terrible, su repugnante poder sobre los dominios del espíritu»...

—

¿Cultura desinteresada?... «La cultura desinteresada — responde crudamente Albert Thierry — es el oficio de los que no lo tienen.» La educación clásica viene estando a la disposición del hombre de mundo, que ha de saber conversar agradablemente en los salones, discutir en el teatro, escribir unas cuartillas y lucirse en los deportes. Para el aprendizaje de esta «profesión» bastará siempre la vieja formación secundaria, creada a la medida de esas gentes en quienes el buen gusto sustituye a la inteligencia.

Las *Réflexions sur l'éducation*, complemento pedagógico a las *Réflexions sur la violence* de Georges Sorel, tratan de resolver la dualidad existente entre la educación profesional y la educación humana con un criterio que cabría encerrar en esta fórmula: A la educación humana por medio de la educación profesional.

Leyendo a Sorel se da uno cuenta de que ya en las obras del filósofo del sindicalismo se hallan virtualmente contenidos los principios de una Pedagogía. Para él, esas masas obreras que, con candorosa admiración, propugnan por asomarse a la cátedra del intelectualismo burgués, resucitan la sumisión ingenua con que los bárbaros germanos, vencedores de la vieja Roma, iban a sentarse en las aulas de los retóricos de la decadencia latina, sin sospechar que llevaban en su propia sangre los gérmenes vivos de una nueva civilización. Nuestras escuelas públicas, nutridas de los residuos de la cultura burguesa, no le dan al muchacho obrero nada que tenga aplicación ni a las realidades del trabajo, ni a los ideales proletarios. ¿Cuál debería ser, pues, la educación de las clases productoras?

Para completar a Sorel, arranca Thierry de la antigua afirmación de Proudhon: «La escuela de agricultura es la agri-

cultura; la escuela de artes, oficios y manufacturas es el taller; la escuela de comercio es la oficina; la escuela de minas es la mina; la escuela de náutica es el navío; la escuela de administración es la administración...» Por lo tanto, la escuela obrera, en general, habrá de vivir en íntima, indisoluble relación, de una parte, con el taller, y de otra, con el sindicato y la Bolsa del Trabajo. Un alumno es un aprendiz. Pero en esos talleres-escuelas la preparación técnica estará unida a la alta cultura científica y artística, cuyo valor humano provendrá, cabalmente, de no ser desinteresada, sino de hallarse vinculada a los intereses profundos de la producción y de la vida social.

No puede conseguirse esto, para Thierry, en la enseñanza primaria. Por el contrario, la primera enseñanza tendrá que simplificarse, reduciéndose a poco más que leer, escribir y contar. Pero, después, el trabajador necesita también su enseñanza secundaria, una educación de la adolescencia, que es la verdaderamente decisiva.

A la actual cultura, que él llama política, opone el antiguo maestro de Vosves, hijo de un albañil, la cultura obrera. «Aquélla, con libros, quiere hacer ciudadanos; ésta, con sindicatos, quiere hacer productores. El ciudadano se mantenía virtuoso en una actitud bastante robespierrista; solitario e incorruptible, leía, meditaba, votaba; aceptaba la vida con una explosión de frases o la renunciaba en silencio... El productor tiene más bien el aire dantoniano; no se entusiasma en exceso con la vida interior; si medita, hácelo a la vez en grandes masas; no vota; y puesto que actúa, no podría decir ni que acepta, ni que renuncia»...

Interesante personalidad, sin duda, la de ese Albert Thierry. Escritor original, áspero y patético; sindicalista independiente que, con un alma revolucionaria, no adopta, sin embargo, la posición antimilitarista y repudia el antipatriotismo — *cette erreur* — y el neomalthusianismo — *cette cochonnerie...* — ; espíritu, en el fondo, profundamente místico, que vive las luchas obreras como los *Hechos de los Apóstoles* y que ve en esa educación por el trabajo, si no una fe, por lo menos una reli-

gión «que acompañaría al hombre a lo largo de sus días, sosteniendo en él la conciencia inventiva y la voluntad universal de la justicia»...—*LUIS DE ZULUETA*.

Larra. Clásicos Castellanos de «La Lectura».

Se han hecho cuatro ediciones de las *Obras completas* de Mariano José de Larra, «Fígaro», una de ellas la voluminosa y grata ilustrada por Pellicer, de notable sabor larresco, Barcelona, 1886. Otras ediciones de trabajos escogidos, de la novela *El Doncel de Don Enrique el Doliente* y del teatro, y siete ediciones de los artículos.

La nueva edición de artículos que ahora edita «La Lectura», aunque no es completa ni está purgada de las viejas rutinas de la nota superflua y el dato pueril, ni aun del grave delito de *meter la tijera*, como confiesa en el prólogo el señor don José R. Lomba y Pedraja, es obra digna de la de aquel grande hombre del tiro y de la burla, que todavía, a pesar de distancia y moda, nos sigue pareciendo grande hombre. Bien parece que se edite constantemente a Larra. Pero mejor parecería que intelectuales y escoliastas se preocupasen más de él y estudiasen su obra y su espíritu: el más lúcido del siglo XIX.

Los libros que se han escrito sobre Larra pueden distribuirse en tres clases: Primera, libros anecdótico-documentales. Segunda, didáctico-históricos. Tercera, críticos o de comento literario. Al primer grupo pertenecen los libros de Chaves, Nombela y Campos y Carmen de Burgos, «Colombine», cuyo *Fígaro*, publicado hace dos años, además de ser una fervorosa y minuciosa biografía, contiene datos, autógrafos y noticias de muy curiosa lectura. (Dejemos a un lado las referencias incomprensivas o absurdas hechas en memorias, prólogos y estudios parciales. Modelo de incomprensión es el prólogo de D. Cayetano Cortés a la edición madrileña de 1843. Ejem-

plo de ridiculez y absurdidad *El último poema de «Fígaro»*, por Roca de Togores.)

En el grupo histórico e historiforme destacan muy pocos aprecios. Los autores de historias de la literatura española vigentes han llegado tarde a la renovación de este valor. Un autor general y manido, Fitzmaurice Kelly, le dedica el mismo espacio que a otras figuras contemporáneas de segunda fila: Navarro Villoslada, José María Quadrado, Enrique Gil... Casi siempre suelen tener mayor interés (al menos como estampas) las reseñas biográficas exentas de todo prurito de valoración que se hicieron poco después de la muerte de Larra. La nota del *Panteón universal* se lee con afán pintoresco. El breve relato que de la vida y muerte de «Fígaro» hace el *Panorama Español* es una delicia.

Ultimamente, ya en el siglo que *volamos*, se han publicado las obras más distinguidas del tercer grupo. No son grandes volúmenes llenos de citas y hojarasca. Son pequeños trabajos, artículos de periódico. Chispazos de crítica. Pero chispazos de luz penetrante y moderna. Hay que citar los artículos de Guerra en *La España Moderna*, los de Miguel de los Santos Oliver en *La Vanguardia*, y sobre todo, el libro de «Azorín», *Rivas y Larra*.

«Azorín» ha escrito muchos admirables artículos sobre Larra. Su *Rivas y Larra* inicia a la crítica en el procedimiento delicado y firme de sondear hasta en sus máximas profundidades el espíritu del gran satírico español.

—

Larra fué el primer escritor de España que consideró con gesto intelectual problemas y viceversas nacionales que todavía flotan en nuestra atmósfera. Por su enfoque siempre actual de visión y la calidad de su ironía, queda justificado plenamente el «gusto nuevo» y la vuelta a Larra que se marcó hace pocos años. La iniciativa partió de la llamada generación

del 98. Desde el año 40 hasta fines del pasado siglo apenas si se habla de Larra. Los críticos más empingorotados y suficientes pasan sobre él como por un literato vulgar, como si no hubiese sido más que un periodista brillante. Otros, ni eso. Se le sitúa en el mismo rango de los mediocres Estébanez Calderón y Mesonero Romanos, o se le confunde en el oscuro pelotón de los románticos. Un escritor en quien nos vemos forzados a reconocer talento, Menéndez y Pelayo — buen olfato y larga vista a pesar del astigmatismo católico —, lo examina de prisa y sin afecto. «Clarín», que le remedó — premeditadamente —, apenas le dedica breve soslayo. Hacia el año 80 ya van apareciendo comentaristas, exegetas y editores.

Pero la proximidad espiritual de «Figaro» no se advierte de una manera clara y distinta hasta la afortunada generación del 98. No antes ni después, sino del 98. Precisamente. Entonces la sombra del suicida proyectada en el telón romántico cede lugar a la figura del pensador, del analítico, del reflexivo que supo ahondar en la vida española y en el alma del hombre con introscopia genial. Aquella visita que el día 13 de febrero de 1901, aniversario de la muerte de Larra, hicieron al cementerio de San Nicolás varios «ingenios de esta corte», tuvo algo de exhumación y de sepelio. Dejaron en el sepulcro al cadáver definitivo del romanticismo (entonces, todavía, neoromanticismo), y obraron la ascensión de un ser, en espíritu, vivo e inmortal. Dos de los «ingenios de esta corte» que asistieron al simpático acto, Pío Baroja y «Azorín», han hablado después, en sus escritos, de Larra. Baroja, con un tono ligeramente ácido, le ha calificado de «señorito», juicio, aunque unilateral y maligno, certero. «Azorín», que siempre experimentó irresistible atracción figaresca, en la que otros muchos le acompañamos, le ha dedicado ensalzatoriamente, además de repetidos artículos periodísticos, la mitad del libro *Rivas y Larra*, antes aludido.

Para la última promoción intelectual, ese gusto no ha variado. Verdad que la sátira acerba, el sollozo ilustre de nuestro wertheriano conmueven siempre. ¡Siempre estremecen! Hay

en él espectáculo humano, acento puro que no se olvidará jamás mientras la literatura tenga su clave en el corazón. De sobra notamos ahora lo que resta la hojarasca del tiempo en su labor. Y hasta los momentos de cursilería, inevitable en aquel medio. Pero lo demás, el fondo, lo que importa: ideas, humorismo, estilo, sentimientos, persisten. Es que en Larra lo notable es la calidad de su genio. El matiz de inteligencia más que su potencialidad. El prisma—como en todos los raros—, el prisma personal con que transforma y desvía la luz común.

—

El romanticismo, considerado hoy con la frialdad redomada de la lente 1923—capciosa, nihilista—, nos parece cosa de broma. Figurones. Oratoria. Escenografía barata. «Declamaciones y pincelada histórica», como dice el propio Larra —eso es en esencia el teatro entero de Víctor Hugo—escribiendo del *Hernani*. Sin embargo, no fué así. Hay que ponerse serios. Es necesario, traspasando el capricho, requisar los valores del fundamento. Lo que en la verdad que no se mofa dejó un fenómeno del pasado. (Eternidad entre los humos.)

Alemania, cuna filosófica del movimiento, no realizaba una simple reacción contra el preceptismo literario francés, cuando el núcleo Schenkendorf, Arndt, Kleist, Kœrner, y principalmente Federico Schlegel, hierofante y teórico máximo, proclamó la buena nueva del romanticismo. Se descubría un sentido inédito de la Naturaleza. Se transfundía sangre pura al arte, quizás la última sangre pura que ha recibido en sus venas. Y en orden menor tuvo la ventaja de iluminar de lleno perfiles extranjeros hasta entonces oscurecidos o preteridos injustamente para la crítica universal. El inglés Shakespeare, los españoles Cervantes, Lope y Calderón, los italianos Dante, Petrarca y Bocaccio, y, como estaba previsto, ningún francés. Es, pues, trascendental el romanticismo y grave el sustantivo de su hipérbole; que es, la hipérbole, lo que en realidad repugna al moderno.

¿Larra fué un romántico? Si no lo fué, lo pareció, y esto basta. Además, el ambiente en que se movió Larra lo era desde luego. Había amores sin esperanza, pasiones fatídicas, pistoletazos en la cabeza y versos lúgubres. Los jóvenes usaban melena y altos corbatines negros que encuadraban sus rostros descoloridos. Ellas eran todas Adelas, y ellos eran todos Antonys. La política disimulaba su natural desvergüenza en la rimbombancia de la frase. Y el vizconde de Chateaubriand, uno de los tipos más ridículos que han pisado el planeta, jugaba a ser gran estadista. Y Lamartine refinaba sus azúcares. Y en España, el campo tenía un noble ceño de bandolería; y la ciudad—este especial Madrid—, un aire de aguafuerte. (De grabado en madera, aquellos grabados en boj maravillosos de los años 30 y 37 y 40.) ¡La noche del *Hernani* en París! La noche de *El Trovador* en Madrid, fulgor de vidrio... Confesemos que necesitamos hacer infinitas concesiones previas y hasta empolvarnos de propósito el cerebro para tocar una realidad entre tanto fantasma. Y hubo realidad. No hay duda. Y país y alma, en aquel Objeto, fetiche actual en la vitrina del Museo.

Si para Europa entera el romanticismo significó algo así como una sacudida sísmica del pensamiento, para España fué terremoto profundo. Se transformó el íntimo tejido de su ser y se modificaron en un tranco la política, la moral, las costumbres y la estética tradicionales. Cambió la sensibilidad histórica de todo el pueblo en el espacio de breves años. Juntáronse para nosotros en un solo efecto las resultantes de una revolución social que no habíamos sufrido como los franceses y de una catástrofe psicológica que no nos alcanzó como a los alemanes. Al compás de las cucharillas de café y entre canciones liberales, desapareció un mundo y surgió otro.

Pocos se dieron cuenta de cómo la religión y el clérigo se iban poco a poco. Se iban poco a poco alejando de nuestro hogar y de nuestras costumbres. El fraile se hizo raro en la calle, y de repente desapareció. La gente se vistió a la moda de París. Se tradujo del francés. Aparecieron el Periódico y el

periodista, y remozado y sin coleta, el militar Por último, abiertas totalmente las esclusas de los Pirineos, irrumpió arrolladora la corriente de Europa en la pretérita caverna española. Puede afirmarse que entonces empezó España a cobrar elasticidad civil e internacional. Hasta entonces no había tenido más movimiento que el de rotación sobre el propio eje de su tradición. Después, desplazóse en movimiento traslatorio hacia el vasto sistema europeo.

Nuestra cultura—con su brote pequeñito de romanticismo literario nativo: Cadalso, Meléndez Valdés, Jovellanos—empalideció al contrastarse con la cultura de fuera. Advirtióse por primera vez lo diminutas que eran muchas figuras españolas que antaño se tenían por gigantescas. En cambio, otras crecieron. Las viejas Universidades de sonoro prestigio, Alcalá y Salamanca, huyéronse de prisa con su latín por caperuza y su escolástica por taparrabos. Al lado de esta transformación esencial y radical, ¿qué importancia podía tener el cambio de un sistema literario? Una importancia muy secundaria. Así lo comprendió Larra.

Si Larra no hubiera escrito más que su novela *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, su débil teatro y sus versos —aquellas odas «que el diablo le tentó a escribir»—, no nos acordaríamos a estas fechas de su nombre. Pero hizo artículos, observó, criticó, analizó. Expuso con ironía y justeza. Trazó cuadros y siluetas españolísimas y admirables. Derrochó aquí y allá juicios de universal alcance, y logró en ocasiones (artículos finales de su vida, especialmente en el magistral «Nochebuena de 1836») lo que no supo hallar en versos ramplones. El acento del verdadero poeta. Porque Larra, que fué poeta y grande, no se dió en las músicas sensuales de la rima, sino en la emoción del verbo y en las tintas del estilo.

—

Luego, existe otra cosa en Larra que nos atrae: su drama personal. Lo que fingido en los héroes novelescos hace son-

reír, vivido en un hombre de carne y hueso, y en un hombre de la talla de «Fígaro», sobrecoge. Larra se suicidó de veras. Se mató. Un psiquiatra de nuestro tiempo diría, científicamente, que no se mató por una mujer, Dolores Armijo, sino por una lipemanía. Es lo mismo. El hecho es que murió por voluntad encendida — voluntad creadora, en cierto modo —, y esto es lo bello. Con el suicidio se le escapó a «Fígaro» *indispensable,* el indispensable gesto de la época. La descarga de su revólver (No. No. Pistola) fué más bien una descarga atmosférica. (Un efectivo Conde de Larra enamorado de la Reina — como parodiaba, refiriendo la muerte del escritor, el diario de París *Le Voleur* — no hubiera acabado, dignamente, de otra forma.)

Es cierto que el drama personal de «Fígaro», tan ligado a su obra, nos sugestiona. ¿Será porque el suicidio es siempre la manera más eficaz de convencer al prójimo por vía cordial?

—

De los dos núcleos literarios y nacionales a que en último término puede referirse cualquier escritor verdaderamente español, el cervantesco y el quevedesco, Larra pertenece al segundo. De Don Francisco de Quevedo tiene la crueldad, el sarcasmo implacable, la oscilación fantástica y «cette plaisanterie sepulcrale» que nos adjudica Edgard Quinet en *Mes vacances en Espagne,* ojeada impertinente y sagacísima sobre nuestro país. Después, Larra se parece, porque le continúa cronológicamente más que por otra razón de peso, a Don Sebastián Miñano, el de *Las cartas de un pobrecito holgazán.*

Pero el verdadero y legítimo antecedente espiritual del gran articulista es, como señala «Azorín», Beaumarchais. En el autor de *El Barbero de Sevilla* se halla implícita la posición humorista del español, que supo adoptarla originalmente, con temperamento propio. Y con palabras tomadas del monólogo del rapabarbas sevillano compone su semblanza literaria:

«Enojado de mí, disgustado de los otros, superior a los acontecimientos, alabado por éstos, censurado por aquéllos, ayudando al buen tiempo, soportando el malo, burlándome de los tontos, arrostrando a los malvados, heme aquí... El hábito de la desgracia me ha proporcionado una filosofía tan alegre. Yo me apresuro a reír de todo por miedo a tener que llorar.»

Se ha señalado también la influencia de dos escritores franceses, Jouy y Courier, sobre Larra. A Jouy le imitó en algunos artículos de sus comienzos en *El Duende Satírico del Día*. Por su parte, Pablo Luis Courier era mucho más superficial, más panfletario que Larra. Era el prototipo del libelista político. Jamás flota en él aquella dolorosa ironía de fondo que con tanta frecuencia observamos en Larra. Es que Courier no sentía realmente lo que escribía. Era un falso misántropo. Mientras, el otro experimentaba en sí mismo la tristeza inagotable de la vida. Era el pesimista sincero, sin fe en las ideas, ni en el progreso, ni en la religión. Incapaz de creer en la felicidad de los hombres y mucho menos en la de los pueblos. En cambio, Courier, hombre de ideología burguesa, confiaba en Francia y en «las luces del siglo» y creía en la misión político-providencial de Monseñor el Duque de Orleáns.

En cuanto a la silueta crítica — en el terreno estricto de la crítica literaria —, «Fígaro» realizó el milagro inaudito de construir un edificio sin material de obra. La España de 1829 a 1837, aparte los estrenos de *El Trovador, Antony* y *Los Amantes de Teruel,* hechos importantes, no en sí mismos, sino como «sucesos» literarios, era de una pobreza artística deplorable. Libros escasos y amanerados, teatro nutrido de malas traducciones del francés — piezas nuevas del «ingenioso Scribe» — y toda la insoportable balumba de Bretón de los Herreros. Ante tal espectáculo, el crítico no podía hacer otra cosa que arremeter airado contra autores, traductores, cómicos y público. «Fígaro» arremetió. Pero, además, aconsejó, estudió, fundamentó y contrastó y rehizo. En la crítica política empleó idéntico procedimiento, fijando y manteniendo en la hoja de la Prensa re-

cién nacida una opinión liberal sin entusiasmo, es cierto, pero sin dudas, bajo la constante amenaza y persecución de la censura, menos estrecha—¡oh «Fígaro»!—que la ejercida en tiempos muy distantes de 1837.

—

Estos volúmenes de «La Lectura» son pulcros. Leves. Gratos a la vista. Pesan poco en todos sentidos y no dejan de portar un interés bibliófilo para el coleccionista, amén de otro literario—salvo escrúpulo o mal humor—para el lector curioso. El Sr. Lomba ha aplicado un criterio muy aceptable en la dispositiva de su trabajo. Orden, el cronológico. Distribución, en tres series: «Artículos de costumbres», «artículos políticos y sociales» y «artículos de crítica literaria o artística». Cada serie en un tomo. El primero comienza con el artículo *El Duende y el Librero* (primer cuaderno de *El Duende Satírico del Día,* enero o febrero de 1828) y acaba con el hermosísimo *La Nochebuena de 1836 (El Redactor General,* 26 de diciembre.) Las piezas de la serie están bien seleccionadas; pero se nos ocurre una pregunta: ¿por qué no se ha incluído en ella el artículo *Mi nombre y mis propósitos,* en el que «Fígaro» explica el porqué del seudónimo y añade consideraciones que incluyen su texto en el grupo costumbrista mejor que en cualquiera de los otros? Hubiera constituído, además, el punto de partida más lógico para la colección entera.

Otros artículos faltan: *Un reo de muerte, La Policía, El Duelo,* felicísimos. Indudablemente, se ha pensado que por su carácter social van mejor en el segundo tomo. A nuestro parecer, son de factura costumbrista, aparte el socialismo *de los cabos.*

Larra ha vuelto a mirarnos desde estos libros de «Clásicos Castellanos». Saludémosle inclinando la frente.—*ANTONIO ESPINA.*

Pío Baroja: *El laberinto de las sirenas.* Novela. (Caro Raggio, Madrid, 1923.)

Está visto que no puedo leer nada sobre el mar sin que al punto empiece a rezumar mi viejo sudeste de hule. La verdad es que nunca he salido mas allá de cinco millas proa al horizonte profundo, pero he pasado una buena parte de mi vida sobre las húmedas piedras de Liquerica, el viejo muelle gijonés. Allí me he balanceado día por día, durante diez años, entre el anhelo de una emigración—¡lejos de las cercanas lontananzas!—y el anhelo de reposo, como el mástil de un cansado velero que se queda en el puerto. He dormido—puede decirse que he dormido—a la baja mar con los pataches escorados sobre el fondo de la dársena, llena de limo y sol. He gustado el marisco que es un puerto; uno de esos manjares putrefactos y sabrosos que hay que comer con el dedo en la nariz. He sido un poco el pilluelo de muelle que cree que los nidos de las gaviotas están en las gavias y que todo el puerto se balancea porque él pone un pie a babor y otro a estribor y se inclina sobre una y otra banda como hace jugando en los lanchones. Yo he sido también uno de esos faquires absortos sobre el malecón, adorador del humo. He comprendido que el pescador es un campesino, labrador de la bahía, de la ácuea llanura próxima, que sale a ararla muy de mañana con su arado—la quilla—y sus dos mulas—los remos—, y me he reunido con los antiguos capitanes de altura, capitanes ya tan sólo de las fragatas de sus almadreñas, que, mucho más marinos y viajeros, se encierran a fumar en una tienda oscura donde brea, jarcia y linaza dan su olor; fumadero en que he aspirado el opio de las narraciones. Todavía siento desde aquí el ritmo del puerto, tranquilo mientras el mar bombardea sus murallas; hay allí una entera escala de movimientos, desde los más ágiles y vivos hasta los más pausados; pero aquéllos son prestamente absorbidos y sólo queda la lenta cadencia, el gran adagio del puerto...

Mas ahora recuerdo que debo escribir una nota sobre Pío Baroja y desinteresarme de mis imágenes para hacer un poco de pedantismo literario, aunque acaso la pedantería consista en pretender el ajeno interés por nuestros espectáculos interiores. Hay un momento liminar entre el sueño y la vigilia en que, sobre el plano del sueño hacia donde bogamos, dejando el barco en el puerto, desfilan silenciosamente las figuras del día, más claras y, por así decir, restauradas. Nietzsche, que observó el papel civilizador del sueño, origen de la metafísica y del arte («Durante el sueño, el hombre, en las épocas de civilización rudimentaria, aprende a conocer un segundo mundo real; sin el sueño no existiría ocasión de distinguir ambos mundos.»), pudo haber notado la potencia artística de este momento en que, sin surgir todavía el mito sobrehumano, las mismas cosas reales son embellecidas con sólo llevarlas hasta el horizonte. La práctica continua de esta facultad evocadora que el hombre ha descubierto sobre la almohada nos permite ejercerla en cualquier instante; una palabra sola actúa de conmutador, y la silenciosa emanación comienza.

Algunas obras literarias poseen este poder más que otras. Así como una substancia orgánica contagia a otra su fermentación, la obra literaria en que el autor ha dejado descomponerse los posos de sus recuerdos hace de levadura para los nuestros. La materia apenas importa si es como de turbera, fermentescible; lo que importa es el proceso. Yo he tenido también mi temporada de Mediterráneo, pero en seguida me puse a despreciarlo intensamente — tal vez porque es un mar sin mareas —, y dejándoselo a los delfines, todas las tardes me internaba por los áridos montes de esparto. El Mediterráneo de *El laberinto de las sirenas* * ha removido todas mis visiones del Cantábrico, de las cuales ya debía buen caudal a *Las inquietudes de Shanti Andía,* otra novela de Baroja, porque muchas veces vamos apoderándonos lentamente, sin saberlo, de los trozos separados de un vasto mundo de intuiciones que lue-

* La *Revista de Occidente* ha anticipado varios capítulos de la novela. Véase «Una feria de Marsella» en el número del León (julio 1923).

go un artista nos da unido de súbito como con un solo y genial golpe de lanzadera. ¿Qué importa al caso la diferencia del abierto Cantábrico al Mediterráneo, cerrado como un útero, con recovecos más cenagosos donde todo se estanca, el agua y los barcos, y se pudre todo, desde el légamo del fondo hasta el lenguaje de los marineros?

Si este libro me ha reconducido más allá de todos los libros, a mi propia vida, a sentirme mejor y a insistir sobre mis modos de ver, dándome de paso algunos nuevos, poco más podría exigirle en justicia. Pero la novela de Baroja reverbera además con las mil alusiones culturales del Mediterráneo que todavía reflejan las olas de este mar consagrado. Toda cosa aparece en ella con un primer pronto mítico y fabuloso que Baroja no deja subsistir más que el breve tiempo necesario para los juegos de la ilusión. Así como al buscar a una persona entre la multitud escogemos en nuestro repertorio visual el esquema de su forma, que aplicamos sobre cualquier figura transeunte en cuanto coinciden dos trozos de línea, viajamos por el Mediterráneo de Baroja con la retina engañada, ilusa, dispuesta a todas las transfiguraciones.

«En el islote central, al que Toscanelli llamaba la Roca del Altar, sobre la mancha oscura de los cipreses se destacaban dos figuras blancas de mujer, inmóviles. Parecían dos vestales, dos sacerdotisas. Roberto y el hijo de Alfio las contemplaron con asombro. —¿No serán las sirenas?—dijo Roberto.» No, no son las sirenas; son dos señoritas de la buena sociedad. Baroja se sonríe por entre las líneas y devora, como un ogro, nuestra ilusión en las cavernas de su humorismo. Este mecanismo artístico en que se superponen y mutuamente se fecundan la fábula y la realidad prosigue a través de toda la novela con resonancias constantes del Mediterráneo clásico, del romántico, del fenicio. Roberto O'Neil es uno de esos irlandeses excéntricos que tienen la originalidad en el apóstrofo (como el O'Patah de *Fermé la Nuit*,, de Paul Morand); uno de esos formidables cultivadores y deportistas del tedio que han hecho del Mediterráneo campo para las regatas de los balandros del

spleen; un Shelley, en suma, que también quiere ser disipado en una hoguera sobre la playa. Y para que nada falte, en la novela se abre un hueco para un periplo *, entre antiguo y moderno, por las riberas del Mediterráneo, llenas de los detritus de un cosmopolitismo interior, mal aireado y muy viejo, porque, a diferencia de otras culturas cerradas (egipcia, babilónica, china) que nunca pudieron prender más allá del terruño, la cretense y la fenicia instauran en el Mediterráneo el primer cosmopolitismo de la historia.

¿Qué hace entre la gente mediterránea Juanito Galardi, el vasco «decidido y valiente»? Diríase que Baroja lo sitúa allí solamente para «reaccionar» en sencillo vasco si no fuera que recluta por todo el mundo otra porción de seres extraños y heterogéneos. Acaso por primera vez logra Baroja reunir la sociedad extravagante perfecta; reclusa, como conviene, en el recinto hermético de la casa de las Sirenas, con vagas ósmosis con el exterior. El vasco, el irlandés, un alemán astrólogo, un ermitaño, un faquir, un torrero misántropo; personajes que, después de verlos reunidos por el autor en la novela a causa de su afición a lo pintoresco e insólito, cuesta trabajo pensar que también están ligados entre sí por lazos de intimidad humana. Parece que para su convivencia se necesitaría que cada uno de ellos fuese un Baroja, amigo del «tipo» y de la anécdota. De esta novela, como de otras del mismo autor, emana una terrible sensación de misantropía y soledad. El mismo Juan Galardi—el más dado a intimidades sencillas, que esparce en su torno por la Calabria un ambiente de caserío vasco y,

las de cet à peu près qu' est une duchesse,

o una marquesa de Roccanera, se casa con una muchacha que es una *neska*—es, con todo, el hombre solitario, tan lejano de los otros personajes como del lector. Pero algo me lo ha acercado y me lo ha hecho amigo: «A veces se dedicaba a tocar

* En rigor, el periplo mediterráneo comienza con el viaje del capitán Andía a Nápoles y la recalada de Galardi en el puerto de Marsella.

la flauta y tocaba siempre las mismas cosas.» ¡Así, pues, tú también, Juanito Galardi, tienes melodías íntimas, unas pobres melodías usadas, confidentes sonoros!

Como Baroja no hace psicologías, tiene que hacer anécdotas y episodios que, faltos de forzosidad interior, se suceden en serie, en línea, sin ese retorno y esa vuelta que enreda los hechos en un nudo y exige después un desenlace. Alguien ha imaginado el rico análisis psicológico de Stendhal sobre la marquesa de Roccanera, tipo femenino que pasa desvanecido por la novela de Baroja. Pero aquí la ausencia de psicología no obedece sólo a una manera de entender la novela como narración, sino también a una manera de entender la psicología. «El hombre—ha dicho Baroja—no podrá ver nunca a la mujer tal como es; hay el sexo de por medio que no permite el análisis frío. Yo no he pretendido nunca hacer figuras de mujeres miradas como desde dentro de ellas, estilo Bourget, Houssaye, Prevost (esto me parece una mixtificación); las he dibujado como desde fuera, desde esa orilla lejana que es un sexo para otro.» El misterio femenino bien puede sustituir al análisis, y no sienta mal a la mujer la distancia y el paso sin ruido.

La novela transcurre en las costas del Mediterráneo y está firmada en Rotterdam. Yo me figuro al novelista en sus paseos por Europa igual que por las calles de Madrid. Baroja va haciendo al andar un remolino en su torno, vórtice que atrae a los seres heteróclitos y extravagantes que pasan a su lado y a cuanto vive en la calle, anécdotas curiosas, historias extrañas, y él mismo acaba por tomar, en los Palace-Hotel del mundo, en las limpias calles de Copenhague o en los dulces canales de Holanda, un cierto aire de vagabundo y de trapero de lo pintoresco. Al regreso, extrae de su burjaca los entes novelescos, verifica con ellos las más insólitas coyundas y los suelta en el campo de una novela para que allí realicen las más divertidas peripecias.—*FERNANDO VELA.*

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN, PROVISIONES, 12.—MADRID

805
REO
Romance

Año I N.º VI

Revista de Occidente

Director:
José Ortega y Gasset

THE LIBRARY OF THE
AUG 17 1926
UNIVERSITY OF ILLINOIS

Sumario

LORD DUNSANY: *Pollarnees, la que mira al Mar* ▪ CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ: *España y Francia en la Edad Media. Causas de su diferenciación política*
Nuevos hechos, nuevas ideas: MANUEL G. MORENTE: *La periodicidad en el curso de la vida* ▪ JORGE SIMMEL: *Lo masculino y lo femenino. Para una psicología de los sexos*
RICARDO BAEZA: *El caballero Casanova*

NOTAS: J. ORTEGA Y GASSET: Mauricio Barrés ▪ LUIS DE ZULUETA: La cultura desinteresada. Dos opuestos caminos. León Bérard, *Pour la réforme classique;* Albert Thierry, *Réflexions sur l'éducation* ▪ ANTONIO ESPINA: Larra ▪ FERNANDO VELA: Pío Baroja, *El laberinto de las sirenas*

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1923

Revista de Occidente

ADVERTENCIAS ADMINISTRATIVAS

Los señores suscriptores deberán remitirnos el importe de su suscripción, bien por giro postal, bien por cheque, a la orden del

Administrador, D. Manuel Ortega y Gasset.

Igual advertencia hacemos a los señores libreros por lo que se refiere al importe de sus liquidaciones.

A los suscriptores que hayan abonado directamente a esta Administración el importe de su suscripción, se les incluirá el recibo correspondiente en el ejemplar del número siguiente al envío de dicho importe.

Los señores que se suscriban a esta Revista por intermedio de una librería, deberán recoger en ella el recibo extendido por esta Administración.

Esta Administración no responde de la regularidad en el envío de las suscripciones que no sean servidas directamente por ella.

La comisión que esta Administración abona a los señores libreros por las suscripciones que nos proporcionen para la Revista es del 15 por 100

El descuento en la venta de esta Revista es del 20 por 100.

Los señores libreros deberán hacer la liquidación de cada número de la Revista al recibir la remesa del número siguiente.

Los libreros que deseen quedarse con números atrasados de la Revista deberán hacerlo constar al remitirnos el importe de su liquidación. En caso contrario deben devolvernos al mismo tiempo los no vendidos.

AVISO IMPORTANTE

Aparecido el tercer número de la Revista, esta Administración ha decidido *no admitir* más *suscripciones de prueba por tres meses.* Las que hasta la fecha han sido solicitadas serán servidas.

ENSEÑANZA DE LA ARQUITECTURA
CULTURA MODERNA
TECNICOARTÍSTICA
ANASAGASTI
ARQUITECTO
CALPE
10
PTAS.

JUICIOS AJENOS

LA "REVISTA DE OCCIDENTE" EN EL EXTRANJERO

«Al lado de las grandes revistas francesas e inglesas, la REVISTA DE OCCIDENTE tendrá su lugar en ese gran movimiento de europeísmo que se inicia por doquiera en esta nueva Internacional intelectual, de la cual expone el principio Guglielmo Ferrero en un artículo de *L'Ilustration*.

»La vida literaria española, para estar reducida a una minoría y desarrollarse fuera de toda acción sobre las otras formas de la vida nacional, no es por ello menos intensa. Tampoco se puede prever la transformación que a la larga pueden producir en las relaciones entre la minoría y la masa esfuerzos tan entusiastas, conducidos por hombres tan generosos, tan vivaces y tan enamorados de la acción como Ortega y Gasset.

»El primer número de la REVISTA DE OCCIDENTE expone y discute con tanta autoridad el arte de P. Morand y de J. Cocteau que las teorías de Uxkuell... También se comienza en él la publicación de un delicioso ensayo de Simmel, un filósofo todavía desconocido en Francia. (Los españoles nos dan el ejemplo también traduciendo el ya célebre libro «La decadencia de Occidente», de Spengler..) La REVISTA DE OCCIDENTE no olvidará los hispanoamericanos; entre sus colaboradores entresaco el nombre de Alfonso Reyes, el fino comentador de Góngora, uno de los espíritus más exquisitos y más nuevos, y a la vez más tradicionales de la literatura hispánica contemporánea. Me alegra también encontrar a Corpus Barga, parisién, cronista fantástico y paradójico que representa el tipo extremo que produce y producirá siempre una raza individualista al exceso, salvajemente, maravillosamente independiente.»—J. Cassou, en el *Mercure de France*.»

* * *

«Una nueva revista española.—Magníficamente estampada, con una poco común elegancia y nitidez de caracteres, ha salido el primer número de la REVISTA DE OCCIDENTE.»—*La Cultura*, revista italiana.

* * *

«No han sido brillantes hasta ahora los ensayos hechos en España para crear una gran revista literaria al estilo francés. Y no se concibe que en un país de veinte millones de habitantes, que sostiene una Prensa abundante y relativamente próspera, falten lectores para asegurar la existencia de una revista de literatura, ciencia y filosofía. Por eso viene a llenar una necesidad real la que acaba de aparecer en Madrid con el título de REVISTA DE OCCIDENTE y bajo la dirección de D. José Ortega y Gasset.»—*La Nación*, Buenos Aires.

* * *

«Esta lujosa revista da en su número primero un excelente artículo consagrado a la poesía de Ana de Noailles, por D. José Ortega y Gasset.»—Philippe Soupault en *La Revue Europeenne*, de París.

Ediciones de LA LECTURA

CASA EDITORIAL CLEMENTE VELASCO Y C.ª

PASEO DE RECOLETOS, 25

Biblioteca de Juventud

Precio de cada tomo: 2,50 ptas.

«El Conde Lucanor.»—Adaptado para los niños por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por A. Vivanco.

«La vida es sueño.»—Adaptado a manera de cuento por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrado por Fernando Marco.

«Hernán Cortés y sus hazañas», por la Condesa de Bardo Bazán, ilustrado por A. Vivanco.

«Platero y yo.»—Elegía andaluza, por Juan Ramón Jiménez, ilustrado por Fernando Marco.

«Fábulas literarias», por D. Tomás de Iriarte, ilustradas por P. Muguruza.

«El Califa Cigüeña» y otros cuentos de W. Hauff, narrados por Ramón M.ª Tenreiro, ilustrados por P. Muguruza.

(Los mismos títulos en edición escolar, 2 pesetas.)

Varios

J. Jörgensen.—«San Francisco de Asís.» Biografía. Traducida del alemán por Ramón M.ª Tenreiro y revisada por fray José M.ª de Elizondo, menor capuchino. Precio: 6 ptas.

La misma obra con introducción y notas de fray José M.ª Elizondo. 2 vols. «Volumen primero.» Encuadernado en piel, 12 ptas.

Compayré (Gabriel).—«J. J. Rousseau y la educación natural.» Precio: una peseta.

Barja (César).—«Rosas y espinas místicas.» Precio: 4 ptas.

Libros escolares

(Encuadernación en tela.)

«Aritmética.» Grados 1.º, 2.º y 3.º, por don Luis Gutiérrez del Arroyo. Precio: 0,75, 1 y 1,25 ptas.

«Historia Universal.» Resumen por Lavisse, traducción y adaptación por don José Deleito. Precio: 3 ptas.

«Historia Natural», por D. Francisco de las Barras. Precio: 2 ptas.

«Ciencias físico-químicas.» Tercer grado, por D. Edmundo Lozano. Precio: 2 ptas.

Biblioteca de Criminología

I. Lardizábal y Uribe (M. de). «Discurso sobre las penas.» Precio: 3 ptas.

II. La Rochefoucauld-Liancourt. «Noticia del estado de las cárceles en Filadelfia.» Precio: 1,50 ptas.

III. Dr. N. H. Criesmann. «Preceptiva penitenciaria.» Versión española directa del alemán por R. P. Bances. Precio: 4 pesetas.

IV y V. Salillas (Rafael). «Evolución penitenciaria en España.» Dos tomos. Precio: 10 ptas.

Condiciones de venta.—LA LECTURA servirá sus ediciones a quien lo solicite, así como los libros de las casas editoriales Araluce, Beltrán, Calpe, Cervantes, Jorro y todas las demás, si al hacerlo envía el importe del pedido por giro postal o documento mercantil de fácil cobro sobre Madrid.

A falta de indicación precisa, los envíos se harán por correo certificado, contra reembolso, siendo de cuenta del comprador los gastos de este servicio.

Los pedidos del extranjero se servirán del mismo modo, aumentando la remesa de fondos en un 10 por 100 de valor del pedido, para gastos de franqueo y certificado, si el servicio se hace por correo. En otro caso, el cliente indicará la forma preferida y los detalles que juzgue convenientes; pero entonces el envío será de su cuenta y riesgo.

No se admiten devoluciones, a no ser por causa justificada.

CALPE

Palacio del Libro.

Ríos Rosas, 24 - Aptd.° 547

MADRID

EN 12 DE OCTUBRE DE 1492, HACE 431 AÑOS, CRISTÓBAL COLÓN DESCUBRE EL CONTINENTE AMERICANO

LOS VERDADEROS PATRIOTAS

celebran la **Fiesta de la Raza** leyendo los textos de los exploradores y conquistadores de Indias, desde Colón y Hernán Cortés a D. Félix de Azara. No existen historias más maravillosas que las de estas hazañas.

Los libros que cuantos hablan la lengua castellana deben leer estos días son:

Fernández de Navarrete (M.): VIAJES DE CRISTÓBAL COLÓN.—Un volumen, con una carta de los derroteros del inmortal navegante, 4 pesetas.

Los cuatro viajes en que Colón halla el Nuevo Continente y cubre de eterna gloria al Almirantazgo del Océano y de Castilla.

Hernán Cortés: CARTAS DE RELACIÓN DE LA CONQUISTA DE MÉJICO.—Dos tomos, con grabados y cartas. Cada tomo, 3,50 pesetas.

Una edición excelente de las cartas en que Cortés refiere al emperador la exploración y conquista del Imperio azteca.

López de Gómara: HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS.—Dos tomos. Cada tomo, 3,50 pesetas.

El compendio más acabado y veraz que acerca de la exploración y conquista de las Indias se escribiera por el capellán de Hernán Cortés.

Pigafetta (A.): PRIMER VIAJE EN TORNO DEL GLOBO.—Un volumen, con grabados un mapa y láminas fuera de texto, 3,50 pesetas.

El relator del primer viaje en torno del Globo, que llevaron a cabo Magallanes y Juan Sebastián del Cano, fué el caballero lombardo Antonio Pigafetta.

Cieza de León (P.): LA CRÓNICA DEL PERÚ.—Un tomo, con tres cartas, 4,50 pesetas.

Cieza de León nos habla de la espléndida civilización incásica, del culto del Sol, de sus vírgenes, mamaconas y de las luchas entre españoles, que ensombrecieron la magna exploración y conquista del Perú.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca: NAUFRAGIOS Y COMENTARIOS.—4,50 pesetas.

Fernández de Navarrete (M.): VIAJE DE LOS ESPAÑOLES POR LA COSTA DE PARIA.—Un tomo con dos cartas, 4 pesetas.

Fernández de Navarrete (M.): VIAJES DE AMÉRICO VESPUCIO.—Los viajes del ilustre florentino que dió su nombre al Nuevo Mundo.—Un tomo con una carta, 3,50 pesetas.

Azara (Félix de): VIAJES POR LA AMÉRICA MERIDIONAL.—El documento más fidedigno y veraz acerca de las Repúblicas del Plata en las postrimerías de nuestro dominio.—Dos tomos con grabados. Cada tomo, 4,50 pesetas.

De venta en todas las librerías y en el

PALACIO DEL LIBRO

Avenida Pi y Margall, 7

(nuevo trozo Gran Vía)

MADRID

Recomendamos visiten estos días sus escaparates y la interesante exposición de estos libros.

Franquéese con dos céntimos

Ríos Rosas, 24. CALPE. Aptd.° 547. Madrid

Don .....

Calle .....

Pueblo .....

Provincia .....

desea recibir gratis una lámina de los **Viajes clásicos** y un catálogo de esta colección.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 069848320